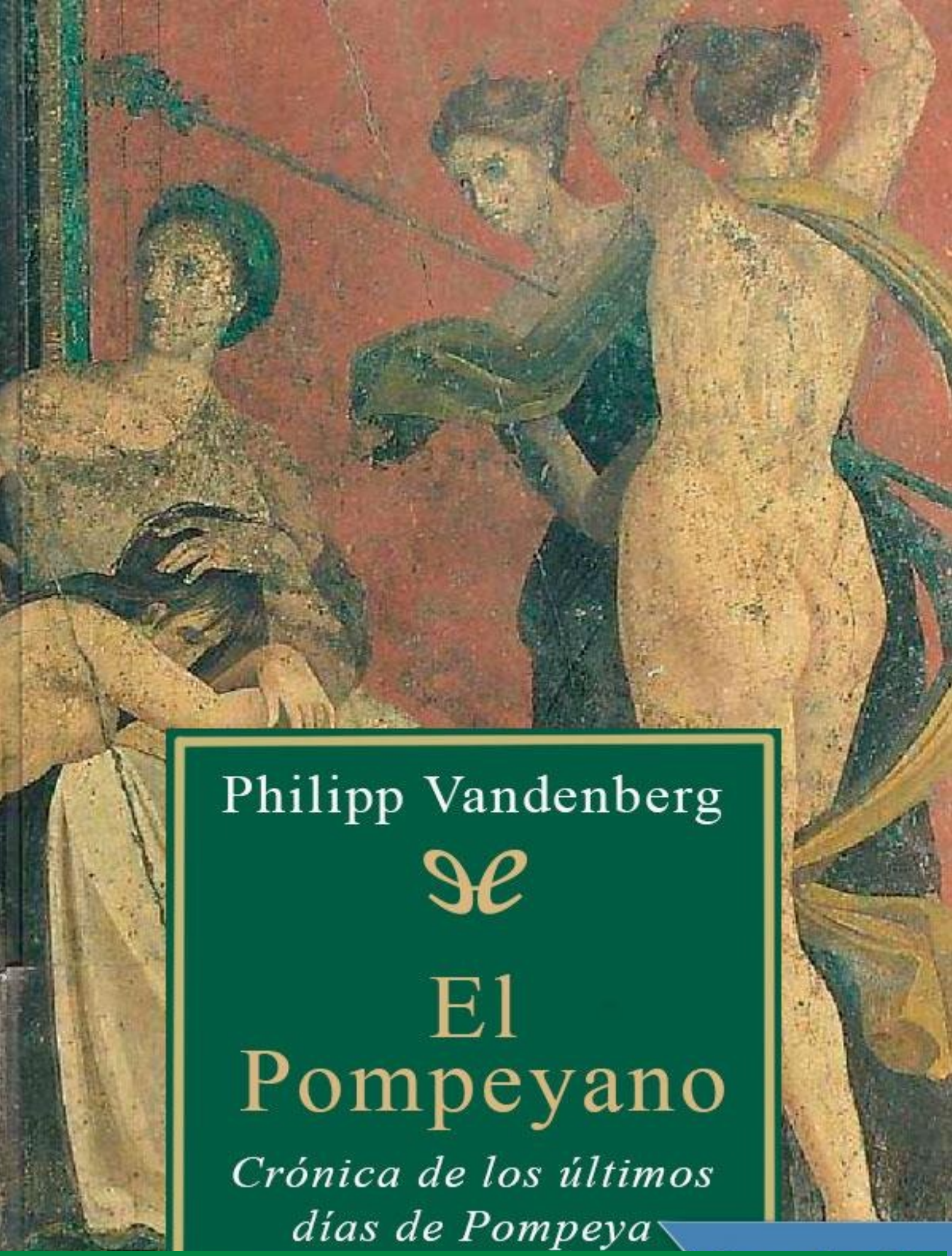

Philipp Vandenberg

El Pompeyano

Crónica de los últimos días de Pompeya

En el siglo I d. C., el esclavo Lucio Cecilio Afrodisio, de la ciudad de Pompeya, en la Campania, accede a la condición de liberto, y con ello cobra carta de ciudadanía. Diversos negocios fructíferos le permiten prosperar y encumbrarse a los estadios más elevados del escalafón social. Ya en su condición de rico, se vera enredado en una misteriosa trama de asesinatos; en el curso de las pesquisas que emprende para descifrar el enigma, halla, en un baúl que contiene los arcanos de la ciudad, una profecía antiquísima: en el octavo mes del año 832 después de la fundación de Roma, Pompeya desaparecerá.

Philipp Vandenberg

El pompeyano

Crónica de los últimos días de Pompeya

Título original: *Der Pompejaner*
Philipp Vandenberg, 1998
Retoque de cubierta: Titivillus

1

EL AÑO SE ESTRENABA. Aquella mañana, Neptuno había enviado una cálida embajada de favonio, el vigoroso viento de poniente. Como cada idus de febrero, no bien instalado en acuario el guía que revela a las cuadrigas el rastro en las carreras, el dios Sol, se impondría el favonio sobre los portadores de la nieve y el granizo, el aquilón y el coro, ahuyentándolos hacia el oriente asiático o el agreste septentrión germánico; más adelante, el favonio cedería ante el *quelidonias*, el viento bautizado en honor a las golondrinas, a las que acompaña en las raudas batidas que como asiáticas saetas lanzan contra los frontones de los templos.

Un cielo radiante teñía las laderas del Vesubio de un azul lechoso; menguaba ya la sombra proyectada por las casas y las losas de calles y plazas se empapaban de sol primaveral. Los pompeyanos salían vacilantes de sus casas; ansiosos de novedades, encaminábanse los hombres hacia el foro, mientras que en el *macellum* vecino las mujeres comparaban los precios de la carne, el pescado y las alubias negras.

Dichosa Pompeya, membrillo aterciopelado en la huerta de Venus, la villa más próspera de la Campania, hija predilecta de la madre Roma, dechado de gracia mimado como Anfitrite a lomos del delfín, ¡a pesar de que Poseidón, el rijoso ladrón, no fuese divinidad romana, sino griega! Pero el orgullo proverbial de los pompeyanos no se detenía ante el pasado, al contrario: cualquier niño de Pompeya hablaba latín y griego y se sabía de corrido a Homero, porque en las escuelas se enseñaba a hablar y escribir esta lengua y porque, como los mayores se encargaban de inculcar a los más jóvenes, sus ínclitos antepasados iban ya en peregrinación a Delfos a venerar al dios de la luz y la adivinación, Apolo, mientras que la chusma de Roma estaba aún por salir de las tinieblas… ¡Aquella plebe inculta! Tampoco el de Samos, cuando ocupó Pompeya y sus habitantes le juraron lealtad (se vieron obligados a ello), supo cómo

doblegar su pundonor; y Sila (el «Feliz», como él mismo gustó llamarse) hizo bien cuando toleró la componenda de sus veteranos, quienes sin llegar a pisar las tierras pompeyanas que les había regalado se las revendieron a los antiguos propietarios, Mercurio sea loado. No habiendo faltado nunca el dinero en Pompeya, lo cierto es que sus habitantes no solían marcharse de la ciudad ni envidiaban a los de Roma el trigo gratuito ni los antojos de los césares.

—Cuentan en Roma que el divino ha sobornado a un flautista para que declare que ha tenido relaciones con la emperatriz —decía Vesonio Primo mientras giraba junto con su acompañante por la calle de la Fortuna.

—Siempre será mejor eso que matarla como hizo con su madre. —Terencio Próculo era amigo de Vesonio; ambos habían asistido a la escuela del mismo maestro griego y desde entonces pasaban por inseparables.

—¿Y quién lo dice?

—Nigidio.

Terencio resopló con desdén. Detestaba al tal Nigidio, el típico romano arrogante e impertinente.

Personalmente, no tenía nada que reprocharle, desde luego; a él no le había hecho nada. Pero le sublevaban los aires que se daba al pasar montado en su litera luciendo siempre la misma sonrisa de mamarracho. Que el romano Nigidio regentase en Pompeya una tahona de tres molinos no es un dato circunstancial, porque también Terencio era panadero, sólo que su género era de proporciones algo más pequeñas.

—Está magníficamente relacionado —prosiguió Vesonio—. ¿Quién fue el primero en enterarse de los líos de Popea con el divino…? Nigidio. ¿Quién proclamó a los cuatro vientos que el césar se divorciaba de Octavia…? Nigidio.

Conocido en Pompeya por llevar cada día una toga de color diferente, conforme a su condición de dueño de una tintorería, Vesonio Primo procuró salvar el embarazoso mutismo de su amigo dándole con el codo y señalando con la cabeza hacia el lado opuesto de la calle:

—¡Ululitrémulo! A quien los dioses castigan con semejante nombre, sólo puede dedicarse al teatro. Al teatro y nada más. ¡Qué gente, estos actores! —Vesonio estaba indignado.

Llegaron a la altura del templo de Fortuna Augusta, un elegante edificio de mármol con cuatro columnas corintias en cuya escalinata ardía la llama perpetua dedicada al *pater patriae*, y desde allí giraron al sur, hacia la calle del Foro, en la que reinaba un gran bullicio. En aquel momento, se echaron de ver los dos esclavos que habían precedido a los encopetados señores sin decir palabra:

—Dejad paso a mi señor, Vesonio Primo.

—Paso franco a mi amo, el panadero Terencio Próculo —repetían sin cesar, empleando los codos cada vez que topaban con oídos sordos, para apartar a quien se interpusiese en el camino.

—Por asegurarse el resultado —murmuró Vesonio llevándose la mano a los labios

— parece que en la petición de divorcio el divino acusa a Octavia de infertilidad…

—¿A los nueve años de casados? ¡Menuda sorpresa! *Ex nihilo nihil*.

Vesonio negó con la cabeza:

—Parece que la culpa no es de Octavia, dice Nigidio.

—¡Y dale con Nigidio y Nigidio! —estalló Terencio—. ¡Seguro que estaba allí ese pavo real salido del huevo de una gallina!

Irritado, Vesonio metió las manos en las mangas de la toga de color cera rezongando que él se limitaba a recoger ciertos rumores que circulaban en las termas estabianas, pero si a Terencio no le interesaban, él se callaría y en paz, disfrutaría tan tranquilo del sol que le acariciaba la calva.

Después de todo, apostilló, se imaginaba que eran amigos y eso era todo.

—¡Ahora no vayas a ofenderte por tan poca cosa! —Terencio procuró animar a su amigo aunque por poco lo atropellan, puesto que un burro entercado se les echó encima como si lo persiguiesen las furias; la gente salió despavorida y Terencio pudo esquivarlo por los pelos.

Vesonio soltó una carcajada:

—¡De la cuadra de Popea será!

—¡No, que va! —replicó Terencio—. Las burras las tiene en la finca de las afueras. Por lo visto pasan de quinientas.

—¿Será verdad que se baña a diario en leche de burra, como cuentan?

—¿Te imaginas algún otro motivo para tener quinientas burras?

Terencio y Vesonio cruzaron la calle de los Augustales entrando en el foro por la parte del templo de Júpiter.

—Aún me acuerdo de su madre. Vivía con Quinto, su marido, cerca del Odeón y del cuartel de los gladiadores. ¡Espléndida casa!

—¡Y espléndida dama! —añadió Vesonio.

—Los popeos aún tienen cuatro casas en la ciudad, y eso que no viven aquí desde hace tiempo.

A la joven Popea no he llegado a verla nunca.

—Nada tiene que envidiar a Venus, según dicen, y por su encanto han perdido el juicio hombres que antes sólo tenían ojos para muchachitos mofletudos.

—Te refieres a Otón.

—Qué va. Otón es un majadero. No me cabe en la cabeza qué le encuentra Sabina Popea a ese fantoche. Lo único que tiene son buenas relaciones con el emperador.

Justamente —observó Terencio—, justamente. Popea tenía la mira puesta en el emperador desde el principio.

—¡Como él en ella!

—¡Como él en ella! —repitió Terencio—. ¿A qué se debe, si no, que haya mandado a Otón de gobernador a Lusitania, ni más ni menos, un buen trecho más allá de las Columnas de Hércules?

Los dos se echaron a reír con mirada cómplice. Del *macellum* llegaban

penetrantes vaharadas de pescado entremezcladas con el olor hediondo de asaduras calientes. El griterío del centenar de vendedores congregados allí cada mañana aumentaba a medida que se acercaba el mediodía, porque el género fresco que no se hubiese podido vender el mismo día tenía que ser destruido. De supervisarlo se encargaban los alguaciles del mercado.

El *macellum* era algo más que una sencilla plaza donde los vendedores acudiesen con el género que llevaban del campo. Ocupaba una manzana entera. Su armadura interior albergaba una rotonda de doce columnas que servían de soporte a una cúpula; debajo había un estanque de mármol con los peces más grandes y sabrosos del Mediterráneo. Los mercaderes se alineaban en los puestos construidos contra las paredes de la nave. Uno de los rincones estaba reservado a animales menores de todo tipo: aves, corderos y cabras. La algarabía era indescriptible.

Afrodisio, liberto del acaudalado banquero Lucio Cecilio Sereno, un sujeto delgado y nervudo cuyo ancho cráneo revelaba antepasados foráneos, se abría paso de un puesto a otro agitando las monedas que portaba en un cuenco de bronce y pregonando «¡*Mercatus, mercatus*!»; reclamaba el pago de la alcabala. Personaje de buen talante, a cada cual le enjaretaba una observación particular, incluso al carnicero que arrojó su cuota refunfuñando porque se le había quedado por vender un montón de carne que tenía detrás.

—Lo mismo se la queda Escauro —apuntó Afrodisio entre risas—, ¡porque oler, huele!

Escauro, duunviro en época del emperador Claudio, se había hecho rico a costa de los hedores del pescado y de las vísceras putrefactas. Su *garum pompejanum*, un condimento salado, se vendía en todo el mundo y reportaba considerables ingresos a las arcas de la ciudad, aunque también la fama de hedonistas a sus ciudadanos. Escauro elaboraba su garum a cielo abierto en la Puerta de la Sal, donde las acémilas descargaban la sal extraída en la orilla del mar y donde el poco distinguido vecindario portaba el sobrenombre de salienses. En grandes cisternas de salmuera se maceraban allí la carne y el pescado, en sustancia asaduras de matadero, caballa y atún. La sazón requería unas semanas; al cabo, se daba cuerpo al producto cociéndolo y añadiéndole leche agria. Así obtenía Escauro el preciado condimento. El método exacto, no obstante, seguía siendo su secreto.

Los corderos de un mercader llamado Estacio balaban insistentemente; algunos se lanzaban con tal fuerza contra la cerca que la corraliza amenazaba con saltar por los aires.

—¿No le tendrán ahora miedo al cuchillo? —Afrodisio tuvo que gritar para que lo oyese el vendedor, que solía sacrificar a los animales ante los ojos de la parroquia. El mercader no pudo contestar y se limitó a arrojar el dinero porque un gallo de vistoso plumaje se había librado de las ataduras y ahuecaba el ala con gran escándalo. Muerto de miedo, el animal saltó a la cara del moreno esclavo asiático que le salió al paso desplegando los brazos; le propinó tal sarta de picotazos y arañazos que el siervo tuvo

que claudicar bañado en sangre. El percance alborotó al resto de animales del mercado, aumentando hasta lo insoportable el balido de las cabras, el mugido de los terneros, el cacareo de las gallinas y el graznido de las ocas; un buen número de las matronas que habían acudido a comprar al mercado acompañadas de sus esclavos salieron asustadas a la calle.

—¡Por Baco! —exclamó Afrodisio—. ¡Ni que las persiguieran las ménades!

La entrada del mercado estaba flanqueada por el caramanchel de una casa de cambio y una taberna. Ante ésta se había arremolinado un grupo alborozado de gente en torno a una mujer de grata exuberancia. Plantada en lo alto de un cesto vuelto del revés, con los brazos en jarras y apartándose de vez en cuando la espesa cabellera del rostro, pregonaba la mujer a voz en cuello los méritos de Vibio Severo, hombre predestinado por su integridad al cargo de edil, según decía.

La gallarda se llamaba Áscula; era esposa del tabernero Lucio Vetucio Plácido y todo el mundo en Pompeya conocía bien su nombre, que en el descuidado dialecto local (del que los romanos hacían mofa pues se tragaban la mitad de las vocales) se reducía a «Ascla». «Ascla» sonaba a chasquido de la lengua y a requiebro, el dedicado a una mujer por quien se habrían empeñado unos cuantos viñedos del Vesubio con tal de obtener un solo favor de ella. *Sed varium et mutabile semper femina*: Áscula, que a diario despertaba los más ardientes deseos contoneándose entre las mohosas cubas y las sartenes mugrientas del antro de Plácido, se movía con garbo entre las toscas mesas de madera ostentando ropa ceñida y senos opulentos como los de Diana, era un dechado de honestidad; al menos nunca había trascendido sobre ella el menor escándalo, ni bajo la especie del más leve rumor.

Que Áscula fuese tan temida como codiciada bien podía deberse (lo mismo había pasado con Agripina, la madre del Divino), primero, a su manera de conjugar belleza e inteligencia, y segundo, a cómo reaccionaba todo pompeyano de pronto en cuanto oía pronunciamientos políticos de labios de una mujer: invocando a Júpiter y ofrendándole dos palomas… ¡Oh tempora, oh mores! Y ahí la guapa Áscula no se recataba, de modo que el candidato postulado por ella podía dar por segura su elección.

—¡Si hablo en favor de Vibio Severo —porfiaba Áscula desde lo alto de su pedestal de mimbre— es porque Severo ha jurado solemnemente que si se le elige desempeñará su cargo en provecho de todos; que si se le elige supervisará templos, calles y mercados prescindiendo de intereses particulares y especialmente de los que buscan provecho con sobornos, porque ha jurado cortar las manos que se le tiendan con dinero sucio!

—¡Severo, edil! —Se oyeron voces aisladas entre el gentío—. ¡Hay que elegir a Severo!

Vesonio y Próculo siguieron con interés la intervención de la tabernera, pendientes de identificar los aplausos y comprobar que provenían de quienes en el foro vendían sus firmes adhesiones al mejor postor.

—¡Buena falta te hace a ti! —graznó un hombrecillo entrado en años, poco sensible, al parecer, a los encantos de Áscula—. Mucho predicar justicia y honradez y en la tasca vendes purrela del Vesubio como falerno. ¡Baco tendría que castigarte!

Ahí se colmó la paciencia de la tabernera. Se apeó de un salto del canasto, agarró al hombrecillo, que levantó asustado los codos como un niño que intenta protegerse del varapalo de maestro, y lo plantó en lo alto del cesto.

—¡Ea, mirad, contemplad tamaña pena de criatura, que Príapo adornó con prendas de hembra! ¡Mirad cómo se desgañita, si parece heraldo anunciando los juegos! Vamos, cuenta, ¿qué tienes tú que reprocharme a mí? —Por el brío con que lo zarandeó fue para temerse que no se le desarmaran brazos y cabeza al desangelado individuo. Luego prosiguió exaltada—: Vamos a ver, hijo de zancudo y puta retirada, ¿tú sabes distinguir acaso entre mosto y leche de cabra? Mira lo que te digo, y fijaos bien los que me estéis escuchando: ¡en casa de Plácido se sirve única y exclusivamente falerno digno de ese nombre, de las viñas de los Vibios y los Arrios, de los campos que hay entre la milla dieciséis y la diecisiete de la Vía Apia! ¡Y ahora, ya te puedes largar!

De un furioso empujón, Áscula apeó al viejo de su pedestal. El hombre tropezó con la muchedumbre, donde se lo fueron pasando de uno a otro hasta que consiguió abrirse camino por su propio pie.

—Yo no he salido —prosiguió la tabernera— para alabaros el falerno tinto. Bien lo conocéis los hombres de Pompeya, mejor que los de Roma, que siguen rebajando el vino con agua. Lo que quiero es contaros por qué Vibio Severo es quien merece ser edil.

—Ha sido esclavo, es un liberto que debe obediencia a su patrón Valente —dijo Marco Póstumo, un gordo criador de ganado—. ¡Por Júpiter, ese hombre no es dueño de sus actos!

—¡Pues sostengo lo contrario; él sí es dueño de sus actos y nuestras leyes lo amparan para desempeñar ese cargo! —replicó Áscula—. A lo mejor es más independiente que tú, Póstumo. Al menos, Severo no tiene que consultarle a la mujer todo lo que hace.

La concurrencia estalló en risas y aplausos y Póstumo se marchó con la cara encendida abriendo paso a su oronda figura entre la muchedumbre.

—¡Pompeyanos-Áscula retomó el hilo, —si me pronuncio en favor de Severo no es por beneficio propio…!

La tabernera se interrumpió para alzar aterrada la mirada al cielo. Había percibido un graznido bronco que enseguida acabaron por oír todos los presentes, un canto que inspiraba una pena estremecedora. Pero antes de que la gente lograse orientarse y determinar su origen se estampaba algo de gran tamaño y color claro ante el portal principal del *macellum*; viose un surtidor de sangre y plumas dispersándose para oírse instantáneamente el golpe seco de un cuerpo chocando contra el suelo.

—¡Si es un cisne, un cisne!

El descubrimiento se propaló como un grito entre la gente mientras una anciana elevaba sus manos al cielo exclamando: ¡Júpiter nos asista, qué mal presagio!

El consternado silencio y el desconcierto con que los exaltados pompeyanos encajaron en un primer momento el insólito suceso se transformó pronto en aspavientos y algarabía. Cada cual se empeñaba en haber visto caer al animal desde una dirección distinta: de poniente, de levante, del mar, del norte, del lago Averno; se sostuvo incluso que había caído del cielo en vertical, fenómeno nada extraño pues el cisne no dejaba de ser animal de tiro del carro de Apolo. Bastó que tomase la palabra Marco Holconio Rufo, anciano sacerdote del templo de Júpiter, que a lo largo de su vida había desempeñado todos los cargos y dignidades de la ciudad, para que súbitamente callase la desazonada hueste.

Con voz temblorosa expuso Rufo que en su larga vida había presenciado gran cantidad de malos presagios, desde animales sacrificados que portaban el corazón en el otro lado hasta hígados de carnero sin prolongaciones, además de relámpagos del siempre agorero mistral; pero aquél era el más aterrador de todos. Concluyó su intervención implorando a los dioses que se apiadasen de Pompeya.

Despedazado como si hubiese combatido con el águila de las montañas yacía el orgulloso animal sobre el mármol del foro, la vera efigie de muerte y desolación. Los pompeyanos fueron presa de la repugnancia. Mas Rufo, el anciano que ignoraba su edad porque no había conocido a sus padres, rompió a llorar ante el cuerpo inerte proclamando entre lágrimas que los cisnes sólo cantan una vez en su vida, cuando van a morir, y que aquel cisne había buscado voluntariamente la muerte para escapar de un infausto porvenir.

Muchos de los presentes, entre ellos Terencio y Vesonio, se retiraron del lugar intimidados por lo inexplicable del oráculo.

En Pompeya podía ganar una fortuna el primer adivino ambulante que llegase, siempre que sus predicciones fuesen favorables. Pompeya era la ciudad de la alegría vital y allí no cabían ni las desgracias, ni el dolor, ni los fracasos. Más de un adivino agorero había salido a palos de la ciudad, pues no había quien quisiera enterarse de lo que nadie mandaba que pasase. Al sacerdote Marco Holconio Rufo lo libraron de semejante final su edad y su sabiduría.

Afrodisio había seguido con gran ansiedad los lamentos de Rufo. Se acercó a él y le preguntó:

—Dime, ¿cómo debemos aplacar la ira de los dioses?

—Rezando, hijo —respondió el sacerdote—, rezando y ofreciendo sacrificios en el templo de Apolo; el cisne es su animal sagrado.

El templo de Apolo se encontraba al otro lado del foro, en un recinto sagrado rodeado de columnas que constituía el mayor santuario de la ciudad. Según recordaba una inscripción de oro en el mármol del suelo, el suntuoso templo había sido erigido por el cuestor Campanio en honor de la divinidad del oráculo de la Sibila; posteriormente había sabido darles realce al templo y renombre a su curia el

emperador Augusto, devoto de Apolo, el dios de la paz y de la iluminación espiritual, hasta adoptarlo como su divinidad protectora.

Entre las columnatas del foro tenían los mercaderes ambulantes su género a la venta: sandalias, calzado de piel suave y delicada, fardos de telas, loza muy cotizada llegada de las colonias, herramientas y utensilios domésticos primorosamente acabados, hoces, cadenas y aparejos para las caballerías, bisutería y un sinfín de golosinas. Aunque también en el foro la gente parecía presa de una extraña desazón. En contraste con otros días en que los tratos se cerraban sin agobios, los mercaderes se dirigían a la clientela de malos modos o estallaban en improperios a voz en cuello mentando sin tasa a Mercurio. Los perros cruzaban corriendo la plaza sin parar de ladrar, los cuervos trazaban ruidosos círculos en torno a los frontones. Afrodisio no había visto en su vida nada igual.

Corrió un murmullo por el foro. Bajando la voz los pompeyanos se advirtieron mutuamente de la presencia de Eumaquia, la sacerdotisa que en aquel momento atravesaba la plaza. Hija de Lucio, Eumaquia era la mujer más rica de la ciudad; suyo era el monopolio del comercio de lanas, era dueña de más viñas que los restantes viticultores juntos y extraía inmensos beneficios de los tejares que poseía. Como de costumbre, Eumaquia iba acompañada de su hijo Numistrio Fronto, un joven de aspecto enteco que con el dinero de su madre prestaba ayuda a la compañía de Paris, un teatro ambulante que parecía haber recalado definitivamente en Pompeya. El más ardiente deseo de Fronto era convertirse en actor, pero Eumaquia se oponía resueltamente a ello porque el muchacho tenía que hacerse cargo del emporio de los Eumaquios. En Pompeya circulaba el rumor de que la relación que mantenían ambos no era la común entre madre e hijo. Se murmuraba que el amor de Eumaquia hacia su hijo no era el propio de una madre, sino que se había convertido en su amante con tal de no verlo en brazos de otra mujer, como ya (*vivant sequentes*) sucediera con Agripina y Nerón.

En el costado de levante del foro, Eumaquia poseía un establecimiento casi tan grande como el *macellum* entero. Quienquiera que entrase en el Palacio del Comercio, aquel templo del dinero, tenía que pasar ante una estatua en mármol blanco de Eumaquia, y si desafiaba a la ostentación con la frente alta topaba en el arquitrabe con la siguiente inscripción:

En su nombre y en el de su hijo Numistrio Fronto sufragó Eumaquia, hija de Lucio y pública sacerdotisa, la construcción de antecámara, pórtico y atrio para mayor gloria de las diosas Concordia y Piedad Augusta.

Los pasos de Afrodisio se cruzaron en el centro del foro con los de Eumaquia. El joven se ruborizó, deteniéndose para permitir que pasasen la sacerdotisa y su hijo. El cortejo de dos esclavas precediéndoles y dos más siguiéndoles procuraba notable distinción al conjunto de madre e hijo.

Fronto y Afrodisio debían de ser de la misma edad, poco más de dieciocho años; pero cuando éste reparó en la elegancia del porte de Eumaquia, realzado por los

pliegues de la túnica, en el rostro de alabastro enmarcado por el cabello ondulado, la viva imagen de una diosa griega, se vio sorprendido por la mirada que le lanzaron los misteriosos ojos oscuros de la sacerdotisa y sintió que la sangre se le agolpaba en la cabeza. La sacerdotisa pareció percatarse; la dama inclinó levemente la cabeza y en su rostro le asomó una sonrisa.

Antes de que el joven pudiese hacer una reverencia o bajar siquiera el mentón, la señora había terminado de pasar sin darle tiempo a responder a la sonrisa. ¡Qué mujer! Paralizado como si le hubiese caído el rayo de Júpiter, quedó inmóvil Afrodisio, sin atreverse a mirar en derredor; a sus pies, el suelo parecía temblar. Tomó impulso y prosiguió su camino. ¡Por Cástor y Pólux, qué calor, qué fuego desprendía aquella mujer! Cuánto no hubiera preferido Afrodisio en ese instante volver sobre sus pasos, postrarse a los pies de la sacerdotisa y rendirle veneración al igual que en casa de su amo a los lares.

—¿Te gusta, no es verdad? —El viejo pañero Vecilio Verecundo devolvió a Afrodisio a la realidad.

—No sé de qué me hablas, Verecundo —afectó el muchacho.

—No disimules, hombre —dijo con una sonrisa Verecundo mientras le daba una palmadita en la mejilla—, que hasta a un viejo Filemón como yo puede agradarle una mujer tan hermosa.

Aunque se consideraba demasiado crecido para tales expresiones de afecto, Afrodisio no opuso resistencia. Al fin y al cabo, conocía al viejo desde su más tierna infancia. Verecundo era liberto, como él mismo; tras media vida de leal y laborioso servicio a su amo, éste le había otorgado la libertad proveyéndolo a la vez con un peculio que le había permitido abrir un pequeño taller de pañería.

—Tiene la hermosura de una diosa… —apuntó turbado Afrodisio, mas al advertir que Verecundo no reaccionaba añadió enseguida:

—Iba al templo de Apolo, a quemar incienso.

—¿A estas horas?

—¡Los dioses no saben de horas!

—¿Y por qué tan piadoso?

—Por un mal presagio. Ante la puerta del mercado se ha estampado un cisne; ha caído del cielo lanzando un canto que arrancaba el alma. Augura calamidades, dice Rufo.

—Rufo es un sabio —respondió Verecundo—. ¿Por qué, válgame Apolo, ha de entretenerse con profecías?

—¿No crees en presagios? —inquirió Afrodisio con cautela.

—En los de cisnes, no; tampoco en los de vísceras de animales sacrificados.

—¡Pues con esos presagios se anunció la muerte del divino César!

Verecundo tomó al muchacho por el brazo:

—Créeme, Afrodisio, el divino César habría acabado de todas maneras bajo el puñal de sus asesinos; no hacían falta presagios.

Afrodisio iba a responder pero no pudo porque un chivo enfurecido, suelta tras de sí la soga del pastor, se abalanzaba directamente contra él. El joven se percató demasiado tarde y antes de poderse precaver había volado por encima del chivo y rodaba por el suelo del empellón que le propinó el iracundo animal.

El viejo se echó a reír y, marchándose, le espetó maliciosamente:

—¿Otro mal presagio, no?

Al levantarse y sacudirse la ropa se notó los codos magullados. Hablando con el viejo había resuelto hacerle caso y zanjar el cúmulo de extraños incidentes atribuyéndolos a la pura casualidad; pero pronto le asaltaron de nuevo las dudas. Nunca en la vida había visto matarse a un cisne, nunca en la vida había hecho mella en el *macellum* semejante desasosiego en personas y animales. ¿Y qué decir del chivo que sin más ni más lo había tirado por el suelo en pleno foro?

El joven se sintió sobrecogido. A pesar de que en Pompeya reinaba el terso azul del cielo primaveral, Afrodisio se sentía preso de una angustia inexplicable. En la cabeza notaba el retumbar de un fragor remoto, insondable; tenía la sensación de que las sienes le latían como si se las martillease el herrero de la Vía Pompeyana. Sentía unas ganas irrefrenables de salir corriendo, de salir volando sin saber hacia dónde; por más que quiso henchirse los pulmones del suave aire de la mañana, se lo impedía la sensación de llevar un cinturón extremadamente apretado que le oprimiese el pecho; se notó la nuca sudada y un violento temblor de piernas; imaginó que se habría contagiado de alguna de las epidemias que de vez en cuando traían los mercaderes de África.

Con paso vacilante buscó Afrodisio refugio en el recinto sagrado del templo de Apolo, a resguardo de la algarabía del vecino foro. Cuando hubo alcanzado la columnata se sentó en el suelo, apoyó la cabeza contra las rodillas y cerró los ojos. Cerrino, el médico de la Puerta de la Sal, podría darle seguramente algún remedio con sus pócimas de galio. La idea le tranquilizó y alzó los ojos.

Eneas lo contemplaba desde el inmenso mural que decoraba el interior de la columnata. Artistas griegos habían revivido allá escenas de la Ilíada y la gente acudía de lugares muy distantes a contemplar aquel derroche de colores. Cuanto con cien veces mil palabras había contado el ciego cantor, la artera toma de Ilión tras los diez años de asedio motivado por el rapto de la bella Helena, mano griega (nadie acertaba a dar el nombre del artista) lo había convertido en un prodigioso festín de colores, logrando así la recreación más fidedigna posible. A los ojos de los pompeyanos nada superaba en bienaventuranza al deseo de los descendientes de averiguar la apariencia de los antepasados. El artista tampoco había escatimado ni luces ni sombras, tanto en su distribución (considerábase exponente de perfección la representación afortunada de unas y otras) como en la gradación que debía reinar entre ellas, lo que los griegos denominan tonos, lograda en su volubilidad con mano maestra. Los pompeyanos no discutieron el precio de las pinturas cuando se trató de culminar aquella orgiástica evocación del heroico antecesor que halló refugio en tierra itálica tras librarse del

incendio de Troya; en la pintura refulgía Eneas en luminoso bermellón, el venerado color extraído del cinabrio, aquel mineral más preciado que el oro cuya tintura se destinaba a dar color al rostro del Júpiter Capitolino en festividades solemnes.

Se contaba que un ateniense llamado Kalias había descubierto el resplandeciente bermellón cinco siglos atrás; pero el hallazgo no se había producido buscando nuevos colores, sino al intentar convertir en oro la arena rojiza de una mina de plata sometiéndola al fuego. ¡Auri sacra James!

Ya fuese el cinabrio, que los pompeyanos denominaban «sangre de dragón», el almagre natural de Sinope, el tóxico escarlata o el vulgar rojo sirio de la alpañata local, las gentes de aquella ciudad vivían sumidas en el color rojo, adoraban el lujo sagrado de ese color, lo aterciopelado, lo sanguinolento, el sexo. No había ninguna casa en Pompeya en la que no se encontrara una pared pintada de rojo, ya fuese el bermellón del atrio de los dioses o el rojo etíope de ocho ases la libra en las deterioradas casas de los salienses.

Afrodisio siguió con la vista el relato homérico hasta reconocer a Eneas sacando a su padre de Troya a hombros, Anquises, tullido por obra del rayo. Bajo el resplandor del fuego su armadura lanzaba destellos escarlatas, un humo oscuro envolvía torres y murallas. Una de las torres de defensa amenazaba con derrumbarse, la silueta de una grieta atravesaba el muro de arriba abajo, parecía incluso que la fisura aumentase de tamaño y que la construcción estuviese a punto de desmoronarse.

Estaba Afrodisio tan abismado en la contemplación de la pintura que ni siquiera oyó los angustiosos gritos que atravesaron el recinto sagrado del templo. Cuanto más se enfrascaba en el mural, más efectos nuevos descubría. Al pie de la muralla había guerreros troyanos junto a sus escudos deshechos debatiéndose en el suelo por cobrar aliento; por encima de ellos saltaban al vacío troyanos desde las almenas y repentinamente la pintura pareció cobrar vida: Afrodisio oyó el estremecimiento de la construcción y el polvo penetrante de la piedra le subió por la nariz. En las murallas de Troya no dejaban de abrirse grietas, las torres de defensa se inclinaron unas hacia otras y, súbitamente, la muralla comenzó a quebrarse con amargo quejido.

Afrodisio tardó en darse cuenta de que el desastre no era obra de su imaginación sino pura realidad.

Las columnas que circundaban el recinto sagrado subían y bajaban lentamente, los capiteles saltaban por los aires con estrépito ensordecedor y las hojas de acanto primorosamente esculpidas caían al suelo cual hojarasca otoñal. Estupefacto, Afrodisio dio unos pasos hacia la calle, se restregó los ojos, se llevó las manos a la boca: el templo de Apolo, orgullo del pasado de Pompeya, se deformaba como cualquier miserable casa reflejada en los charcos de la calle de las Termas. A su lado pasaron corriendo hombres y mujeres gritando, dos sacerdotes arrastraban escalinata abajo a un tercero, al cual la cabeza le pendía sobre el pecho. ¡Por Júpiter, la tierra temblaba!

Afrodisio quedó inmóvil; notó el fragoroso estruendo bajo sus pies, sintió que una

fuerza invisible lo levantaba para bajarlo en seguida de nuevo; apenas podía mantenerse en pie. El suelo temblaba sin llegar a abrirse; las ondas llegaban hasta donde él estaba como lo haría el agua en el mar sereno. La Venus emplazada en la gran columna que había ante el templo giró sobre sí misma como si bailase, hasta que perdió el equilibrio y cayó en dirección opuesta a la columna. Del friso del templo saltaban con desparpajo infantil imágenes que se hacían añicos estrepitosamente en cuanto tocaban la amplia escalinata. La columna angular del templo se quebró repentinamente cual tallo bajo espiga mojada, durante unos instantes el arquitrabe quedó suspendido sin apoyo alguno, a continuación se troncharon la segunda y la tercera columnas; lentamente, con exasperante lentitud, como si intentase hacer frente a la desolación, fue hundiéndose el flanco derecho del frontón, objetivo inveterado de las impetraciones de generaciones de pompeyanos, hasta resquebrajarse por la mitad como si de una rama seca se tratase y caer con estrépito; la sofocante nube de polvo envolvió el santuario destruido, cual manto con que un caudillo mortalmente herido se cubriese en señal de duelo.

Afrodisio tenía dificultades para respirar; el fino polvo de las piedras le había penetrado los pulmones, no paraba de toser y escupir, terminó perdiendo la orientación. ¿Dónde quedaba la abertura del muro que daba al foro? La columnata empezaba ya a temblar. En cuanto cayese el primer pilar seguirían los restantes. ¡Absit! Afrodisio se dirigió tambaleándose hacia el lugar donde suponía que estaba el paso, pero el polvo blanco le vedaba la visión. De todas partes caían piedras que se estrellaban contra el suelo, tropezó con un sillar y se dio tal golpe en la cabeza que lo vio todo negro, trató de levantarse, notó un escozor en la frente, acabó de levantarse y continuó a tientas. Desconsolado, continuó trastabillando por inercia hasta la columnata. Notó que pisaba esquirlas de mármol y, de repente, un resplandor: ¡la brecha!

Del hueco salvador le separaban aún unos pasos. Habría podido salir corriendo para escapar de aquella pesadilla, pero se detuvo. Por motivos inescrutables se detuvo, miró hacia arriba, hacia las junturas, donde crujían unos sillares desencajados, y antes de poder hacerse una idea clara de lo que pasaba, se dio la vuelta y regresó dando tropezones por donde había venido. En ese instante empezó a derrumbarse la columnata; cada columna empujaba a la siguiente.

En el lado opuesto, en la calle del Mar, estaba la entrada principal del templo. Era más amplia y espaciosa que el acceso del foro. Quizá hubiera allí una escapatoria. El polvo cegaba a Afrodisio.

Los ojos le lloraban. Mientras avanzaba a rastras y a tropezones se notó sangre en el dorso de la mano; debía de habérsela enjugado de la frente. Poco le importó. La tierra retumbaba y le invadió un nuevo temor: el suelo era blando, podría abrirse y tragárselo como hizo Plutón con Perséfone cuando la secuestró por una grieta abierta en la tierra.

El portal mayor aún se tenía en pie, pero cuanto más se aproximaba Afrodisio,

más lo intimidaba el temblor que sacudía la construcción. Si quería salir con vida de aquel tembladero tenía que correr, arriesgar lo que fuese, por todos los dioses de Roma, ¡tenía que hacerlo! Afrodisio se echó a la carrera, ciego, alocadamente, despreciando a la muerte, ¿qué venía a valer su vida? Y por primera vez en su vida hizo Afrodisio balance. En un instante, debatiéndose denodadamente por cobrar aliento, se percató espantado de que no había nada que lo uniese especialmente a la vida. El pavor no se lo inspiraba tanto la muerte misma como el dolor que pudiera comportar la muerte, el sufrimiento de la agonía.

El joven cruzó, dando gigantescos saltos, el portal que se desmoronaba. La calle del Mar parecía un erial de la Campania en primavera, tal era la siembra de grisáceas piedras amontonadas por doquier. A la derecha, el tribunal se mantenía en pie, aunque estaba seriamente dañado. De su interior surgían estremecedores alaridos de los hombres atrapados adentro, aprisionados sin salvación entre los escombros. ¿Y a Lusovia, su madre, a Imeneo, su padre, qué podía haberles ocurrido? Y a Sereno, su patrón, ¿qué habría pasado en la casa de la Vía Estabiana?

El foro semejaba un campo de batalla. Se contaban a centenares las personas tendidas por el suelo. Dando trompicones pasó Afrodisio por encima de las que halló en su camino hacia el templo de Júpiter, donde sólo se había caído una columna. De su interior emergían densas columnas de humo negro que en la calle se mezclaban con el polvo gris. Cual tamborileo de pregonero, contenido al principio y resueltamente sonoro luego, se anunció el sordo estruendo del segundo seísmo. Afrodisio se detuvo, miró en busca de refugio a su alrededor, notó que el movimiento de la tierra lo levantaba, lo dejaba otra vez en el mismo sitio y seguía hacia el templo de Júpiter, vio cómo se adueñaba de la escalinata que por un momento pareció el casco de una nave levantándose contra el oleaje, vio cómo saltaban los escalones por los aires cual trizas de leña y vio cómo la ondulación llegaba a las columnas del pórtico elevándolas con fuerza incontenible. El templo de Júpiter, enorme y esplendoroso, se alzó por los aires como un potro refrenado por las riendas, mantuvo un instante esa postura y terminó derrumbándose con barahúnda ensordecedora y cegadora de ruido y polvo, tanto más deprisa de lo que hubiera cabido esperar de semejante edificio. Una nube de polvo ascendió hacia el cielo ocultando el sol y Afrodisio comenzó a rezar, temeroso y a media voz primero, luego profiriendo con ira sus oraciones con gritos de enojo:

—Júpiter óptimo Máximo, tú que con el cetro envías los rayos y los truenos, tú que reinas sobre el sismo, sobre el viento y sobre las olas, ¡deja que viva esta ciudad!

Como si Júpiter hubiese atendido las súplicas del pompeyano, el atronador estrépito de la tierra cesó, dejando tras de sí los gritos y el fantasmagórico desplome de piedras que prosiguió de manera esporádica. El *macellum* era a todas luces la edificación que mejor había soportado el seísmo; la esperanza de que el arco de triunfo de Tiberio hubiese resistido no se cumplió, pues, al desplomarse, el templo de Júpiter había arrastrado al otro monumento. A la vista quedaron montones de

escombros y piedras, por todas partes emergían asfixiantes nubes de polvo. Con el polvillo dentro de los pulmones, Afrodisio no dejaba de escupir una mucosidad blanca.

Preocupado por dar con sus padres y con su patrón, que siempre lo había tratado bien, siguió Afrodisio adelante. En la calle del Foro encontró una gran cantidad de agua. Se habían reventado las cañerías de plomo de las termas, como también se habían hundido los corpulentos atlantes que soportaban la vistosa bóveda de la entrada. Tampoco la esperanza de que el terremoto hubiese sido más benévolo con las construcciones menores se vio cumplida; al contrario, del pequeño templo de Fortuna Augusta no quedaba piedra sobre piedra y las viviendas de la calle de la Fortuna estaban reducidas a escombros, como si las hubiese aplastado un puño gigantesco.

Afrodisio echó a correr tan rápido como buenamente pudo. Imaginándose a sus padres sepultados bajo los escombros de la casa, vivos aún y esperando auxilio, aceleró sus pasos, aunque cada uno era un tormento. Llevaba en carne viva la planta de los pies y en la espinilla una herida profunda. Ante la casa de Apio, o por mejor decir, ante sus ruinas, lo detuvieron dos mujeres que intentaron llevárselo implorándole que las ayudase a desescombrar una ruina con las manos. Pero Afrodisio se deshizo de ellas. El dolor, el desamparo y la desesperación patentes en el rostro de las mujeres le anegaron los ojos de lágrimas.

Afrodisio no recordaba haber llorado nunca. Ser hijo de esclavo curte. Te marcan al fuego y eres un instrumento que habla, has de vivir donde te haya tocado en suerte, tienes que hacer lo que se te mande, pueden torturarte si te acusan de embustero y la ley te discrimina permitiendo que se te castigue con más severidad que a un ciudadano libre. Por más que Séneca, el ambiguo filósofo doméstico del divino Nerón, se hartase de predicar que los esclavos eran personas, el esclavo seguía siendo alguien de segunda que tenía prohibido vestir toga.

Por qué razón él, Afrodisio, había sido emancipado por su patrón el día que cumplió dieciocho años, era algo que seguía sin comprender. Su relación con el amo, como la de éste con él, no había excedido hasta entonces el trato estrictamente correcto, pero a partir de aquel día pasó a sentir por el patrón honda simpatía y franca gratitud. Con la emancipación le cabía la esperanza de borrar la tacha innata a todo esclavo tal y como se lava un sayo sucio.

Llevaba el corazón en un puño cuando dobló la esquina para entrar en la calle de Estabia.

Gracias a Júpiter la casa seguía en pie, salvo la fachada de la calle, que parecía haberse desplomado.

Sin embargo, a medida que se acercó distinguió mejor la espesa humareda que salía de las ventanas laterales. Se habían derrumbado las dos puertas de la casa de Sereno, la particular y la comercial.

De los escombros ascendían columnas de humo, el olor era repugnante.

Hasta que no hubo llegado a la casa no se dio cuenta Afrodisio de que, lenta pero

inexorablemente, la construcción se mecía como la copa de un árbol alto. El piso superior y su galería corrida ya sólo se sostenían sobre las columnas del patio; las paredes anterior y posterior se habían derrumbado. Sólo podía entrarse por la puerta lateral.

—¡Padre! —gritó apesadumbrado—. ¡Madre! ¿Me oís?

El crepitar del fuego fue la única respuesta que le llegó a través de la angosta abertura.

—Asísteme, Júpiter —exclamó Afrodisio bajando la voz—. Era una jaculatoria pero también una exhortación a sí mismo, una tentativa impotente de darse ánimos y superarse a sí mismo, resignado como ya estaba a entrar de un salto en la casa y recorrer el largo pasillo que le separaba de la sección trasera; imaginaba a su madre en la cocina y a su padre en el cobertizo. Habría podido ir con los ojos cerrados, pero volvió a levantar los ojos y vio que las columnas del balcón se sacudían y el pavor a quedar sepultado bajo los escombros le paralizó las piernas.

Afrodisio no sabía cuánto tiempo permaneció inmovilizado de aquella manera, pasmado, rígido, sin respirar, sin pensar en nada, abandonado al terror que lo agarrotaba. Fue necesario un grito estremecedor para despabilarlo. El muchacho no podía precisar si el alarido procedía del interior de la casa, pero bien podía ser de su padre, que se viese rodeado por las llamas y pidiese auxilio… mientras Afrodisio se inhibía y contemplaba el derrumbamiento de la casa pasto de las llamas. La imagen lo espoleó a tomar la iniciativa.

Agarró un andrajo que le colgaba del manto, se lo colocó en forma de mascarilla, respiró hondo y se precipitó al interior de la casa. No volvió a mirar hacia arriba, sabía que cuanto viese mermaría el coraje y sepultaría la última esperanza que quedaba. Afrodisio cruzó la puerta de un salto, cerró los ojos ante el lacerante humo, siguió adelante guiándose con la mano izquierda levantada a guisa de bastón y giró hacia la derecha. El calor era abrasador. A lo largo del extenso pasillo resonaba el fragor del fuego dando ocasión a los peores presentimientos. Abrir los ojos era ver humaredas entre rojas y doradas. Así llegó hasta el triclinio, una estancia de planta rectangular; estaba vacío. Dentro de lo que le permitía distinguir el humo pudo ver restos de loza esparcidos por todos lados.

El foco del incendio no parecía estar allí sino en la sección de la cocina, donde los lares velaban por el fuego del hogar.

—¡Madre! ¡Madre! —exclamó Afrodisio mientras se abría paso con creciente dificultad. Las paredes de la casa crujían, podían derrumbarse en cualquier momento sepultándolo bajo ellas, pero no debía imaginarse esas cosas, sobre todo en aquel momento. Cada vez costaba más respirar.

Cuanto más se acercaba al fuego, más creía que los pulmones se le abrasaban.

Llegó aturdido al atrio, el espacio central interior sin ventanas, mas vio frustrada su esperanza de que el humo allí saliese por la abertura del techo. Al contrario: el hueco avivaba el rugido del fuego.

El suntuoso mobiliario distribuido junto a las paredes y los espesos cortinajes colgados en los extremos habían empezado a arder exhalando un olor asfixiante.

Afrodisio sumergió el harapo en el impluvio, el estanque de mármol donde se recogía el agua de lluvia del tejado. Apretándose el trapo mojado contra la boca y la nariz, siguió avanzando a trompicones, sin parar de toser, resoplando, hasta dar con una muralla de fuego que le cerraba el paso.

—¡Madre! —gritó insistentemente—. ¡Madre!

Pero no hubo respuesta que atravesase el furor del fuego. Le rodaron unas lágrimas sucias por las mejillas, del calor le dolía el cuero cabelludo, la piel le ardía.

Afrodisio no sabía bien qué hacía allí, pero algo lo impelía a atravesar aquella muralla de fuego y tenía que hacerlo rápidamente. El joven tuvo entonces una idea: retrocedió corriendo hasta el impluvio y se revolcó en él como haría un potro contra el polvo de la dehesa, mas cuando estaba a punto de colocar el pie en el borde del estanque la techumbre se derrumbó cayendo encima del fuego.

Empezaron a saltar por los aires elementos del atrio; los casetones del artesonado cayeron con estrépito en las llamas, de la pared se desprendió una pilastra que cayó contra el suelo estallando en mil pedazos. Cuanto se había iniciado lentamente proseguía ahora en secuencias endiabladamente rápidas y Afrodisio fue preso del pánico. ¿Podría salir vivo? Chorreando agua trató de deshacer el camino.

En el *tablinum* tropezó y cayó cuan largo era en el suelo; gimiendo de dolor, desmoralizado y aturdido tardó unos instantes en levantarse. Afrodisio deseó dejar de vivir, anheló dormir y no volver a despertarse nunca más, morir de una vez. La idea le tentó unos segundos pero enseguida regresaron las ganas de vivir; acopió fuerzas, intentó cobrar aliento y en ese instante reparó en el bulto que le había hecho tropezar. ¡Por Júpiter! Afrodisio se retiró de la cara el pelo mojado y se llevó los nudillos de los índices a los ojos medio entornados recelando de lo que se ofrecía a su vista: allí tendido se encontraba Sereno, su patrón, arrebujado como un gato y con el codo levantado, protegiéndole la cabeza, inmóvil.

—¿Amo? —exclamó Afrodisio incrédulo, pero nadie le respondió—. Entre sollozos el joven agarró por las axilas el cuerpo rechoncho y retrocedió llevándolo a rastras. Largo, infinitamente largo le resultó el pasillo tenebrosamente invadido de humo. De cada uno de sus poros le brotaba un sudor ardiente, cada vez que inhalaba aire era como si le clavasen púas candentes en los pulmones.

Por fin se distinguió un claro.

Afrodisio arrastró a su patrón hasta la calle. Una vez allí miró con gesto de súplica a su alrededor. Por su lado pasaron gentes corriendo, pero nadie le hizo caso; cada cual soportaba el peso de su propia suerte. Afrodisio sollozó desconsoladamente, y mientras acomodaba a su amo en el pavimento, mientras le levantaba y bajaba los brazos exánimes, mientras borraba con la mano el hilillo de sangre delatado por una marca oscura que discurría desde la boca por la barbilla hasta el cuello, justamente entonces efectuó Afrodisio un descubrimiento estremecedor: el

patrón llevaba un puñal clavado en el cuello, hasta la empuñadura.

Afrodisio se echó a temblar. Con extrema precaución, como si se tratase de hierro ardiendo, tocó primero el mango curvo, para agarrarlo decididamente luego, extraerlo y lanzarlo hacia la casa en llamas.

Sereno emitió un leve suspiro. ¡Sereno estaba vivo! ¡Estaba vivo! Afrodisio se hubiera puesto a gritarlo a voz en cuello, mas Sereno abrió los ojos, no del todo, lo suficiente como para verle las pupilas. Las arrugas de la frente revelaban el esfuerzo que le suponía. E hizo la tentativa de pronunciar una palabra con los labios.

—¡Amo! —le susurró Afrodisio—. ¿Qué ha pasado?

La respuesta se redujo a un borboteo ininteligible. Sereno entornó los ojos, pero los labios siguieron moviéndosele:

—Popidio Pansa —efectivamente, Afrodisio percibió perfectamente esas palabras—, Popidio Pansa.

Seguro de haber consumado una gesta, Sereno abrió extremadamente los ojos; pareció desear llevarse consigo la imagen de aquel mundo en ruinas y llamas. Afrodisio creyó adivinar una sonrisa en los labios del patrón, dedicada a él. A continuación se le ladeó inerte la cabeza.

—¡Señor! —volvió a exclamar anonadado Afrodisio, con un hilo de voz—. ¡Señor!

Sucedía todo esto el cuarto día antes de las nonas de febrero, bajo el consulado de Publio Mario y Lucino Asinio, en el octavo año de reinado del divino Nerón.

2

DECIMILO BUSCA A SU hermana Decimila.

La familia de los Vetios debe dirigirse a Rufo, en la calle de Fortuna. ¿Sabe alguien el paradero de la pequeña Tulia, única hija del jardinero Floreal? ¡Esquilia, estoy vivo! Polo Con el terremoto el foro de Pompeya quedó convertido en una escombrera donde los testimonios de haber salido con vida quedaban reflejados en las inscripciones realizadas sobre restos de muros, losas o pilones que otrora fueran columnas. Muchos habían perdido el juicio; vagaban por las calles rezando o profiriendo gritos, o se escondían temblorosos entre las ruinas. De vez en cuando emergían del piélago de escombros tablillas de las que gustaban colocar los pompeyanos ricos en la entrada de sus casas, como *lucrum gaudium* —«el lucro regocija»—, o proclamas electorales pintadas en una pared: Votad a Marcelo. Organizará juegos espléndidos. Un gracioso había emborronado con un Mudada sin dejar señas la sugerencia de una taberna que resaltaba lo dudoso de su reputación con la inscripción Aquí mora la dicha.

La gente se arracimaba en torno a las listas de fallecidos expuestas en el foro: Verecundo, el pañero, había perdido mujer e hijo; Áscula a su marido, Plácido; Terencio Próculo murió al derrumbársele encima un muro; Numistrio Fronto, el hijo de la poderosa sacerdotisa Eumaquia, había quedado aplastado ante los ojos de su madre. También había fallecido Severo, el candidato a edil que tantas esperanzas despertara.

Lucio Cecilio Afrodisio había perdido a sus padres; perecieron junto con otros diecisiete esclavos entre las ruinas incendiadas. Aunque, sorprendentemente, no se sentía apenado sino abrumado por un vacío inmenso en el que cada vez crecía más la indiferencia. En ese extremo apenas se distinguía del resto de quienes habían

escapado a la catástrofe.

Siete días y siete noches ardieron las piras funerarias ante la Puerta de la Sal. Allí hicieron los pompeyanos inmensas hogueras donde quemaron a las víctimas del terremoto. Las urnas con cenizas fueron depositadas en las tumbas apresuradamente habilitadas en la Vía Consular.

Afrodisio observaba con indiferencia las llamas que consumieron el cuerpo de su patrón, sin derramar una sola lágrima. También Fulvia, la mujer de Sereno, que se salvó casualmente porque estaba de compras en el momento de la catástrofe, pareció seguir impasiblemente la ceremonia.

Cuanto Afrodisio experimentaba se reducía a la sensación de saberse solo, sin lazos, ni apoyos, ni porvenir. Afrodisio ignoraba si Fulvia había advertido la profunda herida que Sereno mostrara en el cuello; él desde luego no se la había descubierto. La conversación que ambos mantuvieron se ciñó a lo indispensable, como siempre había sido. Aparte de eso a Afrodisio le traía sin cuidado que el amo hubiese muerto asfixiado o apuñalado; el caso era que estaba muerto. Además, con la excitación del momento se había olvidado del nombre que Sereno le murmurara en su agonía.

La muerte de Sereno suponía para Afrodisio el final de un ascenso que acababa de iniciar.

Ciertamente, era un liberto, un ciudadano, estaba autorizado a vestir toga, podía moverse a su gusto desde Numidia al mar Germánico, desde Lusitania hasta la Partia, por Oriente. Pero un romano sin patrimonio era un mal romano, ni siquiera servía para el servicio militar. Tarde o temprano, con la fatalidad inexorable del oráculo de las parcas, se vería obligado a devolver la vara de manumiso y vender de nuevo sus servicios.

Pompeya, el orgullo de Venus en la Campania, estaba de luto. Donde hubo templos para exaltar a los dioses apuntaban ahora ruinas hacia el cielo. Ningún santuario había resistido los embates del terremoto, y en la vecina Nuceria, pero sobre todo en Nápoles, donde los seísmos sólo habían castigado unas pocas estatuas en lugares públicos, se hablaba de la venganza de los dioses por la soberbia y la arrogancia de los frívolos pompeyanos. Tampoco en Roma ocultó el divino su maligno regocijo absteniéndose de mover un dedo cuando le llegó la mala nueva, por más que en su día Tiberio hubiera enviado una ayuda generosa a las ciudades del Asia Menor que habían sufrido la misma suerte.

Quizá fue la sensación de abandono el acicate que movió a los pompeyanos a reconstruir la ciudad con mayor esplendor y riqueza que antes. De todas partes acudieron artesanos y obreros: albañiles, carpinteros, canteros y mosaístas que descubrieron en la reconstrucción de la ciudad una buena fuente de ingresos. Instalaron sus cuarteles en casas abandonadas (las había de sobra) y merodearon por la ciudad como perros vagabundos.

Los pompeyanos acaudalados poseían, como Sereno, una quinta en las afueras; esas fincas no habían sufrido en la misma medida las consecuencias del terremoto;

algunas no llegaron a tener desperfectos. Fulvia también se trasladó a su quinta en la Campania. En un principio Afrodisio pensó que la dama sabría estimar sus servicios, pues no tenía quién le llevase los negocios y la mano derecha del difunto patrón había sido él. Pero una noche lo convocó al *tablinum*.

—Tú siempre serviste con lealtad al amo —comenzó, no sin cierta vacilación.

—Desde que era niño, señora.

—Por eso te dio Sereno la libertad.

—Que los dioses se lo paguen. —Afrodisio sabía adónde quería ir a parar la dueña. Sabía qué iba a decirle: que ya no lo necesitaba y tenía que marcharse; en definitiva: patada al perro y a otra cosa.

El muchacho atajó:

—Creo que entiendo lo que me vas a decir, ad rem.

Fulvia pareció aliviada. Extrajo una bolsa de cuero y se la dejó a Afrodisio encima de la mesa:

—Ahí tienes la paga por tus servicios. Que Mercurio te ilumine.

La bolsa contenía mil sestercios en monedas de bronce, contados con plena exactitud; lo equivalente al valor de dos mulas o de un mal esclavo.

Roma en las calendas de marzo.

La doncella Píralis transmitió la noticia:

—El cuestor viene.

—¡Que Júpiter me asista! —exclamó Popea Sabina—. ¿Quién te lo ha dicho? —Al bajar Píralis los ojos prosiguió:

—¿Longino?

La doncella afirmó enérgicamente con la cabeza. Hacía poco que Popea había descubierto que Píralis, su doncella, se entendía con Longino, un pretoriano de la guardia personal del Divino.

Popea no tenía nada que objetar, sólo que prefería ser la primera en saber con quién compartía el lecho cada cual.

—Longino dice que el divino ha empezado a preparar una gran recepción desde que el mensajero llegó con la noticia. —Píralis observó a la dueña con ojos temerosos. Popea estaba a punto de estallar y de empezar a pasearse por la casa hecha una furia como un toro en el coso, maldiciendo a su marido y mandándolo al infierno. Lo sabía.

Popea, sin embargo, conservó de una manera alarmante la calma. Mandó llamar a Polibio, su secretario particular, para preguntarle si había olvidado transmitirle alguna novedad. Polibio lo negó en nombre de todos los dioses y se marchó.

—Píralis —inquirió Popea—, ¿qué se está tramando aquí?

Bajo el resplandor de las antorchas, el cabello de la dama adquiría brillos dorados; lucía el riguroso peinado a raya de las divinidades helénicas y cual divina efigie resplandecía también su piel, blanca y límpida. La túnica larga y ondulada se cerraba por arriba contrariamente a la moda del momento; le ceñía recatadamente el

contorno del cuerpo y delataba, sin embargo, más de lo que ocultaba. Tendida en un diván tapizado de púrpura, Popea se llevaba dorados dátiles a los labios mientras meditaba. Pero no llegaba a comerse los melosos frutos africanos; se entretenía llevándoselos a los labios, deslizándoselos uno a uno en la boca, dando un breve mordisco y escupiendo luego el hueso muy lejos, como si disparase contra una figura imaginaria.

Pintores pompeyanos habían decorado las paredes del *tablinum* con sus característicos tonos mates; quienquiera que entrase en la espaciosa casa del Esquilino reconocía sin exagerar que la mansión se hallaba a la altura de la del emperador en el Palatino. Acompañado de una arpista, dedicábales un Pan de piel oscura y cuernos de carnero las seductoras melodías de su zampoña a dos muchachas medio desvestidas que miraban hacia el espectador atemorizadas, como si se las acabase de sorprender. La pared opuesta mostraba a Europa en la grupa del toro cretense, desnuda de cintura para arriba aunque con un velo sobre el cabello. Acompañado de tres muchachas que retozaban a su alrededor y pendiente de los arrumacos de una de ellas, en el vigoroso toro se echaba de menos el carácter violento de Zeus; sólo la mirada delataba la audacia de su propósito.

—¿Cómo se explica que el cuestor se presente de buenas a primeras en Roma? —se preguntó Popea en voz alta.

—Si me preguntáis, señora —respondió Pílaris—, será por lo mucho que eche de menos a su esposa…

—¡Anda, quita! —La interrumpió Popea—. En Lusitania hay mujeres de sobra para un hombre como el cuestor. ¿Te crees que hace remilgos? Con tal que le convenga en su carrera, el cuestor ese monta a una vaca. ¡El cuestor ese! La expresión rezumaba odio y escarnio, tanto mayores cuanto que ella seguía casada con aquel hombre objeto de las burlas de la chiquillería. Exageradamente patizambo, ocultaba su calva bajo una peluca e inflaba el pecho como un pavo real. Había razones para que una belleza como Popea Sabina se hubiese casado con aquel hombre, desde luego, aunque ajenas en cualquier caso al amor.

Marco Salvio Otón, el cónyuge, era íntimo amigo del emperador, tan íntimo como para dormir con él; lo cual era una suerte de relación que podía reportarle grandes ventajas a Popea. Maestra consumada en la seducción, se había arrojado a los brazos de Otón sin llegar a entregarse plenamente a él mientras no mediase la boda. Pero aun después de que el amigo íntimo del emperador la hubiese complacido, Popea se mantuvo en sus trece. Antes tenía que conocer a Nerón.

Una vez cumplidos sus deseos, cuando tuvo al divino trastocado y ansioso de poseer a la hermosa dama, exigió ella de Nerón que tuviese la bondad de librarla de Otón, esa impertinencia de marido…

Cuando le constase que éste se encontraba a suficiente distancia de Roma se entregaría al divino, antes no. El emperador repasó los mapas del imperio hasta que en el remoto Oeste dio con la provincia de Lusitania; allí mandó a Otón investido con

la dignidad de cuestor. Su misión era poner las cosas en su sitio, sin prisas.

—Creo —afirmó Popea mientras escupía el hueso de un dátil contra el rincón— que los dos andan tramando algo.

—Pero, señora, si todavía estáis casada con él —objetó Píralis—. No podéis impedirle entrar en esta casa.

—No quiero ni oír su nombre —mandó callar Popea—. Ese cuestor no cruza las puertas de esta casa, por Hércules. Tan cierto como que soy Popea Sabina, la nieta de Popeo Sabino, cónsul y caudillo, prefecto de Mesia, de Acaya y de Macedonia.

La bella Sabina no desperdiciaba oportunidad alguna para invocar al insigne antepasado por parte de madre cuyo nombre había adoptado, pues su padre carnal, Olio, era un mequetrefe; lo detestaba por haber calculado mal las amistades y haberse dejado engañar antes de ocupar al menos un cargo de importancia. Lo mismo cabía decir de su primer marido, Rufio Crispino, caballero sin tacha aunque también sin ambiciones, a quien abandonó de la noche a la mañana para caer en brazos de Otón.

—¡La litera! —Popea dio unas palmadas.

—Píralis, un velo.

La doncella trajo un holgado velo largo que le ajustó en torno a la cara tras darle dos vueltas, atándole al cinturón de la túnica el largo cabo que pendía. —¡Debierais ser prudente!— le dijo tímidamente—. La ciudad está muy alborotada. Primero, la muerte de la emperatriz madre, ahora el destierro de Octavia en Pandateria…

Popea no se contuvo:

—Esa mujer debería estar contenta de seguir con la cabeza en su sitio. Pandateria es una isla preciosa…

—Aunque pocos han salido vivos… —objetó la sirvienta.

—Las traidoras no merecen benevolencia. Octavia ha atentado contra la vida de Nerón. —Píralis guardó silencio.

—¿No te crees lo que te estoy diciendo? —prosiguió Popea—. ¿Pero no declaró una persona por encima de toda sospecha como Aniceto, el comandante de la flota de Miseno, que Octavia tenía espías en la flota y estaba reclutando secuaces entre las tripulaciones? ¡No ya contra el emperador, contra mí también estaban urdiendo algo!

Popea se embozó en el velo. En el atrio aguardaban cuatro esclavos gálatas. La litera era un angosto mueble provisto de varas a ambos lados, adornado de pámpanos y con las ventanas tapadas con cortinas de color púrpura.

—¡Al Capitolio! —ordenó Popea con brusquedad.

Los musculosos gálatas alzaron litera y dueña como si de un ligero cesto de mimbre se tratase y emprendieron veloz carrera por las calles de la ciudad. La noche estaba plagada de sombras ruidosas y andrajosas que se apiñaban ante las tabernas y los mesones repartidos en cada esquina, pues pocas casas (ninguna, por supuesto, en las innumerables *insulae* de madera de hasta cuatro pisos que flanqueaban las calles) disponían de cocina. Popea dio un rodeo por la Vía Sacra con objeto de comprobar si el divino había atendido su petición de que retirasen las estatuas de Octavia y las

sustituyese por las suyas propias. Durante una semana había posado como modelo ante doce escultores de Acaya, y aunque todos eran maestros consumados, al concluir el trabajo coincidieron los doce en que sólo Fidias, el artífice de la Atenea Prómakos favorito de los dioses, habría sido capaz de reproducir apropiadamente su auténtica belleza. Nada de eso había preocupado a la Sabina lo más mínimo, pese a que su vanidad excedía a la del pavo real más infatuado. Lo único que le importaba era su exaltación ante los ojos de todos los romanos al lugar que hasta entonces había ocupado Octavia.

Por eso el corazón le palpitó de orgullo cuando en la oscuridad adivinó su propio perfil ante el templo del divino Cayo julio César, y se sintió tanto más abatida cuando frente a la galería juliana, delante del arco de triunfo del divino Tiberio, vio su estatua tirada por el suelo.

—¡De prisa! —apremió a los esclavos para llegar pronto a los restantes puntos de exhibición.

Pero adonde quiera que fuese, las estatuas yacían ya por los suelos, estaban maltrechas o embadurnadas de pintura. Furiosa, mandó a los esclavos subir hasta el Capitolio, donde sabía la Sabina que debía figurar una estatua de mármol suya de tamaño natural junto al divino Nerón, en línea los dos con Augusto, Tiberio, Calígula y Claudio. La desvergüenza del populacho no se habría atrevido a alzar la mano en aquel recinto y, en efecto, en la penumbra vislumbró que su estatua seguía en pie, alineada con las de los emperadores. Pero a medida que se aproximó descubrió algo espantoso: habían embutido su estatua y la del divino Nerón en sendos sacos, igual que se hacía con los parricidas cuando tras el juicio se les metía en un saco junto con un gallo o una serpiente y se les ahogaba.

—¡Llevadme a casa lo más rápido que podáis! —gritó Popea enfurecida, y los gálatas echaron a correr con la mayor celeridad que pudieron. Los arrebatos de la dueña eran temibles. La ira de Popea se tornó cólera ciega al pasar por el lugar donde un momento antes había quedado embelesada contemplando su escultura. Ahora había plantada una figura de Octavia, con una corona de flores en la cabeza.

—¡Tiene que morir, tiene que morir! —Como un sortilegio, como una maldición murmuró Popea una y otra vez esa sentencia. ¡Tenía que morir! «¡Qué grave error desterrarla a Pandateria! ¡Octavia ha de morir! ¿Por qué me odiarán así los romanos? Es verdad, soy más guapa, tengo más dinero y me codician más que a las demás, ¿pero hay que detestarme por eso?».

El divino Nerón le había prometido que se divorciaría de Octavia tan pronto como lo permitiesen las circunstancias. Ciertamente, no era fácil, puesto que Octavia vivía retirada como una vestal y el tribunal no había dado crédito, algo ciertamente notable en vista del oficio y del origen del testigo, a un flautista alejandrino a sueldo, cuando declaró que había amado a la emperatriz una noche y un día enteros. De camino tropezó Popea con vagabundos y exaltados que intentaban hacerse fuertes entre la multitud; portaban antorchas y gritaban «¡Octavia! ¡Octavia!» para mortificación de

la Sabina, la cual tuvo que taparse los oídos. ¿No andaría Séneca detrás de las provocaciones? El viejo la aborrecía y varias veces había intrigado ya cerca del césar en contra de ella, pero por fuerte y poderoso que fuese, por más que siendo el divino Nerón un niño hubiese gobernado junto con su amigo Burro durante un lustro sobre el imperio entero, no se había conseguido malear el ánimo del emperador. Nerón tenía endiosada a Popea.

La Sabina conocía muy bien el origen de la aversión de Séneca, ¿o no había rechazado ella al viejo verde cuando le requirió el favor de una sola noche, mandándolo al lupanar del Teatro de Pompeyo haciéndole ver que allí por tres sestercios las tendría de tres en tres, mientras que ella sola le costaría los trescientos millones a que según los rumores ascendía toda su fortuna? El filósofo había entendido perfectamente la broma y desde entonces figuraba ella entre sus enemigos… como él entre los de ella.

En el Esquilino la aguardaba el administrador de las propiedades de Pompeya, Marco Silano. La noticia del terremoto no la había conmovido particularmente; se había limitado a pedir una relación pormenorizada de los daños y propuestas para su reparación. A diferencia de las tres casas urbanas, la gigantesca finca de campo que poseía al noroeste de la ciudad no había sufrido daño alguno, salvo que la mitad de los quinientos jumentos guardados allí había huido presa del pánico y pese a los grandes esfuerzos desplegados por la servidumbre no había podido recuperarse más allá de una docena. Con la reconstrucción de la ciudad la demanda de animales de tiro y acarreo había aumentado a cotas nunca vistas, insistía Marco Silano; de modo que, muy a pesar suyo, no podía servirle más allá de tres medidas de leche de burra.

—¡O sea, que me rasque con el agua del acueducto! —replicó Popea iracunda—. ¡Pretendes que la piel se me quede tan rasposa como a cualquier lavandera de suburbio! ¡Pretendes que me vaya a bañar a las termas de Agripa, con las de los burdeles, a festejar sus orgías con los pretorianos!

—Ama —Silano intentó aplacarla—, en Roma todo el mundo habla de vuestra belleza. Vuestro renombre ha saltado las fronteras de Pompeya y todo el mundo sabe que la cabaña de burras de Pompeya contribuye con su grano de arena a la conservación de esa belleza. ¡Pero, por Hércules, yo no puedo ordeñar más burras que las que tengo en las cuadras!

—¡Pues compra otra partida!

—¡Qué fácil es decirlo! —objetó Silano—. Los mercados donde había animales por docenas están ahora tan vacíos como la palma de esta mano. Eumaquia, la poderosa sacerdotisa, ha acaparado todos los burros, mulos y bueyes que ha encontrado. Está comprando las casas en ruinas a precios ridículos y las vuelve a levantar para venderlas caras.

—No tiene malas ocurrencias la señora —dijo Popea ladeando la cabeza.

—Con la ventaja —prosiguió Marco Silano— de que, además de las fincas y las viñas, tiene los mayores tejares de Pompeya.

—Y tú, mientras, vienes a decirme que yo, Popea Sabina, he de sufrir las consecuencias de un terremoto… que ni siquiera se notó en Nápoles.

—Ama, en Pompeya hay muchas partes de la ciudad arrasadas. Ha sido voluntad de Júpiter que en la ciudad no quede un santuario en pie. *Quod dei bene vertant*.

—También será voluntad de Júpiter que Eumaquia se enriquezca con la catástrofe mientras tú vienes a contarme que me he quedado sin unos centenares de burras. —Popea deambulaba arriba y abajo, inquieta.

—Además, las rentas de esas tierras de Pompeya son tan bajas que no sé si eres la persona más apropiada para seguir llevándolas.

Silano bajó la cabeza; iba a excusarse explicando al ama que el verano había sido anormalmente seco y la cosecha consecuentemente escasa, pero no fue posible porque Popea había echado a andar encolerizada hacia el extremo opuesto de la casa, indicándole con una seña que la siguiera. Allá se fue Silano desconsolado, como perro apaleado, esperándose más arranques de cólera y más órdenes.

Sin detenerse, Popea llamó a voces a Píralis mientras dejaba caer el velo y, una vez en el guardarropa, pedía que se le diese otro vestido para la noche. Píralis acudió, le soltó los broches de los hombros y el vestido que llevaba se plegó a sus pies como se arría una vela entrando en puerto.

Popea quedó desnuda y esplendorosa cual estatua aquea y Silano bajó los ojos. Tuvo la tentación de girarse y salir de la estancia, pero entendió a tiempo que Popea deseaba humillarlo, que quería decirle: «Tú no cuentas nada, no eres un hombre, eres un instrumento, un siervo y nada más». Hubo de rendir tributo de reconocimiento a su belleza, a la blancura de una piel donde el cabello resaltaba como el sol sobre el cielo, a las manzanas de sus pechos y a la redondez de sus caderas; a pesar de ello, Silano no sintió nada. Al contrario, la humillación le causó un profundo malestar. Píralis ayudó al ama a ponerse otro vestido, verde oscuro éste, sin que el administrador se moviese ni levantase los ojos del sitio.

—Voy a proponerte una cosa —volvió a decir Popea mientras despedía a la doncella con un ademán y mandaba aproximarse a Silano, tanto que éste pudo oír cómo respiraba—. Podría despacharte como al perro que roba el plato de la mesa del amo, pero voy a darte una oportunidad…

Silano hincó la rodilla, tomó la mano del ama y llevándosela a la frente como hacía siendo esclavo dijo:

—Dime, ama, ¿qué he de hacer?

—Octavia…

—¿La mujer del divino?

—La tiene desterrada en la isla de Pandateria, frente a la costa de Cumas, donde profetizaba la Sibila eubea, a un día escaso de viaje desde Pompeya.

—¡Temible presagio! Apenas se cuentan quienes hayan salido con vida de esa isla y quienes han salido lo hacían con la muerte pisándoles los talones. Triste destino el que espera a Octavia.

—Es, pues, un deber humanitario ahorrarle esa triste suerte a la esposa del emperador. Creo que para Octavia la muerte sería un alivio.

Silano guardó silencio. Tardó un tiempo en comprender cuanto Popea le sugería con aquellas capciosas razones. Al cabo, se asustó y empezó a temblarle todo el cuerpo.

—Se me interpone en el camino —dijo Popea con rabia y se echó la melena hacia atrás—. Los romanos coronan de flores sus estatuas y las mías las pisotean. Mientras continúe viva no dejaré de tener una rival. Tienes que quitármela de en medio.

Al advertir el rostro petrificado del pompeyano, prosiguió, quitándole hierro al asunto:

—¡Tampoco lo tienes que resolver tú mismo! Tendrás veinte mil sestercios de los que no hará falta dar cuenta. Si eres tú quien lo ejecuta serán tuyos; si no quieres mancharte las manos, compra a un haragán de los miles que corren por las calles. Pero no se te ocurra hacerlo en Roma, que aquí las paredes oyen, los techos ven y hasta los adoquines huelen. Los correveidiles siguen aquí todos y cada uno de los pasos que das…

Popea llamó a Polibio, el amanuense, y le encargó que entregase al administrador pompeyano sesenta mil sestercios.

—¿Sesenta mil? —preguntó Silano, incrédulo.

—Para el establo, botarate —replicó Popea—. Por mí ya puedes *rebus sic stantibus* traerte las burras de Cartago.

Silano hizo sus cálculos y entendió.

—¡Y redobla la guardia de noche! —le gritó Popea cuando hubo salido—. Y si el cuestor de Lusitania pide que lo dejéis entrar, lo echáis.

Afrodisio era tan pobre como rica Popea. Llevaba sus mil sestercios encima, debajo del cinturón, pues tenía motivos para temer que se los robasen en los albergues que hubieron de improvisarse para los damnificados. De día vagaba sin rumbo por las calles en ruinas como si quisiera dar alcance a su propio destino… mas al caer la noche, cuando el viento frío silbaba entre los escombros, cuando aterido buscaba cobijo junto al resto de desafortunados que no tenían donde caerse muertos, era el destino el que lo atrapaba. Del proyecto de marcharse a Roma y buscar empleo en casa de otro amo había desistido pues en el terremoto había perdido su vara de manumiso. Bajo el brazo seguía llevando la marca de esclavo grabada al fuego… ¿quién iría a creerle en la metrópoli?

El *macellum* donde antes recaudaba las alcabalas para su patrón seguía derruido y abandonado.

No tardaron, sin embargo, en llegar del campo vendedores que plantaron sus tenderetes en los cruces de calles. Antes del terremoto esa venta estaba rigurosamente prohibida, ahora los pompeyanos tenían que darse por satisfechos con que siquiera hubiera algo que poder comprar. A regañadientes pagaban precios exorbitantes por el trigo, las lentejas, las judías y las verduras; de vez en cuando llegaba a haber carne, al

triple de su precio. Cuando los ediles amenazaron con reclamar del césar que rebajase el valor del dinero, los tenderetes se quedaron como por ensalmo vacíos unos días, como un foro bajo una tormenta de otoño, por más que había género de sobra. Pero estaba almacenado en los depósitos, dándose así la circunstancia de que al amanecer podía verse a los mismos vendedores pasando furtivamente de portal en portal, trajinando sacos y cestos como si fuesen ladrones del arrabal; dando, en suma, la razón a cuantos sostenían que el comercio es la madre de la riqueza.

Si en aquellos días de infortunio el rico halló su único consuelo en la bolsa de dinero, el pobre lo encontraba en la oración. Los malos tiempos son época de dioses, pues con retortijones se reza mejor; la ciudad destruida se convirtió en meta de peregrinación de sacerdotes y profetas que se disputaban la parroquia como lobos en celo, sin escatimar promesas. La sacerdotisa Eumaquia fue la primera en alzar en el foro un templo dedicado a los lares, los dioses protectores de la familia y la casa. De Oriente acudieron sacerdotes de Mitra, el dios emanado de la roca por el que Nerón decían que sentía simpatías, predicando severos mandamientos y disciplinas en la lucha contra el mal. En nombre de Isis, la dueña del destino adornada con cuernos de vaca, predicaron apóstoles venidos de Roma, donde bajo la figura de Démeter se veneraba con ritos estremecedores a la madre de los dioses venida del Nilo.

El mayor impacto se lo causó a Afrodisio un hombre venido de Cilicia. Ciudadano romano de nacimiento y tejedor de lonas, calvo pero tocado de una barba que le flotaba al viento, compareció cierto día en la escalinata del templo de Júpiter dirigiéndose en griego a los pompeyanos. Relató que venía de Roma, donde había estado preso dos años, pero gracias a los tribunales de la ciudad había sido puesto en libertad. Decía llamarse Pablo y era judío, nacido en Tarso de Cilicia, aunque criado en Jerusalén. Formado junto al fariseo Gamaliel en la severidad de la tradición, había sido un celoso guardián de sus creencias.

Había perseguido encarnizadamente a los seguidores de una secta que se denominaban a sí mismos cristianos, en memoria de un hombre llamado Jesucristo que poco antes había sido ajusticiado, acusado de promover desórdenes públicos. Camino de Damasco lo había alcanzado un rayo del cielo que le hizo caer del caballo; estando en el suelo había oído una voz que se dio a conocer como el Jesús a quien perseguía y al abrir los ojos descubrió que se había quedado ciego.

En Damasco encontró a un hombre llamado Ananías, quien le impuso las manos y le explicó que aquel Jesús le había quitado la vista para que llegase a ver y se colmase de sabiduría. En aquel momento, declaró, fue como si se le cayesen escamas de los ojos; recuperó la vista y halló la fe en su Dios.

Los pompeyanos que lo escuchaban aplaudieron entusiasmados, pues nada agradaba tanto en la ciudad como la relación de milagros y prodigios. A voces le propuso el tintorero Vesonio Primo que repitiese el prodigio, pues todos los presentes querían oír la voz del cielo y, si le aseguraba que luego recuperaría la visión, él se brindaba a quedarse ciego. Los pompeyanos expresaron su alborozo.

—Te creeremos y nos convertiremos a tu religión —le dijo el adinerado Nigidio — si nos reconstruyes las casas de la noche a la mañana.

—¡Yo te regalaría hasta la casa si resucitas a Plácido, mi marido! —dijo la tabernera Áscula entre sollozos.

—¡Y a mi mujer! ¡Y a mi hijo! —gritó el pañero Verecundo.

El viejo sacerdote Amando inquirió:

—Dime, extranjero, ¿cómo te explicas el capricho de los dioses cuando envían las mismas calamidades a justos que a injustos? ¿Cómo te explicas la cólera de los dioses contra esta ciudad que ciertamente no es más inmoral que la inmoral Corinto, ni desatiende las leyes más que la arbitraria Roma? Pero ni Roma ni Corinto han tenido que sufrir una suerte tan dura.

Alzó entonces su voz el de Tarso y la muchedumbre irritada enmudeció:

—¿Quién eres tú, oh, hombre, para reconvenir a Dios? ¿Acaso la escultura le pregunta al escultor: por qué me has hecho así? ¿No tiene facultad el alfarero para hacer de la misma masa un vaso para usos honrosos y otro para usos viles? ¿No podría bien ser que Dios, queriendo mostrar enojo y manifestar su poder, sufra con gran paciencia a los de ira, dispuestos para la perdición, a fin de manifestar las riquezas de su gloria en las vasijas de la misericordia, que preparó para la gloria?

Los pompeyanos guardaron silencio. Muchos no entendieron qué había dicho el extranjero y Amando objetó a Pablo:

—Has viajado mucho y conoces bien a los filósofos griegos. Eres un sofista que de un momento a otro nos demostrará que Aquiles jamás le puede ganar la carrera a la tortuga.

—Escuchadme —dijo Pablo alzando la mano—, no soy ni un mago oriental ni un sofista. Soy vuestro hermano, porque no hay diferencia alguna entre los romanos, los griegos y los judíos. El Señor es el mismo para todos y quienquiera que lo invoque se salvará.

—¿Salvarse, de qué? —terció Nigidio Mayo mientras que los pompeyanos se apretujaban en torno a él.

—¡De la condenación eterna! —respondió Pablo—. Por el signo de los tiempos habéis de reconocer que ha llegado la hora de sacudirse la modorra. Ya pasó la noche, el día alumbra.

Dejemos, pues, las obras de las tinieblas y tomemos las armas de la luz. Caminemos con decencia, como se corresponde con el día, dejemos de sumirnos en el desenfreno en la comida y la bebida, en la concupiscencia y los excesos, en las riñas y los celos.

Ahí se colmó la medida de los pompeyanos. Cada cual se sintió incómodo, señalado, hasta sorprendido. Nigidio exclamó maliciosamente:

—¡Otro agorero! ¡Déjanos en paz con tus arengas! ¡Tenemos dioses de sobra! ¡No necesitamos el tuyo! ¡*Pereat, pereat*!

Los demás expresaron a voces su apoyo. No se tardó en reclamar la expulsión del

predicador extranjero, mandándolo al campo en busca de paletos que se creyesen lo que predicaba; con lo que Pablo fue obligado a retirarse de la escalinata del templo en ruinas.

Pero él replicó impávido a las miradas de ira con una sonrisa bondadosa y al pasar junto a Fabio Eupor, un tendero de la Vía Consular que desde niño usaba muletas, lo tocó en la frente con la palma de la mano de tal modo que el pobre diablo se tambaleó y fue a parar al suelo. No era persona especialmente estimada en Pompeya (no en vano solía oler mal el pescado que vendía y su verdura venía a estar siempre pasada), pero bastó que el forastero lo empujase al suelo para que los pompeyanos se sintiesen enardecidos (¡encima, al inválido de Eupor!) y alzasen los puños contra el de Tarso. Afrodisio lo había observado todo muy de cerca y llegó a temer que la multitud apalease al predicador, pero éste logró huir en la confusión de la trifulca.

—¡Mira, Amando! —Afrodisio estiró de la manga al viejo sacerdote señalando hacia Eupor, el tullido. Rodeado de la muchedumbre de soliviantados pompeyanos, Eupor se miraba las piernas sin poder articular palabra. Nadie recordaba haber visto nunca a Eupor sin muletas… y allí lo tenían, erguido, sorprendido, atónito, prescindiendo de los utensilios de madera. Fue en aumento el número de pompeyanos que reparaban en él, cesó la algarabía y en medio del silencio que se hizo rompió el tendero repentinamente a llorar:

—¡Las piernas, mis piernas… si me las noto vivas! ¡Si puedo moverlas, Júpiter! ¡Puedo andar! ¿Qué miráis pasmados, como si no os lo creyerais? ¡Que puedo andar!

Las voces del tendero cruzaron el foro yermo como el graznido de las grullas cruzaba los amplios campos de la Campania. Nigidio fue aparentemente el primero en comprender lo inconcebible al exclamar:

—¡El mago! ¿Dónde está el mago de Cilicia?

A pesar de que todo el mundo lo acababa de ver, no hubo forma de dar con Pablo de Tarso; fue como si se lo hubiese tragado el terremoto. Los pompeyanos se agolparon en torno a Fabio Eupor asediándole con preguntas, pidiéndole que les contase qué había sentido cuando lo tocó el forastero, si le dolía cuando le pellizcaban, si de verdad era el Fabio Eupor que vendía pescado hediondo en la Vía Consular. Áscula llegó incluso a preguntarle cuánto le había pagado el extranjero para que le ayudara en aquella comedia.

El tendero sollozaba estentóreamente mientras las lágrimas le corrían por los surcos que le formaban las arrugas del rostro. Colmando a Áscula de improperios, le preguntó si se imaginaba que era un placer tener que usar muletas toda la vida en lugar de las propias piernas, mientras se levantaba las mangas de la túnica y mostraba los pliegues llagados que llevaba en las axilas.

El singular episodio dividió a los pompeyanos en dos bandos. Los unos reclamaban que volviese el predicador extranjero, pues deseaban oír más cosas de aquel Dios desconocido, capaz de ejecutar aquellos prodigios. Los otros acusaban al de Tarso de perturbar el orden público, reclamando que se le detuviera y condujese

ante los tribunales: seguro que se le ajusticiaba a espada.

El anciano sacerdote Amando siguió en silencio la polémica. Confundido, Afrodisio se acercó a él para preguntarle:

—¿Tú no dices nada, sacerdote? Deberías intervenir. ¿O no has visto con tus propios ojos lo mismo que los demás? Pues di, ¿de qué debemos fiarnos, de lo que vean nuestros ojos o de lo que nos diga la razón?

El viejo sonrió a disgusto, al borde del desasosiego:

—Joven, no te fies de los ojos, que pueden confundirte. En el desierto engañan al caminante haciéndole ver un oasis y de día no ves las estrellas, por más que desde hace más de mil años los astrónomos sostienen que también brillan de día. Pero tampoco te fies del entendimiento, pues ese camino te aparta de los dioses más que ningún otro. En el fondo, sólo puedes fiarte de tu corazón. Si tu interior te pide que creas, no vaciles, pues la fe te supondrá la dicha.

—¿Y tú crees en el predicador de Cilicia? —inquirió Afrodisio.

—La cuestión no es él, sino el dios que anuncia —replicó Amado.

—Es un dios extraño, del desierto. ¿No es una afrenta contra los dioses de Roma?

—Hijo —Amando le puso la mano en el brazo—, este pelo ha encanecido al cabo de los muchos años que llevo restando mis servicios a la divinidad. He visto cómo los dioses iban y venían, cómo se les encumbraba y se les derribaba, he levantado estatuas y las he arrastrado luego por los suelos. ¡Qué tiempos éstos, que cambian de dioses como de servidumbre!

—¿Entonces, crees en ese dios, Amando?

El sacerdote se encogió de hombros con tal vehemencia que en la barbilla se le formaron profundos pliegues.

—¿Pero prohibido no está creer en ese dios de fuera?

—El de Tarso ha ido dos veces a la cárcel y las dos ha salido, por tanto, la doctrina que predica no está prohibida. En Roma y en Corinto ya hay comunidades que le siguen; no se les incomoda y eso es lo correcto. Porque si el emperador llega a prohibir esa fe, ten por seguro que el de Tarso tendría mucho más seguidores que nunca. Los romanos estiman dos cosas por encima de todo: lo que les viene de fuera y lo que tienen prohibido.

—¡Pues en ese caso no soy yo un verdadero romano! —exclamó Afrodisio.

—¿Liberto, no? —preguntó Amando. Afrodisio afirmó con la cabeza.

—¿De dónde es tu padre?

Tras un silencio Afrodisio respondió:

—De Germania.

—¿Ha…?

—Sí —respondió Afrodisio—, como mi madre y mi patrón, Sereno.

—¡Qué desgracia! ¿Y ahora?

—No sé —respondió el joven—, no sé cómo irán las cosas. Lo mismo vuelvo, *pro tempore*, a la condición de esclavo.

—¿Quieres volver a ser esclavo… por voluntad propia? —Amando dio una sonora palmada.

—¡Que los dioses te guarden de esa necedad!

—Fulvia, mi patrona, me ha despedido. Me dio mil sestercios. Ahora estoy viviendo en un albergue. ¿Qué puedo hacer, si no? Soy joven y tengo que empezar desde el principio. Es la voluntad de los dioses. Un esclavo es un esclavo y no hay quien lo cambie.

—¡Qué tonterías dices! —Amando batió enérgicamente el brazo en el aire.

—Si nadie pudiese dejar de ser lo que era al nacer no podríamos venerar a nuestros césares como dioses, ni a Nerón, ni a Claudio, ni a Tiberio, como tampoco al divino Augusto. ¿Y no ha habido hombres de tu condición encumbrados hasta los máximos poderes del Estado? Hombres como Palas, a quien Antonia dio la libertad y se hizo tan rico que el propio divino lo temía; como Atilio, que construyó en Roma su propio teatro y organizaba peleas de gladiadores; como Epafrodito, que goza de la máxima confianza del césar. ¿Y el propio Horacio, inmortalizado ahora gracias a las odas, no era hijo de un liberto de Venusia?

Afrodisio reconoció que había estado a punto de cometer el desatino de poner en juego el don supremo de la libertad, siendo una dádiva de los dioses cuya devolución equivalía a una afrenta. Así pues, le prometió al viejo sacerdote defender su libertad como un bien único.

Aunque era más fácil decirlo que mantenerlo. Al albergue de los damnificados, un establo extramuros sin más lecho que el suelo, acudían cada noche en busca de mano de obra barata para reconstruir la ciudad tratantes de esclavos con suculentas ofertas de dinero y alojamiento. Afrodisio las rechazó repetidamente; para un joven liberto no hubieran supuesto sino el regreso a la esclavitud.

Cierta noche lo interpeló un siervo sin dueño. Estaba acostado a su lado con la cabeza apoyada en el fardo; pese a lo deplorable de su apariencia, la sensación que inspiraba no podía ser menos ufana. Le alcanzó un jarro desportillado:

—No es falerno, pero sin rebajarlo sirve para sacudir alguna pena.

Afrodisio apartó el jarro rechazando con un gesto de la cabeza la invitación.

—Disculpadme si he osado dirigiros la palabra —dijo el esclavo con obsequiosidad exagerada.

Afrodisio respondió:

—Ya está bien. No pasa nada. Tampoco hay que tomárselo así.

—¿Liberto, no? —inquirió el otro con cautela. Afrodisio afirmó con el gesto.

—La Fortuna te quiere.

Afrodisio miró hacia arriba:

—¿Y tú?

—Gavio. Mi señor murió.

—Como el mío. Me llamo Lucio Cecilio Afrodisio.

—Eres un liberto. Se nota. Afrodisio sonrió sarcásticamente:

—¿Yen qué lo notas, cobista? A mí las tripas me hacen el mismo ruido que a ti.

El esclavo extendió dos dedos y señaló hacia él:

—Tú tienes pinta de hombre libre —y luego hacia sí mismo— mientras que yo seguiré siendo esclavo toda la vida, aunque el mismo césar me diese la ciudadanía.

Se echaron a reír. El personaje comenzó a intrigar a Afrodisio:

—¿No has vuelto a encontrar amo? Gavio rehusó con un gesto:

—No, si trabajo hay…

—¿… pero?

—¡… hay demasiado! Los reclutadores de esclavos piden demasiado. Catorce horas diarias trajinando piedras y luego te dan catorce ases. Conmigo que no cuenten.

—Y tú, gandul, ¿qué es lo que quieres?

—Pues sobre todo, hacerme rico. Siendo rico, liberto, uno es libre.

—¿Y quién quiere otra cosa? —observó Afrodisio entre risas—. La cuestión es: cómo te las compones.

—Hay que meditar —respondió Gavio dejándose de bromas—. ¡Así!

Y reposó la frente en la palma de la mano.

—¿Y qué? —inquirió Afrodisio—. ¿Se te ha ocurrido algo?

—No. Bueno, a saber: que trabajando no hay manera de hacerse rico. Una vez comprendido ese punto ya está uno en el buen camino.

—¿Te imaginas que todos los ricos de Pompeya han llegado a serlo sin trabajar, los Loreyo Tibertino, Herrenio Floro, Umbricio Escauro, Eumaquia, o mi patrón Sereno, mismo? ¡Qué equivocado estás, amigo Gavio! Mi amo por ejemplo empezó como yo, recaudando alcabalas en el mercado, y al morir era el mayor prestamista de la ciudad.

—Ahí lo tienes —le atajó Gavio—, justo lo que te estoy diciendo. Eso no es agua clara, un recaudador del mercado no acaba de prestamista así como así.

—Claro que no. En medio quedan mucho trabajo, disciplina consigo mismo y una inversión afortunada de lo que se va ganando. Sereno, mi patrón, invirtió comprando una finca; con la renta de las cosechas compró un tejar y los dos negocios llegaron a darle tanto dinero que al final podía prestarlo, de modo que dio con otra fuente de ingresos.

—Si te lo estoy diciendo —cacareó Gavio—. En teniéndolo, el dinero crece solo.

—¡Qué bruto eres! —Arremetió Afrodisio—. Así sólo puede hablar quien no tiene ni idea de dinero. Créeme, es más difícil conservar una fortuna que hacerla. ¡Sic!

Gavio, sin embargo, no estaba dispuesto a pasar por ahí. Enfadándose, dio un puñetazo sobre su fardo y exclamó tan alto que quienes estaban tumbados cerca se sobresaltaron:

—¡En este mundo un rico no acaba nunca pobre; esos pícaros hacen piña!

Al advertir la reacción de los vecinos, Gavio se hizo el dormido. Mas al cabo de un momento, tras comprobar aguzando los ojillos que la atención de los circundantes

había cedido, le dio un empujón a Afrodisio:

—¡Eh, liberto! ¿Puede uno fiarse de ti?

—Eso es cosa tuya, esclavo —respondió Afrodisio.

—Los dioses sabrán por qué, pero te he tomado confianza, liberto.

—Gracias sean dadas a los dioses.

—¡Me estás tomando el pelo!

—Digo, digo.

—Pero es un asunto serio, de veras. De mucho dinero.

—Cuenta, a ver, esclavo. —Afrodisio se arrimó hacia el otro.

—¿Sabes quién es Silano, el que lleva las fincas de Popea?

—Hasta los niños lo conocen.

Disimulando con la mano Gavio le susurró:

—Es un asunto de diez mil sestercios.

—¡Diez mil sestercios! ¡Si con la mitad seríamos ricos, esclavo! —Afrodisio respiró hondo.

—Es lo que puedes sacar —observó Gavio cautelosamente.

—¡Diez mil sestercios! ¿Y de qué te sirve tanto dinero si luego no puedes gastártelo? Vaya, en ese negocio hay algo que huele mal; lo mismo se paga con la propia vida.

Gavio se encogió de hombros:

—Silano busca a alguien que vaya hasta Pandateria.

—Pero la paga no debe ser por hacer la travesía. Pandateria es un sitio desolador, un roquedal. Nadie va allí por las buenas.

—¡Si no sabrás quién se ha ido a vivir allá ahora…!, aunque no por las buenas, desde luego —replicó el esclavo. Y prosiguió al cabo—: Octavia, la esposa del Divino.

—¡Por Hércules! —Se le escapó al joven—. ¡Ahora entiendo! Silano obra por encargo de Popea.

Por un momento vio Afrodisio el puñal en el cuello de su patrón, pero tan rápidamente como le había venido apartó él la imagen de su memoria, dudando incluso que no hubiese sido todo un sueño, al fin y al cabo Fulvia le había dado sepultura con todos los honores. ¿Podría no haber visto ella la herida que llevaba en el cuello…?

—Cuanto más alta la paga, peor el asunto. —Las palabras del esclavo devolvieron a Afrodisio a la realidad.

—¿No sería un negocio para ti? —preguntó Afrodisio.

—¿Para mí? —replicó indignado Gavio—. Antes me paso catorce horas arrastrando piedras pero con la conciencia tranquila. Para esas riquezas que no cuenten conmigo.

—¿Y crees que yo tomaría ese tipo de encargo? Da gracias a los dioses de que aquí haya tanta gente durmiendo, ya verías si no cómo te marcaba el trasero con esas

sandalias.

Gavio empezó a murmurar. Afrodisio vino a entender sólo que a ver si iba a figurarse que él, Gavio, era mala gente por limitarse a contar lo que se rumoreaba por los rincones más tenebrosos de la ciudad. Al cabo, bien agarrado a su fardo, se quedó dormido.

Afrodisio, sin embargo, tuvo aquella noche un sueño extraño: a hombros de esclavos paseaba en litera por la ciudad destruida y a su paso las piedras se levantaban y volvían a su lugar original, piedra y piedra, recobrando de ese modo todas las casas su antiguo esplendor. Al final de la calle de Estabia divisaba a una joven extraordinariamente hermosa y Afrodisio ordenaba a los esclavos que se apresurasen, pero por rápido que corriesen nunca daban alcance a la muchacha. Entonces Afrodisio se bajaba de la litera y corría hasta que los pulmones le ardían y después de haber corrido un día entero se hizo de noche a su alrededor, volviéndose todo tan oscuro que no podían verse los propios pies; finalmente se le cortaba la respiración y perdía el conocimiento. Entonces se despertó.

Antes de lo que cabía esperar los pompeyanos se rehicieron del miedo que les había infundido el terremoto. Aquí y allá teníase incluso la sensación de que los pompeyanos ricos no veían la catástrofe como un infortunio, sino como un guiño de Fortuna, la diosa del cuerno de la abundancia.

Porque quien en aquella ciudad fuese rico y no hubiese perdido el patrimonio con el terremoto tenía ahora la ocasión de hacerse con las propiedades de los menos favorecidos que no se veían con medios para reconstruir sus casas destruidas. El aumento de la oferta tuvo como consecuencia que los solares y las ruinas alcanzaran precios irrisorios. Así fue como los ricos se hicieron más ricos, mientras que los pobres se veían privados de su sustento y tenían que alquilarse a doce ases por día.

Sin embargo, las familias ricas de la ciudad, los Vetios, los Sitios, los Póstumos y los Cornelios, se divertían en sus quintas entregándose noche tras noche a desenfrenados festines, organizados cada día por un anfitrión diferente. Era el momento de presumir de las casas recién compradas, como si se tratase de una competición de las de la gran Palestra.

El día que le correspondió, Aleyo Nigidio Mayo hizo ostentación de cuanto diera realce a su inmensa fortuna: la entrada a su quinta estaba iluminada con trescientas antorchas, la columnata de mármol del portal deslumbraba por su blancura, el eje de la mansión era un estanque de color verde oscuro donde peces dorados trazaban evoluciones diríanse que prodigiosamente dirigidas. El número de habitaciones que comprendía cada ala no se aventuraba a decirlo ni el mismo Nigidio, aunque se preciaba de tener estancias preparadas para albergar a un centenar de invitados. En cualquier lugar de la casa aguardaban al visitante intensos aromas cuyo secreto residía en un sistema de tubos apenas visible por donde se rociaban regularmente exquisitas esencias desde el techo.

—Eso podría hacerle falta a Escauro y a sus mejunjes de salsas de pescado —

observó entre risas el ganadero Marco Póstumo sin soltar el crujiente ganso que sostenía con ambas manos—; los demás nos defendemos con nuestros propios olores.

Reclinado junto a él y prosiguiendo su copiosa ingesta de vino, Floro sostenía por su parte que las seducciones de la nariz apagaban el paladar, cuando a fin de cuentas a lo que habían ido allí era a comer y a beber, no a oler.

—En efecto, en efecto —corroboró con su voz nasal el actor Ululitrémulo, quien por dar mejor de comer a su preferido compartía diván con su amigo Caldo—. ¡Y, además, qué fragor de alas por todos lados! —dijo encorajinado—. Mesa adonde miro, mesa donde no hay más que gansos, patos, pollos, codornices, jilgueros y palomas torcaces. ¡A este paso volveremos a casa volando!

Los restantes invitados aplaudieron el donaire. Ninguno de ellos soportaba a Nigidio; lo único que les unía era el ardiente deseo de ser diferentes, diferentes a todos los demás, más adinerados, más hermosos, más influyentes, más famosos. Y por lograrlo toleraban que se riesen de ellos. En ésas Nigidio hizo un gesto y los esclavos entraron una bandeja de plata con un jabalí tostado y brillante como un espejo, tan espectacular que a los invitados, embelesados, se les saltaron las lágrimas puesto que nunca habían visto composición más pintoresca. Con el rostro resplandeciente, Nigidio notificó que aquella maravilla culinaria era obra de Pílades, su cocinero frigio, tras lo cual proclamó «¡Por el emperador, por el padre de la patria!», y hundió un cuchillo de cocina en el lomo del jabalí provocando la expulsión del aire caliente de su interior.

—Bueno, Ululitrémulo —bromeó Nigidio—, cuento con que después de saborear este jabalí no te me vuelvas a casa a cuatro patas, con el miedo que te daba volver volando por comer tanto plumífero.

Ahora las carcajadas las tuvo Nigidio de su parte. A continuación se dieron los comensales a ronzar y sorber, librándose a los gruñidos y los gemidos de rigor, pues el pompeyano no comía sólo para sí, sino también para el resto de los asistentes recostados alrededor de las mesas. Se comía tendido, con la cabeza apoyada en la mano izquierda y empleando la derecha para llevarse la comida a la boca. El vino, falerno del mejor, se servía en copas planas, *ad libitum*, y si había de satisfacerse alguna necesidad urgente no hacía falta levantarse; a una castañeta acudía el esclavo asignado al invitado, quien le sostenía la vasija ante la indiferencia de los demás.

Trebio Valente, un influyente político propuesto para duunviro por el conciliábulo de los potentados, quiso conocer la opinión del anfitrión acerca de quién entendía más de comidas, si los romanos o los pompeyanos.

La pregunta, sentenció Nigidio, romano él mismo, no precisaba respuesta, con un ejemplo debía bastar; y refiriéndose a la fama dejada por el sibarita Lucio Licinio Lúculo, señaló que un pueblo capaz de proclamar dios del estómago a un general, como ocurrió en la guerra contra Mitrídates, debería seguir siendo lo que había sido siempre, comedor de cereales. De comer, en cualquier caso, no entendía lo más mínimo.

—Antes duunviro en Pompeya que cónsul en Roma —sentenció Nigidio como conclusión.

—¿Cuánto me das por mi voto? —preguntó Loreyo Tiburtino al candidato.

—¡Tiburtino, que tú no eres Áscula! —Se echó a reír Trebio—. Quien cuenta con Áscula tiene asegurada la elección. ¿Pero tú, Tiburtino?

—¿Pero tú, Tiburtino? —Remedaron los demás atragantándose con las risas.

—¿Pero tú, Tiburtino?

Áscula permitió cambiar de tema, porque cuando se reunían a los pompeyanos sólo les interesaban dos cuestiones: las mujeres y el dinero. En aquellos festines no participaban mujeres; al menos mujeres decentes como las esposas o las hijas de familias acomodadas, destinadas todas ellas a alimentar el fuego del hogar. Las damas que comparecían entre uno y otro plato cantando, bailando o desnudándose lo hacían precedidas por una aureola de indecencia.

Exhausto por el esfuerzo de la comida, Escauro se desplomó sobre el diván desplegando brazos y piernas; acudieron solícitos los esclavos a aplicarle paños calientes en manos y rostro, tras lo cual el fabricante de *garum* exclamó:

—¿Pero qué fiesta es ésta donde se le da contento a la barriga pero los ojos se quedan en ayunas?

Nigidio hizo una seña y los mismos esclavos que antes habían llevado el jabalí aparecieron portando sobre sus cabezas una gran bandeja de plata con una muchacha desnuda de piel oscura encima. Dobladas cintura y rodillas, la muchacha llevaba los brazos extendidos hacia adelante como un cisne negro que durmiese sobre la blancura de la plata bruñida; una estatua de Fidias no podía ser más bella. Los esclavos depositaron la bandeja en una mesa baja y a un son de flauta, arpa y percusión procedente de detrás de una cortina, la negra perla comenzó a mover sus elásticos brazos con la lasitud de una serpiente y la lascivia de una meretriz del lupanar, obediente al ritmo creciente de la música.

Henchido de orgullo, notificó Nigidio que se llamaba Lícoris, era de Cartago y había nacido el año que muriera el divino Calígula: tenía, pues, veintiún años. Y Trebio Valente, que no desperdiciaba ocasión para alardear de cultura, citó una oda de Horacio:

Lícoris, la bella y esbelta de breve y tersa frente, arde por Ciro, mas éste la desdeña; suspira él, le abruman los pesares en pos de la huraña Foloe.

—¿Y quién será el agraciado que se la quede? —inquirió entre risas Póstumo, el orondo ganadero—. Porque sabiendo lo tacaño que eres, Nigidio, lo mismo piensas reservarte a Lícoris para ti. ¡Menuda hospitalidad!

—Vamos a rifárnosla —propuso Nigidio una vez que la cartaginesa de cabello rizado hubo concluido su arrebatadora danza.

—Y si gana Ululitrémulo, ¿qué? —preguntó Floro riéndose.

—Pues te la regalo —replicó el aludido.

Un esclavo trajo un jarro con un juego de palos. Nigidio extrajo uno, lo mostró a

los demás y mientras quemaba la punta en una lamparilla de aceite, determinó:

—Quien saque la punta quemada se lleva a Lícoris de regalo. —A continuación volvió a colocar la madera con la punta calcinada en el jarro.

Resultó vencedor Loreyo Tiburtino; pero no había contado con tanta fortuna y renunció sin ambages, puesto que su esposa Plautia, severa cual vestal, sólo admitía en su casa a esclavas faltas de gracia y belleza. Los pompeyanos no tardaron en pujar por hacerse con la titularidad de la morena: Póstumo ofreció una vaca, Escauro un barril de *garum*, Valente ofreció su amistad como duunviro y Floro, vino para un año. Sólo el rico banquero Prisciliano parecía inhibirse; sentado contra el respaldo del diván y las manos tendidas sobre el vientre, guardaba silencio.

—¡Oye Prisciliano, que esta muchacha es un capital! ¿O prefieres un mocito? —bromeó Nigidio mientras le tocaba con la mano en un hombro. Prisciliano se desplomó hacia el lado opuesto con la rigidez de una estatua del foro; su corpulenta figura perdió el equilibrio y cayó con un golpe sordo contra el mármol. En un instante se impuso el silencio en la sala. Todos miraban con ojos como platos al coloso desplomado que tenían ante sí, tardando un tiempo en hacerse cargo de la situación: la mirada perdida, la boca desencajada… Prisciliano estaba muerto. En la espalda llevaba clavado un puñal. Pálido, y con las extremidades dobladas, parecía una medusa abandonada en la playa.

Ululitrémulo se adelantó, le tomó la mano y se la soltó horrorizado. ¿Quién le había clavado el puñal?

Las sospechas recayeron por supuesto en Nigidio, el anfitrión, y hacia él se encaminaron las primeras diligencias del edil. Pero Nigidio negó jurando por la vida de su madre y por su mano derecha que estuviese implicado en el crimen, ¿qué motivos había de tener, además? Con ayuda de su abogado logró imponer el criterio de que alguien había querido inculparlo. A fin de cuentas, argumentó concluyentemente, ni al más necio se le ocurriría perpetrar semejante acción en su propia casa. ¿Pero quién había detrás del atentado contra el rico banquero? ¿Trebio Valente, que podía considerar a Prisciliano como un enemigo potencial? ¿Loreyo Tiburtino, su vecino de finca? ¿Herrenio Floro, que tenía negocios con él? ¿Ululitrémulo y Caldo, por quienes no mostraba sino indiferencia? ¿Umbricio Escauro, calificado por él de «pestilente»? ¿Marco Póstumo, a quien apenas si conocía de vista?

Como solía ocurrir cuando un delito no podía esclarecerse, los ediles acusaron a los esclavos, ya que toda acción necesitaba un ejecutor y todo ejecutor reclamaba un castigo. Y las leyes, que también regían para los esclavos, no conocían miramientos: «¡Ad leones… a los leones con ellos!» era una sentencia común, pues el romano no consideraba a los esclavos dignos de morir dignamente; esto es, decapitados.

A pesar de los insistentes interrogatorios a que fueron sometidos todos y cada uno de los setenta esclavos que Nigidio tenía en su quinta, el edil no halló indicio alguno acerca de la autoría del crimen. Pero alguien había tenido que lanzar aquel puñal

contra Prisciliano, de manera que los jueces adoptaron una resolución despiadada: los setenta esclavos irían a parar a las fauces de los leones, tal y como la ley contemplaba en casos similares, no pudiendo siquiera el tribuno recurrir la sentencia. Ensogados como si fuesen animales, los despavoridos esclavos recorrieron la Vía Apia a las órdenes de dos centuriones camino de Roma, donde la demanda era mayor, teniendo en cuenta que el teatro de Pompeya estaba en ruinas.

Nigidio, por su parte, buscó más esclavos para su finca entre los desamparados de Pompeya. La mayoría declinó volver a la servidumbre, por más que las tripas dolían y que las frías noches de los albergues trajeran a la memoria el calor de un tejado decente donde guarecerse. Estaban decididos a disfrutar cuanto pudieran de una libertad tan inesperadamente lograda. Muchos buscaron refugio en las montañas, otros procuraron embarcarse en el puerto de Nápoles y probar fortuna lejos de allí; quienes se quedaron fueron los viejos y los achacosos o faltos del ímpetu preciso para comenzar una nueva vida, así como algún que otro espabilado como Gavio, personas que afrontaban con tesón su suerte y encaraban como un reto aquella situación sin salida.

El mercado de esclavos situado junto al Portal del Mar presentaba un aspecto desolador, no había género (*mancipium*, como solían decir los pompeyanos). Atrás quedaban los tiempos en que Cayo julio César aportaba decenas de miles de esclavos de las Galias; Bitinia estaba despoblada a causa del tráfico de esclavos y para la reconstrucción de la ciudad se precisaban poblaciones enteras de ellos. Por esa razón los duunviros, los primeros dignatarios de la ciudad, enviaron una delegación a Roma, rogando al emperador que procurase para Pompeya una remesa de esclavos.

Pero Nerón despachó a los delegados sin contemplaciones. El divino detestaba íntimamente tanto las campañas militares como la conquista de nuevas provincias; esto es, los procedimientos seguidos siempre por los emperadores romanos para requisar mano de obra nueva. Les hizo saber también que él mismo requería un ejército de esclavos para poder construir de una vez el palacio que reclamaba su rango, pues aún vivía en el Palatino, en condiciones indignas de él. Y además, quien se hubiese hecho acreedor del castigo de los dioses viendo destruida su ciudad no iba a merecer luego la gracia del césar en forma de esclavos.

Así las cosas, los duunviros adoptaron la decisión de reunir a todos los desamparados de la ciudad, a todos los desocupados y a todos los esclavos sin amo, para subastarlos al mejor postor.

Los dioses sabrían cómo llegó Gavio a enterarse de ese propósito; el caso es que la víspera de la redada llegó muy alterado al albergue y haciendo un aparte con Afrodisio le previno:

—Liberto, aquí hay que poner tierra de por medio. Mira que mañana será tarde.

A lo que, advirtiendo el rostro incrédulo del manumiso, le expuso cuanto había logrado sacar en limpio.

—Yo no he de temer a nada —replicó Afrodisio—. ¿Por qué razón tengo que salir

huyendo? ¿Ya dónde, además?

—Mira, no tienes ni casa, ni patrón, ni trabajo. Ni siquiera la vara de manumiso que te acredita como liberto. Así las cosas, mañana te convierten otra vez en esclavo, como cuando eras un niño.

—¿Y por qué me estás contando todo esto? A ver, ¿qué provecho sacas?

Gavio se sintió azorado:

—Te estoy haciendo un favor; lo mismo tú puedes hacerme otro a mí.

—¡Vaya, es eso! —rió Afrodisio—. ¡*Manus manum lavat*! A ver, te escucho.

—Bueno… se me ha ocurrido que podrías llevarme contigo. Un esclavo como yo a quien la ley prohíbe moverse libremente no puede llegar ni a una milla de aquí. De lejos se me ve que soy esclavo… contigo de amo puedo ir adonde quiera.

Afrodisio negó con la cabeza:

—¡Yo no soy amo de nadie!

—En la vida la cuestión no es qué se es —se explicó Gavio— sino qué apariencia se tiene. Y tú tienes pinta de amo, como si hubieses nacido amo, vaya.

A Afrodisio le costaba decidirse por la huida, y mucho menos con un esclavo:

—¿De qué vamos a vivir, a ver? —preguntó en tono desafiante.

—¿Pero no tienes nada de nada?

—¡Por Mercurio! Un puñado de sestercios…

—¡Con eso basta! —replicó Gavio sin preguntar a cuánto ascendía la cantidad.

—Pero nos los gastaremos tanto más deprisa siendo dos.

Gavio rehusó con un gesto:

—¿Y qué? ¿Pero el esclavo quién te lo quita? Tendrás un esclavo que te descalce por las noches, que te indique el camino, que te ordenará la ropa, un esclavo que…

—Basta, basta; ya sé para qué sirven los esclavos. Pero huyendo esas cosas cuentan poco.

—Y además, soy bitinio.

—¡Un bitinio! ¿Y qué diferencia hay?

—Liberto —Gavio respondió enfadado—, los dioses te han dado una cabeza despejada y una planta digna de estatua del foro, y aun así ¿no conoces el secreto de los esclavos de Bitinia?

—No —respondió Afrodisio—. ¿Y cómo habría de saberlo?

—¡Pero, liberto, si tú has sido esclavo! Aunque bien es verdad que en eso estriba la diferencia entre los bitinios y los demás esclavos.

—Estás despertándome la curiosidad, Gavio.

—Hace más de cien años que murió nuestro último rey. Se llamaba Nicomedes Filopátor, y como Bitinia había sido de siempre una manzana de la discordia entre los pueblos más poderosos del este y del oeste, lo que hizo para garantizar la paz del suyo fue legarlo a Roma. En calidad de heredera, entiéndase bien. ¿Y qué hicieron los romanos? Convirtieron la altiva Bitinia en una provincia, saqueándola de bosques, mujeres y hombres. Los bitinios, todos, se juramentaron entonces con un pacto

sagrado: dondequiera que el destino los llevase emplearían su lengua para darse a conocer y así poderse ayudar mutuamente.

—Y por eso estás siempre al corriente de todo —observó Afrodisio.

—Vayas adonde vayas —Gavio corroboró con un gesto—, antes habrá habido ya un bitinio allí.

Las explicaciones del esclavo tranquilizaron a Afrodisio. Aquel Gavio podía serle de gran utilidad. Le tendió la mano:

—¡Más que esclavo tendrás que ser mi amigo!

—¡Y tú no tendrás que arrepentirte! —El bitinio se emocionó.

Aquella misma noche salieron a hurtadillas del albergue, camino de Roma… y de un futuro incierto.

3

A QUIENES ARRIBABAN procedentes del sur, Roma los recibía con la necrópolis que bordeaba ambos lados de la Vía Apia. Había panteones y sepulturas espaciosas para los adinerados y columbarios con hileras de nichos destinados a las urnas cinerarias para los más pobres. Los romanos incineraban a sus muertos vistiéndoles con sus mejores ropas y colocándoles en la boca una moneda destinada a Caronte, el barquero que trasladaba las sombras a su reino eterno; con excepción de un dedo que, sin saber nadie la razón, se seccionaba y se inhumaba perfumado.

Aquella avenida de sepulturas no era lugar ni de luto, ni de devoción o edificación espiritual; los carros con que Afrodisio y su flamante esclavo se toparon a cientos circulaban con gran estrépito por la pista aparentemente inacabable, levantando nubes de polvo entre los toscos adoquines.

A medida que el tráfico aumentaba, se sentían más seguros que en la soledad de las marismas que cruzaba la Vía Apia después de Capua, donde hubieron de extremar la vigilancia para no caer en manos de ninguna patrulla de ediles. Eso habría significado el final de la libertad; porque sin la vara de manumiso no se era hombre, sólo se era *mancipium*. Desde hacía siglos la ruta llevaba el nombre de Apio, un enérgico censor que también había dado nombre a la *aqua appia*, el primer acueducto que tuvo la ciudad; arrancaba del *manantial de Preneste*, junto a la Puerta Capena, y desde allí cruzaba sobre arcadas calles y casas.

En la Puerta Apia se hacinaban centenares de forasteros, de las tabernas salían penetrantes vaharadas, había puestos ambulantes donde se vendía pan y judías cocidas; veíanse también guías pregonando sus servicios a voz en cuello, llegaban ofertas de alojamientos dudosos, y había viejas y niños pidiendo limosna. Exhaustos, los dos pompeyanos soltaron sus fardos en el suelo, tomaron acomodo junto a los

demás y deliberaron qué debía hacerse. Afrodisio parecía abatido; a la vista de aquel gentío dudaba poder encontrar trabajo nunca. Gavio intentó darle coraje representándole el sinfín, los millares de amigos que tenía en la ciudad, bitinios todos. Únicamente tenía que aguardar a que él regresase. Gavio se perdió en el tumulto.

Afrodisio disfrutaba de los cálidos rayos de sol y se durmió. Helio, el Sol de los romanos, el hijo de los titanes Hiperión y Tía que cada jornada surge del océano con su carro tirado por cuatro ígneos corceles, le invitó a montar en la Copa de Oro que otrora prestó a Hércules para desplazarse hasta la isla de Poniente y capturar los bueyes de Gerión; Afrodisio no tenía nada que temer, pues cada noche el alado carro cruzaba como una centella por encima del mar dejando atrás las Hespérides en pos del país de los etíopes donde Eso, su hermana prematura, aguardaba con un nuevo tiro de caballos. Pero Afrodisio declinó posar el pie en el incierto carruaje, pidiendo que se le dejase esperar al alba para subir al carro del sol en su diario recorrido por el firmamento. Helio sacudió entonces su luminoso rostro preguntándole de modo que resonó en la clara bóveda celestial si desconocía los peligros que encerraba el trayecto, ¿acaso deseaba compartir la suerte de su hijo Faetón, quien pagó con su vida la temeridad de subir al carro del padre, pues tras breve y pronunciado ascenso se precipitó de cabeza en el vacío, como lo atestigua el lucero del alba con su temprana salida y su no menos pronta desaparición? Por más que imploró el pompeyano, Helio se mostraba inflexible, pues tal y como el agua estaba destinada a la tierra y con ella a los hombres, el aire era patrimonio del cielo y con él de los dioses, y todo hombre que penetrase en el reino de los inmortales debía pagar su osadía, al igual que Ulises y sus camaradas, que robaron los trescientos cincuenta bueyes del sol para devorarlos luego y cada uno de ellos hubo de pagarlo con trescientos cincuenta días del año de la luna, incluido el día de su retorno. Porque es misión de los hombres vivir la suerte de los hombres, no la de los dioses, y todo aquel que ascienda a las regiones más encumbradas habrá de caer de una altura tanto mayor que el resto de los mortales que no se han apartado de su senda. Así habló la deidad coronada de rayos, para subir a continuación en la Copa de Oro y partir hendiendo sus alas en el espumeante mar.

No podía precisar cuánto tiempo se había quedado traspuesto. Al despertarse halló la Puerta Apia sumida en la luz crepuscular. Gavio se encontraba ante él, sonriendo de oreja a oreja; cuando Afrodisio se dio cuenta de su presencia, anunció:

—Todo arreglado, liberto.

—¿Cómo que todo arreglado, si todo está por arreglar? ¡Hace dos días que no nos llevamos nada a la boca y no sabemos dónde caernos muertos en este desbarajuste de ciudad!

—¡Te digo que está todo arreglado! —respondió Gavio—. Que los bitinios tienen amigos en todas partes. ¡Ven!

Afrodisio estaba exhausto. Una vez alcanzada la ciudad después de once días de camino le invadió un agotamiento inefable; a trompicones siguió los pasos del

esclavo como haría tras el pastor un perrillo maltrecho de regreso del prado. Iba en silencio, sin ganas de hablar, cada vez más sobrecogido que admirado: la sorpresa inicial cedió a la estupefacción ante la grandiosidad con que se topaba a ambos lados del camino; por doquier había mármol, blanco generalmente y alguna vez rojo, en lugar de ladrillos como en Pompeya; entre alarde y alarde de mármol, construcciones de madera de cuatro y cinco pisos apilados unos sobre otros, estremecedores en lo menudo y delicado de su arquitectura, abiertos a ojos y oídos, sin instalaciones sanitarias. «¡Agua va!». De las alturas se vaciaban bacines que evidentemente no sólo se usaban de noche. Mientras, el bullicio aumentaba, crecían las apreturas, las carreras y las prisas a medida que se aproximaban al centro.

Gavio se dirigía hacia el Circo Máximo, la gran pista de carreras encajonada entre el Palatino y el Aventino; allí se hacinaban las fondas, los comercios y los talleres de la plebe, se repartían a diario raciones gratuitas de trigo y existía una colonia bitinia integrada sobre todo por libertos que probaban fortuna ejerciendo de artesanos. Apiñábanse minúsculas viviendas de madera contra las murallas del extenso Circo, escenario de carreras de bigas y cuadrigas en torno a la espina central, a cuyo paso se elevaban y bajaban rápidamente siete gigantescos delfines empleados para contar las vueltas. En las chozas moraban adivinos, astrólogos y mujeres venales, pues una carrera de carros era una gran fiesta que comenzaba mucho antes de que arrancasen a correr y no concluía con su llegada a la meta. Allí se cruzaban apuestas los verdes, rojos, blancos y azules (los partidarios de las distintas cuadras), habiendo adquirido más de un liberto renombre de la noche a la mañana con asuntos de primas y sobornos, o se grababan en mármol nombres de los caballos, cuando no se llegaba al colmo de pretender nombrar cónsul a un caballo, como ocurrió con el excéntrico Cayo César, más conocido como Calígula, «Sandalilla».

Afrodisio detuvo su marcha para contemplar el Circo Máximo en toda su longitud, equivalente a la de Pompeya de norte a sur; nunca en la vida se había sentido tan minúsculo. ¿Cómo se las apañaría para salir adelante en aquel pandemónium? ¿No le pedía demasiado a Láquesis, la *moira* que reparte la suerte? Esclavo pompeyano de nacimiento, debía su libertad a su patrón, Sereno, y a Cloto la circunstancia de seguir con vida tras el terremoto, ¿qué buscaba en Roma? ¿Él precisamente, Lucio Cecilio Afrodisio, hijo del esclavo Imeneo?

—¡Amo! —Gavio lo estaba tirando de la manga. Efectivamente, Gavio le estaba llamando «amo». Oír esa sencilla expresión y disiparse las aprensiones fue todo uno. Tendrían que llamarle «amo», todos aquellos con quienes fuese a tropezarse en la vida: «amo» a él, a Afrodisio, al esclavo de nacimiento. Se volvió, pues, a Gavio excusándose:

—Perdona, estaba perdido en mis cosas. ¿Adónde vamos?

—¡Es ahí! —Gavio indicó hacia una de las innumerables tabernas y posadas abiertas alrededor del circo.

—No es especialmente lujoso, pero es barato. El dueño, un bitinio, nos lleva sólo

treinta ases.

—¿Por noche?

—No es mucho, amo. Roma es la ciudad más cara del inundo. En las casas de más postín, allá por el Celio, piden setenta sestercios: diez veces más.

El posadero se llamaba Mirón y la posada era una precaria construcción de madera por cuyas rendijas se colaba el viento. Apilados en dos pisos y unidos por escaleras de mano, los aposentos semejaban gallineros como los que se veían en las casas de campo de Pompeya. A Afrodisio y Gavio les asignaron un cuchitril en el piso más alto, amueblado con camastros y un banco sin respaldo. Las minúsculas ventanas estaban atrancadas con tablas, pero éstas no protegían ni mucho menos del ruido procedente de la calle; tina vez guardado el fardo que llevaban descendieron los pompeyanos a la taberna, donde pasaban el rato hombres a quienes Fortuna les había negado por el momento las gracias del cuerno de la abundancia.

La única presencia agradable en la penumbra de aquella taberna pestilente era una muchacha de pelo moreno y rizado, la amabilidad de cuya sonrisa la sintió el pompeyano como caricia de almendro en flor. Fue la primera sonrisa, inolvidable siempre, en la ciudad desconocida.

—¿Te gusta, no? —inquirió Gavio en tono burlón—. Se llama Leda y es la hija de Mirón.

Afrodisio asintió con el gesto, para dirigir a continuación su mirada hacia la desgraciada parroquia.

—No te sorprendas, amo, ésta es sólo una cara de Roma —dijo Gavio al notar el desconcierto de Afrodisio—, la otra es la de la gente que vive en las siete colinas.

—Si no me sorprendo —replicó Afrodisio en tono socarrón mientras se tomaba de un trago un vaso de vino peleón—. ¿No es nuestro sitio, acaso?

—Dame tres días —propuso Gavio mientras desplegaba los dedos pulgar, índice y medio— y verás cómo estás durmiendo en una casa y en una cama de verdad y trabajando con el sueldo que conviene a un liberto. Te lo juro por mi mano derecha.

La noche caía sobre las colinas de la ciudad y alrededor del Circo Máximo la gente salía de sus agujeros, aumentando de tal modo el ruido que era impensable echarse a dormir. La comida era mala y cara, un mejunje de verduras cocidas y tropezones de carne correosa, pero dejaba el estómago lleno. Las callejas estaban iluminadas con millares de antorchas. Unos vendedores arrastraban por el adoquinado sus carros de tortas y dulces; otros deambulaban entre el gentío escanciando vino barato que llevaban en botas de pellejo de cabra; la gente se lo bebía en vasos de barro y entablaban conversación sin apartarse de su ruta, criticando los últimos juegos, rezongando por lo escaso de las últimas raciones de trigo y, *cum grano salis*, chismorreando a propósito de los devaneos del divino, por Venus y Amor.

Aquí y allá veíanse muchachas que ponían sus encantos en venta, por dos ases y en el primer portal, exuberantes egipcias de opulenta pechera y amplias ropas, junto a hijas de esclavos númidas, frágiles y esbeltas como gacelas africanas, apenas mayores

de catorce años. Al advertir Afrodisio las ardientes miradas de su esclavo echó mano de la bolsa, sacó dos monedas y se las dio a Gavio sin mediar palabra. Éste tomó el dinero y la cara se le iluminó como a un esclavo por saturnales, cuando los siervos tenían el privilegio de disfrutar por un día de la libertad y compartir comida con sus amos, desapareciendo acto seguido entre la multitud.

En las aceras, a un codo del pavimento, jugaban a los dados. El primer jugador fijaba la apuesta y los restantes aportaban la misma suma, siendo el que sacaba más puntos al arrojar los dados quien se llevaba cuanto se hubiese apostado. Todo se hacía tan deprisa que a Afrodisio le costaba seguir el desarrollo de las partidas. El paseante tropezaba con esos jugadores a cada paso y el pompeyano estaba admirado con los personajes desastrados a quienes difícilmente podía suponérseles un techo, que de repente apostaban un áureo, lo equivalente a cien sestercios, y solían ganar llevándose así seiscientos sestercios, una pequeña fortuna. ¿Fue el vino o el insistente repiqueteo de los dados en el empedrado lo que acalló los escrúpulos de Afrodisio haciéndole llevarse la mano al cinturón? De súbito arrojó un áureo en el círculo, agarró el cubilete y lo vació implorando ayuda a Fortuna mientras rodaba el dado. Pero ésta no se dio por enterada, de manera que Afrodisio probó suerte una segunda y una tercera vez, confiando que la siguiente ronda le tocaría a él y que al menos podría recuperar lo apostado. Ya no contaba con sextuplicar la bolsa. La cuestión era no perderlo todo y con ese propósito terminó apostando la última moneda que le quedaba. Pero la suerte es una ramera: te hace mil lisonjas, te regala los oídos prometiéndote el cielo en la tierra, pero nunca dominas la situación. Afrodisio lanzó los dados por última vez y perdió.

Echó a andar como en sueños; sin saber a ciencia cierta si todo aquello había ocurrido de verdad, echó mano a la bolsa. Estaba vacía. Afrodisio acababa de perder todo su dinero en las apuestas, una fortuna para alguien en su situación; no entendía nada. Recostado contra el muro de una casa contempló la muchedumbre, atosigada, ruidosa y presurosa, como quien mira a través de un velo; con la tracamundana de los dados oprimiéndole las sienes, le provocaron náuseas las vaharadas procedentes de las tascas alineadas sin solución de continuidad.

Al regresar, Gavio notó enseguida que el amo se había metido en complicaciones. Dándole una palmada en el hombro exclamó:

—¿Qué haces ahí como res ante el ara de sacrificio? Vete en busca de una moza, o de un mozo, si así ha de ser; que por ahí los hay a cientos.

Afrodisio no se inmutó, mirándole sin verlo dijo inexpresivamente, casi abúlico:

—Gavio, al marcharte me dejaste con una fortuna dentro de este cinturón, y aquí me tienes ahora, más pobre que una rata, sin un mísero as.

—¡Por Cástor y Pólux! —exclamó Gavio—. ¡Has jugado a los dados!

Afrodisio afirmó en silencio y el esclavo vapuleó enérgicamente el vacío, como si quisiera levantar una losa invisible mientras repetía:

—¿Pero es que un esclavo no puede dejar un momento solo a su amo? —Aunque

al descubrir la desesperación que invadía el rostro de Afrodisio procuró darle ánimos. Se lamentó de no haberle advertido de las marrullerías de los jugadores de dados; todos jugaban con dados marcados y su destreza consistía en estar al acecho del primer forastero incauto para arrebatarle el dinero de la bolsa.

—Y yo que pensaba que entre los pobres no había maleantes —se dolió Afrodisio. Estaba a punto de llorar.

—¿Quién te dice que fuesen pobres los que te han tomado el pelo?

—Bien lo parecían.

—Mira —Gavio se echó a reír—, yo no soy más que un esclavo bitinio que no sabe leer ni escribir y ni mucho menos de todo lo que se aprende con los filósofos griegos, pero he aprendido mucho tratando con la gente, con los pobres y con los ricos, y ésta es una de las lecciones que he sacado: quienes presumen de ricos poseen mucho menos que quienes parecen llevar siempre la miseria de compañía.

—¿Me estás diciendo que todos esos jugadores de dados son romanos de recursos?

—Todos, no. Pero sí los que les sacan el dinero a los forasteros. Visten harapos adrede, sabiendo que preferirás jugar con un mendigo antes que con un senador y toda su púrpura. ¿O te habrías puesto a apostar con un romano distinguido?

—No, nunca.

—Ahí lo tienes. *Dies diem docet*.

—Gavio, ¡qué vergüenza! —Afrodisio se llevó las manos a la cara suspirando.

—Anda, anda —replicó el esclavo—. Que en la vida todo es aprender, amo. El tonto, de sus propios escarmientos y el listo, de los ajenos.

—¡Y dale con amo y amo! ¡No me lo vuelvas a decir! —estalló Afrodisio—, me muero de envidia pensando en cualquier esclavo de Roma, él al menos tiene su techo y sus comidas.

—No te apures —replicó Gavio—, que no te morirás de hambre ni acabarás en una alcantarilla.

Ten presente que tenemos miles de amigos en Roma, bitinios todos. ¡Ea, ya está!

Afrodisio se levantó al despuntar el alba, se echó la túnica por encima y se escabulló de la fonda.

La ciudad lo recibió con una bruma blanca. A diferencia de Pompeya, donde la actividad se iniciaba con el alba, Roma seguía durmiendo aunque se hiciese de día. Ante los templos de Júpiter, en el Aventino, de Apolo, en el Palatino, y del divino julio ardían con fuego amarillento pebeteros que repartían negro humo por las calles adyacentes. A cada paso tropezaba con templos consagrados ya fuera a Marte, a Saturno, a Juno o a Minerva. En el punto más elevado de la Vía Sacra resplandecía el santuario de los Lares, mientras que los Penates tenían consagrado su propio templo en el distrito de Velia. Afrodisio deambuló por la ciudad que comenzaba a despertarse como en un sueño; vio el palacio imperial del que se contaba que poseía más de mil estancias, se detuvo ante el arco de triunfo de Augusto, mandado construir por el

senado cuando el hijo del dios julio regresó con las enseñas recuperadas de manos de los partos. ¿Hacia qué lado debía quedar la roca Tarpeya, desde donde los romanos solían despeñar a los criminales más infames? Afrodisio escudriñó el horizonte, pero sólo alcanzaba a ver columnatas, frontones de templos y arcos de triunfo, como si los propios dioses hubiesen levantado ante él un teatro destinado a impedirle que se quitase la vida.

—¿Lamentándote de las ocasiones que perdiste anoche?

Afrodisio se sobresaltó. Se dio la vuelta. Inadvertidamente, como si hubiese emergido de la tierra, acababan de depositar cuatro robustos esclavos una litera en el suelo, y tras la cortina sostenida por una delicada mano blanca asomaba un rostro de la hermosura de Venus, flanqueado de rizos dorados. Afrodisio quiso salir corriendo, pero antes de dar el primer paso le dijo la belleza:

—Acércate, muchacho.

El pompeyano miró a su alrededor por comprobar si la dama se refería efectivamente a él, al tiempo que se sentía confortado por la dulce sonrisa de la romana. Dio un paso adelante pendiente de los esclavos: pero éstos hicieron caso omiso y se cruzaron de brazos como si cumpliesen una orden inaudible mientras fijaban la suya en el cielo, imperturbables y aparentemente indiferentes.

—Que Aurora te sea propicia —dijo cortésmente Afrodisio a la vez que intentaba una torpe reverencia.

—Que Júpiter te acompañe el resto del día —respondió la romana no menos amablemente—. La dama ladeó la cabeza, enarcó las cejas, lo que le acentuó el negro afeite de los ojos y le formó delicados pliegues en la frente, para preguntarle:

—¿Quién te abruma, Baco el de la piel de lobo o el descastado de Cupido?

—No, bella romana —respondió Afrodisio—, ni el vino tiene nada que ver con mis penas, ni tampoco mujer… me basto yo mismo para darme quebrantos.

—No eres de aquí —observó la beldad mientras descendía de la litera.

—No —dijo el muchacho—, soy de Pompeya, liberto.

En ese momento advirtió Afrodisio la extrema belleza de la mujer. La larga túnica le caía en graciosos pliegues por el cuerpo, y los ojos de Afrodisio quedaron involuntariamente prendados en el punto donde de las estrías de la blanca columna jónica surgían dos turgentes volúmenes.

—¡Pompeyano, vaya! —repitió la romana mientras le tendía al muchacho la mano derecha.

La calidez que se desprendía de aquella mano lo cogió desprevenido. Afrodisio no opuso resistencia cuando la bella dama lo atrajo hacia sí hasta que los ojos de ambos estuvieron a la misma altura.

—Sí, señora —dijo, turbado.

—¿Has preferido escapar después del terremoto?

—Sí, señora. Perdí a mis padres y a mi patrón, Sereno, y la señora ama, Fulvia, ya no me necesitaba. El mercado donde recaudaba yo las alcabalas está destruido y no

había nada que hacer, de modo que me dio mil sestercios para ayudarme a empezar otra vida, pero…

—¿Pero…?

Afrodisio enmudeció.

—¿Pero? —insistió la romana.

—Ayer, cuando acababa de llegar aquí, me jugué a los dados todo cuanto tenía.

Mientras acababa de referir lo ocurrido le brotaron unas lágrimas, de rabia y de impotencia.

Abrió sobremanera los ojos contando con que la bella romana no se diese cuenta de que estaba llorando, pero ella le pasó los dedos por los párpados diciéndole:

—Qué muchachote tan estúpido. —Afrodisio se arrojó entonces en los brazos de la romana, escondiendo el rostro contra el cuello de ella y sollozando como un niño. Sin embargo, la desconocida lo retenía contra ella, acariciándole la espalda con una mano primero y luego con la otra, repitiendo siempre lo mismo:

—¡Qué muchachote tan estúpido!

Cuando se hubo serenado, Afrodisio levantó sobresaltado los ojos. Habría salido corriendo, avergonzado como se sentía ante la bella dama, pero ella lo retuvo enérgicamente obligándolo a sostener la mirada:

—Acabas de llorar lágrimas auténticas —dijo la desconocida—, algo insólito en Roma.

Afrodisio la miró desconcertado.

—¿Sabes? En esta ciudad se llora mucho. Con nada disfrutan los romanos tanto como vertiendo lágrimas. Llorando se alivian los pesares. Pero sorprendentemente también lloran ciertas gentes que se encuentran tan alejadas de penas y necesidades como Chipre de las Columnas de Hércules, porque hasta las lágrimas las quieren para ellos. ¿Cómo te llamas, forastero?

—Afrodisio.

—Afrodisio… el que cruzó sobre la espuma del mar. ¡Qué nombre tan bonito! Le sienta bien a un muchacho tan guapo como tú, Afrodisio.

El pompeyano no se atrevió a preguntarle su nombre a la romana; dudaba incluso que fuese romana. La espesa melena rubia le daba un aire exótico… quizá fuese de Germania o una de aquellas salvajes británicas que el divino Claudio había traído tras su última campaña; quizá fuese liberta, como él, aunque con más suerte. Debía de doblarle la edad, era una mujer en la plenitud de su belleza. No, Afrodisio no se decidía a interpelarla.

—¡Ven conmigo! —dijo la desconocida de una manera que resultaba una orden que Afrodisio nunca se habría atrevido a desobedecer. Tampoco ella se paró a comprobar si el joven la cumplía; se limitó a sentarse en la litera, a impartir una señal que convirtió la rigidez estatuaria de los esclavos en actividad frenética y a sonreír desde la ventana, mientras Afrodisio seguía al trote tras la litera cual perrillo complaciente. Pendientes de reducir al máximo el zarandeo, con paso

extremadamente corto y rápido, los esclavos viraron hacia el Esquilino; los innumerables rododendros de sus espléndidos jardines exhalaban un aroma que aturdía.

«Guapo» había dicho la señora… ¡refiriéndose a él, a Lucio Cecilio Afrodisio, hijo del esclavo Imeneo y liberto de Sereno! Nunca se había parado a pensar en las gracias de su aspecto. Como esclavo lo que procuras es terminar lo que se te manda y procurar no merecer demasiados palos; te das por contento con comer hasta saciarte y recibir de tanto en tanto unos cuantos ases por algún servicio especial. *Pauper ubique iacet*. Como liberto trabajas, desde luego, mucho más que un esclavo porque lo haces por ganarte un salario, de manera que apenas puedes moverte libremente, pues el trabajo te tiene atado día y noche. Yen cuanto empiezas a pensar si tienes la nariz noble, la mirada serena o bien proporcionado el cuerpo, estás perdido porque en un hombre la belleza es su inteligencia.

Los porteadores depositaron la litera ante una mansión con pórtico y altas columnas y la bella desconocida descendió de ella. Inmediatamente acudieron servidores desde los lugares más variados; en primer lugar, una doncella acompañada de dos criadas y, en segundo término, un secretario y un esclavo del servicio doméstico; sin dedicarles una sola mirada, la beldad dijo mientras subía la escalinata hasta la entrada de la casa:

—Ese muchacho se llama Afrodisio y es de Pompeya. Que las esclavas de los baños lo laven y le pongan ungüento. Le dais calzado y una bolsa con mil sestercios. Luego lo traéis al *tablinum*.

Afrodisio respiró hondo. Aquello no era un sueño, era realidad, como la roca Tarpeya. ¿O era la realidad con que uno se topa camino del país de los bienaventurados?

Unos tildaron al tendero Fabio Eupor de charlatán a quien los dioses castigarían terriblemente cualquier día. Al igual que Belerofonte, el hijo de Neptuno que intentó subir al cielo montando el corcel alado y acabó hundiéndose en el mar, Eupor acabaría despeñándose desde las alturas, pagando así su presunción. Otros, por el contrario, vieron en la curación de Eupor un signo del dios desconocido que había predicado el de Cilicia. Éstos se reunían en casa del tendero conduciéndose como los coribantes en el templo de Cibeles, la diosa que traía la fertilidad tras las lluvias del invierno; allí cantaban alegres canciones de exaltación del dios que exigía pobreza a los ricos, humildad a los soberbios, concordia a los pendencieros, paciencia a quienes no conocían el sosiego y fe a quienes no creían en nada… y todo ello en Pompeya, la ciudad de los ricos, los soberbios, los impulsivos, los desasosegados y los descreídos.

Por activa y por pasiva se le pedía a Eupor que diese pormenores acerca de cómo le desapareció la parálisis, de por qué él precisamente había merecido aquella gracia y qué había de hacerse para lograr semejante dicha. Mas Eupor, un hombre sencillo que habitaba en un mundo de pescados, frutos secos, quesos y verduras, se veía incapaz de proporcionar la menor explicación; tampoco sabía nada acerca de la

naturaleza de ese dios, así decía, pues carecía de templo alguno tanto en Roma como en Grecia. Insistía en que sólo sabía que su hijo, llamado Jesús, había sido condenado y ejecutado en Judea cuando allí mandaba el procurador Poncio Pilatos, el decimosexto año del gobierno del divino Tiberio, después que lo acusaran de incitar a la rebelión; pero antes de morir había avisado que regresaría a juzgar al mundo, de modo que cuantos no se hubieran convertido a su doctrina serían víctimas de su cólera. Él, concluía el tendero, por lo pronto ya le había sacrificado a aquel dios sin nombre un cordero en el santuario de los lares, el único templo reconstruido en aquellos momentos.

Quizá hubiese llegado a olvidarse la milagrosa curación de Fabio Eupor de no haber recalado en Pompeya el centurión julio, de la cohorte augusta de Roma, que llevaba saludos del mago de Cilicia, a quien decía haber acompañado hasta el puerto campanio de Puteoli. Refirió que había integrado la guardia que vigiló a Pablo los dos años que duró su prisión en Roma y que por entonces había abrazado la doctrina del de Cilicia. Les informó de que el de Cilicia había partido para Hispania para predicar allí la salvación.

El relato del centurión atrajo a buen número de pompeyanos; especialmente a los que habitaban las regiones más sombrías de la vida, pues el nuevo mensaje les prometía días mejores. El centurión se vio asediado con preguntas de todo tipo: cómo podían beneficiarse de la dicha de la salvación, qué ofrendas había que hacer al dios sin nombre. El pañero Verecundo ofreció la mitad de su modesta fortuna y Casia, la esposa del comerciante Pinario Cerealis, los ingresos de todo un mes para que pudiera erigírsele al dios del Oriente un pequeño templo parecido al de Fortuna Augusta en la calle del Foro.

Pero, para asombro de los pompeyanos, el centurión romano les hizo saber que su dios no necesitaba templo alguno: ni en Roma, ni en Corinto, ni en Éfeso, sitios todos ellos donde se habían constituido comunidades muy numerosas, existía templo alguno. El dios estaba presente allí donde dos o tres fieles se reuniesen en su nombre. Encaramado encima de una barrica de arenques, julio los puso al corriente de la existencia de la comunidad romana: se hacían llamar cristianos, en honor a Jesús, que en griego tenía el sobrenombre de *Christós*, el ungido, y se daban a conocer entre ellos mediante una gran X latina, la letra correspondiente a la ji griega, que escribían con tiza en las paredes. En Roma, prosiguió el centurión, la comunidad ya contaba con millares de fieles, se regía por medio de una *gerusía*, un consejo de ancianos, mientras que la tutela espiritual corría a cargo de unos arcontes elegidos cada año; existía además un *frontistes* que administraba los bienes de la comunidad, y a quienes se distinguían sobre los demás por su edad o por su sabiduría se les llamaba «padre» o «madre», lo que los henchía de orgullo.

Saturnio, un viejo zapatero, preguntó si acaso todo aquello no contravenía las leyes romanas cuando prescribían otro tipo de cargos y dignidades; en definitiva, si debían cumplirse las leyes del césar.

Al césar había que obedecerlo, repuso el centurión, puesto que quien se rebelaba contra la autoridad lo hacía también contra el orden de Dios. Los cristianos debían cumplir con sus obligaciones dándole a cada cual lo suyo, los tributos a quien le correspondiese recaudarlos, las tasas a quien tuviera que cobrarlas, así como respeto y honores a quien hubiese que rendírselos. Los cristianos ni faltaban ni ofendían a nadie, tanto menos cuando entre sus preceptos figuraba el de amar al prójimo.

Los pompeyanos presentes en la tienda de Fabio Eupor se prodigaron abrazos tal y como amos y esclavos acostumbraban durante las fiestas de las Saturnales, e inspirados por la esperanza en una vida mejor acordaron crear una comunidad cristiana. Por aclamación, eligieron un consejo de ancianos constituido por el pañero Verecundo, el cirujano Cerrino, el maestro Saturnio y el actor Norbano Sorex, mientras que por ser el primero en gozar de la gracia de la salvación se nombraba arconte a Fabio Eupor.

Inadvertidas por los demás, a aquella reunión asistieron otras dos mujeres, Estatia y Petronia.

Ambas trabajaban en la panadería de Nigidio, y eran famosas por detestar a los varones como un león el agua. Eran también conocidas, y temidas, como lenguaraces y entrometidas, de suerte que cuando se ponderaban las fuentes de información de Nigidio decíase que él todo lo escuchaba con seis oídos.

—De éstos no hay que creerse ni media palabra —susurró Petronia—, por fuera parece que cumplen la ley, pero están malquistados con la gente y andan urdiendo una revuelta.

—¿Y qué podemos hacer —replicó Estatia— si el césar sigue sin prohibir sus andanzas?

—Pero tampoco se las ha consentido expresamente. Seguro que no sabe lo peligrosos que son.

Tendría que hacer como el divino Tiberio cuando expulsó del país a todos los magos y adivinos y al peor de todos, Lucio Pituano, lo arrojó desde la roca Tarpeya.

A hurtadillas, sin que nadie notara su marcha, salieron las dos del local. Aunque en la memoria llevaban grabados a todos y cada uno de los asistentes.

Hasta el mediodía estuvieron las esclavas del baño ocupadas con Afrodisio. Lo habían conducido a una tina de azulejos azules en la que el agua, embriagadoramente aromática, llegaba a través de unos tubos relucientes, para someterlo allí a intensos frotamientos. Le habían lavado la rubia cabellera con esencias espumosas. Después, recostado en un lecho, lo habían envuelto en suaves paños blancos y le habían aplicado masajes que le hicieron estremecer de agrado el cuerpo entero, sin dejar de servirle zumos de frutas, de regalarle los oídos con gratas melodías que a la cítara entonó una esclava corintia, ni de colmar, en suma, cualquiera de sus deseos antes de que llegase a expresarlo. En un único extremo se mostraron remisas: en lo tocante a la identidad de la señora a quien debía tantas atenciones.

A continuación, las dos hermosas ninfas acompañaron a Afrodisio hasta el

tablinum; ataviado él ya con una túnica azafrán y provisto de la bolsa con mil sestercios en el cinturón, aunque sumido también en una honda indiferencia, en la apatía resultante de comprobar cómo Fortuna podía cambiarle la vida de un momento a otro. Sobre la mesa de la estancia, exuberantemente presentados entre vistosas frutas, se veían los manjares más suculentos: volatería prodigiosamente desmenuzada, fuentecillas de plata con salsas diversas y tortas cocidas formando las más graciosas figuras. Con gesto solícito, sus acompañantes lo invitaron a acomodarse en un triclinio; Afrodisio se aposentaría con la cabeza apoyada en la mano izquierda y bastó una mirada para que las muchachas lo atendiesen al instante. ¿Prefería vino blanco o tinto?

Afrodisio señaló una vasija de alabastro donde se transparentaba un vino oscuro y una de las muchachas llenó una copa por la mitad, añadió agua y se la sirvió al invitado. Antes de llevársela a los labios, Afrodisio alargó el brazo para verter un sorbo al suelo en homenaje a los dioses, tal y como había visto hacer a Sereno. El pompeyano se lo llevó ansiosamente a los labios y se habría bebido la copa de una vez si en aquel momento no hubiese surgido la dueña de la casa tras una cortina.

Afrodisio supo que se trataba de la bella desconocida única y exclusivamente por su voz, porque su aspecto era completamente diferente: iba ataviada con una recta, un vestido largo de color plateado tejido de una vez, o sea de abajo arriba, desprovisto de tocado y prendido por los hombros con sendas gemas. La singularidad del tejido provocaba a cada paso de la señora suaves ondulaciones que realzaban caderas y senos, dejando visibles a intervalos irregulares los zapatos cerrados hasta los tobillos que empleaban los actores griegos cuando interpretaban papeles femeninos. Aunque lo más sorprendente era el cabello; relucía en tonos rojizos e iba tocado con cintas de plata de modo que el conjunto emulaba los fasces de varas de los lictores.

La blancura de la piel de los brazos, el cuello levemente alzado y los afeites del rostro (los ojos, de negro según la moda egipcia y los labios pintados con bermellón) daban a la bella dama el encanto de lo irreal. Así era como veía él a Afrodita en sus sueños, la diosa surgida en Chipre de la espuma de las olas que se casó con el cojo Hefestos y luego lo engañó con el brutal Ares, detestado hasta por los dioses.

—¿Te sorprende? —preguntó la beldad—. Afrodisio no emitió sonido alguno.

¿Qué podía decir? ¿Iba a decirle que nunca había visto una mujer tan arrebatadoramente bella? ¿Que, por todos los dioses, deseaba enterarse de una vez de lo que pretendía la desconocida, con él precisamente, el liberto de Pompeya?

—¿Sabes? —comenzó diciendo la desconocida mientras se sentaba junto a él en el triclinio—, tengo que disfrazarme para evitar que me reconozcan. Cada día cambio de vestidos y pelucas, de esclavos y literas, porque en Roma no me tienen mucha estima. La verdad es que tengo muchos enemigos. Soy Popea Sabina. También soy de Pompeya, como tú.

¡Júpiter bendito! Afrodisio no osaba respirar. Popea Sabina. ¡Menuda mujer! Ménade, hetaira y furia a la vez. Como una mosca pendería él de la telaraña,

enredándose con cada mirada cada vez más en ella. Con suave violencia empujó Popea a Afrodisio contra el triclinio; cual garras, sus largos dedos blancos lo tenían preso, él no opuso resistencia, permitiendo a la beldad que obrase a su antojo cuando, como una serpiente, se deslizó bajo su túnica en pos del falo hasta que lo agarró y lo retuvo haciendo ver que se ufanaba de la presa; Afrodisio gimió, pues le produjo tanto placer como dolor, sin que pudiera decir qué sensación era más fuerte.

—¡Te quiero mío, pompeyano! —exclamó Popea de manera casi inaudible, mientras le deslizaba la rodilla entre las piernas. El crujido de la recta plateada, bajo la cual imaginaba él el goce más excelso, lo exacerbó de tal modo que la cintura comenzó a movérsele arriba y abajo, de manera lenta e imperceptible en un principio y paulatinamente con mayor celeridad y vehemencia.

—¡Te quiero mío! —repitió Popea; esta vez la voz le resultó estridente, rayana en el éxtasis, de suerte que Afrodisio le puso la mano sobre el muslo que redondeado y flexible como el delfín de Apolo se dibujaba bajo la vestimenta, a lo que ella reaccionó doblando la otra pierna, que al alzarse formó una cabaña cuyo pesado toldo se deslizó hacia arriba liberando de ese modo el muslo, blanco y desnudo.

De repente se oyeron voces rudas procedentes de la antesala. Al oír la voz chillona de su doncella Píralis, Popea soltó a Afrodisio, se levantó de un salto y se arregló la recta. Afrodisio no entendía nada; estuvo a punto de implorarle a gritos que volviese a agarrarle el falo, que se lo apretase hasta que doliese, pues nunca había experimentado placer más intenso. Pero de repente apareció en medio de la estancia un corpulento capitán romano, ocupado aún en deshacerse de la doncella y los dos lacayos que intentaban cerrarle el paso.

—¿Aniceto? —exclamó Popea sorprendida mientras que con una señal les indicaba a los otros que soltasen al intruso—. Podrás ser el mejor prefecto de la flota de Miseno y los remeros te obedecerán sin rechistar con el mal genio que tienes, pero no estamos en Miseno; esto es Roma y aquí mandan la ley y el decoro.

Avergonzado, Aniceto se alisó las correas de la coraza, se descubrió la cabeza sujetándose marcialmente el casco con el codo izquierdo contra la cintura y se cuadró:

—Dispensa la brusquedad, Popea, pero traigo una nueva de la mayor importancia y el servicio no me dejaba pasar.

—Con razón —replicó con voz altiva Popea—. No hay novedades lo suficientemente importantes como para estorbarme en la siesta.

—¡Creo que sí! —repuso el capitán y retrocedió unos pasos hasta la puerta para hacer una señal con la mano. Entró un remero vestido con la capa militar abrochada sobre el hombro derecho portando un cesto que depositó en el suelo. Afrodisio se levantó del triclinio con la intención de ausentarse de la estancia.

—¡Tú te quedas donde estás! —le dijo Popea al pompeyano sin mirarlo, y al capitán:

—¿Y eso qué es?

—Ese cesto contiene la nueva que el césar me ha encargado transmitirte.

—Vamos a verla —replicó Popea con gesto adusto mientras retiraba la tapa. Popea emitió un grito agudo y breve. Afrodisio alcanzó a vislumbrar el siniestro contenido: en la cesta se veía, ¡*homo homini lupus*!, la cabeza de una mujer, cubierta con costras de sangre y con la cabellera salvajemente enredada.

—¿Octavia? —preguntó Popea.

El capitán asintió con la cabeza.

Una sonrisa triunfal se dibujó en el rostro de Popea; una sonrisa que enseguida se convirtió en una perversa mueca; Popea reía a mandíbula batiente, se llevaba las manos a la cabeza y danzaba como una ménade dionisíaca.

Afrodisio asistió estremecido a la escena. Si un instante antes aquella mujer había sido la fuente más ardiente de deseo, ahora le inspiraba hondísima repugnancia; como una víctima del verdugo en las mazmorras mamertinas, el asco le hizo expulsar todo cuanto acababa de ingerir vomitándolo encima del triclinio.

Sin parecer o sin querer darse por enterada del malestar de Afrodisio, Popea le preguntó al capitán con aire zalamero:

—¿Te habrá pedido Marco Silano el servicio?

—¿Marco Silano? —repuso Aniceto con otra pregunta—. La orden me ha venido del divino. ¿Quién es ese Marco Silano?

—Ah, no, nadie —contestó Popea.

—Espero que estés satisfecha de mí —añadió Aniceto.

—Amigo —Popea se acercó al capitán y le agarró los brazos—, me has hecho un gran favor; el divino sabrá recompensártelo.

Aniceto se puso firmes y alzó la mano para despedirse. ¡Salve! A continuación salió del *tablinum* a paso ligero.

Popea llamó a Píralis con unas palmadas. Luego señaló la cesta:

—¡Llévate eso de aquí! Que se lo tiren a las gallinas o a los cerdos.

Afrodisio se levantó. Por la espalda le corría un sudor frío. Sin hacer caso de la orden de Popea de que se quedase, atravesó a trompicones una sala hasta llegar al atrio. Su única aspiración era tomar aire, respirar hondo y sacudirse el espanto que le oprimía la garganta. Junto a una pared decorada con ninfas danzando había una mesa, sobre ésta Afrodisio vio una fuente de fruta. Al lado descubrió un puñal que le chocó porque tenía el mismo mango curvo que la extraña arma que encontró clavada en el cuello de su patrón, con la misma curvatura parecida a la proa de una nave fenicia. Afrodisio vaciló; iba a examinar el arma cuando le vino a la cabeza la imagen del amo moribundo, él arrancándole el arma, la sangre manando y el pavimento oscureciéndose por momentos, de modo que le fue imposible llevárselo a las manos y salió precipitadamente al aire libre, a respirar como un animal acosado que acaba de burlar a sus cazadores.

Afrodisio no podía saber que estaba siendo vigilado desde que había entrado en casa de Popea. No se trataba de gente de Popea como cabría suponer, ni mucho

menos; la curiosidad procedía de un contubernio que se aprestó a seguir cada uno de los pasos del joven pompeyano. Se trataba de una conjura integrada por ciertos nobles ricos, algunos senadores influyentes y ciertos militares dispuestos a dar batalla. Su objetivo era acabar con el césar, cuyo comportamiento resultaba cada día más impredecible desde que había ordenado envenenar a su amigo Burro, a quien le había unido un afecto filial. Además, Nerón había confinado en el campo a Séneca, su antiguo preceptor y consejero más influyente; parecía cuestión de tiempo que el mismo Séneca, que había sido un segundo padre para Nerón, sufriera un atentado, pues se hallaba mortalmente enemistado con Popea.

Los conjurados consideraban a Popea Sabina el punto flaco, la batería de protección con que se había rodeado el emperador desde que había asesinado a Agripina, su madre. Nerón vivía retirado del mundo, protegido día y noche por una doble guardia personal, y Popea era el único señuelo que de vez en cuando lo hacía salir de su jaula de oro, pues ella se negaba a personarse en el palacio imperial mientras Nerón continuase aplazando su matrimonio.

De ese modo, sin quererlo ni saberlo, Afrodisio se vio atrapado en las ruedas de molino de la política.

«Pisón» rezaba la contraseña de los conjurados; «Pisón», por Cayo Calpurnio Pisón, el cabecilla de la conjura, un varón de alcurnia y prestigio. Antiguo cónsul, la palabra césar lo ponía en el disparadero, desde que el divino Calígula compareciera en su banquete de bodas, secuestrara a su mujer, Livia Orestila, y la devolviera ultrajada al cabo de tres días.

Las reuniones secretas se celebraban de noche en la finca de Séneca y a ellas no acudía nadie con esclavos, con objeto de restringir al máximo el número de los iniciados. Asistían Pisón, el cabecilla.

Fenio Rufo, uno de los prefectos de la guardia pretoriana, de quien se contaba que había mantenido relaciones con Agripina, la madre de Nerón; Subrio Flavo, tribuno de una cohorte pretoriana; el centurión Sulpicio Asper; el senador Quintano y el poeta Lucano, cuyos versos no podían recitarse en público por orden del divino Nerón.

El césar, notificó Rufo, tenía el propósito de comparecer al cabo de unos días en el Circo Máximo, para participar en las carreras.

—¡Con tal de que no cante! —rió Séneca.

—¡En efecto, con tal de que no cante! —repitió Rufo en un tono que intrigó a los demás—. Digo que a un cantante es más difícil que le ocurra un percance en el circo, mientras que en un carro de carreras más de uno se ha partido el cuello.

Calpurnio Pisón frunció el ceño:

—Si hemos de esperar a que el divino se parta el cuello, ya nos podemos retirar a Túsculo como el gran Cicerón, o a Sabina, como Horacio Flaco, y entregarnos a los más bellos pensamientos.

Seguiremos a merced de las veleidades del césar, temiendo siempre por nuestra vida.

La idea que le rondaba pero no osaba formular era la siguiente: está claro que siempre podemos retirarnos como Séneca a la Campania, tachar al césar de monstruo y parricida, y ofrecer una recompensa de cien mil sestercios a quien elimine a Nerón. Pero Pisón se lo calló; esperando alguna observación suya se limitó a mirar al anciano, que irradiaba el sosiego del estoico impasible.

Pero Séneca permaneció en silencio, fiel a su costumbre. No había absolutamente nada que lo inquietase. Sólo hablaba después de haber recapacitado largo tiempo. Séneca tenía sus razones para conducirse de ese modo: había vuelto más de una vez a la vida. A los treinta años había sido enviado a Egipto contando que no viviría más allá de un invierno, pero regresó y se convirtió en cuestor e incluso en senador. El divino Calígula lo había tenido luego en su lista de condenados a muerte, si bien dejó sin ejecutar la sentencia porque cada día se esperaba la noticia de su fallecimiento por muerte natural. Claudio lo había desterrado a Córcega, lo que venía a equivaler a una condena a muerte, pero Agripina lo mandó llamar para encargarle la educación de su hijo Nerón, de once años entonces. El mismo Nerón que con veinticinco años había vuelto a decidir que muriese.

Séneca no conocía el miedo. El sabio y todo aquel que aspira a gozar de la sabiduría, solía decir, se encuentra efectivamente ligado a su cuerpo, pero con su sustancia más noble no deja a la vez de tomar distancia de él, pues pasa a estar pendiente sólo de lo más elevado. Debe apañárselas con la vida como con la milicia a la que se ve vinculado por el juramento de servicio; lo correcto es que ni le tenga apego a la vida ni la deteste, limitándose a soportar todo lo humano.

—¿Qué habéis sacado en claro del nuevo camarada de Popea? —preguntó el anciano al cabo de un rato.

Contestó Subrio Flavo, responsable de las labores de escucha y observación:

—No mucho, ciertamente, pero lo que sabemos es sumamente interesante. El muchacho encaja de maravilla en nuestra composición.

—¿Tiene dinero?

—No, no tiene dónde caerse muerto. El poco que tenía lo perdió apostando. Lo vieron en las proximidades del Circo.

—¡Magnífico! —exclamó Séneca—. A un jugador siempre puede comprársele. ¿Qué edad tiene?

—Difícil de decir, dieciocho, quizá veinte años.

—¿Es de Roma?

—De Pompeya. Probablemente liberto.

—Con pundonor, pues. En efecto, encaja perfectamente en nuestra composición. Pero, a ver, Flavo, ¿cómo ha ido a aparecer en casa de Popea?

El tribuno se encogió de hombros:

—También yo me lo pregunto. De repente estaba allí; mi gente no se enteró de su existencia hasta que hubo entrado en la casa.

—Es sorprendente. —Séneca pensaba en voz alta—. Un muchacho de Pompeya,

perfectamente desconocido, que se gana a Popea Sabina, una mujer que por lo visto bebe los vientos por el césar…

—El pompeyano tiene buena presencia —objetó Flavo—, quizá haya sido Popea quien se lo ha ganado a él. Una hembra como Popea también necesita un hombre mientras tenga al marido por Lusitania. —El tribuno soltó una carcajada, pero recuperó enseguida la gravedad.

—¿Cómo vamos a proceder?

El centurión Ásper, un individuo rudo que llevaba inscrito un rasgo de brutalidad en el rostro, se golpeó con el puño derecho en la palma de la mano izquierda como si quisiese aplastar algo invisible, exclamando:

—Al pompeyano ese lo metemos en cintura.

—¡Qué estupidez! —exclamó Pisón—. ¡Acostúmbrate de una vez a dejar hablar a la razón antes que a los puños! Ya hemos fallado lo suficiente por planear mal las acciones o por precipitarnos al ejecutarlas. —Pisón frunció los labios hasta formar una fina línea, mientras sus ojos echaban chispas de ira. —Cada vez que me acuerdo de los motivos por los que fracasó la acción del puente de Agripa me arrancaría los pelos.

Los demás asintieron en silencio.

—¡Es ridículo! ¡Perfectamente ridículo! —Pisón escupió en el suelo, mientras Rufo miraba azorado, porque la reprimenda iba dirigida a él. Fenio Rufo, a quien se había encomendado la ejecución del atentado, lo había preparado todo minuciosamente: había que atacar y matar al césar de camino a una despedida de veteranos, en el puente de Agripa, y arrojar luego el cadáver al río Tíber. Aquella misma noche, Cayo Pisón habría sido nombrado césar. No tenía por qué salir nada mal. Rufo contaba con media cohorte pretoriana. Pero la empresa se frustró por una nefasta casualidad: los veteranos no aguardaron al césar en el Campo de Marte sino que acudieron cantando a recibirlo hasta el puente de Agripa, de modo que Rufo y sus pretorianos se vieron repentinamente rodeados por toda una legión de expertos soldados.

—¿A qué los reproches? —objetó Séneca—, quizá debiera presentarme yo ante el divino tal como he hecho infinidad de veces diciéndole: «Hijo mío, tú ya no eres mi hijo, ya no eres el discípulo en las verdades de la vida, eres un monstruo, ostentas la crueldad del león y la cobardía de la hiena; los romanos te temen más que la peor de las guerras». Entonces podría sacar el puñal de debajo de la toga y darle la muerte que tiene merecida.

La idea provocó la protesta airada de los presentes. Unos sostenían que no era el magnicidio tarea para el filósofo, otros le pusieron en duda que Séneca tuviera la fuerza física necesaria para una acción semejante y el poeta Lucano le dijo:

—Séneca, te has pasado toda tu vida arremetiendo con la palabra, ¡y cuántas veces no han atinado tus ideas en el blanco que es el alma de los hombres! Pero no eres el hombre apropiado para alzar el puñal; serías el primero en caer.

—¿Pero qué es la muerte? —repuso el anciano Séneca llevándose la mano al pecho—. La vida cuenta para mí tan poco como la muerte y mirándolo de otra manera, ¿no han alcanzado otros la grandeza gracias precisamente a la muerte? Acordaros de Sócrates y la cicuta. Quitadle a Catón la espada que le garantizó la libertad y habréis socavado una buena porción de su renombre. Digo que quizá me esté esperando una muerte que ennoblezca mi vida.

Sirviéndose de la contraseña de «Pisón» entró en el *tablinum* un liberto de Rufo que se dirigió a él para susurrarle algo al oído. El prefecto se llevó las manos a la cara mientras los demás aguardaban expectantes.

—Octavia —dijo al cabo, y todos los presentes supieron qué quería decir.

—¿Pero por encargo de Popea?

Fenio Rufo lo negó:

—Parece que detrás está Nerón. Aniceto le ha llevado a Popea la cabeza de Octavia dentro de una cesta.

—Entonces Popea ha logrado lo que quería —concluyó Pisón.

—¡Y el divino! —añadió Rufo—. Ya no hay nada que impida que Popea Sabina se convierta en esposa del césar.

Popea era una mujer insaciable y Afrodisio demasiado joven para cortar por lo sano y deshacerse de las zarpas, de la incontinente romana. Ya el primer día estuvo tentado de escapar, desaparecer sin más y perderse en la gran ciudad, pero bastaron una sola palabra y una caricia para que el pompeyano se volviese blando y maleable como la cera que los sacerdotes ofrendaban en el templo de Apolo.

Los ratos que pasaban en el lecho era salvajes y orgiásticos; la intratable, la jactanciosa, la imperiosa Popea no cesaba de transformarse. Podía jugar con él dándose el aire travieso de una gata, devorarlo como una fiera hambrienta o encandilarse como una muchacha ignorante a quien todo le resultaba nuevo.

La primera noche lo llamó «su Adonis», la segunda «su Cupido», la tercera «su Hércules»… mas la cuarta «Hércules» se quedó solo y así las restantes. A sus preguntas acerca del paradero de Popea respondían la doncella Píralis y Polibio, el secretario, encogiéndose resignadamente de hombros. ¿Deseaba alguna otra cosa?

Descorazonado, Afrodisio optó por dar con su leal esclavo Gavio. Con esa idea y la de saldar la deuda pendiente le condujeron los primeros pasos hasta la fonda vecina al Circo Máximo. El mesonero lo atendió sorprendido jurándole por Mercurio que el esclavo ya había satisfecho la cuenta, pues al fin y al cabo era bitinio. Acerca del paradero de Gavio no supo proporcionarle dato alguno, pero le indicó que lo habían visto en compañía del calderero Metelo, otro bitinio cuyo taller se encontraba en el extremo opuesto de la pista de carreras.

Elegantemente vestido, se presentó ante Metelo y éste lo recibió con recelo; el relato de la forma en que Gavio le había perdido la pista no contribuyó precisamente a aumentar su credibilidad: ciertamente se daba de vez en cuando el caso de esclavos que escapaban de sus amos, pero nunca al revés. Finalmente el calderero aceptó tener

constancia del paradero del esclavo y citó a Afrodisio aquella misma noche en el mismo lugar; si lo que decía era cierto, también acudiría Gavio.

Gavio acudió, naturalmente, y se le saltaron las lágrimas cuando estrechó a Afrodisio en sus brazos. Le costó creerse la historia que Afrodisio le refirió, pero después de ver la costosa toga del amo y el dinero que llevaba en la faltriquera sonrió con gesto de resignación como queriendo decir:

«La verdad, no me cabe en la cabeza».

En la mansión de Popea imperaba una actividad inexplicable a pesar de que hacía días que no se veía a la dueña. Afrodisio sentía escrúpulos de llevarse allá a su esclavo Gavio y pidió consejo a Polibio. A éste, por el contrario, se le quitó un peso de encima; de esa manera, le explicó, no tendría que comprarle uno, tal y como Popea le había dejado encargado para el pompeyano. En cuanto a Afrodisio, su trabajo podía consistir en llevar las cuentas de las fincas.

Mientras que el pompeyano no podía ocultar su malestar por la manera en que Popea Sabina había desaparecido de la faz de la tierra, Gavio iría encontrándose cada vez más a gusto en la nueva morada haciendo gala de un hambre insaciable y de grandes familiaridades. Al cabo de pocos días estaba perfectamente al corriente de quién se llevaba bien con quién y quién estaba enemistado con quién entre los doscientos integrantes del servicio, o al menos eso pensaba él. Y, desde luego, tampoco se le escapó el motivo de la inusitada actividad: la boda de Popea con el divino Nerón. ¡Por Cástor y Pólux! Afrodisio se quedó sin habla. ¡Aquella mujer, acostándose con él y casándose con el divino! Su desconcierto rozó la desesperación. Gavio se esforzó por darle ánimos procurándole una explicación. Con un césar, dijo con picardía, no se casa una mujer por amor sino por conveniencia, y eso les había ocurrido a todas las esposas de césares. Y ello nunca fue óbice para que conservasen sus amores fuera del Palatino; a saber: él, Afrodisio, se hallaba en la feliz tesitura de poder disfrutar de los favores de la futura esposa del divino.

Aquella noche Afrodisio no pudo conciliar el sueño. Lo embargaba la aprensión de que Popea lo hubiese usado como a cualquier prostituto de mancebía, pero a la vez crecían las ganas de poseer a aquella mujer que le había proporcionado las cotas más altas de placer. ¿Y él, no había abusado de Popea? ¿No la había usado como se usa una ramera?

En la calle comenzaron a proferirse gritos. Cayeron unas primeras piedras sobre la casa. Al levantarse y escudriñar cautelosamente desde la ventana vio la casa rodeada por una muchedumbre.

Arrojaban antorchas contra las ventanas y gritaban: «¡Agripina, Octavia! ¿Quién será la siguiente?».

Polibio demostró coraje. Dando la cara, les gritó a los revoltosos (varios centenares) que si querían increpar a Popea tenían que dirigirse al Palatino, porque la dueña no había vuelto por la casa desde hacía cinco días. Se oyeron improperios, pero los revoltosos apagaron las teas y se dispersaron en dirección al foro. En vista de las

circunstancias, Afrodisio dio en pensar en la manera en que podría evadirse.

En las nonas del mes de Augusto, las calles de la ciudad estaban sumidas en un gran alboroto. La gente acudía ruidosamente a los almacenes de cereales donde el divino había mandado repartir una ración gratuita con motivo de su casamiento con Popea Sabina, tres modios de trigo por necesitado.

¡Roma Dea! No era mucho; en ocasiones similares, los césares de Roma habían repartido esa cantidad multiplicada por diez. Pero el divino Nerón tenía serias dificultades de tesorería y la provincia egipcia, que había de procurar un tercio de la demanda de cereales, acusaba una mala cosecha. Se llegó al caso de que muchos plebeyos orgullosos guardaran largas colas en el reparto para luego volcar la dádiva a los pies de quienes la distribuían.

La actividad en la mansión de Popea hacía presumir que la emperatriz pudiese regresar el día de la boda, de modo que Afrodisio se sentía presa de gran agitación. No osaría presentarse ante ella.

Por otro lado, el extremo que ya le había llamado la atención los días precedentes le resultó esa jornada aún más enigmático: la vida en casa de Popea Sabina seguía su curso habitual. A cada esclavo y a cada liberto se les impartieron las órdenes oportunas y su ejecución volvía a ser controlada por el responsable de turno. Afrodisio se figuró al principio que todas las instrucciones convergían en Polibio, el secretario; mas pudo comprobar que también Polibio estaba sujeto al control de un supervisor que variaba a diario.

Popea no compareció. La boda del césar se celebró en el Palatino, a puerta cerrada. Nerón temía por su vida, lo que no carecía de fundamento después de que las flores y coronas con que había mandado ornar sus estatuas y las de Popea aparecieran arrancadas y pisoteadas. Cuantos soñaban con la muerte del divino celebraron el incidente.

Aquella noche se encendieron antorchas y se tendieron alfombras; en el *tablinum* aguardaba un magnífico ágape; los esclavos vestían ropas de fiesta, y todos creían que Popea haría aparición en la casa acompañada del divino. Pero quien llegó fue un hombrecillo patizambo de apenas treinta años que se cubría la calva con una peluca y tenía la fatua presunción de un pavo real: Marco Silvio Otón, el cuestor de Lusitania.

Otón derramó lágrimas patéticas, dignas de un actor del teatro de Agripa, maldiciendo el vientre de su madre y el día en que vino al mundo, pues ¿no había ido el divino Nerón, con quien él había compartido lecho, a casarse con su propia esposa sin ni siquiera pedirle permiso a él? No contento con ello, el césar le había prohibido asistir al banquete de bodas; los pretorianos lo habían echado con cajas destempladas mientras Rufo se limitaba a plantarle la sentencia de divorcio delante de las narices: «¡Ea, firma aquí!», le habían ordenado.

—¡Bebed y comed cuanto podáis! —gritaba Otón corriendo borracho por la casa y llamando a voces a esclavos y libertos para que acudiesen a oír lo que decía—. ¡El césar podrá negarme que me siente a su mesa, pero no en el trono, eso no me lo podrá

negar!

Cuantos lo escucharon quedaron sobrecogidos, pues Marco Silvio Otón pasaba por ser tan íntimo amigo del Flavio que se decía que su boda con Popea era por salvar las apariencias y cedérsela al divino cuando éste lo desease. ¿La desavenencia entre los amigos se debía a Popea o era fruto del pánico del divino a un atentado?

A pesar de que carecía ya de cualquier autoridad en la casa, los sirvientes obedecieron a Otón trayendo vino, viandas y frutas; además, lo vitorearon, desempeñando de ese modo el papel de sirvientes y de invitados a la vez. Los músicos comenzaron a tocar sus instrumentos y Otón pidió a dos bellos esclavos númidas que bailasen, deseo que los africanos sólo pudieron atender con desagrado y torpeza; por más que Otón procuró animarlos rociándoles las bocas con una bota de vino, la exhibición no mejoró. Terminó por subirse encima de la mesa una primitiva esclava aquitana de ostentosas caderas y rebeldes cabellos que se soltó a bailar entre las fuentes de fruta y los olorosos manjares, lo cual permitió a los dos torpes númidas retirarse mientras los presentes se entregaban a un coro de palmas cuyo creciente frenesí contagió a la danzarina hasta sumirla en una suerte de éxtasis. Con sinuosos movimientos se despojó la aquitana de la ropa hasta mostrar sus senos, alzadas las manos hasta la coronilla, plenamente al descubierto; el gesto fue saludado por los sirvientes arrojándole uvas que dejaban un rastro rojizo en su piel mientras el jugo se deslizaba cual sangre fresca en pequeños regueros cuerpo abajo.

Menos atraído que los esclavos por aquel entretenimiento, Otón ingeriría cantidades inmensas de vino de Quíos sin dejar de murmurar hasta que Seleuco, el astrónomo doméstico de Popea, se acercó al triclinio donde estaba el cuestor despatarrado y tendiéndole la mano le preguntó si tenía fe en los astros.

—*Quid sit futurum tras, fuge quaerere* —respondió el cuestor citando a Horacio Flaco—, pero si nos traen buenas noticias…

—¿Pero qué es lo bueno? —le espetó el astrólogo levantando las manos—. No lo sabes hasta que la vida no se acaba. La mayoría de la gente lo único que busca es el dinero; el dinero es el único dios en que creen los romanos, y sin embargo ese dios mata más que todos los truhanes juntos. El dinero no da la felicidad, al contrario.

—Doy fe de lo que dices, sabio estrellero. Muchas veces pienso que era tanto más feliz cuando mi padre me trataba como a un esclavo díscolo y me azotaba con la vara. Cuanto entonces deseaba se reducía a que él muriese pronto y que yo pudiera llevar la vida despreocupada de un hijo rico.

Pero de todo lo que entonces me figuraba luego sólo se ha cumplido una parte. Lucio, mi padre, me legó toda sus riquezas, cierto, pero no lo es menos que mis preocupaciones son ahora mayores que nunca. Si antes sólo le tenía miedo a la vara del viejo, ahora se lo tengo a todos los demás. Hasta de Nerón, mi mejor amigo, he de tener miedo.

El sabio de Cos frunció el ceño y le dijo:

—Puede que tus temores no sean infundados, pero en lo que respecta a Nerón

puedes estar tranquilo…

Otón miró desconcertado a Seleuco.

—¿Tú no has nacido bajo el signo de Marte? —inquirió el astrónomo.

Otón asintió con un gesto.

—Pues le llevas esa ventaja al Divino. —Seleuco quedó taciturno.

—Pero, vamos, habla de una vez —le apremió Otón mientras adoptaba una actitud amenazante.

Seleuco vaciló, miró con recelo alrededor y musitó bajando los ojos:

—Voy a anunciarte lo que las estrellas tienen previsto contigo. Pero no se lo digas a nadie: vivirás más que Nerón.

El rostro de Otón se iluminó con una sonrisa que fue convirtiéndose en risa maligna, para culminar en la expresión sardónica de un «¡Ajá!». Otón no dejaba de ser cinco años mayor que Nerón. El rostro del astrólogo revelaba que aún no había terminado; alzó la mano y arrimándose a Otón arqueó las cejas:

—Eso no es todo —susurró Seleuco, paladeando con un silencio extremadamente largo la impaciencia de su interlocutor. El cuestor se echó mano al cinturón, desabrochó la bolsa del dinero y se la entregó tan repleta como iba al astrólogo, de acuerdo con la costumbre reinante ante el anuncio de buenos augurios.

—Atento al número 37, va a tener la mayor importancia en tu vida.

—Explícame qué estás diciendo —le ordenó Otón—. ¿Qué representa esa cifra?

Seleuco se encogió de hombros:

—Los astros no lo desvelan todo, sólo ese número, que supondrá tu mayor triunfo, pero…

—¿Pero? —insistió Otón—. ¿Pero qué?

—… pero también tu final.

Otón lo miró desconcertado:

—¿Mi final y mi mayor triunfo? ¿Qué significa todo eso?

—Del final no hace falta que hablemos —respondió Seleuco—, que el final se lleva escrito desde que se nace. Y respecto al triunfo: en nada quedarás a la zaga del divino Nerón.

No bien hubo terminado de hablar el astrólogo, Otón se levantó de un brinco para abrazar al de Cos y estamparle sendos besos en las mejillas como si de su padre se tratase, lo que despertó la curiosidad de los presentes, que se acercaron a ellos. Visiblemente molesto ante aquellas expresiones, Seleuco se liberó del amistoso abrazo despidiéndose con un gesto de la cabeza y un servicial «¡Señor!», acto seguido se perdió en el bullicio de la fiesta.

—¡Bebed, amigos, bebed! —exclamó Otón mientras alzaba su copa de tinto de Quíos—. ¡Bebed cuanto podáis, bebed a mi salud que nada tiene que envidiar a la de Nerón!

Quienes comprendieron lo que decía quedaron petrificados y quienes seguían con alborozadas palmas las lascivas evoluciones de la danzarina aquitana, desnuda ya en

lo alto de la mesa, fueron callándose; con la velocidad imperturbable de las llamas atizadas por la *nereida Oritia* sobre un campo de cereal, se propagó el parangón del cuestor con el divino Nerón, ¡qué ultraje!

—¿Por qué me miráis así? —preguntó Otón con torpe lengua a los mudos—. Es una profecía del astrólogo, os lo juro por mi mano derecha. Voy a vivir más tiempo que Nerón. Preguntádselo al sabio de la isla. —Pero Seleuco había desaparecido y nadie, además, se hubiese atrevido a indagar si decía la verdad, pues aquellas expresiones eran una ofensa al Divino, condenada con la pena capital como la violación de una vestal.

Entre la servidumbre todos estaban al corriente de la estrecha relación que unía a Otón con Nerón e incluso su matrimonio de apariencias con Popea era un secreto a voces. Ello acrecentó aún más el espanto. ¿Figuraba Otón entre los conjurados para derribar al césar, sobre los cuales no cesaban de circular rumores, o se trataba de una provocación para desencadenar una acción irreflexiva?

—¡Bebed! —gritó el cuestor intentando salvar el tenso silencio y pasó con paso vacilante entre las filas obligando a los presentes a llevarse la copa a los labios—. ¡Tendréis que esperar una buena temporada para que las cosas vuelvan a iros tan bien!

Los esclavos y libertos de Popea retrocedieron atemorizados, muchos salieron precipitadamente del *tablinum*, la esclava desnuda agarró sus ropas y se evadió sin hacer ruido.

—¿Y tú? —preguntó Otón al único que se quedó allí plantado, Afrodisio—. ¿Por qué no sales corriendo con los demás, como esas ratas pestilentes de cloaca?

—¿Y por qué tendría que salir corriendo? —repuso el pompeyano retando al cuestor.

—¿Por qué, por qué? —prosiguió acalorado el cuestor—. Por la misma razón por la que los demás huyen de mí: no quieren beber con quien pretende llegar a vivir más tiempo que el césar. Es ofender la divinidad. ¿No crees?

—Si lo dicen los astros… —replicó Afrodisio—. Entonces, el Divino tendría que prohibir cuanto predican los astrólogos. Pero no lo ha hecho, de modo que no hay ofensa a la divinidad si Seleuco se limita a contar lo que en ellos figura.

—Me gustas, muchacho. —Otón entornó los ojos.

—Tienes valor y cabeza a la vez. ¿Cómo te llamas y qué haces aquí?

—¿Yo? —respondió turbado Afrodisio—. Soy Afrodisio, liberto de Pompeya, donde recaudaba las alcabalas en el mercado antes del terremoto. Con la catástrofe perdí a mi patrón, Sereno, y a mis padres, y me quedé sin trabajo. Popea me dio una oportunidad como contable, las cuentas se me dan.

Otón hizo grandes esfuerzos por dominar la lengua, que se le trababa; el personaje se tambaleaba:

—Poco me extrañaría —dijo tras reflexionar un momento— que Popea no te hubiese pescado en la primera esquina y traído a esta casa…

Afrodisio miró confundido al suelo, sin decir nada.

—No me entiendas mal, pompeyano, no quiero ofenderte, pero llevo seis años casado con esa mujer y conozco su debilidad por ese tipo de aventuras. Es como la bella ninfa Canente, que hizo enloquecer a Pico y luego se desintegró a orillas del Tíber. La mayoría no vuelve a verla en su vida.

Afrodisio asintió con un gesto. Cuánta razón tenía: al cabo de tres noches Popea parecía haberse desintegrado en el aire.

—Puedes estar contento si te ha procurado un trabajo —continuó Otón—, podría darte nombres de muchachos romanos que a la mañana siguiente salieron apaleados por los esclavos. La habrás tratado bien. —Las palabras del cuestor querían ser halagadoras.

Turbado, el pompeyano rascó con el pie el suelo blanquirrojo del *tablinum*. ¿Qué podía replicar?

Le daba vergüenza, ¿pero tenía que darla a entender? ¿Tenía que confesar que sentía miedo hacia aquella mujer, de pensar que volviese por allí? ¿Que no cesaba de darle vueltas en la cabeza a la conveniencia de marcharse de aquella casa, de Roma incluso?

—No, si yo…, yo no lo busqué —tartamudeó Afrodisio—. Yo lo que quería era tirarme de la roca Tarpeya porque acababa de perder todo cuanto tenía jugando a los dados. Y de repente la tuve ante mí como si fuese una de las gracias, la encarnación misma de la dicha floreciente de una Talía o de la apetecible alegría de una Eufrósine, diciéndome «¡Ven conmigo!», y la seguí sin pensármelo dos veces; ni siquiera sabía quién era.

—No hace falta que te disculpes —dijo Otón rehusando sus explicaciones—. Ella es así y nada puede hacérsele. De no haber sido tú, habría ahora otro aquí. Pero te envidio porque has despertado la pasión de Popea; ni Libitina, la diosa del placer, la excede en apasionamiento. Aunque…

—¿Aunque…? —repitió en tono expectante Afrodisio.

—Bueno, ya sabes. Libitina no sólo lo es del placer, también es la diosa…

—… de la muerte, ya lo sé —respondió Afrodisio—. Pero ¿qué me quieres decir?

Otón alzó el hombro derecho, como si cargase con el peso de la idea:

—El césar es imprevisible. Ningún mortal puede estar cierto de disfrutar de su favor o de sufrir su inquina. ¡Fíjate en mí! Desde los días de la toga *virilis* había pensado que era su mejor amigo, y cuando me mandó regresar de la remota Lusitania venía yo confiado en que el amigo reclamaba al amigo. Lo cierto es que he de andar alerta pues mi vida corre peligro. No quiero ni imaginarme la reacción de Nerón cuando sepa con quién compartió lecho Popea dos semanas antes de sus nupcias con el Divino.

Afrodisio dio un respingo, pero el cuestor le obligó a sentarse a su lado:

—Lo que no debes hacer ahora es actuar a la ligera, pompeyano. La liebre cae en poder de la serpiente justamente cuando emprende la huida.

Sin dejar de hablar, Otón había sacado un puñal de entre los pliegues de la toga y había empezado a deslizarse como un gato presto a saltar en dirección a la columnata que bordeaba el *tablinum*. También Afrodisio advirtió en ese instante la sombra que se ocultaba tras una columna.

Otón levantó el brazo para atacar. Pero la figura pareció haber notado que alguien se acercaba y de un brinco se plantó en cuclillas ante Otón, con los brazos desplegados como un gladiador desarmado.

—¡Gavio! —Afrodisio reconoció a su esclavo.

Otón se contuvo:

—¿Conoces a éste?

—¡Déjalo, déjalo! —respondió Afrodisio—. Es mi esclavo, un bitinio que se llama Gavio.

—¡Eres un borrico! —exclamó el cuestor—. Te has jugado la vida. Bonita ocurrencia, esconderte detrás de una columna y escuchar lo que hablábamos.

—¡Más vale borrico vivo que filósofo muerto! —replicó Gavio.

Mas Otón no se daba por satisfecho:

—¿No sabes, esclavo, que en estos tiempos se corre peligro escuchando las conversaciones ajenas en un sitio como éste donde cada cual es enemigo de cada cual y todo el mundo teme por su vida?

—Cuestor, eso me consta, ¿pero cómo iba saber yo con qué intenciones te acercabas a mi amo?

—Es un esclavo leal, como todos los bitinios. —Afrodisio terció disculpándolo.

—Entiéndelo, por favor. Es mi Eumeo, vela por mí como si fuese su Ulises.

Otón se echó a reír amargamente:

—Los dos somos víctimas de la misma mujer. ¡Eso nos convierte en aliados! —Le ofreció a Afrodisio una copa de tinto de Quíos.

—Toma, bebe. Brindemos por nuestra amistad. ¡Carpe diem!

Quién sabe si mañana seguiremos vivos.

Gavio contempló al cuestor con la compasión que merece un mendigo, luego le hizo a Afrodisio una señal con el codo:

—Eufrósine, la más dicharachera de las gracias, no parece haberle venido a ver hoy, ¿no?

—Es ingenioso tu esclavo —observó Otón riéndose—. Te lo compro. ¿Qué cuesta?

—No tiene precio.

—Bien, pues te ofrezco el doble.

Afrodisio hizo un ademán de resignación mientras Gavio intentaba sacar en claro a cuánto subía la oferta.

—Mil sestercios.

—¿Mil sestercios? Por Cardea, la diosa de los goznes, ¿tú te crees que por dos mil sestercios podrías hacerte con un esclavo como yo?

—¡Tres mil!

—¿Tres mil? Debo haberme quedado sordo. ¿Tres mil sestercios por un bitinio? Afrodisio, ¿tú has oído eso? Primero me llama borrico y ahora pretende comprar el borrico por tres mil sestercios.

En el mercado te dan seis por el mismo precio y a los seis podrás deslomarlos cuanto te plazca.

—¡Ya está bien! ¡Qué tonterías estáis diciendo! —intervino Afrodisio malhumorado—. He dicho que este esclavo no tiene precio, no está en venta, y no se hable más.

—¡Bendita Epona, diosa de los arrieros! ¡Tres mil sestercios! Si solo quería ver cuánto puede valer un ejemplar como yo —se excusó Gavio desentendiéndose del asunto.

—¡Qué envidia me da un esclavo así! —dijo Otón—. Me habría encantado llevármelo a Lusitania. Los esclavos de allí sólo sirven para arrieros.

—¿Regresas a la provincia? —preguntó el pompeyano.

—Esta misma noche —respondió Otón—. Los barcos me esperan en Ostia. En Roma el suelo quema. De todas maneras, créeme, Roma ha aguantado a un Tiberio, a un Claudio y a un Calígula… también aguantará a un Nerón.

4

AL SUAVE OTOÑO siguió un crudo invierno, por el Tíber bajaron témpanos de hielo, murieron congelados muchos de los miserables que pasaban la noche en los nichos y rincones de las termas.

La ciudad entera respiró de alivio cuando hacia las calendas de marzo la cálida primavera comenzó a posarse con su espectacular colorido sobre la ciudad.

Afrodisio se había aclimatado a la mansión de Popea; a su cargo corrían las diversas tareas de contable, pues en los números se movía con la soltura de un Pitágoras de Samos. De palacio acudían mensajeros a supervisar su trabajo o a transmitir encargos desapareciendo con la misma prontitud, sin mentar jamás a Popea. Las preguntas que él mismo formulaba o sus consultas por escrito nunca recibían respuesta. Desde que Popea se había casado con el césar no la había vuelto a ver; llegó a dudar que Popea siguiese con vida. La imprevisibilidad del césar había alcanzado tales proporciones que podía pensarse cualquier cosa. Alguna vez asistió Afrodisio a las funciones del Teatro Marcelo, erigido por el divino Augusto en el Foro Holitorio en honor de su sobrino. En aquellas funciones hacía aparición Nerón como actor y cantante ante un público entusiasta (y comprado, como era notorio).

La esperanza de descubrir a Popea Sabina en la primera fila no se cumplió nunca. Por otra parte, Afrodisio no sabía cómo se habría comportado si Popea hubiese acudido algún día al teatro; vivía intensamente la indescriptible atracción que despertaba su recuerdo, pero hubo de contentarse contemplando las numerosas estatuas de ella que adornaban la ciudad. Y aunque el bronce no dejaba de ser una pobre réplica, Afrodisio se conformaría con el sucedáneo para espolear sus sentidos, recreándosele los ojos una y otra vez en el frío bronce tal como había hecho Ixión con Néfele, la diosa de las nubes copia de la bella Hera. Cuanta mujer se cruzó por

entonces en su camino contribuyó a estimular más su fantasía que su corazón; ninguna salió bien librada de la comparación con Popea.

Cierto día llegó Gavio con la noticia de que Popea había dejado de mostrarse en público por la sencilla razón de que estaba embarazada y no deseaba que nadie la viese mínimamente deformada; era lo que contaba Longino, el amante de la doncella Píralis, la única autorizada a seguir a Popea hasta el Palatino.

¡*Perfer, obdura*! Roma tenía nueva comidilla. Arreciaron los chistes zafios. En sustancia se cebaban en la insólita fertilidad mostrada por el matrimonio en seis meses, si ninguno de los numerosos amores anteriores del césar había dejado secuelas; ¿de quién había quedado embarazada Popea, por el vientre de Venus que parió a Eneas?

A Afrodisio le entraron escalofríos al enterarse. No pudo conciliar el sueño durante varios días.

Se dio a la bebida y empezó a frecuentar el barrio del Circo Máximo. Gavio llegó a preocuparse pues durante unas semanas el amo apenas hablaba, abandonó su trabajo y se descuidó a sí mismo; únicamente vivía pendiente de las nuevas de palacio acerca de las cuales interrogaría a diario a los esclavos.

Finalmente llegó el rumor de que Popea se había ausentado del Palatino. Para que el alumbramiento se produjera como el de Nerón veinticinco años atrás en la ciudad de la Fortuna, se decía, la emperatriz había sido trasladada de madrugada hasta Antio por una sesentena de esclavos que la llevaron a la villa de la costa latina con el paso ligero y mesurado que imponía su estado en una litera adaptada a lecho.

Cuando se tuvo noticia del feliz alumbramiento de una niña sana que se llamaría Claudia, que tendría el título de Augusta, como la madre, y el césar ordenó que el Senado acudiera a Antio a presentar sus parabienes a la feliz madre, más bella según se contó que nunca, Afrodisio alternaba sus jornadas entre paseos diurnos por la ciudad yendo de una estatua a otra de la emperatriz y las visitas nocturnas a las mancebías del barrio del Circo Máximo, buscando en vano una mujer que resistiese mínimamente la comparación con Popea.

La tercera noche tropezó en la casa de los Tres Príapos con una mujer bellísima, ni joven ni vieja, dulce, frágil y de rasgos nobles; al descubrirla, Afrodisio intuyó que Hersilia, tal era su nombre, no era una profesional por oficio ni necesidad, sino una romana distinguida en busca del placer que no hallaba en su casa. Ya pesar de que había acudido al lugar a gozar de una hembra y dar rienda suelta a la cólera y la añoranza que le embargaban, le abrió su corazón a Hersilia sin pasar a mayores, quien respondió a su confianza con discreta cordialidad y con la afabilidad destinada a los viejos amigos. Aquella noche, Afrodisio durmió en la elegante casa que la dama poseía en el Aventino, en lecho con baldaquino de seda amarilla y delicadas sábanas, junto a la bella dueña. Pendiente de la mínima inflexión de su grata y aterciopelada voz, no se atrevió Afrodisio sin embargo siquiera a tocarla.

Hersilia había perdido a su marido hacía un año a causa de una malaria

cartaginesa. Desde entonces llevaba ella sola la empresa de telares de su esposo, que en un solo día producía más dinero del que un hombre pudiera gastar en un año. Había rechazado muy dignamente varias proposiciones de romanos ricos persuadida de que la meta no era tanto ella como las rentas de su industria. Por esa razón había acudido a los Tres Príapos en una aventura que, por Talasio, patrón del tálamo, no le había resultado en absoluto fácil.

La bella tejedora pertenecía al tipo de mujeres que son perfectamente conscientes del efecto que producen en los hombres y que con su premeditada reserva desatan más pasión que otras con un jugueteo de piernas. Por consiguiente, Afrodisio casi se había olvidado de su modelo de mujer, Popea, cuando circuló el rumor de que su hija Claudia Augusta había contraído una enfermedad incurable y estaba a punto de morir. Las fogatas que desde los portales de todos los templos de Roma esparcían espesas columnas de humo corroboraron la mala nueva y al tercer día los heraldos la ratificaron a golpe de tambor en el foro: había muerto Claudia Augusta, la hija del divino Nerón y de la noble Popea Augusta. Por deseo del césar, la niña fue exaltada a la categoría de diosa e inhumada como correspondía a los césares; Nerón mandó así mismo construir un templo en su memoria junto al foro.

Popea continuó oculta a Afrodisio, por más que a diario siguieran llegándole sus encargos e instrucciones. Por atender la solicitud de Hersilia, quien insistía en tener mayor necesidad de un administrador experto que la invisible esposa del césar, le envió el pompeyano un pergamino a la antigua amante solicitándole que le dispensase de sus servicios. Por toda respuesta, la emperatriz le hizo llegar a través del secretario Polibio una importante suma de dinero a título de indemnización por los servicios tan lealmente desempeñados. En las nonas del mes consagrado al divino César Augusto, Afrodisio se mudó junto con su esclavo Gavio a casa de la tejedora Hersilia.

Hersilia era distinta a todas las mujeres que hasta entonces habían agradado a Afrodisio; pues si siempre había apreciado la exhibición de su condición femenina, en Hersilia descubrió precisamente lo contrario: era distinguidamente esquiva y su palidez realzaba esas cualidades; sus gestos eran aristocráticamente severos, la aureolaban con un halo de distancia, inasibilidad y reserva que enardecían los deseos de Afrodisio.

—Espero —había declarado mirándolo con franqueza— que no abuses de tu posición ni defraudes la confianza que he depositado en ti.

A lo que Afrodisio había respondido:

—Mi deseo es complacerte, bella Hersilia. Si quieres que te toque, te tocaré. Pero si no quieres que me acerque a ti, no me acercaré, de modo que no tendrás por qué temer que esté a tu lado.

Aquella noche, estando él en el lecho de ella, le preguntó el pompeyano si deseaba sentir su cercanía, pero antes de que él pudiese reposar su mano en los senos suavemente agitados que el camisón transparentaba provocativamente, Hersilia

respondió:

—Sólo deseo saber que estás cerca, nada más. —Y Afrodisio obedeció.

Al día siguiente, Afrodisio le retiró con suavidad la delicada prenda dejando al descubierto la blancura de su cuerpo; sin preguntar nada, se regaló la vista con la belleza y la distinción de formas de la mujer sin que tampoco Hersilia, vuelta la cabeza hacia otro lado, opusiese de entrada resistencia a la complacencia del amante. Hasta que ella le preguntó si había olvidado su promesa.

No, respondió él: la mantendría aunque se consumiese de melancolía como le había ocurrido a Narciso ante su propia imagen.

La noche siguiente empezó como las anteriores, pero de madrugada se despertó Afrodisio con el príapo a punto de estallar. Se volvió entonces hacia Hersilia, que dormía dándole la espalda, con la intención de que apreciase el estado de la verga, pero Hersilia respiraba con el ritmo regular del sueño. Con tanto cariño como cautela actuó el falo de aldaba contra el portal cerrado logrando que la desdeñosa tenacidad del bronce con que se veda el paso a los varones al templo de Vesta trocase súbitamente su dureza en elasticidad, bastando una leve embestida para que el pompeyano viese colmados sus sueños. Como un ladrón penetró furtivamente en ella.

Hersilia replicó a sus suaves movimientos como si estuviese soñando; se le agitó la respiración y Afrodisio le restregó la frente por la nuca. Sofocó los escrúpulos acerca de si dormía o accedía a sus deseos; la prolongada espera y el inusitado placer le privaron de entendimiento. Sus movimientos ganaron en vehemencia sin llegar a ser enérgicos mientras que Hersilia se acomodaba a ellos sin oponer resistencia, como Pasífae con el toro pues, como ésta, ella lo deseaba. Solazándose en la lasciva lasitud de ella procuró Afrodisio asirle los senos por detrás.

En un momento determinado pareció que Hersilia iba a despertarse moviendo cabeza y brazos, pero sin oponer resistencia. No obstante, antes de que recobrase la conciencia plenamente, antes de que en su cerebro quedase constancia del acto de la seducción, catapultó Afrodisio a la amada al éxtasis del placer, que se hizo patente en Hersilia con un grito de dolor; a continuación, el cuerpo de la mujer quedó en un estado de rigidez del que tardó en salir y ello entre intensos temblores.

El placer de Hersilia había sido comparable al de él; cuando se abalanzó sobre ella para colmarla de besos, la descubrió llorando.

—¿Por qué lloras? —preguntó Afrodisio, perplejo.

—¡De alegría, tonto! —respondió Hersilia, mientras le pasaba la mano por la cabeza.

—¡Pero las lágrimas son signo de tristeza y dolor!

—Cierto. Pero en cada alegría hay escondida una porción de pena.

—¿De pena?

—Cualquier momento de felicidad es irrecuperable.

—Pero yo estaré contigo cada vez que me desees, Hersilia.

Sus lágrimas ganaron en intensidad, sollozó con fuerza y su delicado cuerpo se

sacudió como si viajase por la Vía Apia.

—¡Si yo te quiero! —prosiguió Afrodisio desalentado.

Hersilia se enjugó las lágrimas con las manos:

—Y yo te creo —dijo ella con voz entrecortada—. ¿Cómo, si no, podía haber sentido yo hoy lo que Venus hasta ahora me había negado?

—¿Qué te había negado Venus?

—El amor. —Hersilia había abierto desmesuradamente los ojos, que imploraban comprensión.

—Quiero decir… —prosiguió ella titubeante—, has de saber que Venus no le ha concedido a este vientre el placer entero del amor. Como mujer no soy perfecta, pues me falta la pasión y me falta porque a mí me falta algo…

—Pero si lo tuyo ha sido pasión ardiente. —Afrodisio se incorporó—. Nunca me había cautivado tanto el cuerpo de una mujer. Nunca te abandonaré y si por algún día me apartase de ti, me echas de la casa a latigazos.

—¿Y Popea? —Por un instante flotó ese nombre en la estancia, como una amenaza que pudiese destruir cuanto precisamente acababa de empezar.

Al cabo, la miró Afrodisio a los ojos.

—¿A qué mientas ese nombre? —le preguntó con tristeza—. Ahora, precisamente, en el momento en que estamos compartiendo la misma alegría.

—Porque…

—¡No sigas! —La interrumpió Afrodisio.

—Nunca una mujer me había hecho tan feliz como tú.

—Nunca un hombre me había hecho tan feliz como tú —repitió Hersilia—. Ha sido la primera vez. Iré al templo de Venus Genitora, en el foro del divino César, a ofrendarle un carnero en agradecimiento por haberte enviado a mí.

—¿Y yo? —preguntó el pompeyano riéndose—. ¿A qué dios me encomiendo?

—Te lo digo en serio —repuso Hersilia—. Puede que no lo entiendas, pero mi marido me decía que era tan fría como cualquier pescado del Tirreno y tan rígida como un roble de Germania, y nunca pude desmentírselo. Él se buscaba las alegrías en otros sitios, que era lo correcto. Fui una buena esposa con la que pudo contar en todo momento, y cuando se traía alguna coima a la casa yo misma les preparaba el lecho. No tenía que ser él quien pagara las consecuencias de mis defectos.

—Ese hombre era un monstruo. ¡No te merecía como mujer!

—No, Afrodisio, no tengo nada que reprocharle; a él, desde luego no. Pero cuando murió me juré no volver a ser de otro hombre.

—¡Júpiter bendito! ¿Qué estás diciendo?

—Incluso probé suerte con mujeres; me pasé noches enteras rondando por el barrio del puente de Mulvio, donde el vicio y el crimen se dan la mano, hasta que recalé en los Tres Príapos, un local que frecuentaba mi marido.

—¿Pero no ibas buscando un hombre?

Hersilia guardó silencio.

—¡Roma dea! —El pompeyano soltó una maldición.

—Buscaba la delicadeza de una mujer sabiendo que no puedo darle a un hombre lo que pide.

—¡Pero si eres capaz de darle más de lo que pueda soñar! Es un disparate tremendo, Hersilia. No eras tú la inútil con tu marido; el culpable de tu retraimiento era él. ¿No te acabo de demostrar lo contrario? ¿No acabamos de disfrutar de la dicha más alta tú y yo? Si tuviera unos cuantos años más y no fuese un pobre liberto de Pompeya sin recursos, verías cómo te pedía la mano y nos casábamos.

—Sabes bien que ante la ley juliana ni una cosa ni la otra son impedimentos para casarse.

—No, ante la ley no. —Afrodisio bajó los ojos.

—Pero para mí sí. Tú eres una señora distinguida, yo, un *homo novus*. Mis padres, Imeneo y Lusova, fueron esclavos de Sereno, mi patrón. Y suerte que él me dio la libertad, porque si no ni siquiera podrías compartir lecho conmigo sin transgredir el código civil.

—Media Roma estaría en la cárcel si los pretores se tomasen al pie de la letra las leyes antiguas —replicó Hersilia mientras le tomaba sonriendo la mano—. No hay casa donde el *pater* familias no se lleve a la esclava más mocita a la cama; no hay casa donde la dueña no amenice los días más solitarios con un galo forzudo o un audaz africano. Y tú, Afrodisio, eres libre, no eres propiedad de nadie, no tienes que cumplir las órdenes de nadie, puedes quedarte donde te plazca. ¿Qué te preocupa?

—Por mí mismo no me preocupo —respondió Afrodisio—; eres tú quien me preocupa. Los romanos te señalarían y tendrían diversión a tu costa por haber tomado por esposo a un pompeyano recién llegado, un provinciano sin oficio ni beneficio que recaudaba alcabalas en el mercado…

—La mujer del césar no tuvo tantos escrúpulos —dijo Hersilia—, y dicen que Popea Sabina es la más exigente de toda Roma.

—¡Popea, Popea! ¡Estoy harto de ese nombre!

—A ver si vas a tener remordimientos. Es la mujer más guapa del mundo. El hombre que la rechazase no lo sería de verdad.

—¡Hersilia! —Afrodisio abrazó a la amada con fuerza, como si temiese perderla.

—Tú eres tan guapa como Popea y tan atractiva como Popea, créeme lo que te digo.

—La pasión vuelve zalameros a todos los hombres.

—No son lisonjas, Júpiter bendito, que te estoy diciendo la verdad. Yo a Popea no la he querido nunca; sólo me atraían su apariencia y el mundo que la rodeaba. ¡Pero a ti sí que te quiero! No los bienes que puedas tener, sino tu belleza y el atractivo de este cuerpo. Te querría aunque me pidieses que no volviese a tocarte.

—¿Lo dices en serio?

—Te lo juro por mi mano derecha.

¡*Improbe amor, quid non mortalia pectora cogis*! Aquel día, Hersilia y Afrodisio

decidieron vivir en lo sucesivo como marido y mujer. ¡Dichosos los esclavos en aquellos tiempos de inseguridad creciente! Pues sólo quien fuese pequeño, pobre e insignificante podía vivir tranquilo en Roma. En todas partes, en cada esquina, en cada taberna, hasta en los templos de los dioses era la ciudad un hervidero de agentes y soplones que por encargo del emperador escudriñaban quiénes eran sus amigos, quiénes sus enemigos. Y no servía de nada declararse amigo del emperador; al contrario, precisamente eran los amigos de Nerón quienes corrían mayor peligro, equivaliendo una invitación a comer en palacio a una sentencia de muerte, pues era conocida la costumbre del césar de deshacerse de sus amigos con vino o comidas envenenados. Le asistía en esos menesteres Locustas, una peligrosa mezcladora de veneno.

De esa manera murió Doríforo, el todopoderoso liberto por quien Nerón había sentido una inclinación tan poderosa como para casarse oficialmente con él. Pero Doríforo cometió un error capital: aconsejarle al césar que no tomase a Popea por esposa señalándole que era vil y corrupta; eso supuso su fin. También Pallas, a quien Nerón le debía el trono, murió por obra del veneno.

Amante de Agripina, su madre, Pallas había sido alcahuete entre ella y Claudio, convenciendo además a éste de que adoptase a Nerón, a pesar de que Claudio tenía un hijo que podía sucederle en el trono. Con treinta y dos años, el liberto Pallas había amasado una importante fortuna que no teniendo hijos legó al césar. Pero como Pallas sólo era seis años mayor que él, el Divino bromeaba diciendo que su amigo trataba de privarle de su fortuna llegando a viejo.

El césar tenía constantes problemas de tesorería. Al igual que su modelo Calígula, había dilapidado en brevísimo tiempo los tesoros de sus antepasados convencido, y así se expresaba en público, de que únicamente los despilfarradores eran auténticas personas. Se ponía una sola vez cada una de las costosas togas que encargaba, los arrieros que trabajaban para él usaban ropa de lana de Canusia y los animales de tiro llevaban las pezuñas cubiertas con chapines de plata. Si al Divino se le antojaba ir de pesca, la red que usaba era de oro, si le apetecía jugar a los dados con sus compañeros de correrías, cada punto valía cuatrocientos mil sestercios. Sufría porque su palacio del Palatino, una enrevesada construcción de mil habitaciones heredada de sus antepasados, no se podía ni ampliar ni embellecer. La ciudad, con sus estrechas calles, no ofrecía más espacio. Aquella ciudad, decía Nerón, ofendía sus ojos.

Ni siquiera alguien como Aniceto, que por encargo de Nerón había matado a Agripina y a Octavia, la madre y la esposa del emperador, podía confiar ya en el favor del césar. Nerón desterró a aquel personaje tan útil a Cerdeña, donde murió poco tiempo después. El miedo planeaba por la ciudad, de suerte que tanto los amigos como los enemigos del césar vivían con la angustia de no saber quién sería la siguiente víctima.

De noche, los romanos miraban aterrorizados hacia el cielo, hacia la colosal cola de un cometa que se extendía por el firmamento. Hubo quienes se arrojaban al suelo

golpeándose la frente contra los adoquines convencidos de que había llegado el fin de la humanidad; hubo esclavos que violaron a mujeres o a muchachos bien plantados, deseosos de dar al menos una vez en la vida rienda suelta a sus impulsos; y los seguidores de la secta asiática de Pablo de Tarso deambulaban cantando y bailando por las calles, persuadidos de que se aproximaba la hora de su rey. La presencia de un cometa anunciaba según los astrólogos el fin de un poderoso, de modo que el césar mandó llamar a Babilo, el astrólogo de la corte, para preguntarle cómo había que entender el extraño fenómeno.

Babilo ya había servido al divino Claudio y tranquilizó al césar: la cola del cometa se veía en todos los países, desde Britania hasta Egipto, desde Hispania hasta el reino de los partos, de modo que la señal del cielo en modo alguno tenía que referirse necesariamente a su final. Por otra parte, siempre le cabía aplacar la ira de los dioses sacrificando a alguna personalidad relevante.

Diez días permaneció recluido el césar tras los muros del palacio, y una vez que el cometa hubo perdido intensidad en el cielo dio orden a la guardia pretoriana de matar a los romanos más ilustres con el fin de evitar que hubiese quien pudiera disputarle el poder. Fue célebre la carnicería protagonizada por el pretoriano Fenio Rufo, un conjurado en la conspiración de Pisón. Y si hasta entonces habían sido los amigos y los enemigos quienes temieran por su vida, a partir de ese momento las listas se nutrieron de personas que no eran ni una cosa ni la otra y cuya única afrenta consistía en haber nacido en el seno de una familia distinguida.

En la mansión que Pisón poseía en el balneario de Bayas los conjurados se reunían una vez más.

La cifra aumentaba de día en día, circunstancia que el viejo Séneca no dejaba de tomarse a broma. ¿Para qué todo aquello, decía, si en Roma todo el mundo debía ser conspirador y al césar no le quedaría ni un partidario? El caso era que cuantos más se unían a la conspiración tanto menor era la disposición individual a perpetrar el atentado. Cada cual escurría el bulto pero todo el mundo quería sacar partido de lo que viniese después.

—¡Dame la contraseña! —dijo el centurión que montaba guardia en la quinta de Pisón a la desconocida iluminándole la cara con una antorcha.

—Pisón —dijo la mujer mientras se retiraba el velo oscuro de la boca.

—No sabía yo que aquí aceptásemos mujeres. —El centurión estaba perplejo.

—¡Pues ya ves la consideración que te tienen! —Dicho lo cual la mujer apartó al centurión y entró en la casa. Los fantasmagóricos murmullos de los hombres que ocupaban el atrio cesaron súbitamente cuando la desconocida se retiró la capucha, pronunció con desparpajo la contraseña y tomó asiento junto al poeta Lucano.

—¿Tú, quién eres? —le preguntó Lucano, el primero en reaccionar.

La mujer tenía esa clase nada insólita de belleza que la dureza y la experiencia inscriben en el rostro de una persona.

—Me llamo Epicaris y soy de los vuestros.

—Pero…

—Que hable ella. —Fenio Rufo atajó con un gesto la tentativa de Flavo de expresar su objeción.

—No hay mucho que contar. —Epicaris tomó la palabra con resolución.

—Como no suceda algo pronto, quiero decir, como el Divino, o, mejor dicho, ese con quien los dioses creen que tienen que castigarnos, continúe haciendo estragos, cada uno de los que estáis en este corro va a perder pronto la vida. Más aún, Roma dejará de ser Roma y aquí en Bayas volverán a pastar las vacas, porque en su delirio despilfarrador el Divino os habrá arrancado a todos y cada uno de vosotros todo cuanto tengáis. Se intitula salvador del mundo remedando tristemente al divino Augusto mientras Roma no deja de hundirse cada vez más en la ruina.

Pisón se levantó y acercándose hasta la desconocida como si desease verla de cerca, le dijo:

—Hablas con claridad, Epicaris, ¿pero quién nos dice que vienes con buenas intenciones y no nos engañas para acusarnos después de conspirar?

—¡Vaya partida de mamarrachos! —exclamó Epicaris después de observar desdeñosamente a Pisón—. Por lo visto, vuestro propósito es salvar al Estado y todo lo que teméis es vuestro propio riesgo particular. Toda conjura supone riesgos. Pero miraos: sesenta hombres dignísimos y un inconveniente; que con dignidad a secas es imposible eliminar al césar.

Los conjurados se sentían avergonzados. El coraje desplegado por la desconocida los hacía recapacitar. Lo cierto era que los atentados anteriores habían fracasado todos por falta de empeño personal.

—¿Quieres hacerlo tú, Epicaris? —preguntó Pisón.

—¿Y por qué no? —preguntó la desconocida resueltamente—. No tengo nada que perder. El Divino me ha robado cuanto tenía. Primero sus sayones mataron a mi marido… y yo sigo preguntándome por qué a mí me dejó viva. Luego me arrebató los bienes, sus esbirros me despojaron de los vestidos y me echaron desnuda a la calle.

—¿Llevabas ropa de color púrpura?

Epicaris afirmó con un gesto:

—En el teatro de Agripa mandó parar Nerón la función al descubrirme en la última fila. Los matones que lleva se abalanzaron sobre mí, me arrancaron la ropa a jirones. Mi casa la confiscaron; menos mal que unos amigos me prestaron auxilio, si no, me habría muerto de hambre.

—Está prohibido llevar togas de color púrpura —intervino Lucano—, dicen que le recuerdan a su mujer, Octavia.

—Y si mañana se le ocurre mandar que los romanos vayan todos desnudos para poder verles los puñales que guarden en las togas, ¿también le haríais caso…?

Epicaris sacó un pliego de su capa:

—Cuentan que han fracasado hasta doce atentados contra el césar.

—¿Quién dice eso? ¡A ver! —La interrumpió el tribuno de la guardia pretoriana

Flavo adelantándose hacia ella.

Lucano le obligó a sentarse:

—Déjala que hable, Flavo.

—Lo de menos es de dónde tengo esa información —prosiguió Epicaris—, lo importante es que si yo la tengo podéis imaginaros cuánta gente está al corriente de lo que preparáis y cuál es el peligro que se cierne sobre cada uno de vosotros. Pero a lo que se ve ninguno se pregunta por qué fracasaron todas esas tentativas de acabar con el césar. Todos tendéis a atribuirlo a la voluntad de los dioses, tal y como han enseñado los filósofos griegos… lo cual no deja de ser una excusa para ocultar la incapacidad propia. En suma, sostengo que no fueron los dioses quienes llevaron esas intentonas al fracaso, sino gente de vuestras propias filas.

Los conjurados estallaron en protestas, levantándose soliviantado alguno de ellos con ánimo de echarla de la casa sin contemplaciones.

Pisón intervino alzando la voz para imponer orden:

—Por favor, dejad que hable. Nada de cuanto ha dicho hasta ahora es desatinado. Y si levanta acusaciones tan graves es porque trae pruebas.

Entre protestas tomaron los hombres asiento otra vez. El centurión Sulpicio Ásper se quejó de que hubiera que soportar semejantes despropósitos y para colmo de boca de una mujer.

—Podéis —Epicaris reanudó su intervención— estar perfectamente de acuerdo en acabar con el césar porque es una calamidad para Roma y el imperio. ¿Pero os habéis puesto de acuerdo sobre quién va a sucederlo? ¿Cómo se llama el nuevo césar?

—Pisón.

—Claro, Pisón.

—Eso lo dirás tú, y tú; quizá tú también. ¿Pero lo dicen todos?

Los conjurados se miraron unos a otros y en ese momento todos dudaron de la integridad del vecino.

—En este pergamino —Epicaris levantó el pliego— figuran los nombres de sesenta honorables varones de Roma que se reúnen con la contraseña «Pisón». Pero a continuación, junto a algunos de ellos, figura un aspa de dos espadas cruzadas. Éstos forman una conjura dentro de la conjura. Hay un puñado de vosotros que como los demás quieren que el césar ceda su lugar a otro, ahí coincidís todos, pero los que acabo de decir reniegan además de Pisón a causa de su holgazanería y de la vida escasamente ejemplar que lleva su esposa. Abominan de él como del divino Nerón.

Primero se hizo un silencio en el transcurso del cual se intercambiaron miradas de hostilidad, pero pronto se oyó un primer nombre al que siguió otro y en un momento se originó un gran tumulto donde cada cual acusaba al otro de traición terminando el conjunto de dignos varones a golpes.

Tras grandes esfuerzos Pisón logró imponerse en medio del alboroto:

—¡Amigos! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Amigos, escuchadme, por favor! —El escándalo fue apaciguándose lentamente.

—Antes de enzarzarnos en discusiones acerca de la sucesión del césar tendríamos que actuar y eliminar a Nerón; ésa es la condición para lo otro. Propongo por ello que quienes no compartan el camino elegido por la mayoría, aquellos de cuya confianza no gozo… se levanten antes de que Epicaris lea los nombres y salgan de esta casa sin que nadie los moleste.

Silencio. Mutismo embarazoso. La mayoría miraba fijamente al suelo, como si no pudiesen soportar la presencia de los traidores.

Primero se levantó Subrio Flavo, el tribuno de la guardia pretoriana. Llevándose la mano al puño de la espada escupió en el suelo y dirigiéndose a Pisón dijo:

—¿De qué sirve acabar con un cantante como Nerón si se le cambia por un comediante?

Rufo, que tomaba asiento junto a Pisón, sacó una daga. Pero Pisón lo contuvo. Guardó silencio.

—¡Venid! —exclamó Flavo señalando con la cabeza hacia la puerta—. Fueron entonces levantándose uno tras otro, todos con la cabeza gacha, Sulpicio Ásper, Valente… hasta diez hombres que abandonaron la casa.

Todo ocurrió tan de improviso que los conjurados que prestaban apoyo a Pisón tardaron un rato en recuperar la palabra. Apretando el mentón contra los puños, desalentado, diríase que desesperado y a punto de estallar en lágrimas soltó Pisón una maldición en voz baja, y terminó ocultándose el rostro entre las manos.

Lucano, el poeta proscrito, fue el primero en hablar. Recitó en voz baja una oda de Horacio, que sonó cual beatífica plegaria a los dioses:

A un varón justo y constante en sus propósitos no le sacuden pasiones de ciudadanos, malas consejeras, ni la mirada amenazante del tirano, ni el austro turbulento, señor del gran Adriático, ni la mano grande de Júpiter fulminante. ¡Que el mundo se haga pedazos! Sus escombros le alcanzarán sin asustarle.

Pisón se levantó. Se paseó de un lado a otro con las manos entrelazadas a la espalda, como un orador en el senado, luego se dirigió a la desconocida, diciéndole:

—Paréceme que eres el único hombre entre todas las mujeres que estamos aquí reunidas. Pero, dime una cosa, ¿cómo te has enterado del nombre de los traidores?

El rostro de Epicaris se iluminó con un sonrisa y le tendió a Pisón el pliego. Pisón desenrolló el pergamino; miró luego a Epicaris y a continuación al resto de los conjurados: el pliego estaba en blanco.

—Sabía sólo que entre los conjurados había dos bandos —explicó Epicaris—, pero no quién era partidario de quién. Por eso recurrí a esa argucia. Pues, ¿cómo queréis que prospere vuestra empresa contra el césar si estáis divididos?

A partir de aquel día, los conspiradores que daban su apoyo a Pisón comprendieron que su lucha contra el emperador se había vuelto aún más complicada y peligrosa.

Las termas abrían hacia el mediodía. En la ciudad había distribuidas más de doscientas: inmensas, con espacio para miles de personas y gratuitas, así como otras

más pequeñas e íntimas donde se ofrecían servicios especiales y sólo podían entrar los socios. Desde que Agripa, el general y yerno del divino Augusto, había construido sus termas en medio de un espléndido jardín, con lo cual permitió a todo el mundo usar los baños de agua caliente y fría, las saunas y la palestra, habían procurado los césares por todos los medios dejar constancia de sus desvelos por preservar el buen humor de los romanos jugueteando en el agua como las cincuenta joviales hijas de Nereo; balnea, vina, Venus fueron los tres placeres clásicos de los romanos: baños, vinos y amores.

Mayores que las restantes termas de la ciudad, el divino Nerón había levantado las suyas ante las de Agripa dotándolas de albercas de mármol blanco, mosaico en las paredes, galerías para juegos y deportes, así como espacios reservados para los masajes y la lectura. Había esclavas que se ocupaban de la higiene personal en salones a propósito, así como masajistas que atendían cualquier solicitud, circunstancias todas ellas que no tardaron en poner en entredicho el nombre de las *Thermae Neronianae*.

Con la ley en la mano estaba severamente castigado el baño mixto en lugares públicos de hombre y mujeres. Muchos llegaron a considerar una frivolidad el baño de agua caliente reservado para mujeres que Nerón mandó construir cercándolo con un alto muro y asignándole una entrada exclusiva. A pesar de todo, ciertas muchachas y señoras de dudosa reputación dotadas por los dioses con cuerpos de efebo acudían a los espacios reservados a los hombres con la sola vestimenta de un mandil de cuero, de suerte que uno de los entretenimientos favoritos consistía en adivinar el sexo de ciertos asistentes a los baños. La diversión se complicaba debido a que en aquellos tiempos muchos hombres se exhibían vistiendo ropas femeninas y maquillados como rameras del Circo Máximo; algunos incluso como el divino Hermafrodito, a quien Hermes, el tañedor de la lira, le había otorgado su sexo y Afrodita, la hija del mar, sus senos.

Los que se tenían en buen concepto solían evitar las termas del divino Nerón, donde se reunía la chusma, y acudían a las más rancias de Agripa, lugar de encuentro de senadores y gentes de negocios, que de ese modo además ponían de manifiesto su desafección al césar. El primer favorito del divino Nerón y prefecto de la guardia pretoriana, Tigelino, un sujeto a quien las mujeres atribuían la hermosura de Apolo y los hombres la crueldad de Marte cruzada con el ingenio de Minerva, convenció al césar de que organizara un espectáculo que arrastrase por los suelos la fama de las termas de Agripa.

En los jardines de Agripa había un estanque que se nutría del acueducto Virgo y se unía al Tíber por un canal de desagüe. En dicho estanque emplazó Tigelino una gran balsa. Los artistas más notables del imperio transformaron la balsa en una mancebía flotante en la que a última hora fueron cargadas sin ropa las mujeres más caras junto con otras damas, instrumentistas y bailarinas, y un puñado de relamidos efebos. Cocineros de países remotos guisaron los platos más exóticos, con vituallas

traídas desde los confines más lejanos: volatería de las estepas de Asia, venado de los bosques de Germania y pescado desde el océano. La barcaza resplandecía bajo la luz de las antorchas y cuando el disoluto ágape llegó a su apogeo, cuando el espeso vino que debía beberse de ciertas fuentecillas hizo efecto, los excitados hombres se abalanzaron sobre las mujeres y las mujeres ávidas de placer sobre los hombres mientras la balsa de la impudicia era arrastrada con barcas de remo por el canal a través de los barrios más pobres de la ciudad, donde los moradores de las exiguas casas mostraron su repulsa volcando excrementos sobre ella desde los pisos superiores.

La gente se arracimaba a ambos lados del curso de agua, curiosos que habían oído hablar del desenfreno del Divino, gentes sedientas de sensaciones fuertes dispuestas a contemplar el colmo de la abyección o enemigos del césar que buscaban en la orgía de Tigelino una legitimación para su conjura, además de la masa de gente que con nada se encandila y cuyo domicilio no es otro que la calle. Confundido entre la muchedumbre que jaleaba absorta el espectáculo, perdido entre la inmundicia secretada por la loba romana, se hallaba un hombre elegantemente vestido que en modo alguno encajaba en el cuadro que allí tenía lugar: Afrodisio, el pompeyano. ¿Qué lo llevaba a aquel barrio sombrío y maloliente de la ciudad, donde indiferente e insensible a todo se descomponía una sociedad corrupta, donde cada cual vivía según reglas diferentes o por mejor decir, según las reglas de la supervivencia, donde un celemín de trigo valía más que una vida humana, donde hasta los niños se vendían antes que los padres se les adelantasen, a aquel barrio dejado de la mano de los dioses?

Quienes vivían allí ni siquiera pertenecían a la plebe, al estrato social más bajo; a la plebe la ley no le aceptaba divinidad protectora alguna pero sí le reconocía el derecho a la vida, como quedaba patente con la designación de un edil que la representase. La gente que vivía allí era material de aluvión, despojos de la Cloaca Máxima, un populacho insolente y siempre hambriento al que ni un Menenio echaría de menos ni iría a buscar si a razón de centenares de miles desapareciese de la noche a la mañana.

Por entonces, hacía más de quinientos años, Menenio había logrado con un encendido discurso que regresasen a la ciudad los plebeyos que huían de Roma pues las calles habían quedado desiertas y los talleres abandonados: bien podían rebelarse las extremidades contra el vientre si solo éste disfrutaba de lo que elaboraban los demás. Los pies y las manos cesaron su actividad, la boca y los dientes se inhibieron en la provisión de alimentos. Pero también las extremidades sufrieron el desmayo, reconocieron la importancia que entrañaba el estómago y se reconciliaron con él. Por aquel entonces los plebeyos regresaron a la ciudad, pero de eso hacía ya mucho tiempo. A partir de entonces, el abismo se había agrandado, tanto y con tantas ramificaciones que el estómago apenas si tenía noticia de la existencia de las extremidades.

Afrodisio se abrió paso a codazos hasta la primera fila. El centro de su atención no eran las obscenas evoluciones de las mujeres desnudas en aquel altar flotante del placer, ni tampoco los bellos muchachos que como flautas de Orfeo cantaban atiplando la voz. La esperanza del pompeyano se cifraba en divisar a Popea, la esposa del Divino. Pero la balsa pasó ante él, ovacionada, escupida, increpada y vitoreada, sin que Afrodisio pudiese distinguir a Popea. Ni el césar ni su esposa habían asistido al banquete. ¿Por qué continuaba sintiéndose atraído por aquella mujer? Afrodisio no lo sabía. Ni siquiera sabía cómo habría reaccionado si Popea hubiese desfilado ante él en lo alto de la mancebía flotante.

Había acudido allí a escondidas de su mujer. Hersilia no debía enterarse de nada. Desde que se habían casado, ella se conducía de manera extraña. Afrodisio adoraba la belleza de su físico y su nobleza de ánimo, que la alejaba de toda vulgaridad; pero la reserva y el desapego, que una sola vez, y en sueños, le había sido dado salvar y que él soñaba con quebrantar a fuerza de cariño y atenciones, se habían tornado cada vez más fríos y distantes. A cada tentativa de aproximación conyugal respondía Hersilia con la misma estridencia:

—Acuérdate de lo que juraste por tu mano derecha.

Era verdad; él había jurado amar a Hersilia incluso sin poder tocarla, pero nunca se habría podido figurar que su mujer sería tan severa, ni que lo rechazaría una y otra vez como si se tratase de un desvergonzado solicitante o de un muchacho alelado. En aquellas ocasiones se le venía, embriagadora y provocativa, Popea a las mientes y a él le entraban dudas acerca de si había tomado la mejor decisión.

Afrodisio se refugió en el trabajo supervisando personal y resultados y cubriendo con el propio denuedo las numerosas irregularidades que había encontrado. El contable fue despedido, al igual que una docena de esclavos desleales, de suerte que pronto se convirtió en un personaje poco estimado. Su severidad y su rectitud eran temidas, pues Afrodisio tenía plenos poderes y hacía uso de ellos.

Como en Roma los ricos cada vez eran más ricos y los pobres cada vez más pobres, los géneros más caros empezaron a perder mercado al tiempo que aumentaba la demanda de género más barato.

Cuando la gente se muere de frío baja la demanda de seda de Marsella o de púrpura de Fenicia. En vista de lo cual el pompeyano compró un telar propio por cinco mil sestercios, todo su patrimonio, le destinó tres turnos de operarios y tejió en él paños resistentes con lana de Cartago. La mercancía tuvo una venta prodigiosa porque costaba la mitad que el género de su gama, dándose además la circunstancia de que pudo prescindir de intermediarios pues cada día se formaban colas ante el taller. Dos meses más tarde poseía Afrodisio tres telares con tres turnos de personal, llegando a correr por Roma la broma de que Hersilia no se había casado con su amante sino con su mayor competidor.

El pompeyano pasaba sus horas de ocio en las termas de Agripa, cuya fama sin dejar de acusar la mancilla de la orgía de Tigelino seguía siendo en cualquier caso

mejor que la de las termas de Nerón. En el *unctuarium*, la sala de ungüentos y masajes, Afrodisio sentía predilección por la esclava Zugrita, una libia de ojos almendrados, y mientras ésta ejecutaba su trabajo guardaba Gavio la ropa del amo en el *apodyterium*, la antesala que hacía las veces de vestidor para los romanos de alcurnia y donde solían esperar los esclavos, que tenían prohibido entrar en los baños.

—¿Qué, nuevo por aquí? La pregunta iba dirigida a Gavio. Éste no tenía pelos en la lengua y repuso:

—Lo mismo quería preguntarte yo. A ti al menos no te había visto aún. Me llamo Gavio y soy el esclavo de Afrodisio. ¿Y tú?

—Turno. Mi amo es Plinio.

—No me suena —respondió Gavio altivamente.

Aquello fue un error pues Turno era un Can Cerbero de hirsutas sierpes no sólo en lo tocante a su amo sino también a su fama. Tras resollar con vehemencia para mostrar las ganas con que habría mandado por los aires a su interlocutor, dijo:

—Óyeme, gusano al servicio de un *homo novus* de no se sabe dónde, dejemos un punto en claro: ¡A mi amo sus libros ya lo habían hecho célebre mientras el tuyo andaba todavía buscando calderilla por la Cloaca Máxima!

Ahí se colmó la medida de Gavio. Aunque de menor corpulencia, el ágil bitinio se lanzó contra Turno, lo arrojó al suelo y lo golpeó con tanta saña empleando los dos puños, que pronto había brotado sangre del labio del desconcertado contrincante. A continuación, Gavio lo agarró del pelo con las dos manos y le estampó ruidosamente la cabeza contra el suelo hasta casi hacerle perder el conocimiento, mientras lo increpaba:

—¡Voy a contarte quién anduvo por la cloaca, si tu amo o el mío!

Los esclavos que intentaron atajar la pelea de gallos salieron malparados, de manera que finalmente no se les ocurrió mejor solución que llamar al edil que había acudido a las termas a comprobar la temperatura del *caldarium*, puesto que, según el reglamento, el agua de las termas no podía ser más caliente que la del cuerpo. Pero tampoco el edil consiguió zanjar la pelea y hubo que llamar a los amos de los dos esclavos que habían llegado a las manos. Fueron ellos finalmente quienes mediaron en la disputa. Afrodisio pidió disculpas a Plinio, mayor que él, explicándole que, como todos los bitinios, su esclavo Gavio se acaloraba con facilidad. Plinio, el prestigioso escritor, se echó a reír señalando que también su esclavo era de origen bitinio.

Mientras se retiraban Plinio y Afrodisio, los dos esclavos se encontraron cara a cara si saber qué decirse:

—Bien disimulas —empezó a decir Gavio mientras le limpiaba al otro la sangre de la cara—, ¡habría jurado que eras de Hispania o de Lusitania!

—Tampoco tenías que tomarte así lo de la Cloaca Máxima, hombre —se disculpó Turno—. Pero a mi amo lo quiero yo como si fuese un hermano y no por lo célebre que sea. Conmigo se ha portado siempre de una manera excelente, sin tratarme como

mancipium cuando la ley se lo autoriza. Y no tolero que nadie se meta con él, ¿entiendes?

—Pues el mío, Afrodisio, le anda parejo en eso —dijo Gavio.

—¿Afrodisio? —El esclavo hizo una castañeta con los dedos.

—¿El que se casó con Hersilia, la tejedora rica?

—Exactamente, el mismo.

—¡Dicen que no le faltan méritos a ese amo tuyo, Afrodisio!

—Digo que sí. Será liberto, pero es listo y trabajador como él solo y para lo joven que es ya se ha apuntado buenos éxitos.

—¿Sabes? —Siguió Turno al cabo de un rato reflexionando—. Hay veces que me alegro de ser esclavo en lugar de ser tan leído o tan industrioso como tu amo o el mío. De tanto pensar acaba a uno doliéndole la cabeza, dicen por ahí.

—No, si ya lo he visto yo —confirmó Gavio—. ¿Y tu amo, de qué escribe?

—Escribió un libro muy importante sobre la guerra con los germanos, después que Druso se le apareciera en sueños encargándole que salvase su memoria.

—¡Qué interesante! —repuso Gavio sorprendido—. ¿Y ese Drusio, quién era?

—¡Druso! —lo corrigió Turno—. Era yerno del divino Augusto, un general, pero no particularmente bueno, creo. Ahora Plinio anda trabajando en una historia natural, dice que tiene que leerse dos mil libros. ¡Y no se conforma con decirlo, qué va!

—¡Por la cabeza de Minerva! ¡Antes esclavo que escritor!

—Si tendrías que verlo. Hasta al banco de masajes va en compañía de un taquígrafo para irle dictando. En la litera lleva dos asientos, uno para él y el otro para el amanuense, pues el rato que se esté sin leer o escribir lo considera una pérdida de tiempo. ¿Tú sabes leer?

—No he aprendido, no. Mi amo dice que los libros son para los ricos.

—¿Cómo para los ricos?

—Porque los libros necesitan tiempo y tiempo sólo lo tienen los ricos.

—¡Como si él no fuera rico!

—¿Afrodisio? No conoces bien a mi amo. Del dinero de su mujer no quiere saber nada. Él le lleva los telares y se saca un sueldo, pero las ganancias no son de él. De donde sí saca beneficio es de sus propios telares. Trabaja de sol a sol. ¿Tú eso lo entiendes, Turno?

—Ya me lo he preguntado yo muchas veces, cómo es que los ricos, teniendo el dinero que tienen, siguen trabajando tanto. —Turno se encogió de hombros.

—Entendámonos: a los esclavos se nos puede obligar a trabajar, ése es nuestro sino… Pero mira a Plinio, una persona favorecida con todos los bienes como él, con más dinero que el que pueda gastar, pues Plinio se levanta cada día antes de que salga el sol, a veces incluso a la hora sexta de la noche cuando regresan los gandules borrachos a sus casas y empieza a estudiar sus libros. Para mí que se conoce todos los del mundo.

—¿Todos?

—¡Todos!

—¿Pero también los… germánicos?

—¿Libros germánicos?, ¡je! ¿Desde cuándo saben escribir los germanos? Son salvajes que viven en los bosques, como los osos. Pero si hubiesen escrito un libro, seguro que mi amo lo habría leído. Dice que no hay ninguno tan malo que no se pueda obtener de él algún provecho.

—Es repugnante.

—¿Cómo?

—Es repugnante ser tan perfecto. ¿Qué beneficio obtiene de saberlo todo, de conocerlo y de descubrirlo todo? ¡Dolores de cabeza! Al fin y al cabo terminarán quemando sus restos mortales en el Campo de Marte, exactamente igual que los tuyos o los míos. Sólo que con más gente mirando… ¿pero qué saca él en claro, el Plinio de tus entretelas?

Turno quedó reflexionando.

La pelea entre los dos esclavos permitió que Afrodisio y Plinio se conociesen. Plinio le doblaba la edad al joven pompeyano y se le notaba: largos años de milicia en Germania, muchos sin tregua en invierno, le habían endurecido el rostro con pródigas arrugas.

—No se lo tengas en cuenta —observó Plinio señalando con un gesto hacia el vestidor mientras la masajista le friccionaba la nuca—. Turno pelea como un león en cuanto le mientan la fama de su amo. Me acompaña desde que fui a la Baja Germania; no sé qué haría sin él.

Tumbado boca abajo Afrodisio se recreaba a ojos vistas en las friegas que le procuraban los ágiles dedos de la libia Zugrita. Restó importancia al percance:

—Mira cómo ya han hecho las paces.

—¿Eres de Pompeya?

—Allí nací. Mis padres eran esclavos germanos, de un lugar que se llama Augusta Vindilecum, conquistado por Druso y Tiberio.

—¿Así que eres liberto?

—En efecto. Mi patrón se llamaba Sereno. Murió en el terremoto y su mujer, Fulvia, ya no quiso tenerme.

Con un gesto de la mano Plinio le indicó al esclavo amanuense que se apartase; inclinándose luego hacia Afrodisio observó:

—Todo son signos temibles… el terremoto, el cometa, las tinieblas de hace unos años, cuando en pleno día el sol tomó la forma de media luna… —Y bajando aún más la voz—, es un enemigo del género humano.

Sin necesidad de preguntar, Afrodisio comprendió que se estaba refiriendo al divino césar. Hizo un gesto de aprobación admirándose de la confianza que le demostraba Plinio.

Éste pareció adivinar lo que pasaba por la cabeza del pompeyano; en todo caso, miró fijamente a Afrodisio y le dijo:

—Créeme, ya no le quedan amigos, hasta los que él considera sus amigos han pasado a ser enemigos suyos. Los dioses no lo quieren; si no, hace tiempo que le habrían dado un sucesor —y añadió de modo que el pompeyano se estremeció:

—Que Popea ya no tiene quince años.

Afrodisio escrutó de reojo al escritor por comprobar si la inconveniencia iba destinada a él. Pero Plinio miraba con indiferencia y el pompeyano no pudo al menos apreciar ninguna intencionalidad en su rostro de modo que, aun dándose cuenta de la trivialidad, corroboró:

—No, es verdad, cada día nos hacemos mayores.

—No te entiendo —continuó Plinio tras un prolongado silencio—. ¿Cómo pudiste salir de Pompeya, marcharte de la perla de la Campania y venirte a Roma, esta ciudad pestilente y moribunda? Yo preferiría las ruinas de Pompeya al mármol de Roma si no fuese porque mi oficio me retiene aquí. Romano no termina siendo por las buenas nadie, se acaba siéndolo a la fuerza.

Sobre todo en tiempos como éstos.

—Para mí —repuso el pompeyano—. Roma es una ciudad como otra cualquiera, sólo que muchísimo más grande y con muchas más posibilidades. Aquí donde me tienes llegué a Roma siendo un cualquiera, con mil sestercios en la faltriquera que luego, además, perdí en las apuestas.

Hoy día tengo una esposa a la que sirvo honradamente y una empresa propia que promete grandes beneficios.

En todo lo que dijo se transparentó una buena dosis de orgullo.

—Pues espero que nada de eso suponga tu perdición. —Plinio se giró, se apoyó sobre los codos y le miró a la cara.

—Cuando llegaste a Roma eras un cualquiera entre cientos de miles de gente sin nombre y nadie habría reparado en ti. Pero luego vino la historia con Popea, lo precipitado de tu boda y ahora esa fortuna tuya, tan inesperada…

—¿Pero tú sabes…? —Afrodisio apartó con un gesto a Zugrita y se sentó.

—Si te lo estoy diciendo: en un cualquiera no repara nadie, pero tú has dejado de serlo, Afrodisio. Eres más de lo que te figuras, incluso. Hay mucha gente que ya cuenta contigo en sus proyectos. ¡Que los dioses te protejan! —Plinio se levantó y sin despedirse, sin volverse siquiera a mirarlo, se marchó camino del *apodyterium*.

Afrodisio quedó sentado, reflexionando. «A este Plinio —pensó— lo tenía mal tasado, pero es obvio que quiere ayudarme, porque si no, no me habría alertado». Miró azorado a su alrededor, sintiendo de repente que mil ojos lo observaban. ¿Pero qué quiere de mí toda esta gente? ¿El barbudo ese de la mirada siniestra? ¿El marica que se contonea dando pasos de baile? ¿El otro que alardea de musculatura? ¿El manco que sonríe como una esfinge?

—¿Estás preocupado, señor?

Afrodisio se sobresaltó hasta que reparó en el castaño claro de los ojos de la esclava Zugrita y respondió tartamudeando:

—¿Yo? No, no…

Poco después se dirigía a su casa. Le preguntó a Gavio si había observado que alguien lo vigilase. El bitinio se lo desmintió, aunque confesándole que nunca se había fijado. ¿Quién tendría que observarlo? Afrodisio le refirió entonces la sorprendente conversación mantenida con Plinio.

Al entrar en la casa les salió al paso el olor penetrante de la pira propiciatoria. Una densa humareda invadía las estancias y las sospechas del pompeyano se confirmaron en cuanto entraron en el atrio: por los suelos había trizas de estatuas y ánforas, la parra qué ornaba las columnas del patio interior había sido arrancada y pisoteada… la casa mostraba un cuadro de intensa desolación.

A pesar de que las calendas se habían celebrado hacía bastantes días, la jornada en que los romanos solían rendir sacrificios mensuales a los lares, del altar de esas divinidades al fondo de la casa, junto a la cocina, llegaba un intenso aroma de ofrendas. Ya pesar de que el servicio de la casa no bajaba de las cinco docenas de esclavos, nadie daba señales de vida.

A sus voces acudió un desconocido con barba de griego que se dio a conocer como Menecles, médico de su esposa, y le representó la gravedad de la situación. Acababa de administrarle láudano a la mujer, que había entrado en un estado de rigidez sin que el médico supiese cuánto podía durar; se excusó, en fin, por no poderle proporcionar mejores noticias.

Hersilia se encontraba en la cama del dormitorio; sus brazos y piernas estaban sometidos a la rigidez de Terror, el temible compañero de Marte. Tenía la respiración agitada, los labios le temblaban a intervalos irregulares, el vientre parecía inflamado cual monstruo marino de los confines de la tierra.

El griego explicó con tono grave y circunspecto que días atrás había puesto a macerar unas gotas de las aguas de Hersilia en dos bolsas diferentes, una con trigo y la otra con cebada y el trigo había germinado; según las enseñanzas de los egipcios, se anunciaba así el nacimiento de un varón, mientras que la de la cebada hubiese supuesto el alumbramiento de una niña. Quedaba descartado todo posible error, a tenor del estado del vientre de Hersilia. Terrible era, no obstante, la constitución de Hersilia, pues no siendo la apropiada para dar a luz a una criatura habría que alumbrar al hijo mediante *sectio caesarea*, como al divino César, lo que supondría la muerte de la madre.

Afrodisio posó la mano sobre la frente de Hersilia, luego se dirigió al griego:

—¿Está al corriente?

—Sabía el riesgo que corría —contestó Menecles—. Sabía que nunca debía entregarse a un hombre, porque ello podría acarrearle la muerte…

Afrodisio lanzó un grito largo y agudo, como el de un gladiador que con las mejillas empapadas en lágrimas ve al rival alzar sobre él la espada (*est quaedam flere voluptas*), y exclamó entre sollozos:

—¡Ah, dioses de Roma, castigadme a mí con la muerte, pero dejadla a ella viva!

—¿Pero… no lo sabías? —preguntó en tono indeciso Menecles.

—No —respondió llorando el pompeyano—, nunca me dijo nada. Siempre pensé que la frialdad y el retraimiento eran rasgos de su carácter.

—Lo eran, en efecto —respondió el médico griego—, pero su carácter había quedado marcado por la certidumbre de su destino.

Afrodisio mantuvo el rostro hundido entre las manos. Le costaba respirar, sintió sobre su cuello la presión de un invisible garrote:

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —musitaba una y otra vez.

—Nadie escapa a Átropos, la inclemente diosa del destino —dijo el griego—. Cuando le place corta el hilo de la vida y es insensato intentar resistirse.

Esas consideraciones inflamaron la cólera del pompeyano; en la frente se le dibujó el trazo transversal de una oscura vena y sin contemplaciones le espetó al médico:

—¡Griego tenías que ser y como griego hablas! Los griegos os acomodáis a vuestra suerte sin resistiros. Pero yo soy un liberto romano y por las venas me corre sangre germánica. Ni creo en las *moiras* que por lo visto reparten la suerte desde que se nace, ni veo por qué tiene que morir. ¿Oyes? ¡No puede morirse!

Menecles no respondió; se limitó a apretar los labios mientras miraba hacia otro lado como apremiándole a que callase. Pero el pompeyano no se daba por satisfecho; adelantándose hacia el griego estaba a punto de repetirle lo que acababa de decirle, a apremiarlo con mayor énfasis a que de ningún modo dejase morir a Hersilia, pero en aquel momento sus ojos repararon en la puerta de la sala.

Allí estaba Hersilia, rígida como una estatua del Capitolio, mirando a Afrodisio mientras se agarraba los codos con las palmas de las manos. Éste intentó en vano leer en su mirada lo que sucedía en su interior, dispuesto a encajar en ese instante incluso una mirada de odio. Pero Hersilia lo miraba inexpresivamente, con la indiferencia de Lara, la diosa del silencio, y el pompeyano tuvo la certeza de que aquella mirada lo perseguiría toda su vida.

5

EL MENSAJERO se presentó entrada la noche, resuelto a cumplir su misión: llevaba un recado importante para Afrodisio el Pompeyano y debía entregárselo única y exclusivamente a él y en mano, por expreso deseo de su amo. Gavio condujo al esclavo hasta el triclinio, donde Afrodisio se encontraba cenando solo. El mensajero le entregó el escrito, que sacó de debajo de una peluca. El pompeyano leyó:

Popea Sabina saluda a Afrodisio el Pompeyano.

Te acompaño con pesar y alegría en tu fatalidad. Con alegría, porque recuerdo cómo nos conocimos. Ibas desalentado en busca de la roca Tarpeya para arrojarte como un criminal, después de haberte jugado a los dados el único dinero que te quedaba, creo recordar que eran mil sestercios. Hoy, al cabo de dos años, eres *motu proprio* rico y cada día más próspero. Tu celebridad se ha abierto paso hasta el Palatino. Te felicito de todo corazón.

El pesar me sobrecoge ante los sufrimientos que los dioses han tenido a bien imponerte en tu propia casa.

Aunque estés de luto a causa de la muerte de Hersilia, de quien se llegaron a oír tantas cosas buenas, tu hijo Hersilio habrá de ser un sólido consuelo para ti estos días. Seguro que se te parece y está lleno de fuerza como su padre.

La dicha de mi maternidad duró poco tiempo, como segura mente sabrás, por más que bien mirado tampoco pudiese considerarse un modelo de dicha. Las riendas de oro no mejoran al caballo, dice Séneca. A eso me refiero. Existe una gran diferencia entre la ociosidad y la holgazanería, y si además compartes la vida con el miedo, ten por seguro que terminas sintiendo envidia por cualquier esclavo decente. Pero yo me lo he buscado y ahora me corresponde sobrellevar mi suerte; no hay manera de retroceder.

Esta carta obedece a un motivo perentorio. Siento una gran preocupación por ti. ¡Guárdate de Tigelino!

Se lanza con el sigilo del león sobre todo lo que huela a dinero y hace unos días mentó tu nombre ante el Divino. Éste se encuentra en serias dificultades financieras. Me intriga cómo acaba siempre teniendo fondos… de manera decente seguro que no. Roma es una trampa para un *homo novus* como tú, por ello te aconsejo que te marches cuanto antes. ¿Por qué no regresas a Pompeya? Según Silano, mi administrador, hay calles enteras a la venta. Un hombre como tú podrá hacer fortuna en Pompeya.

No contestes a estas líneas a pesar de que nada me agradaría tanto como una carta de tu puño y letra, porque a mí también se me tiene permanentemente vigilada. Nos pondrías en peligro a los dos.

¡Salve! Popea.

—¿Malas noticias, amo? —preguntó Gavio.

Por toda respuesta, el pompeyano sacudió levemente la cabeza, lo que el esclavo interpretó como una indicación de que se alejara. Afrodisio se levantó, con las manos entrelazadas a la espalda deambuló sin soltar la carta inquieto de un extremo a otro del *tablinum*. Luego volvió a leer la misiva una segunda y una tercera vez, cada vez más desorientado.

Afrodisio se encaminó hacia el cuarto donde la nodriza Urgulanila velaba sobre el pequeño Hersilio. La mujer guardaba gran parecido con la diosa Securitas que presidía el foro como una matrona desde su imponente estatua de mármol; con una lanza en la mano izquierda y la cabeza reposando en la derecha, la opulencia de sus senos y lo recio de su cintura recordaban a cualquier campesina de la Campania. En brazos del ama, la criatura venía a desaparecer en los pliegues de su robusto cuerpo. Mimaba al niño como si fuese suyo, encantándole sus estentóreos gritos tanto como sus desmañadas risas, y si Hersilio le hubiese mordido mientras mamaba como el pequeño Hércules había hecho con Hera, nunca en la vida hubiese actuado igual que la divina madre soltando al niño, sino que habría soportado el dolor tal como corresponde a una madre.

Tras tomar al niño en las manos e intentar vanamente sujetarlo en brazos, el pompeyano hizo salir del cuarto a Urgulanila. Deseaba estar solo, solo con el hijo que a diario le recordaba la condición trágica de su destino. Depositó cuidadosamente al niño encima de la mesa y observó las sacudidas espontáneas de su cuerpo y la mirada inexpresiva, distraída de sus ojos, procurando reconocerse a sí mismo en aquel diminuto ser. Pero por más que el espejo le hubiera mostrado centenares de veces su aspecto, al pompeyano le era imposible constatar semejanza alguna. ¿Quería él a aquel ser humano donde seguía viva una parte de sí mismo? ¿O lo detestaba, pues era la muestra palpable de su propia debilidad, de su desenfreno, su desconsideración y su egoísmo, culpables todos de la muerte de Hersilia? En vano procuró Afrodisio hacer luz en sus afectos ya fuese ordenándolos o haciendo caso omiso de ellos;

intentó escudriñar su interior tal y como el sacerdote de la Dodona atiende el rumor del roble. Pero por más que lo intentó, lo único que notó Afrodisio fue el inmenso vacío y la incapacidad de experimentar ni pesar, ni alegría, ni odio. Por enésima vez, examinó la carta.

Popea tenía razón. Roma era una trampa para un *homo novus* como él…

El césar, se decía, estaba preparando un viaje a Grecia. De dónde proviniera el rumor y si se correspondía con la verdad eran extremos imposibles de precisar. La guardia pretoriana divulgaba adrede rumores de acuerdo con los cuales el césar se encontraría en tal fecha en tal o cual sitio para disminuir los riesgos sobre la ruta que finalmente tomaba.

A los conjurados agrupados en torno a Pisón les bastó el rumor para urdir el proyecto de un nuevo atentado, siendo Epicaris quien aportó la idea: ejecutarlo en alta mar. El proyecto no era nuevo. El mismo Nerón había intentado matar a Agripina, su madre, cuando ella se encontraba a bordo de la nave insignia; el atentado se frustró a causa de la inesperada resistencia del respaldo de un diván que amortiguó la caída de un baldaquino cargado de plomo que de acuerdo con los planes se desplomó sobre la reina madre. Su valido Creperio, murió; pero ella salió indemne.

Ese tipo de errores de cálculo debían evitarse a toda costa en el atentado contra el Divino. La nave en que hiciese la travesía debía hundirse junto con toda su tripulación; sólo se debía salvar Volusio Próculo, el almirante de la flota. En su día, Próculo había estado al corriente del atentado tramado contra Agripina, pero tras fracasar la acción cayó en desgracia ante el Divino dejando, pues, de considerársele precisamente un amigo del césar.

Para desviar toda sospecha que apuntase hacia ellos, los conjurados enviaron a Epicaris al puerto de Miseno para que se pusiese en contacto con Próculo. Debía indicarle que lo hacía en nombre de eminentes hombres de Estado seriamente preocupados por el futuro del imperio.

Próculo pareció hacerse cargo rápidamente de la situación, declarando que tampoco él era partidario de Nerón pues sus órdenes eran tan impenetrables como los oráculos de la pitonisa de Delfos. ¿Qué se proponían los conjurados? Epicaris le reveló los planes dando buen número de detalles respecto al atentado en sí mismo, pero negando al almirante cualquier información acerca de sus instigadores, lo que salvó muchas vidas. El caso fue que tan pronto como encontró la oportunidad de congraciarse con el Divino, Próculo se apresuró a salir hacia Roma para informar al pretoriano Tigelino de cuanto le había confiado Epicaris.

Romano sin parangón en lo tocante a desmanes y tropelías, conocido ya sólo por eso como la horma del divino Nerón, Ofonio Tigelino adivinó al punto la intención de Próculo y le exigió pruebas. Carecía de ellas, puntualizó Próculo, pero pedía un careo con Epicaris. Bajo el hierro candente, apuntó con los ojos entornados, la mujer desenmascararía a los instigadores. Tigelino se mostró de acuerdo e impartió órdenes de detener a Epicaris, sin dejar no obstante de amenazar al almirante con ser él quien

terminase torturado si sus acusaciones resultaban infundadas.

Las patrullas encargadas de las pesquisas peinaron la ciudad sin detenerse siquiera ante la finca de Séneca; pero Epicaris, despojada por el césar de todo su patrimonio, continuó en paradero desconocido, sin dar siquiera frutos la recompensa de cinco mil talentos que Tigelino fijó por su captura. Los miembros de la conjura de Pisón tuvieron constancia obviamente de la traición de Próculo y, temiendo que algún esclavo los denunciase, procuraron borrar cualquier rastro trasladando a la innombrable (nadie debía mencionar a Epicaris) cada noche de una casa a otra.

Pero Tigelino no cedió, tanto menos cuanto que la desaparición de Epicaris venía a confirmar las acusaciones del almirante. La orden de busca y captura estaría en las acta diurna, que anunciaban en el foro las convocatorias del día, así como en las entradas y salidas del Circo Máximo; cinco mil talentos eran una auténtica fortuna para quienes frecuentaban el lugar. Hubo cientos de denuncias referidas a mujeres anónimas que recalaban en un lugar u otro y luego desaparecían. Aunque precisamente por ser las denuncias tan abundantes (pendientes de la recompensa, los esclavos descubrían a la buscada en cualquier desconocida), las pistas se perdieron cada vez más.

Cierto día en vísperas de las nonas de marzo, Gavio regresó a casa después de haberse visto con Turno, a quien le unía una estrecha amistad tras aquel primer altercado, informando a Afrodisio de la existencia de una desconocida que Plinio mantenía escondida de la guardia pretoriana. Gavio le transmitió la consulta de Plinio acerca de si estaría dispuesto a acoger a la innombrable durante unos días pues la vida de la mujer corría peligro y al pompeyano no se le contaba entre los conjurados contra el césar, pese a que, según recordaba el escritor por la conversación que habían mantenido en las termas, tampoco fuese partidario del Divino. Se lo rogaba encarecidamente.

Afrodisio deseaba estrechar la amistad con el gran Plinio y por otro lado se hallaba en un estado de abatimiento porque se consideraba responsable de la muerte de Hersilia y se exigía a sí mismo una reparación, aunque sólo fuese por mitigar sus remordimientos. Dio, pues, su conformidad encargándole a la vez a Gavio que anunciase en la casa que se aguardaba la llegada de una pariente de Pompeya.

Sus propios telares habían alcanzado las dimensiones de la empresa de Hersilia y como en el Aventino era impensable cualquier ampliación, Afrodisio optó por trasladar toda la industria al otro extremo de la ciudad, más allá del mausoleo del divino Augusto, donde bajo un montículo artificial reposaban también las cenizas de los césares Tiberio, Calígula y Claudio y a cuya entrada unas oscuras estelas de bronce referían las *res gestae*, la memoria de los cuarenta y cuatro años de reinado del caudillo, emperador e hijo de dios. El propio destinatario de las rogativas que por sus negocios realizaban los romanos cada idus de mayo, Mercurio, pareció haber inspirado la decisión de Afrodisio; no sólo porque en las afueras la industria era la más grande y producía considerables beneficios, sino sobre todo por su propio

emplazamiento como pronto habría de verse.

Epicaris llegó una vez entrada la noche en compañía del esclavo de Plinio. Éste traía un fardo con las escasas pertenencias de la mujer y pareció aliviado cuando hubo cumplido su misión por la prontitud con que se marchó, sin despedirse siquiera.

—Has de saber a quién das refugio en tu casa —comenzó a decir la desconocida mientras desataba el nudo de su ligero equipaje.

—Por tu bien —replicó el pompeyano—, es mejor que guardes silencio. Me imagino que habrá alguna orden de búsqueda contra ti colgada en el foro, como los otros centenares de órdenes justas o injustas que hay por todas partes. Pero al ser Plinio quien te envía entiendo que se te persigue injustamente.

La desconocida no cejó:

—¡Soy Epicaris! —exclamó aguardando algún tipo de reacción.

—Bien, pues eres Epicaris —repitió Afrodisio y añadió—: pues yo soy Afrodisio el pompeyano.

—¡La guardia pretoriana me persigue!

—En mi casa no te buscarán.

—¿No preguntas por qué me persiguen?

—No, no lo pregunto.

—Pero tienes que saberlo —lo apremió Epicaris—. Soy de la conjura de Pisón y el almirante de Miseno, Volusio Próculo, me ha delatado. Como me encuentren aquí, también tú estarías perdido.

—Oscuros son los caminos del destino. —Afrodisio se encogió de hombros.

—Pero aquí no te van a encontrar, créeme. La servidumbre y los esclavos te tienen por una pariente mía de Pompeya; te llamarán Paulina. Gavio es leal y de confianza; te acompañará a tu dormitorio.

Epicaris expresó su agradecimiento con un leve gesto de la cabeza. A continuación, el pompeyano se acomodó en el triclinio, cruzó las manos tras la cabeza y se entretuvo mirando el juego de sombras que el fuego proyectaba contra el techo. Sin quererlo, se había convertido en cómplice de los conjurados. Ciertamente, no era un hombre político. Como todos los libertos, conocía una única meta: la independencia económica, pues sólo la riqueza garantizaba la libertad.

Pero la riqueza comportaba riesgos; en efecto, ser rico en aquellos tiempos era todo un riesgo, y Afrodisio era rico, peligrosamente rico incluso. ¿Por qué había perdido Epicaris todo su patrimonio? El pompeyano se levantó. Deseaba preguntárselo y cruzando el atrio se dirigió al ala lateral de la casa donde había media docena de habitaciones para huéspedes.

—¡Paulina! —La llamó en voz baja; pero al no recibir respuesta se introdujo en la habitación—. ¡Paulina! —repitió entre susurros.

La desconocida estaba tendida en la cama con el vestido desabrochado, ya dormía. Epicaris era una mujer guapa… el pompeyano tomó nota de ello sin sentir especial apetencia mientras contemplaba a la durmiente. Al comprobar que la mujer

se hallaba profundamente dormida se dio la vuelta con idea de salir de puntillas del dormitorio pero rozó ligeramente la cama. El levísimo e involuntario contacto bastó para que Epicaris se incorporase sobresaltada, echase mano instintivamente del puñal que guardaba bajo la almohada y lo apuntase resueltamente hacia Afrodisio.

—¡Perdona! —dijo el pompeyano—. No sabía que estuvieses durmiendo ya.

Epicaris bajó el puñal y se recostó desfallecida sobre la almohada mientras los ojos se le anegaban en lágrimas.

—Si no puedo dormir —exclamó en voz baja—. Siempre estoy huyendo. No sé cómo va a acabar esto. Júpiter me asista, porque seré una prófuga mientras viva este césar.

Afrodisio se acercó a ella tomándole la mano para que le entregase el arma, a lo que ella se prestó abriéndola pero Afrodisio detuvo la operación. Él conocía aquella arma; contempló la empuñadura encarnada y levemente curva y ante sus ojos apareció el terrible cuadro de su patrón, Sereno. El humo que salía de la casa en llamas. El polvo levantado por las casas colindantes derruidas, el sudor que le empapó la frente ante el calor que irradiaban los muros ardiendo; era él intentando tomar aire, mirando a su alrededor en busca de ayuda y hallando halló sólo fuego y desolación, y era Sereno quien respiraba ruidosamente, con un cuchillo clavado en el cuello.

Afrodisio lo agarró por la empuñadura curva y lo sacó de la hendidura.

—¿De dónde has sacado esta arma? —preguntó Afrodisio cuando se hubo recuperado.

Epicaris ladeó la cabeza con los labios fruncidos y los ojos cerrados como si quisiese reprimir sus lágrimas.

—¿De dónde has sacado esta arma? —Al pompeyano le temblaba la voz.

Epicaris sacudió enérgicamente la cabeza negándose a responder. Pero lejos de ceder, Afrodisio le sacudió la mano hasta que Epicaris prorrumpió en sollozos.

—Con este puñal —comenzó a decir con voz balbuciente— mataron a Vestino, mi marido. El cuerpo se encontró detrás del templo de Marte Ultor, en la calle que lleva a la Subura. Llevaba veintitrés cuchilladas y junto a él se hallaba este puñal.

—¿Y los asesinos?

—El pretor los absolvió a pesar de que hubo dos testigos que lo habían presenciado todo. Eran dos esclavos sirios; cuando llegó la hora del juicio, el amo les prohibió que declarasen, temiendo por su propia vida. El pretor ocupa la silla *curulis* un año sólo y no quiere buscarse enemigos que luego le compliquen la vida. Me quedé con el puñal jurándome por mi mano derecha clavárselo a los asesinos…

—¡Por Júpiter! —Afrodisio no podía apartar los ojos de Epicaris. Deseaba preguntarle más cosas, pero advirtiendo su dolor y la impotente ira que la embargaban prefirió retirarse e interrogarla al día siguiente.

Aquella noche no se le irían de la cabeza ni el asesinato de Vestino ni el extraño puñal. ¿No había visto la misma arma en casa de Popea? ¿Existía alguna relación

entre aquellos asesinatos y el de su patrón? Afrodisio desechaba de continuo la idea, pero al cabo de un instante lo volvían a asaltar las mismas conjeturas recordando que en su agonía, Sereno había pronunciado un nombre que él había olvidado, un nombre raro que se le había borrado de las mientes.

En ésas se durmió Afrodisio.

A la mañana siguiente, temprano, lo despertaron unas voces. Contrariamente a su costumbre, común entre los esclavos, de aguardar a que el amo se despertase para descorrer las cortinas, aquella mañana Gavio se presentó tembloroso ante la cama anunciándole entrecortadamente:

—Amo, levántate. Es terrible… La guardia pretoriana…

Afrodisio tardó en comprender lo que le decía.

—¿Qué guardia? —preguntó con ira.

—¡Atiende, amo! —El esclavo tuvo que agarrarlo por los brazos y sacudirlo.

—La guardia pretoriana del césar está en la casa, buscando a Epicaris, la conjurada.

Tan pronto como oyó el nombre, Afrodisio se despabiló en el acto. Saltó de la cama, se echó una túnica por encima y en compañía de Gavio cruzó el atrio apresuradamente en dirección al frente de la casa, donde una cohorte de soldados se había entregado a revolverlo todo. Los ruidosos patanes vestían coraza de cuero y celada con crestón rojo; no paraban mientes en conducirse de la manera más aparatosamente cerril y provocativa tirando por los suelos ánforas y sillas, dando puntapiés a los esclavos atemorizados que seguían sus movimientos y repartiendo pellizcos en el trasero a las esclavas.

—¡Alto! —Un fornido pretoriano al que las correas festoneadas de rojo y los brazaletes dorados distinguían como jefe de la tropa se adelantó hasta ellos blandiendo la lanza.

—¡Di cómo te llamas!

—¡Soy Afrodisio el Pompeyano y éste es Gavio, mi esclavo personal! ¿Qué buscáis en esta casa? ¿Y tú, quién eres?

El pretoriano hizo caso omiso de sus preguntas; esbozó una sonrisa cínica y golpeando tres veces en el suelo con la lanza proclamó a viva voz:

—¡En nombre del divino césar, Nerón Claudio Germánico, salvador del mundo, quedas arrestado!

—¿Arrestado? —preguntó Afrodisio desconcertado.

—Se te acusa de haber escondido en tu casa a una tal Epicaris, sospechosa de participar en la conjura que se ha tramado contra el Divino.

—Ni escondo a nadie —repuso el pompeyano sin inmutarse—, ni nadie que no sea esclavo se encuentra contra su voluntad en esta casa, como se corresponde a un ciudadano libre en un país libre.

—¡Registrad todas las habitaciones! —ordenó furioso el pretoriano—. ¡No dejéis por mirar ni un rincón!

Los soldados salieron corriendo como perros ante una fuente de comida. El jefe cruzó resuelto el atrio dirigiéndose a la parte posterior de la casa. Afrodisio y Gavio le siguieron sobrecogidos de terror; el esclavo lanzó una mirada compungida al amo viniendo a decir: «Ya sé que ha sido culpa mía». Pero Afrodisio le dio unas palmadas en la mano: «No te preocupes, amigo, no te preocupes».

El pompeyano tenía la sensación de que el registro de las diversas estancias no se terminaba nunca. Se dirigió, pues, sin más rodeos hacia el *cubiculum* donde dormía Epicaris con la intención de colocarse defensivamente ante él y abrió la puerta convencido de que Epicaris estaría despierta después de oír los ruidos que habían invadido la casa.

¡Roma dea! Afrodisio reprimió la expresión de asombro. La cama estaba vacía y todo en su sitio.

Epicaris había desaparecido.

De Cesarea llegaban malas noticias en aquellos tiempos. Allí hacía estragos el gobernador Gesio Floro… un pequeño Nerón por su desmesura e imprevisibilidad. Ya bajo la férula de su predecesor, Albino, había sufrido el pueblo de Cesarea, pues para explotar a la población aquel gobernador había concebido los tributos especiales más increíbles. Y la cosa no acabó ahí. Bajo cualquier pretexto mandaba apresar a ciudadanos pudientes para imponerles luego un alto rescate. Pero Gesio Floro llegó a exceder esos desmanes comportándose con la crueldad de un gladiador; los habitantes de Judea pronto se referirían a él exclusivamente como el «terror del país».

Cesarea era una bella ciudad de edificaciones blancas cuyo puerto superaba en tamaño al del Pireo. Antigua colonia comercial dedicada a la Venus fenicia, llevó el nombre de esta divinidad hasta que la conquistó el divino Augusto, que luego la cedió a su vasallo Herodes, razón por la cual éste le dio el nombre de Cesarea, la imperial. Desde el principio, la amalgama étnica de la ciudad había provocado problemas, ya que allí convivían los judíos tradicionalmente asentados junto a los griegos venidos posteriormente y a los ocupantes romanos, cuyo peor ejemplar resultó ser Gesio Floro.

No a todos los gobernadores romanos se los detestaba tanto como a él. Con ocasión de la visita a Judea de Cestio Galo, el procurador de Antioquía, los maltrechos judíos lo asediaron con peticiones de que se apiadase del pueblo e interviniese ante el divino Nerón. Cestio accedió a ello… y luego se desentendería escrupulosamente del asunto: ¿a él qué le importaba una provincia ajena?

Para Gesio Floro resultó enormemente oportuno que se rompiesen las hostilidades latentes entre las comunidades griega y judía de Cesarea; así sería más fácil desviar la atención de su gobierno de terror. El motivo fue una nimiedad, pero tal como una pequeña chispa sirve para desencadenar un incendio de grandes dimensiones, en aquella ocasión el motivo no guardaría proporción con los sucesos posteriores. La sinagoga de los judíos de Cesarea se encontraba en un lugar muy poco accesible y para llegar a ella había que cruzar un campo yermo propiedad de un griego. El heleno

rehusaría todas las ofertas que se le hicieron, incluso las que multiplicaban el valor del terreno; estableció en el lugar, por el contrario, diversos talleres que entorpecían el paso de los judíos.

Mediante una colecta, los judíos recaudaron ocho talentos de plata que entregaron a Floro rogándole que interviniese por su causa. El gobernador tomó el dinero pero se desentendió de la mediación. A partir de aquel momento, en Cesarea empezaron a registrarse a diario altercados entre griegos y judíos y sobre todo entre judíos y romanos.

Si el amor es ciego, el odio es además sordo, de modo que ni los judíos ni las tropas de ocupación romanas desperdiciarían ocasión de zaherirse, como si su más secreto anhelo fuese la guerra. No obstante, cualquier conflagración en las provincias orientales era precisamente lo que menos deseaba el césar romano, pues las guerras cuestan dinero y Nerón tenía ya suficientes deudas sin salir de Roma. El siguiente despropósito fue el pretexto esgrimido por Floro cuando se embolsó diecisiete talentos del tesoro del templo de los judíos en Jerusalén; justificó desvergonzadamente la acción en un supuesto encargo del Divino. Judíos iracundos cubrieron de insultos y escupitajos al gobernador mientras se hacía circular un cesto de mendigo destinado a recaudar «limosnas para Floro el pobre»; todo lo que se recolectó fueron basura y desperdicios.

Gesio Floro se vengó con acritud. Al frente de una tropa de cincuenta jinetes romanos y el centurión Capito se presentó ante el palacio de Agripa, el rey títere de Judea, donde plantó un sitial de juez, se aposentó en él y acusó a los judíos de preparar una insurrección; finalmente mandó detener, azotar y crucificar (ése era el uso con los no romanos) a cuantos cayeron en sus manos. El rey Agripa se encontraba ausente de palacio, pero su hermana, la bella Berenice, imploró clemencia a Floro. Éste hizo oídos sordos hasta el punto que la princesa se vio obligada a refugiarse protegida por sus guardias en el palacio para no terminar siendo ella misma víctima de la carnicería. De ese modo hallaron la muerte en un solo día, el dieciséis del mes de Artemisio, hasta seiscientas treinta personas, mujeres y niños de corta edad incluidos.

Los gritos de dolor y las soflamas de odio atravesaron la ciudad de Jerusalén. Los sumos sacerdotes se rociaron la cabeza con ceniza, se rasgaron las vestiduras y se echaron al suelo, un al lado del otro. Floro se limitó a anunciar que acudían a la ciudad de Jerusalén dos cohortes y a pedir a la población judía que saliese al paso de las tropas y según la costumbre expresase su jubilosa bienvenida a cada una de las unidades. Compungida y mostrando en Sus rostros la gravedad de la situación, se apostó la población ante las puertas de la ciudad; los sacerdotes vestidos con amplias túnicas llevaban los utensilios sagrados del templo mientras que el pueblo se apostaba en la calzada acompañado de arpistas y cantores. A lo que se vio, sin embargo, Floro había dispuesto que los jinetes romanos no respondiesen a la bienvenida de los judíos. Desfilaron sin pestañear entre la concurrencia de ambos lados de la calzada

declinando de ese modo toda réplica a los saludos hasta que los judíos comenzaron a rezongar y a insultarlos.

Ésa fue la señal que esperaban los legionarios. De improviso descendieron de los caballos y se abalanzaron sobre la gente atacándola indiscriminadamente con sus espadas. Muchos cayeron víctimas de los mandobles; la mayoría perecieron en el pavor de la huida, pisoteados algunos de ellos hasta quedar totalmente desfigurados. Acto seguido, Floro se retiró a Cesarea.

El romano había sembrado un odio terrorífico, de modo que parecía inevitable la ruptura de hostilidades. De todas partes se exigió al rey Agripa que luchase contra los romanos, mientras el soberano trataba con lágrimas en los ojos de disuadir a su pueblo de semejante lucha, tan descabellada como las de sus antepasados. Les recordó lo sucedido a los orgullosos atenienses cuando tuvieron que ver a su ciudad convertida en pasto de las llamas a pesar de que antes habían puesto en fuga a un Jerjes, un hombre que sobre tierra se movía con una nave y sobre el mar era capaz de caminar si se le antojaba. Hasta los espartanos, combatientes en las Termópilas, victoriosos en Platea y súbditos de un rey como Agesilao, tuvieron que someterse al dominio de los romanos. A ningún pueblo le había sido dado hasta entonces contener a los romanos, desde los cirineos descendientes de los espartanos hasta los marmáridas moradores de áridos desiertos, pasando por los temidos sirtos, los nasomanos y los mauritanos. Ni siquiera en Egipto se reputaba de deshonra la sumisión, cuando la grandiosa Alejandría rendía más tributos en un mes a los romanos que Jerusalén en todo un año. Los romanos, dijo el rey Agripa, pasarían a sangre y fuego la ciudad sagrada y exterminarían la raza entera para escarmiento de cualquier otro pueblo que acariciase ideas semejantes a las de los judíos.

Su intervención convenció a unos, mientras otros se quejaron de la cobardía de su rey escupiendo en el suelo y arrojándole piedras. Pero el comandante de la guardia del templo, Eleazar, logró persuadir a los sumos sacerdotes de que rehusaran las ofrendas de los romanos en el templo, impidiendo así que se continuasen rindiendo sacrificios al divino Nerón. Era una provocación inaudita que tan pronto se conociese en Roma supondría la intervención armada del césar.

Precisamente la provincia de Judea le causaba al divino una especial repugnancia, pues una antigua profecía sostenía que de Judea llegaría un día el Señor del Universo. Por otra parte, ni él se veía en condiciones de comandar un ejército ni se atrevía a ausentarse demasiado tiempo de Roma, pues la urbe amenazaba con caer en un auténtico caos. El hombre que pensaba destinar en representación suya a la provincia insurrecta no pertenecía ya a las generaciones más jóvenes y durante una época había tenido vedado el acceso a palacio a causa de la impertinencia que suponía echarse a roncar durante las exhibiciones canoras del Divino. Con todo, era un estratega rematadamente bueno, victorioso en treinta ocasiones ante los británicos, y por aquel entonces gobernador en la provincia de África: Tito Flavio Vespasiano, sobre quien se volverá más adelante.

En el Tuliano, el lugar adonde la guardia pretoriana había conducido a Afrodisio, imperaba la estrechez más agobiante. De tiempo atrás, en las cárceles de Roma ya no cabían todos los delincuentes, razón por la cual el Divino había dispuesto que los asesinos y demás criminales «habituales» fuesen condenados a trabajos forzados. Con ello se ahorraban gastos de verdugo e incluso podían obtenerse algunos ingresos. A los presos políticos, por el contrario, se los mantenía aislados en el Tuliano. Desde el amanecer hasta que se ponía el sol, los fétidos pasillos se veían inundados por gritos de espanto y terror, expresión de la desesperada resistencia a los esbirros que con pinzas candentes arrancaban sus últimas confesiones a los detenidos.

Un día y una noche pasó el pompeyano aislado en un tenebroso calabozo de cinco pasos cuadrados, separado del mundo con barrotes de hierro como la jaula de un león del Circo Máximo.

Afrodisio intentó conciliar el sueño en el suelo apisonado pero la hediondez de los excrementos lo privaba de aire; más de una vez se vio al borde del vómito. Una vez abandonado el propósito de preparar la defensa que desarrollaría cuando lo sacasen de aquel agujero, quedó dormitando. Porque algún día tendrían que sacarlo.

La pesada reja se abrió con gran estrépito, Afrodisio se incorporó tambaleándose y cuando intentaba salir al paso de la sombra que se perfiló en el vano de la entrada fue a chocar con una pobre criatura de la que pendían cabeza y brazos; mientras el desconocido se desmoronaba ante sus ojos en el suelo como la cera en el altar de Júpiter, volvieron a encajar la reja con un golpe que resonó a lo largo de la interminable galería. Con enorme torpeza procuró Afrodisio ayudar a levantarse a quien yacía en el suelo, pero éste le imploró que no lo tocase porque el menor movimiento le causaba un daño indecible.

El pompeyano estuvo largo rato sentado junto al desconocido pendiente de su tembloroso resuello. No se atrevía a hablarle y se estremecía al pensar que lo tratarían de aquella manera y arrojarían luego su cuerpo maltrecho en aquel boquete como se arrojaba un ánfora rota en el *mons testaceus*. Mientras consideraba si no debería poner fin por propia mano a su vida, le vino a la mente el pequeño Hersilio. Se sentía responsable, ¿iba a dejarlo abandonado?

Los quejidos que le llegaban amortiguados procedentes de uno u otro cubil eran púas en los oídos. Súbitamente empezó a oír voces que pronunciaban su nombre llamándolo cobarde, blando y afeminado; sintió una profunda vergüenza…

—¡Tienes que dar nombres! —le apremió de improviso el hombre que tenía ante sí—… todos que se te ocurran, si no, te matarán a tormentos.

Afrodisio le posó la mano en los labios para indicarle que no se fatigase. Pero el otro retiró la cabeza.

—¡Deja, deja! *Dum spiro spero*. Mientras pueda hablar será que estoy vivo.

—Te han torturado —observó Afrodisio en tono desamparado.

—Con una viga en el pecho y otra en las espinillas te sacan hasta la última declaración. Créeme, es inútil callarse. —Quebrando el gesto hizo el otro un esfuerzo

por enderezarse.

—¿Y tú… has hablado? —inquirió Afrodisio titubeando.

El hombre desvió la mirada:

—Mírame —dijo mientras Afrodisio se abochornaba de su pregunta. En la penumbra adivinó las piernas desolladas del hombre y el pie derecho torcido hacia dentro, como si no guardase relación con el resto del cuerpo; en el cuello llevaba sangre.

—No durará tanto —dijo el torturado.

El pompeyano asintió con el gesto dando a entender un «ojalá». Ojalá que los conjurados tuviesen pronto suerte. Pero al advertir que el otro seguía en silencio todo el rato y tras tocarlo suavemente, se percató de que el pobre hombre se estaba refiriendo a otra cosa.

Afrodisio se levantó de un brinco. Se abalanzó contra la pesada reja de hierro intentando arrancarla de cuajo:

—¡Sacadme de aquí! ¡Quiero salir de aquí! —gritó con todas sus fuerzas.

Pero sus gritos se mezclaron con otros a lo largo de aquella mazmorra surcada de ramificaciones.

Al cabo de un rato, sin embargo, en vista de que no se serenaba y seguía golpeando la reja con los puños hasta provocarse sangre, se acercó un guardia a arrojarle un cuenco de agua en la cara, tras lo que el pompeyano comenzó a desmoronarse contra el suelo:

—¡Está muerto! —repitió una y otra vez—. ¡Que está muerto! —repetía, pero poco le importó a los demás.

Aquella noche la pasó acurrucado en un rincón, sin levantar los ojos del muerto; en el transcurso de aquellas horas de tormento, que se le antojaron eternas, y que sólo podían concluir en la muerte, creció en él la voluntad de salir adelante. ¿Qué podía valer la vida de nadie en la vieja Roma? Era azar, suerte, juego; era, sobre todo, género de canje y carecía de valor. Pero en presencia de la muerte surgió en el pompeyano un ímpetu desconocido que le impulsaría a adoptar la resolución íntima, vana y descabellada de luchar por su vida. Lucharía por su libertad, por su hijo y por su patrimonio aun cuando se dejase la vida en el empeño. ¡Cómo había admirado en su infancia al sufrido Ulises, cuando Saturnio, el maestro, les relataba con verbo escogido las desventuras del rey de Itaca vagando más de veinte años por los mares sin renunciar jamás al regreso, sin arredrarse ante lotófagos ni cíclopes, sin ceder en su empeño cuando los lestrígones destrozaron todas sus naves salvo una; Ulises, el héroe que plantó cara al supremo Zeus y no se atemorizó ante el dios del mundo de las sombras! Más de una vez anduvo el sufrido Ulises más cerca de la muerte que de la vida; pero lo que no terminaba con su vida lo hacía más fuerte; y Afrodisio quería ser fuerte.

Al día siguiente lo condujeron al interrogatorio. La presencia del muerto en la celda pareció importarles poco; pasaron por encima de él como si fuese un montón de

desperdicios. A través de un óvalo abierto en el techo volvió el pompeyano a ver la luz del día por vez primera en tres jornadas. La estancia no tenía ventanas, tampoco un banquillo donde pudiera sentarse el acusado.

Sólo tenían asiento, tras una mesa, el interrogador y sus dos acompañantes. Junto a las paredes, con los brazos cruzados sobre el pecho descubierto, aguardaban su turno los verdugos; serían ocho. En un trípode había carbón encendido, apoyadas en un rincón había unas vigas atadas con sogas del calibre de un brazo; en el centro de la estancia había apostado un sillar con sangre incrustada.

Por un instante, al entrar en aquel recinto, creyó el pompeyano que las ganas de vivir recién recobradas irían a abandonarlo; miró los rostros inexpresivos de los torturadores que ni veían en él un ser humano ni mostraban el menor atisbo de humanidad. En aquel momento vio la sonrisa repugnante que iluminaba el rostro del interrogador (era el pretoriano que lo había detenido), lo que bastó para que su cólera se reavivase y con ella el coraje.

El pompeyano había pergeñado un discurso de defensa pensado para mirar al espanto cara a cara; su intención era pronunciarlo a voz en cuello y demostrar que nada temía de los torturadores. Pero lo que se siguió no tuvo nada que ver con cuanto se había imaginado. El de la derecha se levantó conminándole a que atendiese a lo que iba a anunciarle Tigelino, pretoriano mayor del césar. Y mientras el que sonreía se explayaba en su preámbulo buscando los términos adecuados para justificar su proceder en nombre del pueblo romano y por encargo del divino Nerón, Afrodisio contempló el rostro del prefecto de la guardia pretoriana: aquél era el monstruo de quien los romanos no se atrevían a hablar en voz alta, a quien temían hasta las ratas de la Cloaca Máxima. El cabello ralo tendía a ensortijársele en la frente. Una arruga horizontal le modificaba sinuosamente la cara cuando hablaba. El carnoso entrecejo se lo poblaban espesas cejas oscuras, y mientras que el labio superior era extremadamente delgado, apenas perceptible, el inferior era un formidable belfo.

Casi ocultos en sus órbitas, costaba tanto distinguirle los ojos que las cejas parecían proteger contra su mirada.

Epicaris, oyó que decían, se había entregado, aunque sin incriminar ni a él ni a nadie, en consecuencia…

Afrodisio se despabiló como si acabase de despertarse; había esperado un interrogatorio insistente; había contado con tener que sufrir en sus carnes las pinzas candentes que los verdugos extrajeran de las ascuas de carbón… ¿y en consecuencia? … en consecuencia debía dejarse en libertad al detenido, apremiándosele a que se retirase lo antes posible.

—¿En libertad? ¿Que estoy libre? —inquirió en tono incrédulo el pompeyano. Aquella pirueta del azar lo cogía desprevenido.

Tigelino asintió de mala gana:

—Una estatua tendrías que consagrarle a Fortuna en el Campo de Marte por el abogado que tienes cerca del césar. ¿Abogado? En ese instante se le hizo la luz al

pompeyano: Popea.

—¡Lárgate de aquí! —le increpó súbitamente Tigelino inclinándose sobre la mesa —. Aunque, escucha bien, pompeyano: hoy te me escapas, pero la próxima vez te aplasto porque no habrá abogados que valgan. ¡No te me escapas, Afrodisio, tú sí que no!

Largo tiempo resonaría aún el encono del pretoriano en los oídos de Afrodisio.

El hambre lo encaminó rápidamente hacia su casa. Pero a medida que se acercaba a la Vía de Ostia, la calle que conducía al Aventino, mayor era el número de romanos que flanqueaban ambos lados del recorrido; cuando los interrogó, le respondieron que el Divino partía hacia Antio, camino de su residencia de verano.

Antio era una localidad costera del Lacio situada a menos de una jornada de viaje de Roma, un balneario menos distinguido que Bayas. Pero Agripina había poseído allí una espléndida hacienda y en su palacio había nacido el césar, de modo que se había convertido en costumbre del Divino retirarse allí cuando el calor apretaba en el horno de Roma durante los meses dedicados al divino julio César y al dios Augusto. Cada año, llegadas las calendas del mes de junio, se repetía un espectáculo seguido siempre con avidez: la partida del césar y su séquito hacia el sur. Como todo lo que hacía, aquel breve viaje se transformaba en un grandioso espectáculo.

A Afrodisio no le apetecía contemplarlo. Exhausto y deslumbrado por el sol intentó abrirse paso a trancas y barrancas entre el gentío, pero al doblar la calle del Circo Máximo ya no hubo manera de avanzar. Aprisionado entre gente ociosa entregada a la cháchara, Afrodisio sintió que lo zarandeaban de un lado a otro y descubrió que la muchedumbre aún podía aglomerarse más cuando, anunciado por los sones de las trompas, se aproximó el cortejo, irrumpieron a paso ligero fuertemente armados los pretorianos; desfilaban en formación cerrada y las espadas desenvainadas haciendo que la masa humana retrocediera asustada. Una vez apostados en la carrera oficial, los guardaespaldas del césar levantaron los escudos ostensiblemente cóncavos de su unidad contra la muchedumbre erigiendo así una pared infranqueable destinada a preservar al Divino de cualquier peligro. Doce mil pretorianos custodiaban al césar, el doble que todos sus antecesores, aunque a Antio sólo le acompañaba la mitad, el resto se quedaba en Roma.

Entre la falange de escudos distinguió Afrodisio a músicos y cantantes, así como miles de muchachos ataviados con togas amarillas rociando flores como en la festividad de las Floreales, tantas que los esclavos que los seguían portando en angarillas las estatuas preferidas del césar caminaban hundidos hasta las rodillas en la alfombra de flores. Desfilaron a continuación los instrumentos musicales predilectos del césar: arpas, laúdes y liras, así como la lujosa vajilla que solía emplear en sus comidas. Las fuentes de oro, los jarrones de alabastro y el cristal ricamente labrado arrancaron exclamaciones de asombro por millares; así mismo relumbraron al sol los mosaicos destinados, como antaño con el divino julio, a evitar que el césar tuviera que posar ni siquiera de viaje el pie en el suelo común.

Grandes aves de colores debían servir de esparcimiento a Nerón en la placidez de Antio, amén de los danzarines y saltimbanquis africanos y los acróbatas galos pertrechados de zancos. Sujetos a sus cadenas desfilaron asimismo los animales domésticos del césar, mansas gacelas africanas y tigres de negras vetas. El desfile proseguía con una banda de tambores y timbales; ataviada con el reluciente uniforme de la guardia pretoriana, su gran despliegue de brazos le marcaba el ritmo a la guardia personal que venía a continuación, una turba interminable de sujetos altaneros y tenebrosos, de soldados curtidos en combate que desconocían el miedo; por los tres mil sestercios que recibían de salario matarían a quien les señalase su tribuno.

Un hombre como Nerón únicamente podía mantenerse en el poder sirviéndose de la guardia pretoriana. La integraban soldados procedentes del ejército común, acuartelados en el complejo del Viminal, donde también había una escuela militar y otra de administración. Tras dieciséis años de servicio, el pretoriano había terminado convertido bien en una máquina de matar embrutecida siempre presta y obediente, o bien había seguido la carrera militar, lo cual podía reportarle ingresos diez veces mayores como centurión y hasta cuarenta veces mayores como tribuno de cohorte. El mando de la guardia pretoriana corría a cargo de dos praefecti, pertenecientes al estamento de los caballeros por voluntad del divino Augusto. Ambos gozaban del mismo rango y las mismas atribuciones, de suerte que cada cual podía dejar en suspenso las órdenes del otro… una idea sumamente ingeniosa, pues una tropa de elite integrada por miles de soldados constituía un factor de poder incalculable; no era, pues, casualidad que ambos prefectos acostumbrasen a ser enemigos encarnizados, como sucedía con Tigelino y Fenio Rufo.

La guardia que partía con el Divino hacia Antio iba a las órdenes de Rufo. Con armadura de oro, éste desfiló sobre su caballo. Llevaba a su diestra el rocín que se ofrendaría a Marte en el sacrificio de cada octubre y cuya sangre se conservaría en el templo de Vesta para expiación de faltas graves.

Tigelino se había excusado aduciendo la urgencia de los asuntos que le retenían en Roma.

Súbitamente, la muchedumbre experimentó una sacudida, se lanzó a proferir gritos enfervorizados y se agolpó aún más llegando a golpearse la gente sin motivo aparente. Afrodisio no se explicaba el extraño comportamiento; finalmente, precediendo al carruaje del césar, tirado por ocho caballos negros de Capadocia y flanqueado por dieciséis jinetes númidas ataviados de cuero blanco, vio cómo hacían aparición unos heraldos pertrechados con voluminosas cestas. De ellas extraían para arrojárselas a la muchedumbre alborozada unas bolas de madera en cuyo interior iba un boleto. Según se le antojase, dícese que Nerón repartía pequeños obsequios en metálico, aunque también podía tocar una carga de trigo, un cerdo, un caballo e incluso una finca en los montes Albanos. De ese modo el Divino aparecía aclamado por las multitudes cada vez que se mostraba en público, rodeado de una marea de gente cuya exaltación bien podía reputarse de entusiasmo.

Afrodisio veía al césar por primera vez en su vida. Con una sonrisa forzada marcada en el rostro, contemplaba a la concurrencia desde el interior de un carruaje cuya cabina, adornada con incrustaciones de oro y vidrio, curiosamente apenas si se balanceaba. Mientras el brancal del carruaje se veía sometido a las intensas sacudidas impuestas por los adoquines de la Vía de Ostia, el camarín acusaba sólo un leve balanceo. Carroza (*carpentum*) se llamaba el nuevo invento. A diferencia del carro común, la cabina estaba colgada por medio de unas correas del ancho de una mano de los espetones de bronce situados en cada eje, cerca de las ruedas. El vehículo no presentaba, pues, unión fija entre brancal y cabina.

Los espetones iban rematados con cabezas de león doradas y los radios de las ruedas de madera llevaban incrustadas láminas de color azul y rojo que producían diferentes soluciones cromáticas según la velocidad del vehículo. La muchedumbre, encantada con ese tipo de alardes, vitoreaba «¡Salve, césar, salve, salve!». La mirada de Nerón recordaba el aire inerte de las caretas y ni la palidez del rostro, ni el marco conformado por los rizos pelirrojos y la rizada barba afeitada a la moda de los filósofos griegos mostraban la fisonomía de alguien que aún no había cumplido los treinta años. Hubiera podido tomársele por un amanuense frigio que hubiese consumido la vida tras los lúgubres muros de la biblioteca de Pérgamo, donde papiros y pergaminos se protegían del sol guardándolos en recintos sin ventanas. En el dedo índice de la mano izquierda, que subía y bajaba con la rigidez de una vara de heraldo, lucía un gigantesco anillo de brillos verdosos; con la derecha se llevaba a los ojos un rubí engarzado en oro que movía continuamente en torno a su eje. Decíase que siendo miope procuraba aguzar la visión con ayuda de la piedra pulida; otros lo tachaban de pura afectación que sólo servía para ver deforme la realidad.

Sea como fuere, la escena transmitía una cierta irrealidad. Muchos romanos estaban convencidos de que quien iba sentado en el *carpentum* no era el propio césar. Por temor a los atentados se hacía reemplazar por un actor que guardaba un sorprendente parecido con él, mientras que él mismo se trasladaba a Antio aprovechando la oscuridad de la noche y de incógnito.

Al pasar el carruaje se retiró fugazmente la cortina situada ante el emperador y Afrodisio reconoció a Popea. El pompeyano levantó la mano con ánimo de saludar, pero comenzaron a oírse tales invectivas («¡Puta del césar!», «¡Octavia!») que volvió a bajar enseguida la mano. Afrodisio creyó adivinar una leve sonrisa en los labios de Popea, pero bastó que un obeso romano situado junto a él gritara «¡Asesina!» con el rostro enardecido y otros le hicieran coro para que Popea diese un brusco tirón de la cortina y la volviese a colocar en su sitio.

Pasaron horas antes de que la gente se hubiese dispersado por las calles adyacentes al Circo Máximo, las mismas que Afrodisio necesitó para llegar hasta su casa. Gavio lo recibió entre lágrimas, confesándole que había abandonado toda esperanza de volver a verlo con vida. Había mediado un milagro, resumió Afrodisio sin entrar en pormenores, y el esclavo le dio la razón. El esclavo de Plinio, le refirió

Gavio, lo había puesto al corriente del triste final de Epicaris. Al parecer, la mujer había salido de madrugada de la casa para ir a entregarse a la guardia pretoriana.

Contraviniendo todas las disposiciones, pues era ciudadana romana, la habían torturado como a una esclava. En casos así los pretorianos se escudaban en que quien atentase contra la vida del césar dejaba de ser romano y se convertía en esclavo, mereciendo que se le tratase en consecuencia. A pesar de que Próculo no pudo aportar ninguna prueba a su declaración de que Epicaris había intentado ganarlo para su proyecto y pese al reiterado mentís de Epicaris, Tigelino no la creyó.

Según Turno la habían flagelado teniéndola amarrada semidesnuda entre dos columnas, luego le habían aplicado hierro candente hasta que perdió el conocimiento y más tarde la pusieron en el potro, de donde salió sin poder dar un paso, con varias costillas y las piernas rotas. Pero Epicaris no había delatado ni a un solo conjurado; de sus labios empapados en sangre no salió ni un nombre. A la mañana siguiente la sacaron en silla de manos de la celda y sin más ropa que un mandil de cuero y un paño para cubrirse los senos la condujeron al interrogatorio. Pero Epicaris aprovechó el instante que se le concedió para hacer sus necesidades para atar en el respaldo de la silla de manos el paño que le habían dado para el pecho y estrangularse.

Afrodisio sintió en su pecho el pico y las garras de hierro de las aves del lago Estínfalo, grifos de mal agüero que disparaban sus plumas como afiladas saetas y cuyos picos horadaban las corazas metálicas. Respiró hondo, consciente de que la voluntad de los dioses lo acababa de librar de un final similar. Pero a continuación, de manera completamente repentina, prorrumpió en una carcajada inexplicable; sacudido por los soeces quiebros del mendigo que se gana alguna moneda contando chistes soeces a los pies del capitolio, le resultaba imposible parar porque los ataques se sucedían sin dar respiro. El pompeyano reía de forma estentórea, aullaba, resoplaba. Gavio contempló con preocupación a su amo, sin atreverse a preguntar por el motivo de la estremecedora carcajada. ¿Era de alivio, que salía a relucir *hic et nunc*? ¿O se debía al miedo y a la convicción de que la batalla no estaba ni mucho menos resuelta?

6

PARECÍA QUE ROMA hubiese caído en desgracia ante los dioses. El capricho del césar acentuaba las desavenencias entre las gentes y por salvar el pellejo se afianzaron la traición y la delación como costumbres, como en tiempos de la funesta guerra civil. Cada uno era enemigo de los demás y cuando se propagó el rumor de que los depósitos de víveres de la urbe alcanzaban sólo para siete días y no para seis semanas, como fijaba la ley, los romanos se lanzaron a hacerse con lo que buenamente pudieron encontrar; en consecuencia, el precio de los alimentos alcanzó cifras insospechadas, y Nerón no vio otra solución que acuñar más moneda aunque no de plata, sino de cobre.

Un hombre como Afrodisio, que comerciaba con artículos de primera necesidad, supo sacar partido de la situación y convirtió los telares que tenía en las afueras en los mayores de toda Roma.

Viendo cómo el negocio seguía reportando considerables beneficios y a la vez el dinero perdía valor a diario recordó el pompeyano cuanto Sereno le decía acerca de la estafa que supone el dinero, pues no constituye una garantía efectiva sino una mera promesa de compensarte con el contravalor. Por entonces no había entendido esas disquisiciones, probablemente porque no sospechaba que un día fuera a sacar provecho de conocimientos de ese orden. Pero Sereno, habituado a dejar constancia escrita en las calendas de cada mes de sus experiencias con el dinero, le había enseñado muchas cosas; por ejemplo, que en términos económicos lo más inteligente es nadar contra corriente.

Gavio por su lado se hallaba en excelentes relaciones con los esclavos de toda la gente importante de Roma, particularmente con los bitinios; fue así como pudo poner a su amo al corriente de que Terpandro, el armador griego, se hallaba en apuros y

vendía dos de sus barcos, los dedicados al transporte de inciensos y ungüentos en una dirección y vino de la Campania en la contraria, entre Alejandría y Ostia. Por lo irrisorio del precio se trataba de una oportunidad para un comprador con reflejos y recursos, de modo que Afrodisio decidió hacerse cargo de barcos y tripulación. A partir de aquel momento importaría él por su cuenta la lana de Cartago.

Cartago era una ciudad inculta, rodeada de un fértil y próspero país. Los romanos lo sabían bien desde que Marco Porcio Catón, que no desperdiciaba ocasión para concluir sus discursos recordando que la ciudad debía ser destruida, blandiera ante el Senado una rama atestada de higos mayores que los de la Campania. Su propósito fue demostrar que la amenaza que para Roma suponía Cartago provenía no sólo de sus veinticuatro mil soldados, cuatro mil jinetes y trescientos elefantes de guerra; a diferencia de Roma, Cartago se bastaba a sí misma, no dependía de la importación de mercancías. De modo que cuando los cartagineses hicieron caso omiso del ultimátum romano para que la capital fuese trasladada al interior del país, Escipión pasó la ciudad a sangre y fuego, arando su suelo y rociándolo luego con sal para convertirla en un desierto. De eso hacía ya mucho tiempo.

Colonia Julia Carthago, como se denominó la ciudad erigida de nuevo bajo el divino Cayo julio César, se convertiría en destino preferido de muchos veteranos de las legiones romanas, hasta tal punto que crecía a un ritmo más intenso que la propia capital. Allí buscarían fortuna comerciantes de todo el mundo. Se hacían pingües negocios comerciando con plata y oro provenientes del interior de África, con maderas preciosas, aceites y ungüentos aromáticos, con cereales y lana, así como con esclavos, reses de matadero o caballos de raza.

Afrodisio aprovechó la ocasión y realizó un viaje a Cartago en compañía de su esclavo Gavio.

Un buen velero hacía la travesía del *mare internum* en tres días. Lo barcos del pompeyano precisaban sólo dos. Los viajeros eran recibidos en la costa africana por un mundo exótico, una ciudad salvaje, inabarcable, rebosante de habitantes provenientes de lugares diversos, emplazada sobre una península situada enfrente del continente. Mientras que al griego podían extrañarle la incultura o la falta de templos y edificios públicos, se sorprendía el romano de la ebullición de la ciudad, de las proporciones que alcanzaba la oferta de los géneros más diversos, o de lo inabarcable del caos reinante entre la multitud de chozas y casas de una sola planta. En la ciudad escaseaban los romanos de pura cepa y al comprobar el exotismo de sus habitantes podía darse por bueno lo referido en su día por Agatocles, el tirano de Siracusa: cuando la ciudad fue atacada por los griegos, los cartagineses ofrendaron al gran dios Baal el sacrificio de quinientos niños, que fueron arrojados, vivos o degollados, a las fauces incandescentes de su efigie.

La relevancia de Cartago quedaba realzada con las dimensiones de su puerto, donde fondeaban naves procedentes de Hispania, Italia, Acaya, Asia, Siria y Egipto. Desde cualquiera de las provincias del imperio, Cartago resultaba el mercado

perfecto, pues venía a constituir el ombligo marítimo del mundo romano; a excepción de las procedentes de la remota Britania, ninguna travesía requería más de cinco jornadas.

Al forastero que por vez primera desembarcaba en Cartago le impresionaban sobre todo las interminables hileras de almacenes del puerto y Afrodisio no fue una excepción. Podían alquilarse por un precio módico y en ellos podían guardar los comerciantes sus mercancías hasta que se ofreciese una ocasión favorable de transporte o los precios fueran ventajosos.

Aquel año, el trigo cartaginense había bajado de precio. Las intensas lluvias de la primavera habían arrojado la cosecha más abundante que se recordaba, de suerte que, una vez satisfechos los tributos romanos, continuaba habiendo más cereal del que podría absorber el libre mercado. Los mercaderes cartagineses lo vendían a precios irrisorios de modo que, ante la escasez reinante en Roma, Afrodisio mandó comprar dos barcos y almacenar la carga en un depósito del puerto. El negro egipcio con quien el pompeyano cerró el trato lo remitió luego a un mercader de la ciudad baja, Pansa de nombre, conocido por servir la mejor lana de las provincias, a quien probablemente le interesaría la delicada labor textil que acreditaban las telas que ofrecía el pompeyano.

Pansa moraba en una de las raras casas de dos plantas; hacia la calle sólo mostraba la puerta de entrada reforzada con hierro, sin más adornos y ni siquiera ventanas. En las calles de Cartago reinaba la desconfianza.

Una vez franqueada la puerta que vigilaban dos musculosos esclavos, se abría un patio profusamente surtido de plantas, algo frecuente en las mansiones señoriales de Pompeya, con una fuente y bancos de mármol a ambos lados. Afrodisio no se esperaba una casa cuidada con tanto esmero y menos en aquel lugar.

Pansa recibió a Afrodisio con evidente recelo, sin fijarse siquiera en su esclavo. Parecía aturdido y distraído, procuró no mirar directamente al pompeyano a la cara y se confundió varias veces mientras hablaba. A Afrodisio tampoco le llamó particularmente la atención, ya que lo único que deseaba era cerrar un trato con el cartaginés.

Tras una breve negociación acordaron que desde Cartago se enviaría un barco de lana, a pagar con dos tercios de la carga de tejidos que a su vez se remitiría desde Roma. Pansa y Afrodisio sellaron el trato con un apretón de manos. Gavio sacó la impresión de que al cartaginés le había faltado tiempo para despacharlos de su casa.

—¡Menudo personaje más desagradable! —apuntó Gavio mientras subían una de las empinadas escaleras que de tanto en tanto interrumpían el laberinto de callejas de Cartago.

—Yo, desde luego, no pienso dormir con él —replicó Afrodisio riéndose—. Pero tienes razón, Gavio; es de esa clase de gente que por alguna razón causa aversión sin que a uno le hayan hecho nada.

—Poco contento se ha quedado en cuanto nos hemos ido.

—Puede ser. —El pompeyano le quitó importancia con un gesto.

—Romanos y cartagineses se han detestado siempre, como Enio a Irene, la diosa de la guerra y la paz. De todos modos…

—¿Sí?

—No creo que Pansa sea cartaginés. Nuestra lengua la habla aunque sea sembrándola de barbarismos griegos.

—En Cartago, amo, todo el mundo habla esa jerga; no deja de ser una provincia —dijo Gavio sonriendo.

La partida estaba prevista para el día siguiente y los viajeros se aprestaron a pasar la noche en «Los Pilares de la Sabiduría», una fonda del puerto. La comida era mala, el vino ácido y las muchachas que a cada paso vendían sus servicios al forastero de tan baja calidad como su precio. Afrodisio rehusó amablemente, mientras que Gavio fue de la opinión de que por dos ases difícilmente podía salir nada mal.

Cansado, Afrodisio llegó finalmente a su habitación; se tendió sin desnudarse en la cama y con los brazos cruzados bajo la cabeza se puso a contemplar el techo. El aceite salado de la lámpara emitía una luz verdosa y los ojos picaban del humo. El pompeyano no terminaba de encajar la muerte de Hersilia y de no haber estado aguardándole el pequeño Hersilio en su casa, bien habría dicho que su vida con ella no había sido más que un sueño. A Hersilia la había amado y la había odiado desde la locura a la desesperación y su muerte lo había sumido en un hondo abatimiento.

Que tuviera que agradecerle a su mujer todo el patrimonio que poseía era algo que el pompeyano no estaba dispuesto a aceptar, entre otras cosas porque a esas alturas superaba al de ella. Y por supuesto que era así. Pero la riqueza ciega y muda el carácter.

No cabía duda. Afrodisio se había transformado, en buena medida a causa de su detención.

Cuando te ves más cerca de la muerte que de la vida te inspiran ideas que de otro modo te serían ajenas. Mides la vida con otro rasero y te propones metas antes nunca figuradas. La noche vivida en la pestilente celda junto al muerto por torturas sirvió para que en Afrodisio arraigase la resolución de vengarse del césar y sus crueles secuaces… ¡pero no a hierro, como en vano pretendían los conjurados de Roma desde hacía años! Aquella noche eterna y solitaria el pompeyano se había jurado que si salía vivo del Tuliano combatiría con la única arma letal en el imperio de la corrupción, el dinero. Puesto que dinero suponía influencia y riqueza, suponía poder. ¿Quién había tenido la última palabra en tiempos del divino Claudio, de Calígula o de Tiberio? Aquellos a quienes los talentos les sonasen. Y generalmente era gente que no había nacido rica, sino que se había labrado su fortuna.

Riqueza y poder tienen mucho en común. En la debida proporción, son tan refrescantes como el agua del manantial que apaga la sed; en demasía se asemejan más a la del océano, que la acrecienta.

Afrodisio entornó los ojos. Había saboreado el agua salada del océano y lo sabía.

También sabía que ni el dinero ni la riqueza en sí mismos son perniciosos, como no lo es el cuchillo que usas para cortar la vid porque con él puedes también matar a un enemigo.

«Cavilaciones como ésta habrían agradado a mi patrón, se dijo el pompeyano. Son sus ideas. ¡Lo que no le deba yo a Sereno, lo que no me haya mirado yo en él! Aunque la forma en que murió continúa siéndome un enigma, sobre todo aquel cuchillo con la empuñadura curva que ya me he topado varias veces».

¡Popidio Pansa! Afrodisio oyó perfectamente a Sereno moviendo los labios. Con el polvo de Pompeya y el estremecedor olor a quemado metiéndosele por la nariz, entrevió la última sonrisa que tan fatigosamente esbozara la boca del patrón. El pompeyano se incorporó sobresaltado. Sentado con el semblante desencajado en la cama miraba sin verlo el único anaquel que adornaba la pared de enfrente a la vez que murmuraba pálido de terror:

—Popidio Pansa, Popidio Pansa, por todos los dioses de Roma: ¡Popidio Pansa! ¡El sujeto receloso de la ciudad baja! ¡Popidio Pansa! Afrodisio tenía la sensación de haber visto ya alguna vez al cartaginés, le sonaba la cara y le sonaba su manera de hablar. «¡Popidio Pansa!».

Lo último que dijo el patrón antes de expirar. ¿Qué tenía que ver Pansa con la muerte de Sereno? ¿Un cartaginés? ¿Y si no era cartaginés? ¿Lo habría reconocido, a él, al liberto de Pompeya? ¿Por eso estuvo tan frío y receloso?

Tenía que hallar la respuesta.

Afrodisio se levantó de un salto y fue en busca de Gavio. Pero éste seguía ocupado con sus placeres, de modo que tras guardarse un puñal bajo la túnica el pompeyano resolvió ponerse en camino en busca del misterioso comerciante.

De noche, Cartago resultaba aún más confusa, impenetrable y repelente que de día. Afrodisio conservaba en la memoria algún que otro punto de orientación (columnas, escaleras, casas informes), con ayuda de los cuales comenzó a tantear el camino en las tinieblas de la ciudad. En mayor medida aún que Roma, Cartago parecía predio de los gatos. En cada esquina tropezaría Afrodisio con esos sagrados bichos, que salían maullando hasta perderse en cualquier boquete. Por las callejuelas desiertas se oían voces ininteligibles y las pocas veces que tropezó con alguna sombra, ésta enseguida buscaba refugio en cualquier recoveco esperando a que Afrodisio pasase.

Buscar el camino en las tinieblas de la Cartago nocturna era, desde luego, un disparate. La ciudad tenía la fama de procurarle a los ediles un asesinato por noche. Pero el enigmático Popidio Pansa se lo imponía. A esas alturas Afrodisio estaba completamente seguro de haber visto aquella cara en su época de Pompeya, por Júpiter… ¿habría matado Pansa a Sereno?

Para darse ánimos, Afrodisio se puso a cantar la vieja tonadilla que los romanos solían cantar en los cumpleaños y que cada niño conocía:

—Nueve y más años hace que tengo en la bodega un barril de albano…

Primero pensó que el eco reflejaba la canción en las desnudas paredes de las casas, pero al cabo de un rato notó que detrás de él justamente otra voz canturreaba también los versos de Horacio.

Echó mano al puñal y se dio la vuelta. Una figura oscura se detuvo tambaleante.

—Canta, amigo, canta —dijo con lengua pastosa el desconocido. No inspiraba miedo.

—Romano, según parece. —Afrodisio se había acercado a él.

—Oyes bien, amigo.

—Un romano borracho.

El otro respiró con dificultad y se enderezó como si quisiese hacer un énfasis especial en lo que iba a decir:

—¿Y qué puede hacer un romano en esta ciudad dejada de la mano de los dioses, sino beber, por Baco?

—Gracias les sean dadas porque te he encontrado. Busco a un mercader que se llama Popidio Pansa, un cartaginés. Esta tarde estuve en su casa y ahora no doy con el camino.

—Qué más da —farfulló el otro soltando un eructo—. Vamos a echar un trago, romano.

Afrodisio lo agarró por los hombros sacudiéndolo como si quisiese despabilarlo:

—Es un asunto importante, ¿me oyes?, muy importante.

—¿Pansa dices, romano? —reflexionó—. Yo sólo conozco un Pansa, Popidio Pansa; pero no es cartaginés, es de Pompeya y no lleva mucho tiempo aquí. ¿Dónde vive?

El borracho le señaló una dirección que cambió por otra en cuanto se le pidieron más detalles, hasta que finalmente Afrodisio siguió camino por su cuenta.

Debía de haber errado más de una hora por la Cartago nocturna cuando en la oscuridad creyó vislumbrar las escaleras de piedra que conducían hasta el callejón donde se encontraba la casa de Popidio Pansa. El árido muro horro de ventanas, la puerta con forjados de hierro… el pompeyano había llegado a su meta.

Pero ¿qué debía hacer? ¿En plena noche? ¿Debía identificarse como el liberto de Sereno? ¿Le pediría explicaciones a Pansa? ¿Le preguntaría la razón por la que en su agonía Sereno tenía que haber pronunciado su nombre? ¿O debía acusarlo sin rodeos de la muerte de su patrón, Lucio Cecilio Sereno?

Afrodisio no lo sabía en el momento que se decidió a aporrear la puerta. Sólo sabía que tenía que ver a Popidio Pansa. La puerta cedió como si la hubiese abierto una mano invisible; en el interior se oía el inquieto chapoteo de la fuente. Las columnas que flanqueaban ambos lados del patio se distinguían con un leve resplandor mate.

—¡Ah de la casa! —gritó Afrodisio para no pasar por intruso—. ¡Ah de la casa! —repitió más alto—. ¿Dónde anda el esclavo de la puerta? ¿Hay alguien?

Nadie ni nada, únicamente el chapoteo de la fuente.

—¡Afrodisio desea hablar con el señor de la casa, Popidio Pansa! —gritó.

Pero tampoco hubo respuesta. El pompeyano atravesó entonces el atrio y al llegar a la zona posterior de la casa donde debían de estar los dormitorios se encontró todas las puertas abiertas. En la primera estancia no le llamó la atención nada en particular, pero en la segunda pudo comprobar sorprendido que los cuartos estaban todos vacíos, habían sido desalojados. Recorrió apresuradamente una estancia tras otra. Todo estaba vacío. Subió la empinada escalera que conducía al piso superior y halló el mismo cuadro. Basuras, desperdicios y restos de vajilla rota, hecha añicos con las prisas de la partida. Popidio Pansa había cambiado de domicilio.

Confundido, el pompeyano tomó asiento en un banco de mármol del atrio. De lejos llegaban gemidos de animales salvajes y del puerto las voces de los remeros que debían maniobrar alguna nave para llevarla hacia alta mar. Hacia levante la noche cedía ya su lugar al alba. ¿Cómo podía un hombre desvanecerse en el aire de un día para otro con todos sus bienes y propiedades, con servidumbre y esclavos?

Afrodisio debió de quedarse traspuesto porque se sobresaltó cuando se abrió la puerta de la casa.

En la penumbra vislumbró una figura vestida de blanco, con la belleza y las proporciones de una doncella griega; la seguía un hombrecillo cargado de espaldas que portaba en la mano una antorcha humeante. El viejo alumbró el atrio como si desease mostrarle las dependencias a la mujer, pues de una mujer se trataba, mientras ella seguía sus gestos empapando como una sacerdotisa un manojo de espigas en el jarro que llevaba consigo y esparciendo luego el agua.

Tras observar un rato la ceremonia el pompeyano emergió de la oscuridad protectora de la columnata y se hizo notar.

—Puedes alquilar la casa —dijo el jorobado— en cuanto la sacerdotisa de Isis haya terminado de purificarla. —Le alumbró la cara a Afrodisio.

—Romano, si no me equivoco.

Afrodisio asintió.

—¡Menuda gentuza! —sentenció el viejo—. Pero son los únicos que siguen pagando los alquileres a los precios que están. Cartago es baldosa cara, forastero, ya lo verás. ¿Cómo sabías que estaba vacía?

—Por casualidad, como todo en la vida —mintió Afrodisio; dicho lo cual se unió al jorobado y a la sacerdotisa en su ronda.

—Le faltó tiempo para marcharse —rezongó el viejo deteniéndose de repente—. A los arrendatarios hay que mirárselos con más tino. El pompeyano ese me dio mala espina desde el primer momento.

—¿Pompeyano?

—Es lo que decía, por lo menos. Lo mismo era un esclavo prófugo, qué más da. Pagaba puntualmente el alquiler y lo demás me trae sin cuidado.

—¿Sabes adónde ha podido marcharse el tal Pansa? —inquirió Afrodisio al retomar el paso la comitiva.

—¡Por la santa madre Isis! —resopló el jorobado—. ¿Por qué te crees tú que ha desmantelado todo tan precipitadamente? ¡Para esconderse! Sus razones tendría para salir desempedrando las calles. Ahora lo principal es que la sacerdotisa de Isis me ahuyente lo que de malo haya pasado en esta casa. Mañana puedes pasarte si te gusta.

Afrodisio dio su palabra.

El Senado romano aprovechó la estancia estival del césar en Antio para convocar una sesión plenaria que debía celebrarse en la llamada curia juliana, llamada así desde que el divino Julio César erigiera una planta en las proximidades del *comitium* y de la rostra. El *comitium* era un recinto sagrado, tanto como el suelo de un templo, donde los romanos elegían a sus representantes populares o protestaban sonoramente contra el senado. La rostra era la tribuna de piedra desde donde los políticos pronunciaban ardorosos discursos; el nombre se debía a los seis mascarones de proa enemigos fijados a ella, traídos como botín por el cónsul Cayo Maneo, plebeyo de nacimiento, durante la guerra del Lacio.

En el dintel de la curia (para abrir las puertas hacían falta dos hombres) relucían bajo el sol de la mañana cuatro letras de oro: SPQR. Era la abreviatura de la fórmula SENATUS POPULUSQUE ROMANUS, esto es «Senado y pueblo de Roma». La totalidad de los acuerdos adoptados tras las gruesas puertas de la curia, o lo que era lo mismo, en el centro de poder del Imperio romano, tenían como artífice al «Senado y pueblo de Roma».

Según la ley, cualquier ciudadano estaba autorizado a hablar ante los seiscientos purpurados (sólo los senadores portaban una franja de color púrpura en sus túnicas), pero era algo insólito y cuando se dio el caso fue generalmente en respuesta a la invitación que se hubiese cursado a un plebeyo con motivo de algún acontecimiento significado. Normalmente, los senadores se movían entre sus pares y formaban una sociedad cerrada de millonarios, puesto que un millón de sestercios era la cantidad mínima que debía poseer un senador, dignidad que, por otra parte, se transmitía por herencia.

Las decisiones particulares de los césares, la crueldad de un Tiberio, la arbitrariedad de un Calígula y la prodigalidad de un Claudio habían mermado seriamente las competencias del Senado romano; para colmo, los senadores detestaban en tal medida al divino Nerón que evitaban acudir a las sesiones donde se anunciase su presencia. La animadversión provenía del desprecio patente que el Divino infligía a los purpurados. Sirviéndose de la guardia pretoriana, congregaba a la fuerza a los dignísimos próceres millonarios a las actuaciones públicas que protagonizaba en el Campo de Marte, obligándolos además a aplaudir hasta el agotamiento bajo el severo control de ciertos observadores; en una ocasión llegó incluso a emplear a trescientos de ellos como ridículos comparsas en una comedia interpretada por él en el papel principal.

Al entrar en la curia, los senadores anotaban su nombre en una lista encabezada con la inscripción ISF, a continuación tomaban un grano de incienso y lo arrojaban a

las brasas; de ese modo se suplicaba la asistencia de los dioses en las decisiones que se adoptasen. La abreviatura significaba IN SENATU FUERUNT, «estuvieron presentes en el Senado»; el registro, asistido por once amanuenses, estaba sometido a un riguroso ceremonial, como el resto de actuaciones del Senado.

—¡*Patres conscripti*! Comenzó el viejo senador Cayo Fulvio, coetáneo de cinco césares, empleando la centenaria fórmula que omitía el «y» pues la invocación al Senado era *patres et conscripti*: «patricios y asimilados».

—¡*Patres conscripti*! Cayo Fulvio, el decano de este Senado os ha convocado porque el imperio se halla en peligro. La amenaza de nuevo proviene de Oriente, donde recientemente ha prendido la mecha de la guerra civil. No bien acaba de pacificarse Cesarea, no bien se han registrado las últimas provocaciones de las gentes de Jerusalén hacia nuestras cohortes, prosigue la granizada con las noticias de Armenia y Partia, allá entre el Tigris y el Éufrates…

—¡Mandad a Nerón a los partos! —interrumpió el discurso un senador calvo y gordo, secundado por un buen puñado de los presentes que repitió: «¡Nerón a los partos! ¡Nerón a los partos! ¡Nerón a los partos!».

Ante lo cual Decidio, célebre por su mordacidad, sugirió:

—¡Poniéndolo a cantar a orillas del Éufrates no harán falta combates, el enemigo saldrá despavorido!

—¡Nerón a los partos! ¡Nerón a los partos! —Siguieron repitiendo los otros en coro.

—¡*Patres conscripti*! Insistió Cayo. —Como sabéis el divino césar entronizó en su día a Tigranes, hijo de Alejandro y nieto de Herodes como rey de Armenia…—. Cayo hubo de esforzarse por recuperar la atención de la concurrencia pues el nombre de Tigranes desencadenó una oleada de abucheos.

—Este Tigranes —prosiguió el senador— ha cometido la ligereza de atacar a una tribu de los partos y ha desencadenado de ese modo la cólera de Vologaises, su rey. Como resultado, Vologaises ha coronado con una diadema a su hermano Tirídates, que ya fue señor de Armenia, encomendándole que desaloje al rey armenio, que lo es por gracia de los romanos. Esto es cuanto nos refiere Gneo Domitio Córbulo, gobernador de Siria y conquistador de Armenia. Quiere que se designe un general propio en la región, porque si Vologaises invadiese Armenia correría gravísimo peligro la provincia de Siria.

Tomó la palabra el venerable senador Emilio; tras dirigirse al centro del recinto en cuyos flancos longitudinales se hallaban las filas de asientos de los senadores, inició su intervención llevándose las manos a la espalda y dando, según una antigua costumbre, largas zancadas:

—*Patres conscripti*, no revelo ningún secreto cuando os digo que Gneo Domitio Córbulo, el hijo del cuestor homónimo y actual gobernador de la provincia de Asia, es nuestro mejor general. Reúne el valor del león y la astucia de la serpiente. En Germania redujo a los caucos tras la incursión que perpetraron por sorpresa, luego

sometió a los feroces frisios y habría colocado bajo nuestro control las fronteras del norte, si Claudio César no le hubiese ordenado replegarse al Rin. Yo os pregunto, *patres conscripti*, ¿no es Córbulo la persona indicada para demostrarles a los partos a tres mil millas de distancia que el brazo de Roma no ha perdido vigor? En consecuencia, propongo que se comisione a Córbulo para que se enfrente a Tirídates y proteja Armenia de la expansión de los partos.

Quintano, de quien se decía que era uno de los más enconados enemigos del césar, se opuso aduciendo la avanzada edad de Córbulo, más próximo a la sesentena que a la cincuentena. Sería un error forzar las cosas, puntualizó. Habían pasado cinco años desde la última vez que Córbulo empuñó las armas. Si la campaña contra los partos fuese un éxito, se atribuiría a Córbulo, pero si resultaba un fracaso, el Senado tendría que responder por haber arrancado a un veterano de su jubilación y haberlo enviado a batirse contra el enemigo más encarnizado de Roma.

Las consideraciones de Quintano cosecharon muestras de adhesión, aunque también de desaprobación; es más, hubo quien se burló de él pues quien conociese al general podía dar fe de la superioridad que como estratega y pese a su edad tenía Córbulo respecto a Peto, Otón o Vespasiano.

Y en esa tesitura Quintano hubo de soportar que se le preguntase si no era más cierto que el motivo de sus temores no eran las limitaciones sino la propia eficacia de Córbulo, pues una victoria suya contra los partos reforzaría el prestigio del césar mientras que una derrota incrementaría el número de sus enemigos.

En último término, ése fue el argumento que más influyó en la decisión que finalmente adoptó el Senado de ordenar a Lucio Cesennio Peto, «Cara de plata», que partiese con sus tropas hacia Armenia. Peto era joven y pasaba por ser soldado de pura cepa. Con ayuda de la cuarta, la quinta y la duodécima legiones, «Cara de plata» tenía que demostrar a los partos quién mandaba en Armenia. También le prestarían asistencia tropas procedentes del Ponto, Galacia y Capadocia.

A favor de esta decisión se pronunció una amplia mayoría, y los cónsules se dirigieron al altar de la diosa Victoria situado en la parte frontal de la curia y rociaron el incienso en el pebetero ritual para pronunciar la fórmula de rigor entre las penetrantes vaharadas que pronto invadieron el recinto:

«El senado y el pueblo de Roma se han pronunciado. Sea».

Y los senadores repitieron: «Sea».

No había concluido el ceremonial, seguían los senadores levantados de sus asientos, cuando las puertas de la curia se abrieron precipitadamente y un esclavo compareció sin resuello ante la augusta asamblea.

—¡Roma está ardiendo! —exclamó con la desesperación patente en el rostro—. ¡El Circo Máximo, el Aventino, el Celio y el Palatino son pasto de las llamas!

Durante un instante no sucedió nada. Los purpurados se quedaron de una pieza. Pero bastó que los ujieres abriesen las puertas de bronce y desde la lejanía se percibiese un bramido violento e inexplicable para que los senadores saliesen presas

del pánico al exterior. El olor a quemado cada vez fue más intenso y en la escalinata hubieron de aceptar la calamidad: por detrás del palacio del césar se alzaba hacia el cielo un gigantesco hongo de humo, de proporciones nunca vistas. El día quedó sumido en las tinieblas. Los cuernos de alarma comunicaban su anuncio de todas partes.

Cruzaban el foro gentes que parecían poseídas por las furias. Algunos senadores se arrojaron al suelo para orar, otros saltaron por encima de éstos repitiendo los nombres de sus allegados. El fragor se acercaba de manera perfectamente audible, presagiando como el remolino de Caribdis todas las desgracias.

Neptuno y Salacia, las naves del pompeyano, tomaron rumbo noreste. Tras el calor del día, con el sol cayendo de forma casi vertical sobre la cubierta y el tórrido viento mauritano agostando las gargantas, cayó como una bendición el fresco de la noche.

Afrodisio y su esclavo estaban sentados en la cubierta del Neptuno. Recostados contra el mástil seguían el compás de las jarcias. Ninguno de los dos deseaba retirarse a dormir. Lo acontecido el día anterior era demasiado desconcertante y fascinante. Tras la singular experiencia de su amo, Gavio logró reconstruir con bastante precisión la identidad del enigmático Popidio Pansa, pero no en su faceta de comerciante, sino como abogado; y en calidad de tal, en efecto, creía también Afrodisio haberlo visto en casa de Sereno, lo que en definitiva no venía sino a enredar aún más el misterio.

Antes de zarpar de Cartago, Afrodisio intentó averiguar si Pansa había salido de la ciudad por el puerto: otra vía era impensable en su precipitada huida, llevando como llevaba todos sus bienes y enseres. Pero cuanto halló fue la inhibición de quienes se encogían de hombros, la extrañeza de quienes decían no conocer al sujeto en cuestión ni de vista y la escrupulosidad de quienes lo remitían a los registros marítimos, pues allí, le dijeron, se anotaban todos los movimientos del puerto. En vista de todo ello, el pompeyano entendió que lo más indicado sería emprender la búsqueda del enigmático abogado en su ciudad natal.

Popidio Pansa. ¿Se referían a su asesino las últimas palabras de Sereno? ¿Qué relación existía entre Pansa y los extraños puñales que había visto en Roma?

Al ritmo con que la proa hendía las aguas, entonaría el timonel una melodía en honor de Neptuno, el domador de corceles y señor de barba azul de los mares; mientras, Gavio hundió exhausto el mentón en el pecho y Afrodisio se dio a contemplar el cielo sin abandonar completamente el curso de sus graves reflexiones. La noche inscribía su infinito titilar, su centelleo insinuante y sugestivo en una bóveda cuya tersura no tenía igual en las oscuras alturas del *mare inferum*. Los astros, según los alejandrinos, tenían la responsabilidad en la vida de todos. Cabezas insignes como Séneca o Plinio fustigaban tales creencias, pero la mayoría de los romanos comulgaba con ellas como con la historia la ciudad *ab urbe condita*. Para alguien como Afrodisio, educado en la cultura griega, el brillo de las estrellas era ante todo una invitación a rememorar unos dioses del Olimpo que le inspiraban, por otra

parte, muy escasa confianza. Podía reputarse a sí mismo de creyente y de hecho aceptaba la idea de una providencia divina en las obras humanas, pero por religioso no podía tenerse: era excesivo el número de sacerdotes que abusaban de la ingenuidad de los demás predicando maldiciones apocalípticas y promesas paradisíacas.

Sin embargo, sobre las ondas del mar y bajo las estrellas del cielo, Afrodisio se sentía más próximo a la divinidad que en los lugares de veneración, entre columnas e incienso. ¿No era Océano el origen de todas las cosas? Así lo pintaba Homero, como la divinidad de los ríos y los mares, el dios de ingente potencia procreadora en cuyas aguas se bañaban antes de casarse las doncellas griegas, lo que permitía afirmar que los hombres eran descendientes de los dioses. Todo tenía su origen en Océano, ya fuese avanzando con el estrépito de las aguas del Bósforo, ya refluyendo como en las columnas de Hércules, ya girando en círculo sobre sí mismo, ya yendo y viniendo, sometido en suma al ritmo infinito, eterno, del nacimiento, la muerte y la vuelta a nacer. *Panta rei*, había dicho Heráclito, «el oscuro» para muchos que no comprendían su lenguaje: «Todo fluye».

Pero todo esto era sólo una historia acerca del origen de las cosas. Los griegos contaban otra, sobre un ave de alas negras (la noche) que, fecundada por el viento, incubó un huevo del que saldría Eros, el dios del amor. Mientras que Hesíodo, el poeta labriego del divino monte de Helicón, contaba un tercer relato. Según él todo comenzó con un «gran bostezo» llamado Caos. Pero hasta los personajes más caóticos buscan distracción y el bostezo la encontró en el monte Olimpo, en los senos de Gea, la madre tierra, entablándose una placentera relación de la que también nacería Eros, el desencadenador de las extremidades, el amo del sentir de los hombres. Pero Caos también engendró a la noche y de la noche nació el día, mientras que la madre Gea, incansable en su frenesí procreador, alumbró el mar espumoso, las altas montañas y, sobre todo, el cielo con sus estrellas; éste le gusto tanto que se entregó a él, lo que acarreó engendros insospechados cual cíclopes de un solo ojo, ímprobos titanes y gigantes de cien brazos y cincuenta cabezas. ¡Abominable incesto!

El cielo nocturno era también un espejo, el reflejo centelleante de los humanos afectos y las flaquezas divinas, de las que no se libraban los inmortales. Si miras hacia el norte verás la Osa Mayor y a su hijo, testimonios brillante de la pasión incontenible del lanzador de rayos y señor del cielo, Zeus, que de continuo sucumbía a la tentación de seducir disfrazado a inocentes muchachas.

Entre las de más pura inocencia se contaría Calisto, la ninfa más bella, como su nombre indica, pues había jurado mantenerse doncella. Pero es notorio que las ninfas atraían particularmente al lascivo Zeus, de modo que Calisto no pudo librarse de su cortejo y Hera, la resuelta esposa de Zeus, no bien hubo comprobado bañándose en el río las secuelas, transformó a la bella en una torpe osa para ahuyentarla luego hacia los bosques del norte, donde al cabo nacería el osezno Árcade.

Calisto vagó largos años por tenebrosos bosques atenta a la suerte de su hijo

Árcade. Cuentan que cuando Zeus finalmente dio con la amada, lloró amargamente: y luego la puso en el cielo con su hijo bajo la forma de Osa Mayor y Menor.

Y si miras hacia el sur verás al preclaro cazador Orión rodeado de una guirnalda de una corona de estrellas, sumergido de vez en cuando en el mar. Como a Zeus, al hijo de Poseidón le agradaba seguir los pasos de bellas ninfas y una vez se encontró ante las siete hijas de Atlas, el soporte de la bóveda celestial gracias a sus vigorosos brazos. Siete años acosó Orión a las Pléyades, que así se llamaban las hijas de Atlas. Hasta que éstas, exhaustas, pidieron ayuda a su compañera en las partidas de caza, Ártemis, quien se apiadó de ellas convirtiéndolas en siete estrellas.

Pero, lo que son las cosas, Ártemis, la diosa de la caza y de la naturaleza, se enamoró precisamente del fiero cazador cuya actividad amenazaba con exterminar la fauna del mundo, lo que a los ojos de Apolo, el hermano gemelo de ella, suponía un ultraje a los dioses. Y puesto que también los dioses luchan en vano contra el amor, no haciendo en ellos mella ni las reconvenciones ni las exhortaciones, el hermano ideó una treta: retó a Ártemis a una competición de arco y flechas, instrumentos con los cuales la cazadora se hallaba admirablemente familiarizada. El blanco sería un punto que se adivinaba en el horizonte, encima del mar. Ártemis acertó a la primera, tras lo cual Apolo le reveló que acababa de disparar contra la cabeza de su amado, que se bañaba en el mar.

Ártemis en su incontenible aflicción vertió ríos de lágrimas; finalmente, fijó a Orión en la bóveda celestial portando clava y espada y ciñendo decente cinturón, aunque en determinados momentos sólo se le ve la cabeza flotando sobre el proceloso mar, tal y como la amada había dado cuenta de él en su día.

—¡Pero amo, despierta de una vez! —Afrodisio oía de lejos la voz de su esclavo. Muy lentamente fue recuperando su cuerpo exangüe la conciencia. Gavio lo sacudía agarrándolo por los hombros.

—¡Que te despiertes, amo, por lo que más quieras!

De mala gana, torciendo el gesto como sólo quien duerme puede torcérselo a quien lo arranca del sueño, fue distinguiendo Afrodisio la luz del amanecer mientras colmaba de improperios a Gavio por su brusquedad. Roma aún quedaba lejos, protestó.

Pero el otro no cejaba en su empeño de despabilarlo; con gritos que obligaron a Afrodisio a taparse los oídos, le anunciaba que la costa del Lacio estaba a la vista, pero que mirase con sus propios ojos el desastre que se barruntaba. ¿Desastre? Afrodisio se incorporó frotándose los ojos con la torpeza de Hipno, el portador de la modorra. En la penumbra surgía el perfil de tierra firme, incoloro y plano como hoja de higuera, pero sobre la franja que distinguían los ojos se adivinaban ominosas tinieblas, el aliento negro de la calamidad. ¡Era Roma! El timonel asintió con un gesto a la vez que señalaba hacia la nube oscura con la mano derecha. Afrodisio miró inquisitivamente al esclavo. Gavio guardaba silencio.

—¡Más rápido! —Intimó el pompeyano al timonel.

—¡Más rápido! —repitió el timonel mecánicamente.

El hongo de humo aumentaba a medida que los barcos se aproximaban a tierra. En aquel momento, cuando el sol ya asomaba sobre la tierra firme, el cielo encapotado aún resultaba más inquietante. Se distinguían ya el puerto de Ostia, los enormes depósitos y almacenes y los altos mástiles de los veleros; del de una nave que zarpaba les gritó un marino ayudándose con las manos:

—¡Roma lleva seis días ardiendo!

—¡Júpiter nos asista! —Gavio cayó de rodillas y se echó a rezar, mientras que Afrodisio se repetía asomado a la borda:

—¡Seis días ardiendo!

En el puerto de Ostia reinaba un caos indescriptible. Miles de personas escapadas del infierno se hacinaban en los muelles con sus pocos bienes sujetos en fardos a la espalda; intentaban por todos los medios embarcarse, pues tras lo sufrido temían que las llamas se extendiesen hasta la ciudad portuaria. Los guardas del puerto repelían a palos a la muchedumbre tiznada, requemada, aterrorizada, llorosa de romanos que habían salido del Orco; muchos fueron a parar al agua, hubo heridos que se cayeron de sus angarillas y terminaron aplastados, olía a humo y a sangre; era impensable que los barcos pudiesen atracar.

Afrodisio y su esclavo lograron saltar a un barco atracado, tras lo cual el Neptuno y el Salacia viraron para ir a fondear al alcance de la vista. Afrodisio y Gavio se abrieron paso entre el gentío como luchadores en la palestra. A un carretero dueño de una acémila el pompeyano le ofreció cien sestercios por llevarlo a Roma; pero el otro se echó a reír: un momento antes le habían ofrecido el doble y no había querido saber nada. Afrodisio lo agarró con las dos manos por el cuello, lo apretó hasta que el rostro del hombre se puso rojo y le increpó.

—¡Vas a sacar trescientos, hijo de puta, pero ahora mismo le das un latigazo a esa mula! ¿Entendido?

Afrodisio y el esclavo se encaramaron al carro de dos ruedas mientras el carretero azotaba al animal hasta encaminarlo hacia la ciudad. A su paso encontraron gentes con el pelo calcinado, madres desoladas con sus hijos en brazos, ancianos que cantaban pues habían perdido el juicio en aquel infierno. Roma nunca había sido una ciudad para olfatos delicados, pero a medida que las sacudidas del carro los acercaban a la ciudad se mezclaban el sempiterno hedor de excrementos con el penetrante olor a carne quemada, fundidos ambos en una aplastante nube abrasadora.

Había perdido al padre en el incendio —se lamentó el carretero—, en el distrito tercero; menos mal que a la mujer y a los hijos los tenía a buen recaudo gracias a las prevenciones tomadas por el césar, que había ordenado abrir los jardines de Mecenas y llevar allí tiendas y víveres. ¿Y el Aventino? ¿El distrito trece?

El carretero sacudió la mano en ademán de conmiseración: «¡Pobre distrito trece!».

Gavio miró a su amo. Afrodisio bajó la cabeza. Castigado por los dioses, ya lo

habían dejado viudo de joven; ¿habría tenido que perder también a su hijo?

Según se contaba, el fuego había arrancado junto al Circo Máximo, de algún cobertizo de los vendedores de la zona o de la madera que servía de tabique en los burdeles, con la particularidad de que con el trajín de cada día los bomberos no le dieran importancia al principio y cuando las llamas prendieron en los dos pisos de madera de la tribuna del Circo Máximo era ya demasiado tarde; en un abrir y cerrar de ojos habían prendido hasta el Palatino dejando convertido en cenizas el palacio del césar. Sólo se había librado el templo de Apolo. Los distritos tercero, décimo y undécimo llamados de Isis y Serapis, del Palatino y del Circo Máximo, se hallaban calcinados; otros siete habían sufrido importantes daños y sólo cuatro habían quedado indemnes de las brasas: Porta Capena, el primero; Esquilino, el quinto; Alta Semita, el sexto; y Transtíbere, el decimocuarto.

Que allí se encontrasen sus telares dejó al pompeyano indiferente; su máxima preocupación era la suerte que hubiese corrido su hijo. Cuando en la distancia divisaron la pirámide que el pretor Cestio se había erigido como mausoleo en tiempos del divino Augusto, se le saltaron las lágrimas a Afrodisio. Adonde quiera que mirase sólo veía montones humeantes de escombros, árboles pelados y abrasados, vigas de madera apuntando hacia el cielo como los brazos de un gigante derribado, del Moloch que se había llamado Roma.

En muchos sitios seguían ardiendo pequeñas hogueras y el humo se mezclaba con el polvo de las ruinas. La gente pasaba con ropas mojadas pegadas a la nariz y la boca, y la cifra de los que deambulaban sin meta aparente aumentaba a medida que se aproximaban a la puerta de Ostia. Poco antes de llegar a la puerta el camino, que hasta ahí había venido siguiendo un Tíber repleto de despojos del incendio, confluía con la Vía Apia, donde se atropellaban millares de personas en dirección al sur, camino de un incierto futuro.

Dos años habían pasado desde que Afrodisio y su esclavo cruzaran por aquel punto las murallas de la ciudad. Dos años, un instante en la vida de muchos hombres mientras que en la del pompeyano habían supuesto una existencia nueva. Entonces era un liberto escapado de su ciudad, con mil sestercios en la faltriquera por todo patrimonio, un joven atemorizado, esperanzado, quejoso de su desventura; a los dos años, un hombre adulto sin miedo ni ilusiones, pero que de nuevo lamentaba su desventura… ¿dónde estaba la diferencia?

—¡Que me caiga aquí muerto…! —El carretero se negó a entrar con la carreta en la ciudad, temeroso de ir a parar a manos de salteadores; un carro con su tiro valía esos días tanto o más que un rebaño de elefantes. Los dos hubieron de seguir a pie. No tenían ojos para los cadáveres que se descomponían a ambos lados de la Vía de Ostia, como tampoco oían a los niños que reclamaban a sus madres entre los escombros de las casas derruidas, ni siquiera repararon en las figuras tiznadas que se les habían pegado a los talones y que no se separarían de ellos hasta que no aceleraron el paso camino del monte Aventino. Allí hallaron aún ruinas que se

mantenían en pie y de tanto en tanto ya alguna casa que había sufrido escasos daños.

La de Afrodisio se contaba entre las pocas que habían salido del incendio de la ciudad con mínimos desperfectos. Al percatarse Gavio de ello le hizo al amo una señal con el codo. Ya más cerca distinguieron algunos esclavos de la casa que montaban guardia junto a ella.

—¿Dónde está Hersilio? —preguntó Afrodisio sin aliento.

Los esclavos estallaron en aclamaciones de júbilo ante el regreso del amo, a quien daban por desaparecido. El pompeyano, sin embargo, agarró muy alterado al que tenía más cerca y sacudiéndolo como a un árbol con la fruta madura, le increpó:

—Que dónde está Hersilio quiero saber. ¿Dónde está?

El esclavo mayoral se adelantó excusándose, para explicar que el ama de cría se lo había llevado al campo y se encontraba bien; en cuanto a él, lo mejor era que también se retirase a Bayas hasta que se hubiesen remediado los estragos del incendio puesto que Roma no era esos días territorio para un patrono; en la ciudad sólo quedaban esclavos, merodeadores y cadáveres. Acto seguido le besó la mano.

—¿Y los telares? —preguntó Gavio.

—¿Aquel distrito? —respondió el mayoral—. El Transtíbere y el Campo de Marte no han sufrido daños; en los telares se sigue trabajando.

Afrodisio y su siervo se miraron. Sin poder articular palabra se estrecharon en un sentido abrazo.

Acto seguido decidieron partir hacia Bayas. Fue así como de un momento a otro cambió todo para Afrodisio… de igual manera que todo en la vida puede de un momento a otro dar en algo absolutamente diferente. El destino no quita nada que antes no haya dado.

El incendio destruyó una quinta parte de Roma. Había testigos que juraban que el incendio había arrancado de las proximidades del Circo Máximo, de donde tenían plantadas sus tiendas los más pobres de entre los pobres; no obstante, persistió el rumor de que el fuego había partido del terreno emiliano de Tigelino y que este prefecto de los pretorianos había negado el paso al destacamento de bomberos, como si hubiese deseado que el fuego devastase la ciudad. Por otro lado, hubo unos pretorianos que aseguraron haber visto cómo el césar —que regresó de Antio el tercer día del incendio— había tañido la lira cantando la destrucción de Troya desde el palacio de Mecenas en el Esquilino. Lo cierto fue que el fuego duró cinco días y cinco noches y que probablemente hubiese arrasado toda Roma si el quinto día los bomberos no hubiesen abierto cortafuegos derribando manzanas enteras de casas e inundando los escombros con agua derivada de los acueductos, dejando así definitivamente a las llamas sin nada seco que devorar.

Entre las edificaciones que sucumbieron a esas medidas de seguridad se contaron una docena de silos municipales, cuyo contenido se habría consumido con las llamas pero que tras arrasar las edificaciones quedó de todos modos inutilizable, cerniéndose de ese modo la amenaza de la hambruna sobre la ciudad. Por una medida de trigo

llegaron a pedirse diez sestercios, visto lo cual el césar quiso poner en jaque a los comerciantes abriendo los depósitos de Ostia y fijando el precio en tres sestercios. Con ello, sin embargo, no hizo sino confirmarse el rumor de que las existencias que debían abastecer a un millón de romanos apenas durarían una semana, de modo que a pesar de las órdenes del Divino el precio del trigo volvió a dispararse, esta vez a veinte sestercios el celemín. ¡Mercurio sea loado! Bien podía Afrodisio llamar suerte a la compra de dos almacenes de trigo en Cartago. Ordenó que se descargasen los barcos lo más rápidamente posible y que regresasen a África en busca del cereal. Gavio supervisaría el transporte. Y él en persona acudió a ver a Tigelino, que coordinaba las medidas de emergencia en nombre del césar.

—¡Poco me hubiera imaginado que tardaríamos tan poco en vernos! —sonrió apurado el pretoriano. Recibía audiencia en el palacio de Mecenas, propiedad de la casa imperial desde la época del divino Augusto. Cayo Cilnio Mecenas, vástago de un noble linaje etrusco, había sido un romano inmensamente rico, amigo del césar y protector de grandes poetas como Virgilio y Horacio, cuya influencia había llegado al extremo de actuar como lugarteniente del césar cuando éste se ausentaba de Roma.

—No vengo por ti —replicó el pompeyano con frialdad—, sino por mis negocios. —Tigelino quedó desconcertado. Aquél era un Afrodisio completamente diferente del que había visto la primera vez.

—Ya ves —prosiguió Afrodisio— que tarde o temprano la fruta madura y cae.

—¿Qué quieres?

—¿Querer, yo? ¡Nada! —El pompeyano no disimuló su cólera.

—Pero te hago una proposición que ni tú ni tu emperador deberíais rechazar. Los romanos están rabiosos, y te consta, porque el divino incumple la ley permitiendo reservas tan escasas cuando lo preceptivo son provisiones para seis semanas.

—Que yo sepa el género que tú tocas es la lana —replicó el pretoriano.

—¡Toco lo que me quepa en los barcos! —respondió Afrodisio—. Por ejemplo, trigo.

—Trigo hay de sobra en Alejandría, en Cartago y en Cilicia. La flota de Miseno zarpará un día de éstos…

—… y regresará dentro de dos semanas encontrándose una ciudad famélica y un pueblo ensayando la rebelión como cuando Espartaco, y a lo mejor ya no estáis ni tú ni tu césar porque os habrán corrido como a perros sarnosos.

El pretoriano avanzó un paso hacia Afrodisio, como si quisiese abalanzarse sobre él, pero se detuvo al ver la actitud impávida del pompeyano y preguntó forzando la voz:

—¿Qué cantidad ofreces, pompeyano? Y, sobre todo, ¿para cuándo?

—Doscientos mil celemines. Para mañana.

—¿Para mañana? ¡Por Mercurio! ¿Lo dices en serio?

—Los barcos ya están rumbo a Ostia. Mañana llegan.

—¿Y el precio?

—Veinte sestercios el celemín —¿Veinte sestercios? Estás loco, pompeyano. Sabes tan bien como yo que el césar ha fijado la venta pública de cereales en tres sestercios.

—Allá el césar —Afrodisio rió con insolencia—; porque a su pueblo el Divino no puede pedirle más de tres sestercios pero lo que yo le pido al césar son veinte.

—¡Los dioses te castigarán por esa arrogancia! —exclamó Tigelino.

—Allá los dioses —respondió el pompeyano—. Los veinte sestercios me los pagan a la vuelta de la esquina y de aquí a pocos días, cuando los depósitos hagan aguas, el precio subirá aún más. ¡Salve, Tigelino!

—¡Quieto, quieto, espera! —se apresuró a decir el pretoriano—. No tengo más alternativa.

—Ya lo sé —dijo Afrodisio—. Para mañana a esta hora quiero los cuatro millones en *aurei*.

El pompeyano cerró ese negocio a cuatro jornadas de las calendas del mes consagrado al divino Augusto del décimo año del reinado del divino Nerón. Los beneficios ascendieron a tres millones y medio de sestercios. Simultáneamente duplicó las ventas de sus telares puesto que miles de personas habían perdido toda su ropa en el incendio.

Sereno le había enseñado que el dinero es poder y el pompeyano se sentía cada vez más fascinado con la idea.

7

HABÍA SALIDO de la ciudad un amanecer igual que un ladrón y ni él mismo hubiese creído que regresaría en carro tirado por caballos, elegantemente vestido y con la satisfacción propia del próspero negociante. Afrodisio mandó parar en la necrópolis de la Vía de Herculano para comprobar el estado de la tumba de Sereno. La halló descuidada, casi abandonada, y prosiguió camino hacia la ciudad.

Desde que había dado con Popidio Pansa cuyo nombre le había murmurado Sereno en la agonía, y el sujeto había desaparecido de forma tan enigmática, vivía el pompeyano obsesionado con la idea de desvelar el secreto que Pansa portaba consigo. En la confusión del terremoto pudo parecer accesorio qué causó la muerte del patrón, si el seísmo o las manos de un asesino; lo que a él le importaba era que Sereno había fallecido y que esa muerte iba a trastocar su vida por completo. De todas maneras, nunca había podido explicarse ni la aparente indiferencia con que Fulvia arrostró la muerte de su esposo, ni la celeridad con que lo despacharía, puesto que si había alguien que hubiese podido ayudar a la viuda a llevar los negocios era él.

Su primera visita fue al foro; si bien le apenó ver las columnas truncadas del templo de Júpiter o los remiendos perpetrados en el santuario de Apolo, también se congratuló de ver restaurados otros edificios. La curia, emplazada entre la casa de los ediles y la de los duunviros, presentaba un aspecto espléndido, el edificio de Eumaquia mostraba incluso mayor empaque que antes y el *macellum* donde recaudaba él sus alcabalas sin malquistarse nunca con nadie también había sido reconstruido. Todo era de proporciones más pequeñas y se alcanzaba a ver mejor que en Roma, transmitiendo el conjunto una agradable sensación de armonía y equilibrio. Sin punto de comparación, el rostro de las gentes traslucía menor agobio y recelo que el de los romanos. En resumidas cuentas, Afrodisio empezó a comprender por qué se

llamaba a Pompeya la «Perla de la Campania».

Así como a raíz del terremoto cambió la faz de la ciudad —de las ruinas surgieron construcciones generalmente más grandes y con mayores pretensiones artísticas, cuando sencillamente no se prescindió de edificar para ampliar las dimensiones de calles y plazas—, también las gentes habían experimentado una transformación. Sorprendía el alto número de extranjeros que poblaba la ciudad, artesanos procedentes de Acaya y Egipto y legiones de esclavos. En las calles se oían las diferentes lenguas que hablaban, a la vez que su indumentaria o el corte de pelo y barba proporcionaban a Pompeya un aire exótico. Y si Afrodisio sólo fue capaz de reconocer unas pocas caras, los pompeyanos no supieron reconocerlo a él. Tanto había mudado su figura.

Buscando a alguien de confianza dirigió Afrodisio sus pasos hacia el domicilio de su antiguo maestro Saturnio, en el camino de Nola, alegrándose de hallarlo con vida. Era un hombre de cabello y barba canos que lloró de emoción ante lo inesperado de la visita y le hizo en la frente la señal de la cruz. A preguntas de Afrodisio acerca del significado de aquella señal, respondió Saturnio explicándole que la cruz era el símbolo del Jesús crucificado en tiempos de Tiberio e identificándose como seguidor suyo.

Recordó entonces Afrodisio al de Tarso que con sólo tocarlo había sanado las piernas tullidas de Fabio Eupor y le preguntó si el cambio de confesión obedecía a aquel prodigio. Saturnio asintió, aunque reconociendo a la vez que en la nueva fe también había hallado el consuelo y la felicidad que durante toda su vida había buscado en vano. En torno a Eupor, concluyó, se había formado una comunidad entera a la que se incorporaban fieles nuevos cada día.

—¿Tú conocías a Popidio Pansa? —le preguntó Afrodisio sin rodeos.

—¿El abogado? —Ante la respuesta afirmativa de Afrodisio Saturnio prosiguió —: Desapareció de la ciudad después del terremoto. Dejó a su mujer aquí. ¿Qué le pasa?

—¿Guardarás silencio? —La pregunta de Afrodisio recordaba a una amenaza—. Sereno, el amo que me dio la libertad, murió en el terremoto del año octavo del reinado del césar.

—Los duunviros calcularon que debieron de perder la vida unas mil personas… —apuntó Saturnio.

—Pero a Sereno no lo mató el sismo…

—¿Sino…?

—Lo asesinaron con un puñal.

—Eso es una sospecha tremenda, hijo. —El anciano tomó asiento y se santiguó.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi con mis propios ojos; yo le arranqué el puñal del cuello. Sereno aún estaba vivo y antes de morir mentó un nombre: Popidio Pansa.

—Que el Señor lo perdone.

—Saturnio —prosiguió con gravedad el pompeyano acercándose más al anciano—, yo no culpo a nadie, pero tengo que averiguar qué tiene que ver ese Pansa con todo el asunto.

—Debió de terminar en Roma. ¿Cuántos no se han escondido allí?

—No, Saturnio. Pansa no se marchó a Roma, sino a Cartago, a vivir allí. Allí me tropecé con él; lo tenían por hombre de negocios íntegro y cabal. Pero no me di cuenta de que lo conocía hasta después de salir de su casa. Cuando regresé… la encontré completamente vacía. Así fue como me convencí de que alguna cosa no encajaba.

—Popidio Pansa —observó Saturnio tras reflexionar mesándose la barba— pasaba por ser una persona honorable, ¿por qué iba a matar a Sereno?

—Roma está repleta de hombres honorables —Afrodisio rió sarcásticamente— que no por ello dejan de matar lo mismo que cualquier criminal de poca monta. Cuanto más alta la dignidad, más viles los crímenes.

Acompañado de Saturnio se aprestó Afrodisio a determinar el rastro que hubiese dejado Pansa tras de sí. En su casa vivía por entonces un romano, veterano de las legiones, que la había comprado poco después del terremoto. De manos a boca la desventurada dueña se había visto en apuros. ¿Acaso sabría él dónde había pasado a vivir la mujer?

No, no lo sabía —puntualizó el viejo soldado—, pero había oído decir que se ganaba la vida haciendo de pescadera en la factoría de Escauro; triste destino el de la pobre.

Para llegar a la fábrica de condimentos de pescado de Marco Umbricio Escauro bastaba con dejarse llevar por el olfato. Allí realizaba trabajos inferiores Popidia, la esposa abandonada de Pansa, salando vísceras de pescado y desechos de esa índole, que luego se cocían en un caldo hediondo.

Parecía amargada. Les contestó que ignoraba el paradero de su marido… hacía dos años ya que había desaparecido de buenas a primeras. No, tampoco le había enviado carta de divorcio alguna; de todas maneras, estaba segura de que algún día regresaría a su lado. ¿A qué se debía la curiosidad de Afrodisio?

Sin responder a la pregunta replicó Afrodisio que él mismo se había encontrado con Pansa en Cartago, pero después ya no había vuelto a verlo más.

Las señales de vida que tan de improviso llegaban de su marido la hicieron más locuaz. Las relaciones que su marido había cultivado con otras mujeres, les dijo, habían sido siempre de una gran liberalidad; les dio incluso nombres que Afrodisio no conocía, salvo uno: Fulvia, la viuda de Sereno. ¿Fulvia con Pansa? ¿Qué sabía Fulvia?

Por Escauro, quien se mostró sorprendido por el ascenso social del pompeyano, se enteró Afrodisio de que el césar le había pedido a Popea Sabina que vendiese la hacienda que la mujer poseía en Pompeya; la única oferta existente era de la sacerdotisa Eumaquia, porque los gastos de mantenimiento de la finca no se

correspondían con las rentas que dejaba.

Sin embargo, después de haber estado trabajando para Popea Sabina, Afrodisio conocía bien los resultados de la hacienda. Sabía además que Silano, el administrador, era un embustero y que las propiedades de la falda del Vesubio rendían perfectamente el doble de lo que el administrador confesaba. Fue a verlo interesándose por el precio.

Afrodisio detestaba a quienes como Marco Silano llevaban la mendacidad y la desvergüenza inscritas en el rostro y no toleró que intentase enredarlo en discusiones representándole que la finca ya estaba prácticamente vendida con la oferta de Eumaquia, de un millón doscientos mil sestercios.

—Escucha bien —le dijo Afrodisio con tal vehemencia que el otro retrocedió asustado—, dile a tu ama que Afrodisio se lo compra por un millón; ya puedes mandar un mensajero a Roma. Espero tres días.

—¡Un millón! —se quejó el administrador—. Pero, señor, eso es imposible, cuando la sacerdotisa está pujando con doscientos mil más.

—… que van a parar a tu bolsillo, Silano, que te conozco. ¡Un millón y ni un solo as más!

Marco Silano alzó las manos en gesto implorante:

—Mira que Eumaquia me hunde; que me castigará. Eumaquia es una mujer muy fuerte. ¡Que los dioses se apiaden de mí!

A los dioses los dejas fuera —replicó Afrodisio— y créeme si te digo que Afrodisio es más fuerte que Eumaquia. ¿No tomaste dinero para matar a Octavia?

—¡Si yo no maté a Octavia! ¡Y eso, señor, lo sabes tú bien!

—Sólo sé la cifra que se te dio. —Parecía como si el pompeyano escupiese lo que acababa de decir.

—Ese dinero lo devolví hasta el último as, ¡lo juro por mi mano derecha!

—Sí, para volver a descontarlo en la siguiente liquidación, hijo de perra.

Marco Silano se postró entonces ante Afrodisio. Estrechándole las rodillas le suplicó clemencia.

A los tres días Afrodisio se había convertido en el dueño de la mayor hacienda de Pompeya.

«¡A rastras! ¡El césar a los leones!», vociferaban los romanos que en bandadas irrumpían en el foro dando rienda suelta a su disgusto. Muchos no habían podido rescatar nada de las llamas y seguían vistiendo las ropas requemadas del primer día.

«¡A rastras! ¡El césar a los leones!», se oía gritar por todas partes. Desde que se supo que ante el espectáculo del incendio de la ciudad el divino Nerón se había entregado a cantar al son de la lira corrió por las calles el rumor de que había sido el mismo césar quien había dado la orden de prender fuego a la ciudad, habiéndose marchado a Antio sólo por guardar las apariencias. Las sospechas de cuantos lo acusaban de pirómano se vieron confirmadas a ojos de muchos cuando los heraldos divulgaron el compromiso del emperador de reconstruir en el plazo de un año la

ciudad y dejarla más bella y suntuosa, así como de cambiar su nombre por el de Nerópolis, de acuerdo con la costumbre observada por el divino julio, por Augusto y hasta por su madre Agripina de conceder su nombre a villas que erigieron.

«¡A rastras! ¡El césar a los leones!», los gritos se oían con intensidad creciente sin refrenarse ya siquiera ante el palacio de Mecenas, donde el Divino había fijado su residencia. Tigelino acusó la perentoria necesidad de dar con un incendiario; mientras no se tuviese un culpable seguirían arreciando los rumores en torno al emperador. ¿A quién podía atribuírsele? ¿No venía como llovida del cielo la secta de los llamados cristianos que renegaban de los dioses de Roma, como los judíos? Tigelino juró haber visto con sus propios ojos cómo partidas de cristianos habían deambulado risueños por la ciudad en llamas, proclamando con danzas y canciones la llegada del reino de su dios.

Puesto que Nerón nada temía tanto como cualquier rival que pudiese discutirle el poder, declaró a los cristianos enemigos del Estado y profanadores de la religión, bastando bajo esa acusación con las doce tablas de la ley para perseguirlos y condenarlos. Se daba, además, la circunstancia favorable de que el Circo Flaminio, situado en el Campo de Marte, hubiese salido indemne del incendio.

«¡A rastras! ¡Los cristianos a los leones!» sería, pues, la consigna que correría por las calles devastadas. Los pretorianos se encargaron de difundirla hasta los últimos rincones, de suerte que el odio que hasta hacía poco había apuntado hacia el césar se volcó íntegramente sobre el blanco que suponía la secta de los cristianos. Desde su aparición en Roma, la secta había gozado de escasas simpatías populares, ya que sus miembros se inhibían de la vida en sociedad rehuyendo los juegos, el teatro y cualquier tipo de manifestación pública; circulaba además el rumor de que en las reuniones que solían celebrar de noche en los barrios pobres practicaban el sacrificio de recién nacidos. Una vez promulgada la acusación de atentar contra el Estado bastaba la declaración de un único testigo para condenar a un cristiano a muerte; si era romano se le decapitaba, si era extranjero o esclavo se le aplicaba garrote y se le crucificaba o se le arrojaba a las fieras en los juegos que tenían como escenario los circos.

Ya a gran distancia percibió Afrodisio el sinnúmero de antorchas que había plantadas ante la ciudad. Había anochecido y las pesquisas en torno a Popidio Pansa lo habían retenido en Pompeya más de lo deseado. Los caballos seguían su lento camino hacia Roma; él se sentía cansado y tenía la espalda dolorida a causa del traqueteo del viaje.

—¡Pero mira! —El pompeyano le dio con el brazo al cochero.

—¡Si son antorchas vivas!

A medida que se aproximaban vieron más claramente qué ocurría: a ambos lados de la calzada ardían cientos de personas. La guardia pretoriana se afanaba con gran estrépito en atar a los cristianos a estacas y cruces, rociarlos de brea y prenderles fuego. Una vez convertidos en antorchas, los atormentados sujetos ejecutaban

desmañadas evoluciones, semejantes a danzas primitivas o asiáticas, mientras que, apretujados como un enorme gusano en una muchedumbre que no terminaba de salir de la ciudad y extasiados a la vez con las teas, los romanos se reían y batían palmas.

Apiñados en pequeños grupos, atados unos a otros con sogas, cantando y recitando a voz en cuello sus oraciones, aguardaban otros su suerte. Vertían lágrimas de dolor al presenciar el dolor de sus correligionarios, pero eran raros los lamentos o las expresiones de miedo. Muchos de los destinados a morir llegaban a transmitir la sensación de acudir felices a la cita; cerraban los ojos, alzaban los brazos al cielo, dejaban hacer sin oponer resistencia a la actuación de los pretorianos e incluso pronunciaban amables expresiones de despedida.

El olor que emanaba de los cuerpos humanos en llamas era tan penetrante que paralizaba los pulmones, de modo que Afrodisio mandó detener el carro; de todas maneras era impensable avanzar contra aquella marea de mirones que estirando el cuello por ver algo bloqueaban el camino y lo desbordaban apiñados entre las tumbas de romanos ilustres a ambos lados de la calzada. También el pompeyano se sintió atraído por el estremecedor espectáculo, por lo teatral de la multiplicación de la muerte, por las teas humanas que sumían la Vía Apia en el centelleo de una iluminación sanguinolenta y por los cristianos, que mantenían la frente alta en su camino hacia la muerte.

En carne propia había comprobado él cómo en presencia de la muerte el cuerpo se resiste a obedecer órdenes, cómo los sentidos lo confunden a uno deformando lo que se piensa y pensando sólo en una cosa: sobrevivir al peligro. Pero aquellas personas parecían no tenerle miedo a la muerte, venían a resultar tan invulnerables como el león de Nemea, contra el cual no se conocía arma humana alguna, hasta llegó Hércules y lo estranguló. ¿Qué fuerza oculta los inspiraba? ¿Qué convicción les daba la certeza de que la muerte no era sino el inicio de una vida nueva y mejor?

Ciertamente, la mayoría de los seguidores de la nueva secta eran pobres y desposeídos, esclavos especialmente, aunque también romanos de nacimiento, de los que suelen vender al mejor postor el derecho a voto y no pasan de la asignación mensual de unos celemines de trigo. Pero también Afrodisio procedía de una familia humilde, su padre había sido esclavo, y nunca se había sentido atraído por la secta; al contrario. Como consecuencia de la formación griega de que había gozado en Pompeya, no veneraba a los dioses de Roma, aunque conociese todos sus mitos y los apreciase, siendo Júpiter para él sólo una manera diferente de llamar a Zeus, Minerva una representación de Atenea, y Neptuno sólo un segundo Poseidón, pues en fantasía y dotes poéticas los romanos iban a la zaga de los griegos. Además, seguía suponiéndole un gran esfuerzo aceptar a las divinidades típicamente romanas, tales como la diosa Concordia, la diosa Clemencia, la diosa Fides —de la lealtad— o los dioses *Pallor* y *Pavor* (del terror y el espanto), figuraciones hueras, demasiado abstractas, tan distantes de los dioses humanizados del Olimpo como los templos egipcios del gato o el chacal respecto a los dólmenes de los druidas británicos.

«¡Arde, arde!» gritaban los romanos contemplando las antorchas vivas, «¡arde, arde!», de igual manera que en el circo azuzaban a los gladiadores. Algunos se ponían a bailar ante los cristianos envueltos en llamas, escarneciendo sus violentas sacudidas, otros corrían de hoguera en hoguera con una tea en la mano, ayudando a reavivar el fuego allí donde las llamas fuesen a apagarse.

Imágenes estremecedoras, cuerpos humanos calcinados como si fuesen troncos de árbol, ancianos y doncellas con los pelos ardiendo y los ojos desencajados, colgados de cruces tambaleantes mientras que los que aguardaban turno volvían la espalda por no enloquecer. Como las existencias de cruces y estacas no daban abasto para ejecutar a todos los reos de una vez, había unos centenares de ellos esperando a su final, diseminados en pequeños grupos y atados unos a otros, víctimas frecuentes de las pullas de los transeúntes.

Afrodisio sintió un profundo malestar; era la insólita sensación de proximidad de la muerte ya notada en el Tuliano, que recordaba a la rebelión del vientre que se sufre con una tempestad en alta mar. Aquel día eran los cristianos, pero el día siguiente sería la oposición política al césar la que sucumbiría a ese final; ni sus propios amigos podían sentirse a recaudo de los caprichos del Divino, ya se había visto en el pasado. El pompeyano se sintió débil e impotente para contener aquel delirio; pero su cólera se atemperaba con la lección del amo Sereno: el dinero es poder.

Al pasar le rozó la mirada de una muchacha que, atada, esperaba como una res en el mercado el momento de su ejecución. Se distinguía de los demás hombres y mujeres que en aquel hato arrostraban la hoguera con resignación por su manera de temblar; se le agitaba el cuerpo entero como las hojas del roble de Dodona. Cabeza, manos y rodillas se le estremecían con tan rotunda vehemencia que ni las palabras de aliento de un anciano ni la bofetada que le propinó el centinela surtieron efecto. ¡Leda! El pompeyano estaba completamente seguro: la criatura que así temblaba era la Leda de la fonda del Circo Máximo. No se olvida nunca la primera sonrisa que le dedican a uno en la gran ciudad. ¿Qué podía hacerse, por Júpiter? ¡No podía contemplar cómo embadurnaban y prendían fuego a aquella muchacha temblorosa! El pompeyano se acercó a ella:

—¡Leda! —exclamó impotente y avergonzado a la vez por su desamparo.

La muchacha parecía no escucharlo; lo miraba sin verlo, como si en la lejanía divisase la meta largo tiempo ansiada.

—¡Leda! —repitió Afrodisio.

Al centurión que montaba guardia no le había pasado inadvertida la maniobra. Acudió en el acto intimando al pompeyano:

—¡Vete de aquí! —Y al ver que Afrodisio se llevaba la mano al cinturón desenvainó su espada figurándose que iba a sacar un arma.

—¡Idiota! —exclamó Afrodisio mostrándole la bolsa al soldado, quien dio primero un respingo y luego frunció el entrecejo.

—A un pretoriano del divino césar no se le corrompe.

—¿De qué corrupción hablas?

—¿Pues qué hay en esa bolsa, si no es dinero?

Afrodisio sonrió contrariado:

—Dentro va mi gratitud que te habrás ganado en cuanto sueltes a esta muchacha.

—¡Jamás! —murmuró el centinela mirando a su alrededor, por comprobar si había alguien presenciando la conversación—. ¿Y qué… —prosiguió al final—… hay en esa bolsa aparte de tu gratitud?

—¡Mira tú! —replicó el pompeyano lanzándole la bolsa con agilidad. El otro la agarró al vuelo haciéndola desaparecer como una centella bajo las correas de su uniforme temiendo que pudiera haber testigos.

—De cinco mil sestercios no baja —indicó Afrodisio de pasada.

—¿Cinco mil? —El pretoriano desenvainó la espada y se dirigió hasta la muchacha cortando de un tajo certero la soga que la unía a los restantes cristianos. Afrodisio la tomó por los hombros y así la condujo entre la muchedumbre de mirones hasta llegar al carruaje. Leda se dejaba llevar sin darse cuenta de lo que ocurría. Seguía temblando cuando el pompeyano la aupó al carro y le dio al cochero orden de dar la vuelta.

—No tengas miedo —le dijo Afrodisio mientras procuraba colocar la mano de la muchacha entre las suyas, pero ella la retiró tan fulminantemente como si la hubiese mordido una serpiente.

—No tengas miedo —repitió el pompeyano—, te llevo a un sitio seguro; iremos por el camino de los montes Albanos.

Afrodisio se inclinó hacia adelante para hablar con el cochero. La muchacha se acurrucó atemorizada en el último rincón del carro, como liebre acosada por los perros; los ojos le refulgían de tal modo que Afrodisio llegó a temer que no fuese a saltarle encima como una presa de caza en peligro de muerte.

—Leda —intentó Afrodisio serenar a la desesperada muchacha—, te has salvado, Leda ¡estás libre!

Al oír su nombre, la joven detalló con mirada inquieta al desconocido, aunque sin llegar a reconocerlo en la oscuridad.

—No te acordarás de mí —dijo el pompeyano—. Hará unos años llegué a Roma con mi esclavo y pasé una noche en la fonda de tu padre; creo que se llamaba Mirón.

Al pronunciar Afrodisio ese nombre Leda se llevó las manos a la cara, viéndose el cuerpo de la muchacha estremecido por una intensa aflicción.

—¿Y tu padre, dónde está?

Leda le mostró las muñecas y Afrodisio comprendió.

—¡Estabas atada a él! —exclamó el pompeyano, a lo que la muchacha hundió entre sollozos la cabeza contra el pecho.

Afrodisio vaciló un instante, después se abalanzó sobre el cochero:

—¡Gira! ¿Me oyes? ¡Y fustiga los caballos!

El carruaje botaba sobre el pésimo pavimento como sillar rodando cantera abajo

en el monte Claudiano, mientras Afrodisio gritaba continuamente:

—¡Deprisa, más deprisa!

Al avistar en la Vía Apia el espectáculo de las antorchas el pompeyano mandó parar y virar.

—¡Ven! —dijo él con aplomo mientras la tomaba de la mano. La muchacha lo siguió, indecisa y apremiante a la vez, pues amaba a su padre, un padre que para ella había sido padre y madre.

Empleando el puño se abrió paso Afrodisio entre la masa de danzantes y embelesados mirones.

Se detuvo al llegar al punto donde había liberado a la muchacha. De nuevo le sobrevino a Leda el temblor que amenazaba con troncharle el cuerpo entero y cuando se percató de que el grupo de los cristianos maniatados ya no se encontraba en el lugar, se lanzó deshecha en llanto contra el pecho de Afrodisio. Éste la oprimió los labios con su toga para que nadie descubriese su dolor.

—¡Leda! —balbució impotente Afrodisio una y otra vez—. ¡Leda!

Miró él a su alrededor. Maldita sea, si él ni le conocería la cara.

—Leda —dijo él—, te voy a pedir una impiedad, lo sé, pero será la única manera de que podamos salvar a tu padre: tienes que echar una ojeada, mirar, a ver si descubres a Mirón por algún sitio.

La muchacha comprendió. Como una criatura se aferró al brazo del pompeyano y con éste desfiló ante la falange de antorchas humanas. Seguía habiendo hatos de gente esperando a su ejecución como si fuesen animales y Leda, al límite de sus fuerzas, fue examinando con minuciosidad los rostros iluminados de rojo. A las miradas inquisitivas de Afrodisio respondía negando con la cabeza.

La muchacha corría un serio peligro de ser descubierta. De modo que los pasos del pompeyano fueron abreviándose a medida que avanzaba. Al principio no se dio cuenta de que Leda había dejado de usar las piernas y de que él la llevaba colgando del brazo como una presa. Bastó una mirada para hacerse cargo del horror: en silencio, con las mejillas temblorosas, Leda observaba boquiabierta a un centurión que prendía fuego a una cruz. La llamarada se esparció ruidosamente por el cuerpo desplegado del hombre, que tuvo tiempo de emitir un grito breve y sonoro.

Leda se aferró al brazo hasta hacerle daño, en una suerte de dolor que aliviaba, pues dolor era lo único que podía sentirse en aquellos momentos. Súbitamente, Leda cayó en silencio al suelo.

Afrodisio la cargó sobre ambos brazos y regresó con ella al carruaje. Deseaba llorar, pero no encontró las lágrimas; hay sentimientos en la vida más intensos que las penas que producen lágrimas. La máxima del sabio Sófocles martilleaba en su cerebro: «Muchas cosas hay espantosas, pero nada tan espantoso como el hombre».

Sobre todas las cosas apreciaba él la erística, el arte de la disputa dialéctica tal y como la practicaban los griegos tanto para hablar por hablar como para dirimir cuestiones trascendentales; y a falta de contendientes mejor dispuestos, Anneo

Séneca tenía que conformarse con pasear arriba y abajo, sujetas las manos a la espalda, como correspondía a todo buen discípulo de Aristóteles, dedicándose a sí mismo términos altisonantes que llegado al fondo de la galería recogía uno a uno, los ponía como el escéptico Carneades en entredicho y los deshilvanaba de nuevo tras recapacitar sobre ellos con la sabiduría de un Sócrates. Por más que Séneca admirase en los cínicos la carencia de necesidades, la imagen que le devolvía el espejo encajaba sólo a grandes rasgos con la de ellos, pues según él la riqueza era algo demasiado agradable como para cedérsela a los demás, eso por un lado. Por otro, sentía él el prurito del orgullo; no, desde luego, por el vestuario, por el corte de pelo o por la barba que gastase; no, de lo que se jactaba era de sus ideas, con la particularidad de considerarse el mejor facultado para rebatirlas. Jugaba, por tanto, ajedrez consigo mismo, desplegando torres de ideas, enrocando reyes y damas… por supuesto, sin dejar nunca de dictar tales diatribas dialécticas al ágil estilo de un amanuense, porque a diferencia del ajedrecista que se gana o se derrota a sí mismo para dejar luego las piezas recogidas en su caja, la ambición de Séneca era legar todas y cada una de sus palabras a la posteridad.

Así conversaba Séneca, mientras disfrutaba del fresco de la noche de la Campania, sobre todo lo que le venía a la cabeza acerca de la conspiración traicionada. El único testimonio de valentía lo había procurado Epicaris; la masa había sido cobarde y dos hombres (Esquevino y Natalis) habían desvelado la contraseña y la identidad del cabecilla de la conjura: Pisón, desencadenando con ello la muerte de muchos romanos. El propio Pisón logró adelantarse a los pretorianos (Tigelino había elegido a los más jóvenes para que le acompañasen, temeroso de que los mayores se pasaran a la conjura) abriéndose las venas en cuanto presintió que la desgracia iba a por él, dejando un testamento con infamantes lisonjas al césar con el que procuró ahorrarle a su bella y amada esposa el mismo final.

Y habiendo presentido Séneca que también a él le había llegado la hora estuvo conversando monótonamente con Paulino acerca de la brevedad de la vida. No había allí otro Paulino que él mismo; Séneca disertaría con la elocuencia del maestro y se escucharía a sí mismo con las solícitas ganas de aprender del discípulo, sin que el amanuense cesase de tomar nota:

—El común de los hombres, Paulino, se lamenta de la aberración que supone haber nacido para vivir tan corto espacio de tiempo y de que, con la celeridad y precipitación con que se extingue el plazo, la mayoría de ellos, todos podríamos decir, fallecen en plenos preparativos para vivir.

—… fallecen en plenos preparativos para vivir —repitió el amanuense.

—Fíjate, Paulino, con qué ansiedad aspiran los hombres a vivir mucho tiempo. Viejos decrépitos hacen votos por rebajarse años engañándose de ese modo a sí mismos, hasta el extremo de creerse que pueden engañar a la muerte. No tengas envidia, pues, si ves una toga purpurada que utilizada varias veces presenciase la celebración de alguien en el foro. Son méritos que se pagan con la vida.

Cuántos no darían todo lo que poseen con tal de que uno solo de los años de los demás llevase su nombre por haber sido él cónsul…

El monólogo se vio interrumpido por un estrépito procedente del exterior del muro. Séneca se puso en pie sobre el banco que tantas veces había ocupado en verano para mirar las estrellas, las dueñas del destino de los hombres según los egipcios, pero Séneca no creía en esas cosas. Pese a la oscuridad de la luna nueva el huerto apareció sumido en una luz viva. La finca estaba rodeada de soldados que portaban antorchas, eran centenares en perfecta formación, un cerco prodigioso.

Impávido salió Séneca a recibir al tribuno de la guardia pretoriana, quien se anunció por su nombre, Gavio Silvano, invitándolo a beber con él una copa de falerno de tiempos del divino Tiberio sin abusar del jarro de mezclas.

Como el encuentro era ya de por sí aborrecible, Silvano aceptó gustoso el vaso que se le ofrecía antes de ir al grano y declarar en nombre de Tigelino que Natalis lo acusaba a él, a Séneca, de participar en la conjura de Pisón, ante lo cual él, Tigelino, exigía una explicación. El episodio no carecía de ironía, pues Séneca sabía de sobra que quien formulaba la pregunta también había estado en la conspiración, mientras que a Silvano le constaba perfectamente que las simpatías mostradas que Séneca siempre les profesó, el filósofo siempre había declinado sumarse a la conjura. Así las cosas el sabio anciano despachó al tribuno con el recado por respuesta de que si era él quien había hecho de Nerón lo que había llegado a ser, ¿qué interés podía perseguir con su muerte? Y como no temía a la muerte, sino únicamente a la indigna forma de morir que le aguardaba si dejaba que la ineluctable Átropo actuase por su cuenta en el momento de cortarle los hilos de la vida, llamó Séneca a su mujer Pompeya Paulina, a su amanuense y a sus sirvientes para anunciarles la decisión de partir de su grado de esta vida, visto que después de haber matado a su madre y a su esposa Nerón no vacilaría en el momento de acabar con su maestro y educador.

Por reconfortantes que fuesen los términos empleados y cariñosa la despedida, Pompeya Paulina insistió en su voluntad de morir junto a su esposo; y lo haría sin contemplaciones. Séneca amaba a su mujer, pero por más objeciones que le puso ella se mantuvo inconmovible. Así pues, se suicidaron y la muerte premeditada de ambos no merecería mayor comentario de no exigirlo precisamente las cotas trágicas que alcanzó.

Tras las copiosas lágrimas de despedida de la servidumbre, Séneca y su esposa se dirigieron al dormitorio sin mediar palabra. El viejo portaba una cuchilla de brillante filo y el aro que con él se trazó en la muñeca se expandió con celeridad, tras lo cual le entregó con una sonrisa la cuchilla a su esposa. Sin mayor esfuerzo, como si se tratase de la acción más natural del mundo imitó Paulina el proceder de Séneca recostándose a continuación en el lecho, con los brazos desplegados como Dédalo sobrevolando la cálida Sicilia.

Pero si bien la muerte acostumbra a sobrevenir rápidamente y por sorpresa, la acción de morirse es tarea prolija y tan fastidiosa a veces como la propia vida; los dos

viejos aguardaron en vano durante horas.

Para evitarle a Paulina el cruel espectáculo que supone ver la sangre de la persona estimada, Séneca se levantó y salió de la estancia, no sin decir antes:

—Aun semejándose la resolución con que cada cual de los dos ha decidido quitarse la vida, la gloria de tu muerte es tanto mayor. —Acto seguido se acomodó en otra estancia abriéndose las venas de las piernas y las corvas para acelerar el paso de la muerte. El cuerpo se le cubrió de vacilantes regueros como los que discurren Vesubio abajo en la hora del deshielo cuando llega la primavera campania, pero Séneca no llegaba a morirse; con mucha lentitud se iba la vida del anciano cuerpo.

Los sirvientes que acudieron a comprobar si lo comenzado se había consumado oyeron de sus labios el deseo de continuar dictando, puesto que mientras la sangre siguiese caliente debía perseverar en la búsqueda de lo mejor. Los amanuenses acudieron con lágrimas en los ojos y dejaron constancia del discurso funerario que se pronunció Séneca a sí mismo, una lección para la generaciones venideras, en la que de nuevo fustigó los afanes vanos, la inicua carrera por alcanzar la felicidad.

—Y sin embargo —sentenció respirando con ahogo—, mientras los hombres aflijan a los demás y se aflijan a sí mismos, mientras se turbe la paz del prójimo, mientras se amarguen mutuamente discurrirán sus vidas sin provecho, bienestar ni progreso espiritual.

Nadie —proseguiría— se figura su muerte, acostumbrados todos a pensar en plazos más largos; hay quien dispone cómo debe ocuparse su lugar cuando la vida se acabe, ya sea levantando grandes panteones, consagrando edificios públicos o mandando que se erijan ostentosas piras funerarias y se celebren soberbias exequias. Invocando a Hércules propondría Séneca que los entierros de esa gente se realizasen conforme al ritual seguido con los niños, que han vivido poco tiempo; esto es, de noche, a la luz de velas y antorchas.

Pero el ángel de la muerte, el hermano del sueño, el hijo de la noche, rehuye con su negra túnica a quienes le salen al encuentro con obstinación. Impaciente al ver que no podía morirse, Séneca reclamó el veneno que como todo romano notable tenía en reserva, bebiéndoselo al cabo y aguardando de nuevo en vano. Mandó luego que calentasen agua y se aposentó en la bañera; el agua se tiñó de rojo, pero Séneca siguió vivo. Finalmente, los esclavos lo agarraron en volandas y lo trasladaron al baño de vapor, encendieron la caldera hasta hacerla casi estallar con leños de arce nudoso. Séneca murió asfixiado en medio de indecibles sufrimientos.

He ahí el final del filósofo más grande que diera Roma; diríase que Minerva hubiese mandado que las ideas solitarias terminasen su existencia en la misma soledad que habían vivido.

Mientras la transportaban la muchacha despertó y el semblante con que miró al pompeyano transparentaba más recriminación que agradecimiento: «¿Por qué lo has hecho?». No lloró, pues hay una cota del dolor más allá de la cual los sentimientos perecen.

Tampoco Afrodisio estimó oportuno decir nada. Avanzó llevándola en brazos como quien transporta a un pequeño desconocido recién rescatado del caudaloso acueducto juliano, a quien se le regalase de nuevo la vida, como a Osiris, el árbol desnudo elevado por Calígula a divinidad del Estado.

Abúlica, Leda se dejó llevar hasta una de las muchas estancias de la distinguida casa del pompeyano, en la que las paredes estaban adornadas con pinturas propias de un palacio y las vigas negras que entrecruzadas sustentaban la techumbre lucían soles dorados. Frente al lecho, los ojos topaban con una extraña pintura que acababa de ser llevada hasta allí: el nacimiento para el amor de una Afrodita de tersos senos y amplias caderas sonrosadas en el instante de surgir de la espuma del mar. Aunque la espuma se confundía con olas oscuras que se veían calcinadas en sus extremos, como si Hades hubiese vencido en su elemento sobre Poseidón, el dios que sacude la tierra. Dañado en el curso del gran incendio, el cuadro procedía del templo del divino Julio adonde había llegado en calidad de donación de Augusto, pero Nerón había ordenado que se retirase y se sustituyese por otro, obra de Doroteo. El precio de venta, veinte mil sestercios, era irrisorio, máxime cuando la pintura, del tamaño de almacén, no dejaba de ser obra del famoso Apeles y su estado, según los restauradores, era perfectamente recuperable.

Como si la asustasen las llamas, Afrodita mantenía fuera del agua un pie derecho del que caían gotas como perlas, mientras que con la mano izquierda se cubría al desgaire el libidonoso pubis.

Contaba la leyenda que de modelo había servido una mujer extraordinariamente bella llamada Pancaspe, una favorita del rey que había mandado llamar a Apeles, Alejandro Magno, y que el pintor se había enamorado tan perdidamente de ella que comenzó a urdir planes para robársela al soberano. Al episodio, por cierto, se remonta un famoso refrán. Cierto zapatero vio el cuadro y tuvo la ocurrencia de ponerle a Apeles algún reparo por una nimiedad de su trabajo; ni corto ni perezoso, el pintor le respondió que los zapateros harían mejor dedicándose sólo a sus zapatos. Al gran Alejandro le parecieron, no obstante, sospechosas las largas sesiones que el pintor necesitaba para retratar a su favorita; por ellas adivinó (pues, aunque joven, era experto y buen conocedor de los hombres) el talante de fauno que inspiraba a Apeles y finalmente le obsequió a Pancaspe.

Afrodisio le dio de beber a Leda una poción de vino y adormidera; cortada de tallo enhiesto a la hora tercera de un día sin nubes, la amapola segrega como un ama de cría un jugo blanco capaz de procurar después de desecarlo y pulverizarlo el reparador sueño que permite olvidar el pasado, tal y como les ocurrió a los compañeros de Ulises en el país encantado de los Lotófagos. Leda se la bebió con ansia intuyendo de qué se trataba, después se recostó con un profundo suspiro en el almohadón; se echó entonces de ver cómo le hervía la frente.

—Todo se arreglará —dijo Afrodisio; al posarle la mano en la frente notó sus latidos y los espasmos que le contraían la piel. Leda entornó los ojos, quedó por un

momento ensimismada, volvió a abrirlos, y clavó la vista sin pestañear en el techo.

—¿Cómo ha podido ocurrir todo esto? —preguntó el pompeyano tomándole la mano.

Por toda respuesta Leda replicó con otra pregunta, formulada con un hilo de voz titubeante:

—¿Tú has oído cómo sonaban las trompetas?

Afrodisio no entendía de qué le estaba hablando.

—Sí —dijo—, he oído cómo sonaban las trompetas.

Leda miró al pompeyano y por primera vez pudo contemplar los ojos oscuros y enrojecidos de la muchacha; ella declaró:

—Entonces el de Tarso tenía razón.

Al oír hablar del de Tarso, Afrodisio barruntó que se trataba del predicador que años antes había visto en Pompeya:

—Es probable —añadió él por serenar a la muchacha.

—Dijo que al son de la última trompeta los muertos resucitarán y serán transformados.

—Sí, eso es lo que decía el de Tarso.

—¿Pero y si no resucitan los muertos? —Un sollozo estremeció el cuerpo de Leda.

—¿Tu padre y tú os habíais unido a los cristianos?

Afrodisio le oprimió la mano.

—En la fonda los cristianos celebraban reuniones secretas. Mirón creía en lo que predicaba el de Tarso, de un dios que no tiene el reino en este mundo.

—¿Y tú, Leda?

La muchacha guardó silencio.

—¿Y tú? —insistió el pompeyano—. ¿También crees en el dios extranjero?

Se dio cuenta de que la muchacha se había dormido y Afrodisio se atrevió a mirar a Leda como el cazador que contempla su presa, sin los escrúpulos de la compasión y con los ojos del varón que comparte habitación con una mujer.

Pudorosamente al principio repasaron los ojos el recorrido comprendida entre las ennegrecidas plantas de los pies y el cabello apelmazado por las lágrimas y el sudor; pudorosamente al principio contempló los pómulos blancos y rosados que brotaban bajo los ojos, la boca, los labios despellejados y mordisqueados por la excitación vivida, la promesa de aroma de rosas que contenían, las breves cejas de azabache, la media luna que dibujaban las exquisitas cuencas de los ojos. Pudorosamente al principio se recrearon sus ojos en la espesa mata de pelo que ni a greñas y maltratado había perdido su atractivo, y el cuello… con qué suavidad y delicadeza conducía hasta los amables senos. Pudorosamente en un principio contempló los pugnaces retoños ocultos bajo la ropa deshilachada, la redondez del vientre que subía y bajaba alternando su compás con el del pecho. Con qué placidez descansaban las piernas de la ligereza que como plumas daban al hermoso cuerpo, de los pasos que imprimían a

su cuerpo el cimbreo del ciprés. Ya en los pies, la mirada fue a posarse en la pintura de Apeles, en la Afrodita nacida de la espuma, soltándose Afrodisio a comparar, a tasar, a prescindir del pudor; los ojos apartaban ya el vestido para justipreciar las manzanas de sus senos, la flor de su ombligo y cuanto se ocultase más abajo, hasta que prendió en él una llama devoradora.

Desde que Hersilia había muerto, Afrodisio no había tocado a ninguna mujer; tampoco había sentido el apremio de buscar compañía, ni siquiera en el lupanar; pero en aquellos momentos, ante aquella muchacha dormida, se le ocurrieron palabras afectuosas como «lucero», «tesoro», «cariño» o «higüela», algo que nunca había osado decir por la semejanza que guardan el fruto y las vergüenzas. Se recreó murmurando esas expresiones de cariño en voz muy baja.

—¡Amo!

El pompeyano se sobresaltó sintiéndose sorprendido… el brusco despertar de un soñador. Se dio la vuelta.

—¿Quién es? —preguntó Gavio, también asustado.

Afrodisio se levantó llevándose el dedo a los labios y se acercó a saludar al esclavo. Le refirió lo que había sucedido, mientras Gavio, incrédulo en algún momento, miraba alternativamente a su amo y a la muchacha dormida.

—¡Por Cástor y Pólux! —exclamó guiñando un ojo—. ¡No puedes dejar solo al amo una semana! Pobre Mirón. Pero, amo, ¿no habrá sido una imprudencia lo que acabas de hacer?

—¿Imprudencia llamas a salvarle la vida a esta muchacha?

—Digo que Tigelino no te quitará el ojo de encima, sobre todo desde que te estás vengando de sus trapacerías con tus negocios. Ya sabes que nunca suelta la presa.

El pompeyano sacudió con desdén la mano como queriendo apartarse unas moscas invisibles:

—Me necesita y lo sabe bien. Ten por seguro, además, que no pararé hasta que me necesite cada vez más. ¿Y el asunto de los barcos cartagineses?

—Son tuyos, si quieres.

—¿Los tres?

—Los tres. Pero oye el precio: trescientos mil sestercios cada uno.

—Me da igual —dijo Afrodisio tras tomar aire—. Ya me los pagará el césar. Por vía indirecta, al menos.

—¿El divino Nerón?

—Atiende bien, Gavio. El compromiso del césar con cada romano que después del incendio desee volver a levantar su casa es sufragarle la mitad de los gastos, siempre y cuando se haga de acuerdo con los planes del césar, se entiende. Lo que pretende es evidente. Quiere hacer su propio monumento levantando lo antes posible una nueva Roma de las ruinas. Severo y Celer ya tienen el encargo de construir el nuevo palacio imperial, entre las laderas del Palatino y el Esquilino, con jardines, plazas y estanques, y una estatua del césar de ciento cincuenta codos de alto, rodeado

todo de edificios que representen las mayores ciudades del imperio. Lo que molesta son las calles antiguas con sus casas de madera. El Divino tiene ya trazados los nuevos planos para la ciudad, con casas de piedra. Pero para levantar las nuevas hay que retirar los escombros de las viejas. Peones y albañiles hay más que suficientes, ¿pero dónde colocar lo que se derriba? Las montañas de desperdicios, vigas y piedras crecen ya sin tino, cada uno le endosa lo que puede al vecino y el desfile de carros tirados por burros saliendo de la ciudad vieja es permanente. El desalojo de escombros de una sola casa dura a veces varias semanas.

—Me parece que veo por dónde vas —dijo Gavio mientras el pompeyano continuaba:

—Con una flota de cinco barcos organizo en el Tíber un monopolio de retirada de escombros. El material de derribo, además, es espléndido para desecar los pantanos de Ostia. Acto seguido mando las naves a Cartago en busca de trigo, que lo desembarcarán en la misma Roma después de haber vuelto a subir Tíber arriba y la rueda empieza de nuevo.

—¡Espléndido! —El esclavo no ocultaba su asombro.

—Ni una milla de vacío.

Y así fue. Afrodisio compraba trigo en África, luego lo vendía en Roma, y para el viaje de regreso cargaba los barcos con escombros y materiales de derribo, cobrando tan altas tarifas que pronto pudo añadir dos barcos más a la flota. Por otro lado, la producción de los telares florecía como nunca antes, de modo que Afrodisio comenzó a barajar la vía más efectiva de trocar en poder el dinero que cada día lo hacía más rico. La fortuna estaba de su parte, de eso no cabía duda; dando por buena la sentencia de Eurípides que para disgusto de muchos sostenía que los plebeyos suelen tener más suerte que grandeza.

El duodécimo año del reinado de Nerón, los heraldos anunciaron un espectáculo grandioso. En compañía de tres mil caballeros íntegramente armados, la totalidad de su corte, una cohorte entera de magos que por doquier exhibían sus destrezas cosechando aplausos y admiración, el rey de los partos Tirídates avanzaba hacia Roma atravesando para ello Siria, Asia Menor, Iliria y Dalmacia a razón de veinte millas diarias, con objeto de sellar en la capital del imperio la paz con el césar.

Dondequiera que al alegre ritmo de sus címbalos y sus clarines de plata compareciese, el marcial cortejo de uniformes en verde y rojo, los esbeltos y barbudos partos hallaban una acogida extraordinariamente amable, con vítores de entusiasmo y expresiones de reconocimiento por haber depuesto su centenaria hostilidad y acudir como auténticos amigos de los romanos.

Los romanos habían sufrido una infame derrota en Armenia, la sempiterna manzana de la discordia. Peto, el general enviado por el césar, fue desarmado y expulsado del campamento, viéndose obligado a trasladarse por sus propios medios a Siria, adonde llegó en un estado lamentable. A Roma, sin embargo, comunicó que había logrado una victoria memorable; creyéndoselo, el Divino realizó ofrendas de

gratitud y llegó a ornarse con las fementidas plumas de su general hasta que con la siguiente primavera se presentó una legación parta portando un mensaje de su rey Vologaises. Pregonando su clemencia justificaba el permiso de que se retirasen los romanos vencidos, cuando hubiese sido más sencillo dar muerte a cada uno en el campo de batalla.

En contrapartida, solicitaba que el emperador Nerón se aviniese a coronar a su hermano Tirídates como rey de Armenia.

Los senadores tuvieron que aceptar que la decisión de destacar en Armenia a Peto llamado «Cara de plata» había sido un estruendoso fracaso, de modo que ninguno de los *patres conscripti* rechistó cuando el césar encomendó la jefatura de la empresa al viejo general Córbulo, gobernador de Siria.

El prestigio de este hombre parecía haber penetrado el remoto reino de Partia; sea como fuere, los partos se aprestaron a ofrecer la paz, sometiéndose incluso a la autoridad de Roma, siempre y cuando Tirídates, el hermano del rey, fuese reconocido por Roma como rey de Armenia. Y como las grandes victorias no se alcanzan en los campos de batalla sino en la cabeza de los hombres, Córbulo, un insigne general, según puede apreciarse, aceptó. No obstante, reclamó de Tirídates el cetro y la corona reales que un día le había impuesto su hermano Vologaises, puntualizando que en Roma ya se los devolvería el emperador.

Por orden expresa del Divino se cerraron las puertas del templo de Jano, abiertas desde los días del divino Augusto; la divinidad de los buenos resultados, bifronte por mirar a la vez al pasado y al futuro, debía así hacer aparición allí donde más conviniese a Roma. En un trayecto cuidadosamente elaborado, el recorrido de los partos por la ciudad una vez hubiesen accedido a ella desde el norte por la Vía Flaminia discurriría por los barrios que habían resultado menos dañados por el devastador incendio; el césar ordenó que ante los cúmulos de escombros se apostasen cohortes de la guardia pretoriana con su uniforme dorado, lo que ayudaría a disimular la ruina. Como en el teatro, por encima de las montañas de escombros los pretorianos repartieron boletos con suculentos premios, logrando que los feos promontorios se viesen tapados de enjambres de gente y pasaran desapercibidos a los forasteros.

El divino Nerón prefirió dar la bienvenida al rey de la linde oriental en pleno foro, pues el palacio de los césares del Palatino estaba asolado. Solemnes hachones ardían en los elevados pebeteros que rodeaban la rostra, donde el césar aguardaría a Tirídates sentado en deslumbrante trono, mirando a través del rubí tallado con la apatía y el aburrimiento aparente que le eran característicos. Quienes lograron hacerse con un sitio entre las columnas o en las escalinatas de los templos pudieron ver cómo el rey asiático subía rodeado por un enjambre de estandartes los peldaños que conducían al trono y cómo, una vez llegado al mármol verde de la tribuna de oradores, caía de hinojos ante el césar como esclavo ante amo severo y Nerón respondía —así lo habían concertado los negociadores— alzando al postrado y propinándole en la mejilla un beso fraternal.

Los romanos, al acecho siempre de lo teatral como los leones en el circo de la carne de hiena, estallaron en una ovación tan atronadora que las venerables columnas, testigos mudos de triunfos como el regreso de julio César de la Galia o la recepción de Octaviano a la vuelta de Egipto, estuvieron a punto de desmoronarse. Acto seguido, Nerón tomó la corona que Córbulo le había arrebatado en Randeya y se la impuso a Tirídates. Con ello, éste se había convertido en rey de Armenia por la gracia de Roma. Después los pretorianos prorrumpieron con penetrante y sentida voz —había prometido quinientos sestercios para cada uno— en un sonoro «¡Salve César, salve Nerón Claudio Druso Germánico!»; las masas, que coreaban cualquier vítor que reuniese unos mínimos de sonoridad y polifonía, repitieron: «¡Salve, salve, salve!».

No todos los romanos que para el césar debían presenciar la ceremonia pudieron seguirla en el Foro Romano por falta de espacio, de forma que Nerón había previsto una repetición del espectáculo en el Teatro Pompeyo, indemne también tras el incendio y cuyo escenario cubierto con láminas de oro procuraba el efecto del brillo del mar en la puesta de sol. Alineados en las tribunas ocupaban sus asientos los dignatarios sociales en orden jerárquico; allí se encontraban quienes se tenían por tales y deseaban que se les viera, así como los que ostentaban cargos y títulos o los que se conjeturaba que no andaban lejos de ello. La ovación que se oyó en la repetición fue más recatada y decorosa, aunque también sonora y perfectamente comprensible.

Entre el público selecto que aplaudía ocupaban sus asientos en las filas superiores dos hombres que se habían conocido por azar y que sabían el uno del otro más por el trato de sus esclavos que por el mutuo: Plinio y Afrodisio. Cada cual se hallaba bastante al corriente del día a día y los proyectos del otro puesto que sus esclavos bitinios no desperdiciaban ocasión para reunirse a charlar. A Plinio le merecía respeto la insólita ascensión del pompeyano y Afrodisio admiraba la ingente cultura del escritor, quien tenía una respuesta a cada pregunta, como si la suma del saber de la humanidad pudiese caber en una sola cabeza.

Los romanos no habían visto nada semejante desde los tiempos del divino julio, cuando la ptolomeica Cleopatra engalanada con perlas, joyas y zarcillos de oro hizo entrada en la ciudad acompañada del séquito integrado por toda su corte y por los astrólogos más cualificados, en un alarde de exotismo y magia que no defraudó un ápice las expectativas puestas en la princesa oriental. Tampoco ahora quería cesar el alborozo, cada cual tenía algo nuevo que contar del fabuloso pueblo que vivía en la frontera oriental del imperio. Lo estremecedor, decíase, de su aspecto se debía al vigor que confería una bebida extraída de las ramas de un árbol denominado *bratus* que sólo crecía en la región de Sostra, allende el Tigris; recordaba a un ciprés desplegado pero tenía las ramas blanquecinas, en las brasas la madera producía una fragancia arrebatadora, como podía leerse en los libros de historia del divino Claudio. También se alimentaban, decíase, de una hierba desconocida en Roma, la *uropigia*; con ella quedaban inmunes al veneno de las flechas, a los mordiscos de las culebras, a

los sueños eróticos y a los encantos del otro sexo, de manera que la fuerza entera del cuerpo se reservaba para la lucha contra el enemigo. Y del mismo modo que Rómulo, el fundador de la urbe, desconocía el vino y seguía ofreciendo leche en el altar que había levantado, también ignoraban la existencia de todo tipo de viñas, y no sólo eso: execraban el consumo del líquido perturbador de los sentidos de tal modo que quien contravenía el precepto podía correr la misma suerte que la esposa de Egnacio Metenno, ajusticiada con el consentimiento de Rómulo por beber vino.

El entusiasmo se desbordó de nuevo cuando en la repetición de la escena preñada de simbolismo Tirídates cayó de rodillas ante el césar besando el suelo que pisaba el divino déspota y cuando con su habitual hiperplasia levantó el Divino al parto y le impuso sobre los rizos negros la corona de Armenia: «¡Salve, césar!».

Nerón había elegido a conciencia el lugar donde convocaría al público selecto, porque el teatro del Campo de Marte, un semicírculo de cinco niveles con un templo dedicado a Venus Vitrix en lo alto de las gradas, de forma que los asientos servían a la vez de escalinata del templo, había hecho ya historia cuando el divino julio (¡*Et tu, mi fili*!) cayó asesinado en la curia, esto es, justo detrás del escenario del teatro. En un principio, Senado y pueblo de Roma consideraron la posibilidad de derribar la curia a causa de la ignominia del magnicidio, pero la idea no se materializó debido quizá a razones arquitectónicas; la pared maestra del escenario del teatro reposaba contra la curia, reduciéndose el castigo a tapiar la entrada de la curia y a prohibir solemnemente que se celebrasen reuniones del Senado en los malhadados idus de marzo.

Mientras las azacanadas legiones asiáticas desfilaban luciendo sus cascos rojos y una copiosa batería de pendones y estandartes, como si regresasen de una victoria en el campo de batalla, alzaron el trono del césar los oscuros esclavos númidas sobre sus hombros, lo que sólo era posible empleando unas brillantes andas de ébano, para pasearlo por el semicírculo del escenario mientras él agitaba con benignidad los brazos. Tirídates se mantuvo mientras tanto imperturbable en su sitio.

Su altura y su aspecto enjuto infundían en los romanos más respeto que las fasces de los lictores; los romanos eran más bajos que el resto de los pueblos del imperio y particularmente proclives por ello a admirar a los gigantes, como Gabbara, el esclavo de Arabia que con sus nueve pies y nueve pulgadas había sido considerado el hombre más alto de la época en tiempos del divino Claudio; o bien Pusio y Secundila, que excedieron al árabe en un pie. Habían vivido en tiempos del divino Augusto y contrariamente a lo prescrito por la ley (la incineración) habían sido embalsamados como los reyes egipcios y enterrados en los jardines de Salustio. Por brazos debieron de tener tentáculos que midieran lo mismo que la trompa de los elefantes del circo, pues según se sabía de antiguo la distancia que media entre los extremos de los dedos medios con los brazos desplegados no es inferior a la altura de la persona.

En la oleada de entusiasmo, la algarabía de los gritos, el fragor de la multitud se confundirían dos hombres que en ese momento subieron los peldaños de las gradas;

cada uno venía de un lugar diferente, ninguno sabía nada del otro y los dos buscaban a Afrodisio sabiendo sólo que se encontraba allí. El uno era Gavio, y ni Plinio ni su amo, demasiado entretenidos con el espectáculo, se apercibieron de su llegada. Hubo de posarle el esclavo la mano a Afrodisio en el hombro para que éste reconociera al amigo y le preguntase el motivo de la visita. Formando bocina con las manos, se las llevó al oído del amo y dijo:

—¡Popea… ha muerto!

—¡No puede ser verdad! —Afrodisio dio un salto y se acercó aún más a Gavio.

—¡Lo es! —insistió el esclavo.

—¿Pero cómo ha sido? —preguntó Afrodisio desconcertado—. ¿Sabes algo más?

—Estaba embarazada —dijo Gavio asintiendo con el gesto.

—¿Ha sido el césar?

—Dicen… Ayer por la noche tuvieron una pelea. Nerón le propinó una patada. Ella abortó y de resultas ha muerto…

El pompeyano apartó al esclavo dándole a entender que podía retirarse, acomodándose luego en el asiento de piedra junto a Plinio.

—¿Algún percance? —preguntó éste en tono despreocupado.

Afrodisio se encogió de hombros. Al cabo, se inclinó hacia Plinio:

—El césar ha matado a Popea.

Plinio se espantó de tal modo con la noticia que el estilo con que tomaba notas en una tablilla de cera se le cayó al suelo; era de marfil, como correspondía a un escritor, y puntiagudo por un extremo y plano por el otro, el punzón rebotó de tal modo contra el mármol que habría desaparecido bajo la fila de delante si Afrodisio no se hubiese agachado rápidamente a atraparlo. Había empezado a tantear el suelo en busca del estilo cuando oyó un grito, un quejido que él oyó por encima de los gritos de júbilo: al incorporarse para alcanzarle a Plinio el punzón vio cómo de la espalda del espectador que tenía delante salía el mango curvo de un puñal, el arma que había visto ya varias veces, mientras un manantial de sangre oscura manchaba de negro toda la toga. Afrodisio notó un sinfín de ojos fijos en él y miró implorando ayuda a Plinio. Éste fue el primero en sobreponerse; volviéndose pudo ver aún cómo una figura desaparecía tras el pretil más alto; al ir a gritar «¡Detenedlo!» le falló la voz y nadie supo cómo interpretar la desesperación de sus gestos.

En medio del griterío de la gente que los rodeaba, la víctima se desplomó y Afrodisio entrevió que el puñal del mango curvo podía no haber ido dirigido a quien allí se desangraba. No, el objetivo del ataque tenía que haber sido él mismo y el estilo de Plinio le había salvado la vida ¿…o Popea incluso?

Con gran derroche de energías, Plinio consiguió convencer a los soliviantados espectadores de que Afrodisio no había sido quien había hecho uso del arma, sino todo lo contrario, el blanco del puñal, corroborando los vecinos de grada esa impresión al atestiguar que el pompeyano aún estaba buscando el punzón debajo de los asientos cuando sobrevino el atentado. Fue así como Afrodisio escapó a una doble

fatalidad mientras las parcas continuaban tejiendo los hilos de su vida según resolvían los dioses.

8

AUNQUE JOVEN en años, a Afrodisio le apetecía retirarse a puerto seguro, no en vano las olas de la vida lo habían baqueteado más que a cualquier romano de su edad. Su forma de pensar y su vida habían experimentado una profunda transformación a raíz del atentado en el Teatro de Pompeyo, del que había salido tan milagrosamente ileso que en el Capitolio le sacrificó a Júpiter óptimo dos toros con la cornamenta dorada, uno por haberlo salvado y el otro porque la declaración de Plinio lo hubiese librado de la acusación de homicidio. Como otros hombres de su posición, no salía a la calle si no era en compañía de una caterva de esclavos, robustos bitinios todos; tampoco olvidaba nunca llevar consigo el estilo que le había salvado la vida y que Plinio le había regalado.

Un extremo se le había iluminado rápidamente con el atentado frustrado: por no tener, un desarrapado no tiene siquiera enemigos; pero no bien se te cuenta entre los *beati possidentes*, la clase en apariencia dichosa de quienes disfrutan de patrimonio, no es menester buscarte enemigos porque los hay con creces. La compasión que se siente por los pobres contribuye a la propia edificación espiritual mientras que la envidia es puro trastorno espiritual que muy pocos consiguen combatir. Si al nacer te colocó Cloto, la parca, las riquezas en la cuna, no será mayor la envidia de los hombres que la dirigida a tu padre por poseer un centenar de esclavos y unas viñas en Alba, donde la uva es dulce, o en Sorrento, donde posee propiedades curativas tan indicadas en las convalecencias. Tampoco un olivar a escasas cuarenta millas del mar, en el límite pues de su rendimiento, alienta mayores envidias; por más que nadie que haya plantado un olivo llegue a vivir lo suficiente como para cosechar sus frutos. Pero cuanto hayas conseguido atesorar con el trabajo de tus manos o a costa de quebraderos de cabeza, eso sí se convertirá en blanco de innumerables envidias, por

más que lo único que se ponga de manifiesto sea la propia incapacidad.

Afrodisio consideró conveniente volver la espalda a todos los envidiosos cuya hostilidad se había granjeado, empezando por Tigelino, el prefecto de la guardia pretoriana, y regresar a Pompeya.

Como el número de *frumentarii* había alcanzado unas proporciones desconocidas hasta entonces en Roma convenía así mismo mantener escondida a Leda; a esas alturas la había adoptado a su cargo y la adoraba como Pigmalión, el rey de Chipre que venerando la estatua ebúrnea de una doncella suplicó a Afrodita que le diese vida. Pero lo que a Pigmalión le fue dado a costa de oraciones continuó vedado para el pompeyano por más que imploró a Afrodita: ante su salvador, la muchacha se limitaba a mostrar la gratitud de la razón, nada más pero tampoco nada menos.

El día siguiente a las Fontinalias, la jornada en que los días empiezan a acortarse, Afrodisio salía de Roma con trece carros llenos de valiosas pertenencias y la confianza de que podría avivar su propia lumbre lejos del hervor de la capital. Además de Leda, su hijo Hersilio y el fiel esclavo Gavio, a quien ese día otorgó la libertad pese a sus protestas (ahora tendría que procurarse un sustento, cuando antes no le había faltado de nada), acompañaban a Afrodisio Urgulanila, el ama de cría con apariencia de diosa Securitas, la esclava Zugrita, los dedos más ágiles y suaves que podían encontrarse entre la Partia y las Columnas de Hércules, y un puñado de guardaespaldas y esclavos mayorales camino de la hacienda de Pompeya. De las propiedades romanas, en particular la dirección de los telares, se ocuparía Polibio; tras el fallecimiento de Popea se había quedado sin empleo pues al césar le había faltado tiempo para liquidar todas las propiedades de ella.

Dejar a Marcó Silano en su cargo fue algo que desconcertó al administrador, quien interpretó como un castigo continuar desempeñando su trabajo cuando el dueño conocía sus trapacerías; para el pompeyano, sin embargo, ésa era precisamente la garantía para no temer más irregularidades.

La quinta, que ahora llevaba su nombre, tenía la forma de una gran T. Aunque sólo hubiera podido apreciarse desde lo más alto de los espigados cipreses negros que como nereidas del templo de Janto rodeaban la mansión. Desde la altura, habría sorprendido al observador comprobar que la mitad izquierda de la nave superior de la T era más saliente y más ancha que la derecha; se trataba de una edificación ulterior, que aumentó con el paso de las generaciones: alberca, *apodyterium* para desnudarse, *calidarium* y *praefurnium* para encender el fuego. Por añadidura, si se entraba a la casa por el frente sur (sólo lo hacían los señores, pues el servicio tenía su propia entrada al oeste y habitaba unos minúsculos cuartos adosados a la mitad izquierda de la nave superior de la T) la planta de la casa pasaba definitivamente desapercibida porque se asentaba sobre una ligera pendiente de forma que el *viridarium*, el centro de la nave superior quedaba una altura por encima de la entrada y para llegar a él había que subir unas escaleras. El cuadrado central de ese *viridarium* poblado de plantas exóticas lo formaban dieciocho columnas corintias

alrededor de las cuales había un ancho pasillo de mármol con esculturas de origen arcaico y bancos también de mármol a los lados. Pero vayamos por partes.

Con la estrechez característica de las casas rurales que de noche se convertían en fortalezas inexpugnables, el portón principal se abría a un pasillo flanqueado por dos diminutas *cellae* donde los esclavos porteros vigilaban que nadie entrase en la casa sin anunciarse. En ese pasillo quedaba a la vista la obra de ladrillo, patente también en la parte frontal de la mansión, o sea en el palo de la T.

A esa variedad de ladrillo se le llamaba tetradoron, lo que en griego significaba «cuatro palmas» de la mano, y eso medía, en efecto, el ancho de cada ladrillo. La construcción con ese tipo de pared maestra era netamente más cara que la de mampostería; pero en casas de una planta al menos, su resistencia era superior a cualquier otra construcción porque la hilada de ladrillo cedía en los seísmos; en las provincias de Asia y Acaya había edificios de ladrillo que habían subsistido siglos enteros, como el panteón del rey Mausolos en Halicarnaso, los templos de Zeus y Hércules en Patrás o el palacio del rey Creso de Lidia en Sardes, que en aquel momento albergaba un asilo para ancianos. En Roma, donde por la escasez de suelo las casas tendían a crecer en altura como en ningún otro sitio, apenas se edificó con ladrillo porque la propia fragilidad del material suponía un grave riesgo en casas de cinco y seis pisos, que podían desplomarse.

A diez pasos de la puerta se hallaba el atrio, un espacio alto, sin muebles, abierto hacia el cielo y despejado hacia adelante, hacia donde estaba el *viridarium*. Bajo la abertura practicada en el techo, a la vista pues de la celeste bóveda del cielo de la Campania, se encontraba el *impluvium*, un aljibe rodeado de escalones de mármol blanco donde se recogía el agua de las escasas lluvias; sus dos palmos de profundidad contenían peces dorados y proporcionaban un agradable frescor en verano.

Las paredes a izquierda y derecha se veían fragmentadas por pilastras con capiteles corintios, proporcionando una cálida acogida los tonos rojizos, marrones y azul marino de los ladrillos del conjunto. Entre pilastra y pilastra se abrían unos estrechos vanos sin puertas a otros tantos espacios laterales iluminados desde el atrio, ya que a pesar de dar al muro carecían de ventanas. En uno de ellos faltaba por completo el cierre frontal, pudiéndosele considerar una especie de gran hornacina; en las casas acomodadas se conservaban en esa estancia llamada ala las imágenes de los antepasados. Los pedestales vacíos y los rastros dejados en las paredes revelaban dónde habían estado expuestas. Aparte de tales recuerdos, Popea no había retirado ningún otro elemento de la casa.

El mosaico del suelo mostraba un abigarrado cuadro de vida marina (anémonas, pulpos, moluscos, delfines) dominando en el conjunto el azul turquesa entreverado de vivas manchas de color. El delfín era el animal preferido de los pompeyanos; en ninguna casa dejaba de estar representada esa pintoresca criatura de una forma u otra desde que en el reinado del divino Augusto un muchacho de las proximidades hubiese mantenido una estrecha amistad con un delfín.

El muchacho tenía que ir cada día a la escuela desde Bayas hasta Puteoli y recorrer, en consecuencia, el largo camino que une las dos villas por el interior de la bahía cuando por mar una y otra quedaban al alcance de la vista. El niño le llevaba cada día pan al delfín, que emergía del agua, le ofrecía al chico su grupa y lo llevaba a la otra orilla; de esa manera estuvo cruzando durante varios años las aguas para ir a la escuela, como todo el mundo podía ver. Al cabo del tiempo, el muchacho cayó enfermo y murió; el delfín continuaría presentándose cada día en el mismo sitio y aunque le daban de comer parecía triste, hasta que finalmente también murió; los pompeyanos no dudaron en atribuir su muerte a la melancolía.

El *tablinum* presentaba asientos a ambos lados; se trataba de una sala de visitas completamente abierta al atrio y separada por cuatro columnas del *viridarium*, la terraza que en su apertura arquitectónica conjugaba los árboles y setos propios con la cima del Vesubio vecino. Las altas paredes estaban decoradas con pinturas en vivos colores otoñales realizadas al encausto, técnica de origen griego. Pese a las pullas que se les dedicaban (por ser zurdos como Turpilio o mudos como Pedio, o por pintar sólo cuadros minúsculos como Titedio Labeo), los escasos pintores romanos consignaban su trabajo con un *pinxit*, mientras que los griegos firmaban con enékaen por la singularidad del procedimiento empleado; no significaba «lo pintó», sino «lo abrasó». *Praxiteles enékaen* significaba, pues, «Praxíteles lo abrasó».

La celeridad era el secreto de aquella técnica que asombraba por su textura vítrea y, en contraste con el deslucimiento característico de la pintura mural, por la calidad mate de su brillo. La base se formaba con varias capas de arena y cal que una vez secas se cubrían con cera caliente y yeso molido. Al enfriarse, se pulía la superficie «abrasada» y ya podía pintarse con colores aplicados así mismo con cal, arcillas y ceras. Casi todas las casas de la ciudad exhibían muestras de esa pintura mural en un alarde de superación del vecino. No cabía, sin embargo, duda de que Afrodisio poseía las más bellas de toda Pompeya.

Una vez acomodado en el *tablinum* y dependiendo del lugar asignado por el dueño, el visitante podía contemplar el plácido alumbramiento de Apolo a la izquierda, o la lucha de Apolo con el dragón a la derecha; podía ver a la sonrosada diosa Leto que contemplaba asida a una palmera el baño del recién nacido en las límpidas aguas del Egeo a cargo de la madre y diosa de los mares, Anfitrite, bien cómo el muchacho bravío le clava la espada en el vientre al dragón Pitón y consigue, *ipso facto*, que mane sangre de la roca délfica.

La subida al *viridarium* que se abría desde el *tablinum* quedaba reservada a los más allegados. La terraza era el espacio que ocupaba mayor superficie de la casa y separaba la zona de baños de la derecha de la de dormitorios y salas situada a la izquierda mediante la fragante barrera de árboles y arbustos traídos de todo el imperio: ciruelas damascenas de Siria, melocotoneros del Éufrates, azarollos de África, manzanas castradas (llamadas así porque carecían de semillas) de Bélgica, mirtos del monte Ida, torvisco pelásgico también llamado «corona de Alejandro» y un

laurel de la novena milla de la Vía Flaminia, donde crecía un seto llamado Ad gallinas, «Para las gallinas».

El curioso nombre se remontaba al divino César Augusto, cuya esposa Livia Drusila se detuvo a descansar en el lugar siendo aún su prometida, y estando allí sentada le depositó un águila en el regazo una gallina blanca, sana y salva. Al ver que la gallina portaba una rama de laurel en el pico los adivinos auguraron gozosos que llegarían días de gloria. En prenda de gratitud, el césar mandó que aquella gallina y su descendencia fuesen cuidadas como hijos, a la vez que se plantaba el laurel que se convertiría en el célebre seto. Una vez pacificado el imperio, tomó Augusto una rama de ese seto, trenzó con ella una corona y se la colocó triunfalmente en la cabeza. Y como él había sido el más agraciado por Fortuna y su cuerno de la abundancia, los restantes césares prosiguieron esa misma costumbre.

El centro de la mitad izquierda lo ocupaba un triclinio con cabida para un centenar de invitados, sobre el cual habrá ocasión de volver. Junto a él y orientados hacia el norte se contaban tres *oeci*, salas sin ventanas a las que se entraba desde el pasillo que conducía a la cocina y a las habitaciones del servicio. Más al sur y tras otra sala se encontraban el *vestibulum*, un vestidor, y el *cubiculum*, el dormitorio del amo, disponiendo éste de un minúsculo acceso a la letrina. Sin paso directo a la vivienda del amo tenían su alojamiento sirvientes y esclavos en la zona posterior, a su entera satisfacción y a razón de cuatro por habitáculo.

A cierta distancia de la mansión había una edificación con aljibe y horno de pan en el patio, diversas cuadras para caballos y otros animales, almacenes, bodegas y un *thermopolium* donde el personal efectuaba sus comidas. Ni la mansión ni la alquería habían sufrido daños con el gran terremoto.

La propiedad tenía una superficie de cuatrocientas mil yugadas; se contaba, pues, entre las cuarenta mayores propiedades de Pompeya y empleaba entre esclavos, artesanos, vendedores, sirvientes y amanuenses a más de seiscientas almas, que se repartían entre el cultivo de cereales (dos o tres cosechas), el cuidado de los frutales (tenían fama los higos de la Campania, pero también los membrillos, los melocotones, las almendras y las manzanas), el trabajo en el olivar y el cultivo de las viñas.

La vid constituía un negocio particularmente rentable ya que en ninguna otra parte del mundo crecía la cepa tan alta y recia como en la ladera del Vesubio; no era raro ver el matrimonio que formaban vides y álamos, muy abundantes éstos, formando nudosas parras que trepaban hasta las mayores alturas y obligaban al viticultor a emplear larguísimas escalas. Popea Sabina, mejor sería decir sus antepasados, se había decantado por la *gemellae*, la uva gemela que, como su nombre indica, brota siempre en granos parejos y se emplea para producir un vino fuerte y seco extraordinariamente apreciado.

Nada hay tan bello en el mundo como el amanecer de la Campania junto a las laderas del Vesubio, que eleva sus vagorosas cumbres contra la luz del alba. Afrodisio

aprovechó la templada mañana de su primer día para dar un paseo por sus propiedades, sin más compañía que sus pensamientos. Cada paso de los que daba en su tierra, cada mirada a los exuberantes campos y los árboles lustrosos lo henchía de orgullo; no hacía tanto tiempo había tenido que conformarse con contemplar aquel esplendor desde lejos, del otro lado del muro de piedra que contorneaba toda la heredad. Y ahora todo aquello era suyo.

Con el sol que enjugaba ya el rocío formado en las hojas de higuera alumbrándole por la derecha, el pompeyano tomó la suave pendiente del sendero que iba al norte y atravesó campos de coles, guisantes, judías, cebollas y acelgas; los esclavos que hacían su trabajo a primera hora del día lo saludaron respetuosamente. Al cabo de una hora escasa de marcha llegaría a la linde norte de sus propiedades; se sentó entonces con el corazón agitado encima de las piedras de la albarrada. A sus pies se extendía el membrillo del huerto de Venus, Pompeya, marcada aún por el espantoso terremoto, pero a pesar de las fracturas patentes en sus ruinas, a pesar de las montañas de escombros, seguía siendo un rincón inédito en el sur del imperio, variopinta, rebosante y orgullosa de su intemporal belleza. Hacia poniente, entre el lechoso velo del mar Tirreno, el sugestivo golfo y el cabo Miseno apenas intuido; hacia el sur quedaba Estabia con sus baños mundanos al alcance mismo de la mano, a los pies del majestuoso monte *Lactarius*. ¡Por Apolo! ¿Dónde podía ser el mundo más bonito?

—¿Tú, quién eres?

Una voz femenina quebró el embeleso del pompeyano. Al otro lado del muro se encontraba una dama acompañada de dos sirvientas; el holgado cuello de la túnica le cubría la cabeza como un velo de oración, aunque Afrodisio reconoció el porte y la belleza del rostro en el acto. Era Eumaquia.

—Soy Lucio Cecilio Afrodisio, el… con perdón, dueño de esta finca.

—¡Ah! —replicó Eumaquia con la brevedad extrema y la extrema acritud que sólo esa expresión puede producir; al pompeyano le pareció que contenía toda la cólera y todo el desdén capaces de contenerse en una mujer. Afrodisio contuvo por ello toda tentación de admiración y hasta de deseo, pues Eumaquia continuaba siendo una mujer bella y atractiva, para ocultarse como Ulises ante Penélope y preguntar con afectada amabilidad:

—¿Y tú quién eres, belleza del sol naciente?

—Eumaquia, hija de Lucio, sacerdotisa del divino Augusto.

—¡Ah! —exclamó el pompeyano con el deje empleado antes por Eumaquia, quien obviamente advirtió la pulla. No obstante, para no dar por concluida la conversación antes de comenzar, añadió—: Venimos a ser vecinos, ¿no?

A diferencia de Afrodisio, Eumaquia se mantuvo muda e impasible, al menos no delató la menor inquietud, provocando así a Afrodisio para que hablase. Visiblemente apurado, accedió él:

—Yo soy de aquí. El banquero Lucio Cecilio Sereno, que murió en el gran terremoto, me concedió la libertad. Luego marché a Roma y allí he hecho fortuna.

—¡Bien puede decirse! —replicó la sacerdotisa, mas no en términos laudatorios sino con malévolo menosprecio—. ¡Difícilmente habrás hecho esa fortuna con el trabajo de tus manos, liberto!

Liberto. Hacía mucho tiempo que nadie empleaba con él esos modales. Desde luego, de acuerdo a su condición social, Afrodisio era un liberto, un esclavo a quien el amo había otorgado la libertad, pero para la mayoría de la gente carecía de trascendencia que se fuese *vir vere romano* o liberto; a nadie se le pregunta por su genealogía. Lo que se es, o mejor dicho, lo que se tiene es suficiente árbol genealógico.

Pero Eumaquia quería humillarlo, y como él no estaba dispuesto a permitir que se saliese con la suya, fingió no haber oído el agravio yendo al otro reproche:

—No, con las manos no ha sido. Sería un disparate cuando dos manos te las puedes comprar por dos mil sestercios. La fortuna la he hecho sobre todo con esta cabeza —dijo y se llevó el dedo a la frente.

Esta vez fue la sacerdotisa quien se sintió desafiada pues una riqueza conseguida con la cabeza es tan insólita como admirable. Sin mirar al pompeyano, que acababa de bajarse del muro y la atendía apoyándose en los codos observó:

—Pues dicen que la hiciste con las mujeres, o al menos con su ayuda…

—Si haces caso de los sicofantes…

—No tengo la costumbre. No acostumbro a dar crédito a las habladurías, pero en tu caso algo debe de haber, porque por casualidad no vienes a parar en dueño de estas tierras, ¿no?

—Por Mercurio que no fue casualidad. Más de un año estuve supervisando las cuentas de esta finca y sabía exactamente cuál era su valor, por…

—¡Mía fue la primera oferta! —interrumpió Eumaquia.

—Y mía la mejor —replicó rápidamente Afrodisio—, por eso Popea me la vendió a mí.

—¡Ya se sabe cómo pujas tú! —La sacerdotisa empezó a irritarse visiblemente.

—En el dormitorio, liberto.

—¿Y qué, si así hubiese sido, sacerdotisa del divino Augusto? —Afrodisio comprendió la intención y respondió perfectamente sereno.

La desfachatez encolerizó a Eumaquia; con un gesto mandó a las dos sirvientas que se alejasen y se acercó al muro divisorio. El pompeyano notó el temblor en sus oscuros ojos.

—Me has robado estas tierras, liberto. Pero te juro por mi mano derecha que un día te arrepentirás de haber vuelto a pisar Pompeya y no haberte quedado en el muladar de Roma. Tú no eres pompeyano, eres un romano depravado, de los que un día gastan copa de oro y el siguiente tiene que beber con las manos.

—Bastante he tenido que usar yo las manos —respondió Afrodisio reposadamente—, como para apreciar lo que vale la copa de oro, y descuida que ya procuraré no quedarme nunca sin ella. —Por lo demás, quiero agradecerte la

transparencia con que me hablas, pues ¿qué hay peor que los supuestos amigos que por delante te prodigan sonrisas y por detrás atizan rivalidades, afilan dagas de envidia y reparten lanzas de odio? ¿Cuánto no más meritorio resulta un enemigo cabal, alguien como tú, que no oculta su antipatía? Te doy las gracias. Aunque has de saber que no voy a esperar con los brazos cruzados a que caiga lo que trames. Ya me encargaré yo de que se te acaben los tiempos de la copa de oro. Te lo dice Afrodisio, el liberto de Lucio Cecilio Sereno.

El arranque del pompeyano y la insolencia con que aquel arribista la atacaba hicieron enfurecer tanto a Eumaquia que los labios empezaron a temblarle. No encontrando respuesta dijo finalmente:

—Me voy —y como si eso sólo le pareciera demasiado próximo al reconocimiento de una derrota, añadió—: Aquí apesta a esclavo.

A partir de aquel momento no le cupo duda a Afrodisio: en Pompeya el peligro no era menor que en Roma… únicamente tenía otro nombre.

Un respiro de alivio recorrió la ciudad cuando los romanos supieron que el césar se trasladaba a la provincia de Acaya con el ánimo, así rezaba el pregón, de consagrarse todo un año al arte. En todo el Imperio romano, se decía también, los griegos eran el único pueblo digno de su musa. En el fondo, la decisión obedecía a razones eminentemente prácticas: por un lado, el Divino estaba sin casa, pues el palacio de los césares del Palatino estaba destruido y con el nuevo se estaban rompiendo todas las previsiones; tomando en consideración la megalomanía romana, el plazo para la conclusión de las obras era, por lo bajo, de diez años. Por otro lado, Nerón estaba atemorizado.

Con el descubrimiento de la conjura de Pisón había crecido su miedo a los atentados y la aprensión acerca de quién en el entorno más íntimo era digno de su confianza; apenas dormía y cuando lo hacía era en pleno día; a diario se cambiaban los contingentes de la guardia pretoriana.

Repoblada por orden del divino julio con veteranos de las legiones al cabo del tiempo de haberse visto arrasada, Corinto era la más romana de las ciudades griegas y parecía el asilo idóneo. En Roma quedó Helio, un liberto del césar, para despachar las cuestiones de oficio. Tigelino acompañó al Divino, también Esporo, su esclavo preferido, que cambió de sexo a instancias del emperador mientras éste guardaba luto por Popea; aunque con poca fortuna, a lo que se vería, porque poco después se casó con Mesalina, una mujer de torva sensualidad casada ya en cuatro ocasiones, la última con Ático Vestino. Llegó a decirse que Nerón mandó que lo matasen.

Pero el tiempo no se detenía mientras el césar se extasiaba recitando a la lira poemas de su propia cosecha. Y del mismo modo que, una vez iniciada, la fermentación es incontenible hasta por las armas, la rebelión en Judea adoptó formas cada vez más siniestras, en particular entre los desposeídos de la sociedad judía que sólo conocían una disyuntiva: libertad o muerte. Proliferaban los comandos suicidas destinados a provocar al ocupante romano a la mínima ocasión que se brindase, de

forma que las llamas que saltaban un día en un sitio y el siguiente en otro estaban a punto de provocar un incendio de proporciones devastadoras, un infierno que dejaría reducido a cenizas todo el oriente del imperio.

Pero para el césar la política parecía ser sólo una excrecencia del arte; más le importaban las musas hijas de Urano y Gea que el vástago de Zeus y Hera, el impetuoso Marte padre de Rómulo, el fundador de la ciudad y su hermano Remo, según la leyenda. La fatalidad era que el césar adoraba la victoria pero detestaba la guerra y cedía ese sucio menester a otros. Era incapaz de distinguir entre necesidad capricho y bagatela, de modo que se inhibía de toda responsabilidad encomendando a Tigelino muchas decisiones de peso.

Y éste hacía rodar cabezas a su entero antojo, sin detenerse ante quienes tenían contraídos méritos con la patria, o mejor dicho, sin detenerse particularmente ante ellos. En un hombre con el prestigio de mejor general de su tiempo como Córbulo, capaz de movilizar a las tropas y de enardecer a sus soldados (recientemente había quedado demostrado en Oriente), se empeñó el pretoriano en ver un peligro latente; por ello fue llamado a Grecia y se le hizo saber que el césar había acordado su muerte. Para escapar a un final deshonroso, Córbulo se abalanzó sobre su propia espada… y fue llorado por un Nerón que ignoraba las infamias de Tigelino. ¿Y quién podía sofocar la revuelta de los judíos?

Vivía por entonces en la provincia de África un procurador llamado Tito Flavio Vespasiano; era de origen humilde, contaba ya cincuenta y siete años y vivía aureolado con la fama de ser un irreprochable jefe militar con más de treinta batallas ganadas en Germania y Britania a sus espaldas, lo que le valió importantes distinciones de mano del divino Claudio. Siendo como era un genio de la estrategia, el poder y el dinero le importaban poco. Había nacido en un pueblecito del país de los sabinos y su madre hubo de imponer su autoridad para que siguiese la carrera administrativa; aunque mientras otros se hacían millonarios con el beneplácito de la ley desde la dignidad de procurador provincial, él estuvo a punto de entrar en bancarrota, viéndose obligado a ganarse la vida como tratante de ganado. *Mulio*, «mulero» le llamaban en tono de burla los romanos. Además, el césar no lo soportaba, porque cuando vivía en Roma y pese a las reiteradas advertencias de Tigelino había criado la mala costumbre de dormirse en el teatro durante las actuaciones del Divino; pero el césar lo consideraba inofensivo y falto de ambiciones, a diferencia de un Otón que también hubiese podido ser un brillante general para Judea, pero Nerón prefería saberlo en la remota Hispania.

Sin embargo, el flavio estaba llamado a altos designios que nunca había revelado a nadie pues sabía que las parcas laboran en lo profundo y castigan a quien les enreda los hilos. Había buen número, una plétora, incluso, de signos que a ojos de los augures no eran sino presagios de dominio y poder. Así, cayó cierto día en su quinta un ciprés negro sin que nadie se explicase el motivo pues no había habido ni tormenta ni vendaval. Pero resultó, y ello fue aún más notable, que al día siguiente volvía a

estar más lozano que nunca sin que pudiera averiguarse quién lo había vuelto a plantar. En otra ocasión, estando Vespasiano recostado en la mesa irrumpió un perro en el triclinio con una extraña presa en la mano que cuando el animal la depositó bajo el asiento de Vespasiano resultó ser una mano humana. *Praemissis praemittendis*, otra vez se escapó un toro bravo que finalmente entró en la casa del flavio y mientras sus moradores salían despavoridos temiendo por su vida el animal fue a sentarse delante del dueño con la mansedumbre de un perro.

Otro presagio se mostró durante muchos años a quien quisiera verlo. Los flavios tenían en su jardín un vetusto roble dedicado a Marte que crecía con premiosidad y de manera apenas perceptible, aunque cada vez que la dueña de la casa traía un vástago al mundo, el árbol se apresuraba a echar una rama. La primera fue enclenque y terminó secándose; la niña por la que había brotado también murió antes de cumplir su primer año. La segunda dio muestras de vitalidad y su propia longitud hacía presagiar una dicha duradera. Pero la tercera aumentó de tamaño hasta alcanzar las dimensiones de un árbol entero, superando desde luego con creces al resto de ramas; los augures que acudieron admirados a contemplar el caso predijeron que el tercer hijo llegaría a césar, como el divino Cayo.

Vespasiano había cumplido ya los cincuenta y siete años y probablemente no tuviera presentes las profecías de los augures. Había perdido mujer e hija y debido a ello amaba a sus hijos Tito y Domiciano, por más que fuesen ya hombres hechos y derechos, como un padre y una madre a la vez, sin desperdiciar nunca ocasión de verlos junto a él.

Por voluntad del Divino se encomendó a Vespasiano sofocar la revuelta de los judíos. El general acudió a Acaya a recibir instrucciones y desde allí pasó por el Helesponto a Siria, donde reunió un ejército de sesenta mil hombres mientras su hijo se trasladaba a Alejandría y aprestaba la decimoquinta legión para la intervención en Judea. En la región de Ptolemaida, en la frontera occidental de Galilea, reunieron padre e hijo sus tropas para atacar finalmente las ciudades de Gabara y Sonapata. En el foro de Roma hubo quien aseguró haber visto con sus propios ojos cómo tras una celebración popular la estatua del divino julio giraba en lo alto de su pedestal hacia Levante, como si allí se hallase el futuro del Imperio romano. ¿Que si le apetecía luchar?

Desde luego, respondió Afrodisio invocando a Hércules. Al menos quería probarlo, y al ver que el otro era de más edad y apenas más fornido que él, no dejaba de tener oportunidades. ¿Por qué no?

Los estimulantes efluvios de las termas estabianas, una mezcla de vapor perfumado, sudor fresco y unturas de aceite, ya fuese de pescado, ya de recios olivos, actuaron sobre el pompeyano con el efecto inhibidor del vino de Arcadia, que dicen que enloquece a los hombres y vuelve temibles a las mujeres. Era la primera vez que entraba en las termas de Estabia con la frente alta y la seguridad de saber que su camino no terminaba en el *apodyterium*, los vestuarios donde los esclavos vigilaban

la ropa de sus amos.

Afrodisio —se presentó.

El otro hizo lo propio como Aleyo Nigidio Mayo, dándose Afrodisio una palmada en la frente pues no lo había reconocido al momento; desnudos, los hombres parecen todos iguales, casi iguales al menos. Se echaron a reír, indicándole Nigidio que él sí lo había reconocido pues recordaba perfectamente al liberto de Sereno. Con todo, por más que se esforzó, no pudo recordar el pompeyano haber coincidido nunca con Nigidio, pero a una persona como Nigidio la conocía todo el mundo. Por decir algo, el pompeyano se interesó por el motivo de la nueva visita del romano a Pompeya, ¿negocios quizá?

Desnudo como estaba, Nigidio se echó a reír; la escena no dejaba de ser graciosa, pues si desnudo y con el semblante serio el hombre puede resultar ridículo, ¿qué decir cuando se ríe? Lo mismo habría que preguntarle a él, repuso Nigidio, y la repuesta sería probablemente la misma. En Roma sólo quedaban funcionarios y senadores por imperativo de sus empleos y dignidades y nada más, aparte, claro estaba, de las huestes de esclavos, si iba uno a considerarlos también personas; pero todo el que podía procuraba marcharse de allí.

Tomaron aceite del *labrum*, la fuente de bronce similar al trípode délfico empleado por la pitonisa y se embadurnaron la piel con la untuosa sustancia difundiendo en el ambiente la variedad de fragancias que contenía, tales como bálsamo, cálamo aromático, lirio, cardamomo, raíces medicinales y nardo gálico.

Pues lo que era él, dijo Nigidio complacido, había procurado no perder nunca de vista a Afrodisio; tenía en muy alta estima a hombres como él que no partían de lo heredado de los padres a diferencia de la mayoría de los romanos, pues éstos al oír la palabra trabajo se ofendían como si se les insultase. Por otro lado, daba por cierto que Afrodisio tenía más enemigos que amigos.

Afrodisio asintió mientras el otro proseguía. Eumaquia, por ejemplo, seguro que no iba a cruzarse de brazos si alguien le disputaba la fama de rica y afortunada, máxime cuando, aunque libre, también ella había nacido pobre y cuanto tenía se lo había ganado a pulso.

Al pompeyano le traían esas cuestiones sin cuidado; aprovechando que se le había cruzado el tal Nigidio, conocido de todos y que a todos conocía, le interesaba más la de la desaparición de Popidio Pansa, ¿lo había conocido? ¿A Pansa? ¡Por supuesto! Era un bicho raro, con mala sombra como abogado; se había esfumado después del terremoto dejando a la mujer en la miseria. Afrodisio le refirió entonces el extraño encuentro de Cartago sin mentar el asesinato de Sereno y cuál no sería su sorpresa al sacar Nigidio a relucir el nombre de Fulvia. Tras la muerte de Sereno se dijo que la viuda había sido vista alguna vez con Pansa, de noche, a escondidas… ¿Estaba ya preparado?

Afrodisio le confirmó que estaba listo y entraron en la *palaestra*, un recinto cuadrangular de luz lechosa, cubierto con una bóveda y adornado con casetones

octogonales pintados en el color natural del estucado. En el suelo de mármol rosado contra el que resonaban los gritos de los luchadores como cantos de la Sibila de Cumas, unas franjas de adorno delimitaban dos canchas cuadradas. Un esclavo les alcanzó un cuenco donde cubrieron los dedos de arena fina para contrarrestar el efecto del aceite en el cuerpo del rival y facilitar un asidero. Tras colocarse uno frente a otro y efectuar una leve reverencia en la que se rozaron con la frente, fue Nigidio quien primero agarró a su contrincante.

Con la misma contundencia que el cepo al zorro apresó Nigidio los brazos del rival sin que Afrodisio fuera capaz siquiera de tocar los del otro. Oprimido contra el de Nigidio, el pompeyano intentó deshacerse de él, pero enseguida tuvo que aceptar que era el oponente quien marcaba la pauta con sus tentativas de dar con él en el suelo; pero Afrodisio seguía en pie como Peleo, el combativo padre de Aquiles, rehecho y tenaz, de forma que el experto Nigidio cambió de técnica agarrándolo por el cuello, con lo cual permitió que Afrodisio a su vez lo agarrase por los brazos, en vano de cualquier manera. ¡Por Hércules! ¿Qué pintaba Fulvia en aquel juego sucio? Afrodisio tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para resistirse a la presión que ejercía el otro sobre cuello y hombros. ¿Había matado Pansa a Sereno con el consentimiento de Fulvia? ¿Por qué se había marchado, dejando atrás a Fulvia? ¿Había matado Fulvia a Sereno? ¿Por qué razón había tenido que escapar Pansa? Notó el vigor de los propios músculos, el dulce dolor que producía tensarlos; notó que el resistente cuerpo del rival comenzaba a doblegarse y que su respiración era esforzada, irregular, como el resuello del toro bajo la espada del gladiador, tan ruidoso y salvajemente colérico. ¿Y si todo hubiese ocurrido de manera completamente diferente? ¿No habrían podido coincidir por casualidad Fulvia y Pansa? ¿No podía haber muerto Sereno a manos de saqueadores? ¿Pero por qué había mentado su patrón a Pansa? Intentó trabar al otro venciéndolo contra su muslo izquierdo, arrojarlo al suelo, reducirlo y clavarle los hombros contra el pavimento como corresponde a un vencedor.

El desgaste comenzó a hacer mella en el estático juego, transformándolo a medida que cada combatiente intentaba extraer ventaja de las sacudidas que pudiera imprimir al otro, pero éstas tampoco dieron un resultado definitivo. Las expresiones de aliento crecieron a medida que aumentaron envites, sacudidas y empujones. Afrodisio creyó oír la voz de Sereno azuzando con entusiasmo: «¡Valete Valete!».

«Tienes que ser fuerte —le había dicho Sereno el memorable día que le concedió la libertad— porque sólo el fuerte es capaz de doblegar el destino». En aquella época nunca se le habría ocurrido que llegaría a combatir en la palestra con Nigidio, el rico romano, por gozar de cuyo trato tantos reñían pues según se decía se encontraba en muy buenas relaciones con las esferas más altas del Estado. Pero las parcas son tan imprevisibles como cualquier mujer y allí se veía él, sintiéndole la musculatura, notándole el brío, resistiéndose a sus ganas de abatirlo y, a la vez, procurando derrotarlo.

El pompeyano seguía desconcertado con la actitud de Fulvia al despedirlo de manera tan inopinada, por más que a la muerte de su marido le hubiese convenido una buena mano derecha.

No, por fuerza tenía que existir alguna tenebrosa relación entre él mismo, Fulvia, Pansa y la muerte de Sereno; estaba convencido de que tampoco era ajeno el atentado del teatro de Pompeyo del que había salido milagrosamente ileso. ¿Tenía acaso que quedarse esperando a que lanzasen el siguiente cuchillo? Incluso ante una persona como Nigidio, que tan amablemente lo acogía, parecía obligada la precaución, por sinceras que pareciesen sus declaraciones de aprecio por hombres que no partían de la herencia de nadie, como él.

Pero un luchador tiene que luchar, no pensar; bastó ese breve instante para que Nigidio lo volcase contra la pierna que tenía ya apostada y el pompeyano se tambalease; aunque primero logró evitar la caída desplegando los brazos, el ataque fue fulminante y lo encontró desprevenido. En la caída Nigidio pudo prenderlo por la muñeca y apretársela de tal modo contra el mármol que el pompeyano se rindió.

Aleyo Nigidio Mayo elogió al derrotado mientras resoplaba arrodillado encima de él. El sudor, el aceite y la arena habían dejado sus musculosos cuerpos convertidos en masas deplorablemente sucias; dejaron a su paso notorias huellas al dirigirse hacia el vecino *caldarium*, un recinto alargado con hornacinas en el extremo frontal y tinas de mármol llenas de agua humeante para lavarse. Con ayuda de una espátula de marfil, los luchadores se rascaron la untuosa capa de suciedad emitiendo elocuentes suspiros de alivio; finalmente subieron resollando hasta las tinas y, con el auxilio de los esclavos, se sumergieron en su interior. ¿De modo que había ido a tropezar con Popidio Pansa en Cartago?, recapituló Nigidio mientras chapoteaba en el agua con infantil deleite. El caso en sí no era tan sorprendente, pero sí lo repentino de la desaparición. ¿Por qué debía tenerle miedo Popidio Pansa, por Júpiter? En la tina vecina, Afrodisio se sumergió en el agua para emerger al cabo bufando como un delfín de la provincia narbonense, donde salen esos animales de pesca con los hombres, según dicen.

Tras el reparador chapuzón, Afrodisio confesó que en Roma había puesto a dos esclavos tras la pista de Pansa; estaba convencido de que el abogado había conseguido ocultarse en la capital, pero las gestiones no habían dado aún ningún fruto. Aunque el día que diese con él le sacaría la verdad hasta la última gota… el pompeyano soltó tan enérgica sacudida en la espuma que al esclavo de Nigidio le tocó una rociada tan abundante como la que, si es lícita la comparación, la ballena gala dio al divino Claudio después de que la flota la hubiese perseguido hasta el puerto de Ostia y el propio césar le asestara el arponazo.

Ante el interés de Afrodisio por si mantenía algún tipo de relación con Fulvia y si ella se había casado otra vez, Nigidio respondió que la mujer vivía retirada en su finca, entre esclavos y doncellas, y no sin amarguras a tenor de su aspecto; en cuanto al trato con los hombres, lo cierto era que ella lo evitaba por completo, a pesar de que

no pocos habían intentado hacerle la corte…

—¿Ya quién le extrañaría, con la fortuna que tiene? ¿Le habían llegado a Nigidio noticias del atentado fallido en el Teatro de Pompeyo de Roma?

Por supuesto. Y Afrodisio había acertado marchándose de Roma, ¡por Cástor y Pólux, o *tempora o mores*! Con Sila, en tiempos de la dictadura, el caos no había sido menor, ni inferior el número de víctimas, también entonces se sucedieron los atentados, cuando patricios y plebeyos se combatieron con tal saña que cada cual parecía ver al samnita en el otro. La estremecedora lección que terminaba extrayéndose de ese tipo de enfrentamientos era que a nadie podía erigírsele un *tropaeum*, pues nadie salía victorioso. ¿Y Nigidio, no vivía temiendo ser víctima de algún atentado?

Aleyo Nigidio Mayo titubeó como si no se atreviese a sincerarse; luego se inclinó sobre el borde de la tina y aguardó a que Afrodisio hiciese lo propio. Por aquel entonces, después del gran terremoto, le contó en voz baja, mientras la ciudad aún estaba en ruinas y cada noche se celebraba haber salido vivo como si tratase de una vuelta a nacer en una casa diferente… pues mataron en la suya propia al banquero Prisciliano, lo apuñalaron lanzándole el arma de lejos sin que ningún invitado se apercibiese de la agresión. Los comensales eran todos personas respetables que habían disfrutado de un opíparo banquete y en aquel momento se disputaban los favores de una negrita. El mismo Nigidio fue quien descubrió el crimen. Como todos los presentes gozaban de gran reputación en Pompeya y en ninguno cabía sospechar más sentimientos que los de amistad hacia Prisciliano, pareció obvio que el asesino era un sicario emboscado entre los esclavos.

Las pesquisas fracasaron estrepitosamente y como manda la ley, él tuvo que mandar a la muerte a sus setenta esclavos, a Roma por cierto, pues el circo de Pompeya estaba devastado. Al cabo del tiempo sentía serios reparos sobre su comportamiento de entonces, confesó Nigidio cerciorándose de que nadie escuchaba lo que decía, y había empezado a pensar que el asesino se hallaba después de todo entre sus amigos. Pero donde no hay acusación tampoco hay juez y Prisciliano no había dejado deudos, ni mujer ni hijos.

Salieron de las tinas con una sensación de limpieza y, tras ser envueltos en paños blancos, Nigidio hizo una seña a Afrodisio para que lo acompañase al recinto siguiente, el *laconicum*; tenían que atravesar la columnata central y calzarse unos chanclos de madera. Al abrir la angosta puerta cayó sobre ellos una sofocante oleada de calor seco; el *fornacator* encargado de alimentar el fuego con leña de frutales se apresuró a cerrarla dándoles de paso una servicial bienvenida. La claridad del día que brevemente vislumbraron al pasar por la columnata provocó la ceguera instantánea al entrar en el recinto débilmente iluminado, donde una docena de esclavos, entre masajistas, perfumistas y depiladores se aprestaron a ayudar a los recién llegados conduciéndolos a la concurrida tribuna de mármol que ocupaba dos de los lados del *laconicum*.

Al recuperar la visión, Afrodisio descubrió lo reducido del recinto, tenuemente iluminado por una minúscula abertura del techo y por las lenguas de las brasas encendidas debajo. Sumidos en el vapor de sus cuerpos y comprimidos unos junto a otros, quienes allí sudaban ocupaban las tres filas de asientos, bien abstraídos y con la mirada perdida, bien platicando con el vecino si se levantaba la voz lo suficiente por encima del crepitar del fuego; apenas era posible reconocer a nadie.

Los baños de sudor pasaban por ser una conquista de la época pues permitían expulsar sustancias tóxicas y abrir el espíritu a la enseñanza de los filósofos. Era posible entrometerse sin empacho en la conversación de los demás o iniciar una nueva y ver cómo otras voces intervenían con bellas sugerencias. Como en un momento determinado enmudecieran todas las conversaciones comenzó Nigidio a ponderar, apoyados los codos en las rodillas y sin girarse hacia Afrodisio, las vueltas del destino que la diosa Fortuna le había deparado al pompeyano. ¿Cuánto no haría que había prestado servicios como esclavo en aquel mismo lugar?

—Ni siete años —respondió Afrodisio.

—¿Y hoy? —preguntó una voz avejentada en la fila superior.

Al comprobar que Afrodisio no se tomaba la molestia de responder se giró Nigidio hacia arriba levantando la voz: ese hombre probablemente fuese más rico que todos los que había allí juntos y llegaría el día, ya lo verían, en que la misma Eumaquia le pediría un aval.

Risas malévolas.

Un liberto, ¿no?

Nigidio se encargó de confirmar la sospecha: Sereno le había concedido la libertad, de modo que ya sabían todos de quién se trataba. Inicióse en ese momento un torneo verbal acerca de la suerte y la fortuna, donde cada uno se empeñaba en estar mejor documentado que el precedente.

La diosa Fortuna, dijo uno, siempre había estado de parte de los esclavos y los plebeyos, porque quien introdujo su culto en Roma no fue nadie de la nobleza, sino aquel Servio Tulio rey de los esclavos, el sexto que gobernara a los romanos, el que repartió campo y ciudad entre tribus y acuñó las primeras monedas.

Es imposible, terció otro, que un mortal sea feliz todas y cada una de las horas de su vida, como tampoco puede actuar siempre de una manera inteligente; además, ni la cifra de los días dichosos que pudieran contarse según el consejo tracio de colocar piedrecitas de distintos colores en urnas diferentes (blancas para los afortunados, negras para los aciagos), ni eso sería un cómputo válido para medir la felicidad porque no permite calibrar el peso de las piedras, o lo que es lo mismo, ¿no contrarresta la piedra más pesada, la de la dicha suprema, el peso de un montón de piedras negras?

Ni el más dichoso, intervino otro, ni el personaje más envidiado de tantas generaciones por haber desempeñado las diez dignidades más altas y haberlas ejercido con la sabiduría de los filósofos griegos, por haber sido tan rico como el rey

lidio Creso, por haber sido bendecido con una belleza de mujer y muchos hijos, además de ser un orador comparable al Apolodoro de Rodas que le pulió la lengua a Cicerón y un general tan grande como el divino julio, inédito todo ello en nadie más *ab urbe condita*, pues ni ese dechado de fortuna que fue Lucio Metelo fue enteramente feliz, porque pasó su vejez sumido en la oscuridad. Al igual que el sufrido Ulises en Troya, Metelo rescató en un incendio el *palladium* del templo de Vesta, gesto que el colmo de la inconstancia, Fortuna, castigó arrojándole fuego a los ojos.

Ni el rey Giges, terció otro, «el de las cien manos» que sirviéndose del anillo llegaba a todos los tesoros de la tierra y testimonió su agradecimiento a todos los dioses por su supuesta felicidad, pues ni él llegó a ser verdaderamente dichoso. Al decir al menos de la pitonisa de Delfos, quien preguntada por el rey si había nadie más afortunado que él en el mundo respondió que sí, se llamaba Aglao de Psophis. Giges no había oído hablar en su vida ni de aquel lugar ni de aquel anciano, pero hizo averiguaciones y supo que Aglao vivía de los frutos del campo tal como el suelo los da, nunca había salido de su tierra y jamás había sufrido la más mínima desgracia.

Ni los hombres más famosos, dijo otro, agraciados por el cuerno de Fortuna, aclamados por las masas y agasajados por las mujeres respetables por gozar del aura de la inmortalidad, ni esos de quienes se diría que tienen la suerte arrendada (como el boxeador Eutimo que en toda su vida sólo perdió un combate, quedando siempre vencedor en los juegos olímpicos) llegaban a saborear la dicha auténtica porque tenían a los dioses frente a ellos.

Eutimo era natural de Locri, un lugar de la baja Italia; toda su vida fue venerado como un dios y se le dedicaron dos estatuas de bronce, una en su villa natal y la otra donde había alcanzado la máxima gloria, en Olimpia. Pero el mismo día, el relato era del escritor Calímaco de Cirene, cayeron sendos rayos en las estatuas haciéndolas añicos; la gente acudió desconcertada al oráculo y éste recomendó que se realizasen ofrendas hasta que Eutimo hubiese muerto y aún más allá, para expiar la vanidad en que había caído. Así descubrieron quienes se habían postrados a su paso como enemigos derrotados que el más afortunado no era Eutimo, sino aquel otro luchador que lo había vencido una vez, llamado Teágenes de Tasos.

Aquel Lucio Cornelio Sila, observó otro, cuyo único afán pareció ser la conquista de la felicidad y quien con el beneplácito de Senado y pueblo se hizo llamar primero «Epafroditos», predilecto de Afrodita, y más tarde «Felix», feliz, no había sido ni lo uno ni lo otro. ¿De qué le valió heredar una fortuna de su rica suegra y de una ramera acomodada cuando se veía en la pobreza? ¿De qué le valieron sus triunfos sobre Mitrídates, sus victorias en la guerra civil, su título de «padre y salvador», si en el esplendor de su poder se retiró para consagrarse a escribir sus memorias en la finca de Puteoli? Muchos romanos se habían figurado que había intentado conservar su venturosa fortuna, pues era conocido el oráculo que le vaticinaba la muerte en la cima de su dicha; pero nadie tenía conocimiento de la temible enfermedad llamada tiriasis

que le consumía las entrañas como la cruel águila que le roía el hígado a Prometeo estando encadenado a las montañas del Cáucaso. Pero mientras al portador del fuego volvía a crecerle de noche la víscera, Sila se consumió de dolor hasta que una hemorragia puso fin a su vida a los dos días de concluir sus memorias. ¿Ya ese hombre podía llamársele afortunado?

O sea, concluyó Afrodisio, ¿resultaba que para ser feliz había que ser pobre, esclavo y despreciado por la mayoría, además de ser cínico, de vivir como un perro, y de despreciar al Estado, las artes, las costumbres y la familia? Pues él, Afrodisio, había vivido ya esa dudosa suerte y les aseguraba que distaba mucho de poder llamarse felicidad.

Las reflexiones del pompeyano provocaron un prolongado silencio, roto finalmente por Nigidio; incómodo por la pausa, suspiró satisfecho del calor señalando que para dichas, la que el romano cabal sentía en el *laconicum*, en lo cual coincidieron los presentes pues el auténtico sentimiento de dicha no depende tanto de los bienes como de la capacidad de cada cual para disfrutarlos.

A continuación pasaron los dos a ponerse en manos de los depiladores, que les repasaron brazos y piernas; la intervención de dichos esclavos fue, no obstante, perfectamente indolora en parte gracias a su destreza y en parte por efecto del calor, que ablanda la raíz del vello como el arado el suelo endurecido.

Los cristianos pompeyanos habían hallado cobijo en una granja abandonada de las afueras, puesto que las reuniones en el domicilio del tendero Fabio Eupor se volvieron cada vez más peligrosas; a pesar de que en Pompeya no habían llegado a darse recompensas como en Roma por denunciar cristianos, también en provincias pesaba sobre la secta también la prohibición general. La puerta carcomida de la casa que desde el terremoto amenazaba ruina, vigilada por dos fornidos esclavos, se franqueaba sólo a quien conociera la contraseña: «Jesús te ama».

Leda mostró una lamparilla de aceite en cuya base había inscrito una cruz; en Roma era el signo empleado por los cristianos para darse a conocer mutuamente. Pero no dándolo por válido, los esclavos porteros insistieron en preguntarle de dónde venía y qué buscaba sin dar crédito a la insistencia con que la muchacha aseguraba que era una cristiana romana; finalmente, alarmado por las voces; salió el viejo pañero Cecilio Verecundo a interesarse por el motivo del altercado.

Los esclavos le informaron de que la muchacha insistía en ser de Roma y profesar su misma religión, ante lo cual Verecundo se interesó con la benevolencia de sus setenta años por su identidad, su procedencia y su familiaridad con la nueva fe.

Se llamaba Leda, informó la muchacha, y había pasado su juventud ayudando en la fonda que su padre, Mirón, tenía cerca del Circo Máximo, donde los cristianos de Roma celebraban su eucaristía.

Le contó que había visto a Pedro el Pescador, y a Pablo el de Tarso, y había escuchado cuanto predicaron con la unción de la criatura ante el maestro sabio; en definitiva, que había abjurado de los dioses romanos y creía en el Dios único y en su

hijo nacido hombre.

Pero Dios la había sometido a duras pruebas que bien parecían un castigo; con sus propios ojos había presenciado la muerte de su padre en las hogueras de la Vía Apia, donde habría tenido que morir ella también de haberse cumplido la ley, y así hubiera entrado en la pía comunidad de los santos, de no intervenir un pompeyano llamado Afrodisio, que la rescató sobornando al centurión; pese a todo, confiaba en que Dios se apiadaría de su alma.

Verecundo abrió los brazos como si de la túnica se desplegasen sendas alas y atrayendo a Leda hacia sí como a una hija extraviada le dio la bienvenida en el seno de la comunidad en el nombre de Jesucristo que murió por la redención de todos, como dicen las escrituras; tras lo cual acompañó a la muchacha al interior.

Las antorchas colgadas en las paredes emitían una luz trémula y costaba respirar a causa del humo. Tras un sinuoso pasillo se abría una estancia de elevada techumbre dotada aún de mayor amplitud porque la pared frontal se había derrumbado. Había personas vestidas de blanco arrodilladas en dos largas filas, con la cabeza oculta tras el cuello de la túnica y agachada contra la tierra apisonada que servía de pavimento; se movían convulsivamente, sin cesar de implorar fortaleza de espíritu siempre con la misma oración.

Ninguno de los miembros de la comunidad cristiana extasiados en sus rezos levantó la vista, de modo que nadie pareció percatarse del paso de Verecundo y la muchacha forastera por entre las filas hasta llegar a otra figura, alta y beatífica, situada ante una mesa sobriamente servida, que destacaba por su digna serenidad. Verecundo se lo presentó: era Fabio Eupor y el apóstol del Señor, Pablo, lo había curado de la lesión que lo mantenía tullido haciendo de él un testigo en aquella ciudad.

Rozándole el hombro puso Eupor a la joven de rodillas, luego le aplicó las manos sobre el cabello castaño y con perfecta desenvoltura comenzó Leda a recitar la misma oración que los demás hasta que de la emoción se le saltaron las lágrimas. Le indicó a continuación el anciano que se alzara y mientras la oración de la concurrencia ganaba en intensidad y devoción, se interesó por el motivo de la visita.

Profundamente desesperada, les dijo la muchacha entre sollozos, acudía en busca de ellos. Más de un vez había deseado la muerte porque el hombre que la había salvado de la hoguera la asediaba, ansioso de convertir su cuerpo que era de Jesucristo en cuerpo de ramera.

El apóstol —apuntó Eupor mientras miraba a la muchacha con expresión inquisitiva, por averiguar la verdad en sus ojos— dice a las muchachas que no estén casadas que sería bueno para ellas permanecer así y vivir para Dios; pero si les faltare valor para la continencia que tomen esposo, pues mejor es casarse que abrasarse. Afrodisio, ¿era creyente?

Leda negó con la cabeza. En los dioses romanos no cree, desde luego, y si tuviese fe en alguno sería en Mercurio, el dios del dinero contante y sonante.

Si una mujer fiel tiene por marido a un infiel, sentenció Eupor, y él consiente en habitar con ella, no abandone la mujer a su marido, pues un marido infiel es santificado por la mujer fiel. ¿Estaba entonces obligada a entregarse a Afrodisio a pesar de haber consagrado a Dios su cuerpo de doncella en gratitud por haberle conservado la vida que ella hubiera preferido sacrificar como hizo Mirón, su padre?

No —replicó resueltamente Fabio Eupor—. La medida no la pone el hombre sino Dios, y si ella se había consagrado a Dios y a nadie más, pues así lo había dejado dicho el apóstol de Tarso: obrará rectamente quien ha hecho en su corazón el firme propósito sin verse obligado a ello, sino disponiendo libremente de su propia voluntad de permanecer virgen. El hombre que da a su hija en matrimonio obra bien; mas el que no la da obra mejor. ¿Qué debía hacer ella, pues? ¿Cuando Afrodisio la abordase con la impetuosidad de su juventud?

Si la fuese a azotar como a una esclava díscola, bien podría soportarlo, pero temía la violencia con que pudiese obligarla a compartir lecho.

Seguían oyéndose las oraciones en la casa medio derruida. Eupor miró fijamente a Verecundo y sus miradas se entendieron sin mediar palabra. Finalmente, Eupor le oprimió a Leda los brazos con sus dedos huesudos queriendo apurar la conciencia de la muchacha con el daño que le hiciese. Si cuanto acababa de decirles, puntualizó en voz baja y amenazante, era verdad y respondía a su libre decisión, y si estaba dispuesta a soportar el dolor con tal de salvar esa su íntima convicción, estaban dispuestos a ayudarla.

Sí, ella quería, por la muerte en la cruz del Salvador.

Eupor y Verecundo guiaron entonces a la muchacha a través de una puerta resquebrajada hasta un pequeño recinto pobremente iluminado por un único boquete practicado en la pared, donde había un triclinio deteriorado con la madera carcomida. Leda tomó asiento y abriendo mucho los ojos observó cómo Verecundo sacaba un cuchillo reluciente, delgado como una flecha y puntiagudo como el cañón de una pluma; su grito de dolor quedó oculto bajo la cacofonía de los rezos.

9

LA VÍSPERA DE LAS calendas del mes consagrado al divino Augusto llegó de buena mañana un mensajero con el recado de que se reclamaba la presencia de Afrodisio y su liberto Gavio en la Casa de los Ediles del foro. El calor del verano se había apoderado de Pompeya y quien tenía una casa en el campo evitaba el horno en que se convertía la ciudad al menos mientras el sol se abatía verticalmente sobre las casas, buscando el fresco del mar, la sombra de los pinares o los sotos de cipreses que bordeaban las murallas de la ciudad entre norte y levante.

Afrodisio y Gavio se acercaron a Pompeya en litera entrando a la ciudad por la puerta de Herculano, con lo que despertaron a su paso enorme curiosidad entre los vendedores ambulantes que allí se congregaban al tener vedada la entrada en la villa. En la Vía Consular prosiguió el trote de los cuatro esclavos con su carga dejando a la izquierda la calle de las Termas y cruzando la de los Augustales hasta llegar al foro no sin pasar ante al antiguo lugar de trabajo de Afrodisio, el *macellum*, ya reconstruido. A la derecha seguía en ruinas el templo de Júpiter, mientras que la lonja de Eumaquia transmitía ahora la deslumbrante sensación de un templo gracias a las proporciones de la entrada situada tras la columnata, donde dos esculturas de gran tamaño infundían respeto a los comerciantes que allí trabajaban: a la izquierda, la dignidad a la que se había consagrado Eumaquia, Concordia Augusta (más que calificación moral, esa dignidad de sacerdotisa exigía disponibilidad para atender el culto fundado por Livia, la esposa del divino Augusto), y a la derecha, guarnecida de oro, la estatua de Eumaquia rodeada de níveas flores que se renovaban a diario por orden expresa del ama, lo que despertaba en Afrodisio un hondo menosprecio. La hilera de edificaciones que al fondo del foro acogían las sedes de los ediles, de la curia y de los duunviros inspiraba por el contrario una profunda sensación de

abandono. La Casa de los Ediles constaba de una única estancia a la que se accedía por tres escalones y ni siquiera tenía puertas; así quedaba a la vista de todos. El banco corrido adosado a la pared aliviaba la espera a quienes hubiesen de aguardar allí. Se trataban en el lugar asuntos relacionados con el servicio de aguas, el precio de los víveres, la celebración de juegos, la vigilancia de baños y burdeles, así como pleitos y reclamaciones de propiedad. Aquella víspera de las calendas del *mensis Augustus* aguardaba, no obstante, un solitario pompeyano en el banco, un tullido ensimismado en su rincón, con las muletas al alcance de la mano. Los dos ediles ocupaban sendos extremos de una mesa dispuesta en el centro de la estancia.

—¿Nombre?

—Lucio Cecilio Afrodisio, liberto de Sereno.

—¿Y el de él?

—Gavio, liberto de Afrodisio.

—¡Embustero! —El hombre del banco despertó súbitamente abalanzándose sobre Gavio como si se tratase de una alimaña y sirviéndose de las muletas con que sustituía una pierna se acercó como un furibundo remero a los otros; un desecho humano con el pelo a greñas, la mitad derecha del rostro requemada, arrugada y tenebrosa, pero con ojos despiertos y vivarachos:

—¡Mentira!

Gavio miró desconcertado la cara del viejo mientras Afrodisio indicaba con una seña a los ediles que hiciesen el favor de alejar a aquel mal ángel. Pero, lejos de ejecutar lo que se le pedía, el edil se dirigió al tullido preguntándole con sonrisa forzada:

—Veamos qué tienes que alegar, Paquio Fusco.

Sujetando la muleta por la axila, soltó la mano y señaló a Gavio exclamando:

—Ése es Gavio, el esclavo que se me fugó, ¡lo juro por esta mano maltrecha! —A lo que desplegó la derecha mostrando los únicos dedos que le quedaban, el índice y el medio.

—¡Fusco! —dijo Gavio con un hilo de voz—. Yo pensaba que…

—¿Pues qué? —gritó sofocado el tullido mientras asía de nuevo la muleta—. ¿Qué te figurabas? ¿Que me había muerto, no? ¿Eso pensaste, no? Pues mal pensado, esclavo. Estoy vivo, como puedes ver. No seré el mismo, pero tampoco tú saldrías en mejor estado si tardan cinco días en sacarte, por Júpiter, de las ruinas de tu casa incendiada.

—Reconoces, pues, a tu dueño Fusco —le preguntó un edil a Gavio.

—A decir verdad, sí —respondió éste—, pero…

—¿Pero?

—¡Yo no me fugué! Si hubiera sabido que Fusco seguía vivo no me habría ido nunca de su casa.

Miles de esclavos quedaron sin amo después del terremoto y entraron a servir en otras casas.

—Nadie te lo reprocha —respondió el edil levantándose de su asiento—. Escucha lo que procede: con la ley en la mano Paquio es tu dueño, de forma que regresarás a su casa y le obedecerás como corresponde a un esclavo. Fusco tiene derecho a disciplinarte y a denunciarte si te resistes a obedecerlo, así como a darte la libertad si lo estima conveniente.

—¡Pero si Gavio ya es libre! —interrumpió Afrodisio—. La libertad se la concedí yo, Lucio Cecilio Afrodisio.

—¡No puedes otorgar libertad a esclavo ajeno, *dixi*! Sentenció el edil levantando la mano.

Con la expresión *dixi* remataban los ediles sus resoluciones, revocables únicamente por los duunviros siguiendo el trámite judicial reglamentario. Pero el pompeyano entendió enseguida que era imposible ganar un pleito de esa índole. Afrodisio advirtió el ademán de desconsuelo de su liberto, que parecía decirle: «No puedes abandonarme por las buenas, que nada somos el uno sin el otro». A lo que asintió él con un gesto: «Deja, deja; tendremos que solucionarlo de otra manera».

—¿En qué mercado compraste a Gavio? —preguntó directamente Afrodisio.

—No me acuerdo —respondió el tullido y atajó con brusquedad a Gavio cuando éste quiso responder por él—. ¡A callar, esclavo!

—¿Pero quizá recuerdes la suma que pagaste?

—No me acuerdo —repitió Fusco.

—¡No se acuerda, no se acuerda! —estalló Afrodisio—. ¿Qué fueron, dos mil, cinco mil sestercios?

El tullido negó vehementemente con la cabeza:

—Gavio es un esclavo particular; imposible de encontrar en cualquier mercado y menos por un puñado de sestercios, es un ejemplar extraordinario. Pero eso ya lo sabes tú. —El viejo soltó una risilla malévola; con gran despliegue de arrugas hundió la barbilla en el pecho.

El pompeyano avanzó sosegadamente hacia Fusco, con ánimo de ponerle la mano en el hombro y decirle «de acuerdo, entiendo que quieras sacar partido de la situación», pero el repugnante aspecto del hombrecillo lo sobrecogió como hidra que de lejos apenas asusta pero que de cerca aterra y exclamó bruscamente:

—¡Basta ya, diez mil sestercios y no se hable más!

—¡Diez mil sestercios! —El tullido fingió escandalizarse—. El cónsul Marco Emilio Escauro pagó setecientos mil sestercios por el amanuense del poeta Accio de Pisauro, y de eso ya hace cien años. Que de entonces acá por un celemín de trigo se paga el triple.

Afrodisio sintió la tentación de abalanzarse sobre el tullido y aporrear a aquel ser indefenso y repulsivo hasta hacerlo entrar en razón, pero Gavio se lo impidió. Le puso la mano en el brazo dándole a entender que no tenía objeto y sólo empeoraría las cosas. Afrodisio se limitó a replicar con el mismo gesto y se marchó… sin mirar siquiera a Gavio, pues salió llorando de rabia.

Cual águila que despliega las alas por resguardar la presa fue Fusco con sus muletas calle adelante. No se cruzaron una sola palabra. Gavio no comprendía el sentido del recorrido, pues salieron de la ciudad por la puerta de Herculano, pasando por delante de los vendedores ambulantes que antes habían torcido el cuello para espiar el interior de la litera y ahora estallaron en risas ante el espectáculo que ofrecían Gavio y el tullido. Fueron las horcas caudinas de Gavio en su triste recorrido con origen en la libertad y destino en la esclavitud, sumido en una intensa mezcolanza de sentimientos… de compasión hacia el tullido mezclada con odio hacia el terco que lo retornaba a su mísera vida anterior.

Fusco sudaba copiosamente, el pelo le colgaba delante del rostro en mugrientas greñas, aunque por más que le doliesen los brazos por la distancia del trayecto, la pata coja fue ganando en velocidad a medida que se aproximaron a la quinta de Eumaquia. Gavio tuvo un siniestro barrunto, confirmado cuando la sacerdotisa acudió a recibirlos en compañía de dos sirvientas. El trato se cerró sin mediar palabra: Eumaquia dio una vuelta en torno al esclavo revisándolo con gesto de desdén, luego le lanzó al tullido una bolsa de dinero; él la agarró como anémona que lanza sus tentáculos contra una almeja; pero la manera en que lo que quedaba de su mano retuvo la bolsa recordaba las valvas de la almeja que se cierran al mínimo roce cercenando el tentáculo del pólipo. ¡Cómo detestaba a aquel Paquio Fusco!

El césar del imperio romano proseguía su recorrido canoro por la provincia de Acaya, donde cada lugar que lo acogía celebraba un festival de canto. Compitiendo con laureados de la disciplina cantó el césar a la cítara tragedias célebres, aunque el vencedor del certamen se sabía de antemano. Con sus intervenciones musicales, el césar alcanzó incluso el título de *periodonikes*, reservado a los vencedores en todos los juegos (los olímpicos, los píticos, los ístmicos, los de Nemea y los de Accio), y este evento se aprovechó para introducir el certamen de canto en aquellos juegos que no lo tuvieran antes.

Con ocasión de los juegos píticos que se celebraban en la localidad montañosa de Delfos, escenario de la victoria de Apolo sobre el nefando dragón, consultó el césar su porvenir al oráculo; con los ojos entornados y el gesto titubeante respondió la pitonisa de manera apenas inteligible desde la altura de su trípode recomendándole que se guardase del trigésimo séptimo año. Según los anales, corría el año ochocientos veinte *ab urbe condita* y el décimo tercero de reinado del propio Nerón y el césar acababa, pues, de cumplir treinta años, de modo que el trigésimo séptimo resultaba tan remoto como la isla de los Bienaventurados en medio del gran océano. ¡Insensato quien se fía de la lejanía del destino, pues con qué presteza se hace presente el futuro, con qué presteza acude Átropo, la inexorable parca a su cita! La tierra exhaló un gemido cuando el Divino clavó la pala de oro en el lugar de la Acaya donde una pequeña lengua de tierra, de apenas una hora de camino, separaba la península meridional helénica del rocoso continente, surgiendo sangre del lugar como de las fauces de un toro. Pero el césar hizo caso omiso del funesto presagio; deseaba

erigir una maravilla del universo igual al coloso de Rodas, el faro de Alejandría o el templo de Ártemis en Éfeso: quería atravesar el istmo con un canal de forma que la península llamada del Peloponeso pasase a denominarse Neroneso, «isla de Nerón»; le importaba poco el fracaso que ya el divino Julio había cosechado con tal proyecto.

A dos días de las calendas del último mes de su decimotercer año de reinado, Nerón congregó a los varones de Grecia para anunciarles que decretaba su libertad. De acuerdo con las leyes, la medida era competencia exclusiva del Senado y terminó de despejar las últimas dudas que le cupiesen al más crédulo acerca de la arbitrariedad del césar. Los griegos lo celebraron exultantes, pero en Roma la cólera creció; a partir de aquel momento dejarían de percibirse unos tributos que la ciudad necesitaba perentoriamente, perdiendo el césar los últimos amigos que le quedaban.

El oráculo que recomendaba al césar guardarse del trigésimo séptimo año se materializó pronto.

En la Hispania citerior se sublevó el gobernador Servio Sulpicio Galba, un hombre de treinta y siete años cuya memoria conservaba el afecto con que lo trató de niño el divino Augusto y los augurios que le había prodigado dándole cariñosas palmadas en las mejillas diciéndole: «También tú, hijo, saborearás nuestro poder algún día». En aquel momento vio llegada su oportunidad aquel hombre de quien se habían olvidado en la capital hasta el extremo de darlo por muerto, pues su máxima aspiración en la vida se cifraba en no hacer nada, y proclamó la segregación de Roma. El gobernador de la Galia, Ceselio julio Vindex, lo apoyó y el césar quedó con el agua al cuello.

De regreso a Roma, el Divino barajaría diversas soluciones drásticas: dar muerte a los gobernadores imperiales de todas las provincias, envenenar en un banquete a todos los senadores, e incluso repetir el incendio de la ciudad, pero en proporciones mayores que el de hacía tres años, evitando además que se intentase sofocarlo, pues podrían soltarse por las calles las fieras del circo.

Se dio asimismo a entornar canciones tristes y a embriagarse y olvidar lo desesperado de su situación. Pero cada día iban menos invitados, hasta que una noche se vio sin más compañía que su antigua ama de cría y lloró.

Temiendo que el Senado lo desposeyese de sus poderes, destituyó a los dos cónsules y se transfirió a sí mismo el máximo poder ejecutivo, puesto que, así lo proclamó, por expreso deseo del destino tenía que recuperar la Galia en calidad de cónsul. Pero el Divino era un césar sin soldados, por lo que tuvo que pensar en lo que podría hacer para formar un ejército; cada idea que tenía era más descabellada que la anterior: una exacción única sobre el patrimonio, una tasa sobre los arrendamientos por el importe de un año, la requisa a los romanos libres de determinados contingentes de esclavos.

Afrodisio tuvo que renunciar de mala gana a un centenar de esclavos; aunque se trató de una pérdida menor comparándola con los beneficios que le dejó el tráfico de cereales desde Cartago y Alejandría cuando la alarma generalizada disparó los

precios. Ante las tiendas se formaban largas colas porque los romanos acaparaban cuanto se prestase a ello. La flota del pompeyano ascendía ya a veinticinco naves, y como el césar tuvo que integrar las naves imperiales en sus planes defensivos, Afrodisio pasó a disponer en la práctica del monopolio cerealista con la capital. Desde su hacienda pompeyana manejaba los hilos mandando a Roma varios mensajeros por día y abriendo nuevas fuentes de recursos en las provincias, cada vez más convencido de que tenía al emperador en sus manos. Bastaba una indicación suya para que los barcos dejasen de atracar en Ostia, la hambruna se cerniese sobre Roma y el césar viese su fin.

Panem et circenses, pan y circo reclamaba el pueblo del césar y de ambas cosas había escasez.

Para mantener de buen humor a los romanos distrayéndolos de la catastrófica situación, los pretorianos realizaron despiadadas batidas sobre los cristianos en nombre de la ley y los dioses que quebrantaban y ultrajaban. Iban a buscarlos a las ruinas de las afueras, a las chozas miserables de los barrios humildes, a las tienduchas vecinas al Circo Máximo, a las cuevas y escondrijos que excavaban extramuros y Tigelino los encarcelaba en los sótanos del circo de Nerón, donde aguardaban días y noches rezando a que les llegase su hora. Centenares de ellos acabaron devorados por fieras hambrientas en el coso del circo, mientras que otros muchos ardieron como teas en las exhibiciones que de noche se realizaban ante las puertas de la ciudad, de tanto en tanto bajo la complacida mirada del césar.

Dos hombres de edad avanzada los precedieron iluminando con su ejemplo a quienes vacilaran abjurando del dios desconocido del Oriente por salvar la vida. Uno fue Simón, hijo de un pescador de Betsaida, provincia de Judea, a quien llamaban Pedro, la roca; un hombre humilde y sin formación que aseguraba haber sido testigo de la misteriosa resurrección de Jesús, el predicador sentenciado a muerte por desórdenes públicos en tiempos del prefecto Poncio Pilato y que no siendo romano, pues era de Galilea, murió crucificado; pero o bien Simón mentía y fueron los secuaces quienes sustrajeron el cuerpo de la gruta donde siguiendo la tradición judaica fue enterrado el predicador, o bien no había llegado a morir en el curso de la crucifixión, cosa que sucedía de vez en cuando. Sea como fuere, también el otro, un individuo de elevada formación llamado Pablo y oriundo de Tarso, sostenía haber visto a Jesús después de que fuese ejecutado, de suerte que donde quiera que compareciese en el curso de sus largos viajes, como en Roma o en Pompeya, dejaría un buen número de fervorosos seguidores. La muerte misma de estos dos hombres (Pablo, romano, fue decapitado con todos los honores en el Campo de Marte) desencadenó entre sus partidarios una histeria auténticamente suicida; muchos de los cristianos que no fueron descubiertos por los pretorianos llegaron a entregarse luego voluntariamente, implorando que se les diese muerte para estar así cerca de Pedro y Pablo. El predicador que fue crucificado les había enseñado que la muerte no es el final sino el inicio de una vida mejor y más digna de vivirse, estando todos ellos

absolutamente convencidos de que ello era así.

En Roma se veían por doquier inscripciones de burla al césar. Como «¡Canta, césar, canta!», para que el cacareo ahuyentase a los galos, o «Vindex», pues en el gobernador de la Galia veían muchos al futuro césar. Al divino Nerón el miedo lo dejó inmóvil; no quiso trasladarse a la Galia y encomendó la misión a su lugarteniente Verginio Rufo.

Durante un tiempo cundió la sensación de que el césar podría recuperar el timón, pues Rufo derrotó a Vindex en la Galia y el gobernador se quitó la vida.

Pero a seis días de los idus de junio de su decimocuarto año de reinado le llegó al césar, se encontraba comiendo, la noticia de que Rubrio Galo, el penúltimo general leal, se había pasado con sus tropas al partido de Galba. El divino mandó llamar a Locusta, la vieja envenenadora que le había servido tanto cientos de veces con probada lealtad.

Eumaquia degradó al nuevo esclavo a la condición de «pie-rojo», imponiéndole el trabajo más bajo y detestado que cabía. Desde el amanecer hasta la puesta de sol, Gavio aplastaba telas en un lagar, dentro de una solución efervescente de orina púrpura; atado por los brazos a una viga y moviéndose permanentemente en círculo pisaba, aplastaba y arrastraba la lana originalmente grisácea hasta que el tejido quedaba impregnado del reluciente color sangre de la púrpura. Combinado con sal y orina, el jugo del molusco púrpura (cuyos mejores ejemplares se recogían en Tiro de Asia, la Laconia y la costa getulia del Océano cuando comenzaba la canícula) despedía un olor tan penetrante como el de la pimienta índica, escocía los ojos haciendo saltar las lágrimas y dejaba sin aliento hasta el desmayo. Unas pocas semanas ejecutando ese detestable trabajo bastaban para quedar convertido en «pie-rojo» toda la vida. El cáustico púrpura teñía la piel reblandecida penetrando hasta la misma carne.

Los días de Gavio transcurrían corriendo en círculo colgado de la viga bajo la mirada recelosa del capataz, como el resto de los tintoreros; eran doce y cambiaban continuamente, según se decía, bien porque al perder el conocimiento, caían y se ahogaban en la orina púrpura, bien porque se escapaban de noche, con los pies y las pantorrillas convenientemente envueltos en trapos para evitar que de día los reconocieran fácilmente.

El esclavo del lagar vecino, bitinio como él, tenía un plan de huida y se lo reveló a Gavio confiando en que lo acompañaría; pues las probabilidades de irse de este mundo ahogado en orina púrpura eran mayores que las de ser atrapado y ejecutado por huir. Se pasaban un día tras otro rodando, sintonizando cuidadosamente pasos y palabras, conversando en los breves instantes de duraba cada aproximación y guardando silencio al separarse de nuevo siguiendo el círculo.

Arión no comprendía por qué el nuevo se negaba a acompañarlo en su huida; pero Gavio porfiaba por Cástor y Pólux que Afrodisio lo sacaría de allí en cuanto se le ofreciese la ocasión.

—Si tan buen patrón fuese como supones… —le murmuró el bitinio para seguir el ritmo de los pisotones y enmudecer hasta la vuelta—… no habría permitido que las cosas fuesen tan lejos y te habría rescatado de manos de Eumaquia.

Gavio pisó furioso las bolsas medusiformes que los paños formaban al pillar una burbuja y le espetó bruscamente:

—Amigo, éste no es asunto de dinero… —Y prosiguió su ronda—… es un pulso entre dos luchadores enemistados hasta la médula.

—¿Eumaquia y Afrodisio?

—¡Eumaquia contra Afrodisio!

Con el tiempo, Arión renunció a comprender las auténticas razones de la lucha por el poder acomodándose a la idea de intentar escapar solo, pues entre los restantes esclavos ninguno le merecía confianza. Se trataba de esperar a la mejor ocasión. Quería probar fortuna marchando hacia Roma, donde confiaba poder llevar una vida clandestina, de modo que Gavio le proporcionó nombres de bitinios a los que dirigirse.

Gavio temía el día en que Arión desapareciera, pues era su vínculo con el mundo exterior. Estaba al corriente de todo: que Áscula, la atractiva viuda de la taberna que había junto al mercado ahora lo hacía por dinero, desde que murió Lucio Vetucio Plácido; que Ululitrémulo, el actor que parecía marica, tenía un lío con la mujer de Escauro; que Marco, el hijo de Póstumo, en realidad era hijo de Cerrino, el médico; y que Nigidio Mayo, el reputado hombre de negocios romano, estaba arruinado y pensaba vender la finca que tenía en Pompeya, aunque aún no sabía a quién…

—Y Fulvia, la viuda de Lucio Cecilio Sereno, ¿había tenido algún lío con el abogado Pansa?

Arión quedó atónito, como si la ignorancia del otro le hubiese llevado a un disparate ante cuyo candor a él sólo le cupiera entornar los ojillos, golpear la viga con los puños y echarse a reír. Supo entonces Gavio, entre vuelta y vuelta y tras docenas de pisotones, que Fulvia era un témpano, bastábale ver a un hombre para esquivarlo dando un gran rodeo; a Trebio Valente, un duunviro, le había escupido a la cara cuando osó pedir su mano después del año de luto. No, para Fulvia no había más hombre que su criada Paulina, y en lo que concernía al abogado Pansa, los tratos en que anduvieron no debió inspirarlos Venus, la diosa de la pasión en los corazones, sino Mercurio, el dios del comercio…

—¡… y de los ladrones! —Remató Gavio.

No sabía él si Pansa al desaparecer se había llevado algo de Fulvia; aunque probablemente no, porque Fulvia no había puesto ninguna denuncia. Bien era verdad que debía quedarle sólo la mitad del patrimonio, pero en cualquier caso seguía siendo la mujer más rica de Pompeya después de Eumaquia.

Gavio pisó la orina púrpura, observando el brillo y las burbujas que sus pasos levantaban en las telas que se inflaban y desinflaban. Le daba vueltas al asesinato de Sereno, a la cuestión de si Fulvia o Pansa o los dos andaban detrás y a los posibles

móviles. Olvidó por un momento su mísera suerte, el agudo escozor de los pies llagados con las asperezas de los paños mojados y los desvanecimientos que comenzaba a sufrir por culpa de la sofocante pestilencia, mientras oía:

«Resiste, resiste, resiste, Afrodisio te sacará de aquí. Aunque lleves los pies marcados para toda tu vida… Afrodisio te comprará zapatos con polainas… lo mismo te toman por gladiador, por reciario de red y tridente, por bestiario de los que luchan a brazo partido con los leones, ¡ay, Júpiter…!».

Lucio Cecilio Afrodisio saluda a Eumaquia, sacerdotisa de Augusto Pompeya, en las calendas de mayo Ayer estaba aún dispuesto a batirme contigo como el divino julio lo hizo contra los galos enemigos; estaba dispuesto a servirme de mi fortuna para que perdieses la tuya, pues sé que ése, a lo sumo, es el único daño que podría infligirte un ser humano: causarte pérdidas financieras. Según me ha sido notificado, te encuentras en posesión de mi antiguo esclavo Gavio, acreedor de mi leal amistad y poseedor de grandes méritos en mi ascenso social. A tenor de todo ello no sorprenderá a los dioses ni a los hombres que confíe en ti y en que me hagas el favor de reintegrarme al leal esclavo Gavio a quien había otorgado recientemente la libertad, por el precio que a ti te parezca conveniente. Ni tu honra ni tu dignidad, lo mismo vale para mí, saldrían de ese modo quebrantadas, pues en definitiva no se trata de una solución con vencedores y vencidos sino de un negocio que a ti te reportaría considerable beneficio y a mí la dicha de recuperar al amigo estimado; aunque probablemente no compartas mi parecer, coincido con el gran Séneca cuando frente a las burlas de tantos manifestaba que los esclavos son personas humanas y como tales merecen ser tratados. Por subrayarte el valor que tiene Gavio para mí, te ofrezco la suma de cien mil sestercios. Es, lo sé, desproporcionada para un esclavo cuando por esa cantidad puedes comprarte una centuria entera, pero para un amigo es la cantidad adecuada. Te ruego que tengas a bien hacerme este favor garantizándote por ello mi máxima consideración.

El amanuense leyó otra vez la carta en voz alta y Afrodisio mandó que se la hiciese llegar a Eumaquia a la mayor brevedad. El pompeyano recorrió a continuación el perímetro del *viridarium* aspirando la sucesión de fragancias de las plantas y arbustos exóticos que florecían en la tibieza primaveral. Estaba solo; así se sentía él al menos por más que de cada puerta asomase el rostro de un esclavo, una sirvienta o un vigilante que siguiesen solícitamente cada uno de sus pasos. Los pájaros aposentados en la vegetación de la terraza levantaron el vuelo al sentir los pasos del pompeyano y sus breves gorjeos cortaron la noche oscura como tajos de espada. Afrodisio se retiró pronto a su *cubiculum*, al que podía entrar desde el mismo *viridarium*.

En comparación con el triclinio, con el atrio, con el *tablinum* y con las numerosas salas llamadas *oeci*, el dormitorio (el *cubiculum*) era de proporciones reducidas; no tenía ventanas y toda su iluminación era la que provenía del pasito que lo separaba del *viridarium*. Una docena larga de lamparillas de aceite prendidas de las paredes,

del tamaño de un plato pequeño provistas de un pico en forma de pene y rellenas de sal marina, mantenían la estancia sumida en una trémula luz de tonos verdosos. En la pared principal había una cama cubierta con una colcha blanca; enfrente, una mesita de bronce cada una de cuyas patas representaba un estilizado efebo, con una sita de bambú egipcio tapizada en color púrpura: ése era todo el mobiliario. La espartana decoración no obedecía tanto a un talante ahorrativo ni, desde luego, a descuido, como a un gusto selecto, pues la gracia de la estancia no dependía del mobiliario; eran las paredes, el suelo y el techo los elementos que conferían a la estancia el aire de anticipo del Olimpo, sintiéndose Afrodisio cada vez que entraba en aquel *cubiculum* prendado de la vida supraterrenal de aquellos héroes y dioses que tantas veces se extraviaban en los humanos afectos.

El suelo de mosaico de Pérgamo estaba formado por dos cuadrados bordeados por grecas: uno ayudaba a enmarcar el lecho mientras que el otro, de igual tamaño, mostraba al dios Pan con patas de macho cabrío y enhiesto miembro viril procurando evitar que la graciosa Amadriade se zafase a sus lascivos deseos de fauno y acabara de convertirse en frondoso árbol. Como queriéndola exorcizar, Pan levantaba ambas manos para conjurar la metamorfosis de la ninfa, la transformación de sus piernas en raíces y los implantes de hojas en el cabello y los desnudos brazos, levantados por encima de la cabeza. En ese instante aún poseía el árbol-ninfa suficientes atributos humanos, conservaba las amplias caderas y el espléndido jardín de Venus; la dulzura de los senos suscitaba aún en la demoníaca divinidad la lubricidad de una sonrisa enmarcada por la rala barba que festoneaba el mentón.

Al artista de Pérgamo le habían bastado teselas de tres colores para imprimir vida en el mortero: ocre cobrizo para los ondulantes cuerpos, dorado para el resplandor del fondo y verde oscuro para la greca, las hojas nacientes de la ninfa, su jardín de Venus y las raíces de los pies, así como el ropaje de buco del fauno. Los matices que se conseguían con las cuadrangulares piedrecitas del tamaño de una uña y las vetas y fracturas que atravesaban la nueva composición de piedra permitían desarrollar sombras y perfiles con soltura digna de un pintor de Rodas.

Afrodisio se tendió en la cama, poseído por el agradable sopor que puede sobrevenir las noches cálidas de primavera. No podía soportar la mirada con que Afrodita lo contemplaba desde la pared de enfrente. Era la Afrodita obra de Apeles que se había traído de Roma una vez restaurada. Sin los restos del fuego a los pies, la mirada poseía el gesto desafiante e insólitamente seductor propio de la Pancaspe que trastornó a Apeles. Aunque para el pompeyano, tras la atractiva belleza de Afrodita no se ocultaba sino Leda, la Leda que para con él siempre mostraba respeto y consideración, pero nunca deseo, que eludía sus requerimientos evitando encontrárselo o, si no quedaba ningún otro remedio, comparecía ante él con el gesto cabizbajo y sumiso de la esclava frigia.

No sin abochornarse había llegado a sobornar a Porcia, una anciana esclava de la finca famosa por sus conocimientos en materia de plantas, de quien se decía que

dominaba una docena de recetas con las que doblegar los impulsos. Por dominarse la fogosidad que ante Leda sólo podía ser contraproducente, había bebido él mismo una pócima de nenúfar que según decían aplacaba el ímpetu durante cuarenta días y sus noches, llegando incluso a espantar los sueños lúbricos.

A Leda, por su parte, se le había administrado al final de un caluroso día un vaso de agua que contenía disuelta una ración de criadillas de sátiro desprovistas de sabor, raíz cuyo nombre obedece a la forma que presenta; según aseguraba Porcia, esa hierba levantaba de tal modo anhelos y ardores que estaba expresamente indicado para dar brío a sementales apáticos y machos cabríos desganados, dando fe Teofrasto, el discípulo del gran Aristóteles que nunca se casó, de la eficacia estimulante del remedio, pues gracias a él un griego llegó a tener acceso carnal hasta setenta veces. Sin embargo, esa vez no surtió el efecto deseado. Leda continuó tan pudorosa, retraída y morigerada como siempre, limitándose a musitar «Sí, señor» y «No, señor», mientras que el propio Afrodisio apenas podía reprimir las muestras de ansiedad.

Afrodisio cruzó las manos bajo la cabeza mientras paseaba la vista por el techo; no obstante, la contemplación de cierto medallón aún turbó más sus sentidos, pues mostraba a un sátiro de pelo hirsuto que junto al cayado donde había colgado la ropa tomaba a tergo a una delicada ninfa cuyos brazos en aquella posición se agitaban como los tentáculos de un pólipo…

—¡Leda! —exclamó Afrodisio, conminando al esclavo que montaba guardia ante su cámara—. ¡Trae a Leda ahora mismo! ¡Que se ponga su mejor vestido! ¿Entendido?

Ya eran demasiadas dilaciones. Él había procurado darle tiempo y no apremiarla. Pero, llegado un punto, el decoro es majadería. ¡Por Venus y Amor! ¿Por qué no podía ella quererlo, una mujer joven, en la flor de sus años? Afrodisio se tendió en la cama; se revolvió inquieto, jurándose tomar por mujer a Leda si atendía a sus deseos y se mostraba dispuesta a compartir su vida con él. ¡Si por lo menos lo amase! Él sí amaba profundamente a aquella criatura que había librado de la muerte.

Más de una vez, sin embargo, había tenido la sensación de que Leda hubiese preferido morir; todo por culpa de aquellos sectarios que se llamaban cristianos y que no tenían empacho en declarar en público que su reino no era de este mundo. ¡Podía seguir siendo cristiana si así lo deseaba! ¡Que abjurase de los dioses romanos y hasta de los griegos, si era lo que quería! Él, desde luego, no la apremiaría a que cambiase de parecer, ¡pero cuánto la deseaba!

Súbitamente la tuvo ante sí. Afrodisio se sentó. Pero aquélla no era Leda, no era la Leda que él conocía, la que se había traído de Roma sin pensárselo dos veces. Contempló estupefacto, horrorizado, a la muchacha. Leda vestía una túnica larga y elegante que él le había regalado, pero olía a vino que se había derramado por encima. Llevaba los ojos y los labios exageradamente pintados, cual pupila de lupanar, con la melena suelta y despeinada.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Afrodisio.

A Leda le temblaba todo el cuerpo; respondió en voz baja:

Aquí me tienes como me quieres.

Sin apartar sus ojos del pompeyano se llevó los dedos a las hebillas que cerraban el vestido por los hombros, las desabrochó y el vestido cayó deslizándose al suelo quedando Leda sin ropa ante él; desvestida, pero no con la belleza desnuda que tanto ansiaba él, que tantas veces había imaginado, acariciado, admirado y venerado con el pensamiento; aquel cuerpo estaba devastado, se hallaba en un estado deplorable. Le habían matado la belleza acuchillándole los senos, el vientre y los muslos con afiladas cuchillas, después le habían restregado bosta de cerdo sobre las heridas; todo ello le había provocado pústulas y purulencias semejantes a las del morbo venusino, que cuando se apodera de un cuerpo apaga toda sombra de deseo. Leda miró resueltamente al pompeyano, era la primera vez que lo miraba a los ojos sin reparos, con el valor de quien no tiene nada que temer.

Pasó un rato hasta que Afrodisio comprendió lo que suponía aquel espectáculo aterrador. Al cabo, en voz baja, dijo:

—¿Quién ha sido? —Y algo más alto a continuación—. ¿Quién te ha hecho eso? —Hasta que finalmente estalló gritando. —¡Malditos perros cristianos! ¡Me las van a pagar, todas!

La casa de la bella Áscula se encontraba en la calle de los Augustales, a dos manzanas del lupanar, sin distinguirse apenas de ésta en lo tocante a la actividad practicada tras su distinguida puerta; sí la había en las insignias, ya que si el burdel exhibía un pene de mármol, Áscula no había renunciado al emblema del dueño de la casa hasta el terremoto, una vid, que se exhibía junto con la inscripción *Cave canem*. A Áscula los emblemas le traían sin cuidado. Es más, no se consideraba ramera, por más que sus servicios amorosos pudiesen comprarse. Las visitas a su casa se celebraban según rigurosas reglas: el parroquiano que requiriera sus favores mandaba antes a un esclavo con quinientos sestercios, y si a la bella le apetecía, lo hacía pasar. Pero no pocas veces rehusaba también las proposiciones, agradeciendo gentilmente el interés.

Bastante después de la medianoche llamaban a la puerta de la vid. Abrió un esclavo y una vaharada de delicado perfume salía al paso del tardío visitante.

—¡Anuncia a tu ama a Lucio Cecilio Afrodisio!

—Mi ama no recibe.

—Le das esta bolsa de parte de Afrodisio.

Era de ver que la bolsa contenía bastante más de lo acostumbrado. El esclavo se marchó, Afrodisio ordenó a los porteadores de la litera que se dirigiesen hasta la primera esquina; el esclavo regresó indicándole de parte de Áscula que pasase.

Suntuosamente reconstruida tras el terremoto, la casa no presentaba la planta común de las pompeyanas, donde las visitas pasaban primero a un atrio vacío y desde allí a las diversas estancias.

En casa de Áscula el huésped se hallaba de buenas a primeras en un pintoresco *oecus* provisto de cómodo mobiliario, al fondo del cual una puerta vedaba el paso a las habitaciones privadas. Aunque sería blasfemo llamar puerta a aquel portal elaborado por artistas alejandrinos siguiendo la moda que agradaba a sus reyes, pues las hojas sugerían unas alas de halcón de verdiazules plumas ordenadas en un primoroso juego de escamas, mientras que el vistoso vértice quedaba coronado con la cabeza del ave oteando con gesto imperioso el conjunto de la estancia.

Como si las hubiesen accionado manos invisibles, se abrieron las dos hojas del portal dando la sensación de que el halcón indicaba a la cría que acabase de romper el cascarón. Y allí estaba ella, Áscula, un fervoroso chasquido de la lengua ataviada con la corta túnica de Diana, con la negra melena arrollada en un moño alto.

—¡Afrodisio! —Áscula fue a recibirlo con los brazos abiertos—. He oído hablar de ti. Admiro de todo corazón a los hombres que han creado por sí solos un patrimonio. Bienvenido seas.

El pompeyano no prestó atención a cuanto dijo; sólo deseaba engolfarse con la casquivana, en sus formas y cuanto se insinuaba bajo el fino peplo amarillo; sólo quería coger a Áscula, abusar de ella puesto que había pagado, humillarla, darle empujones, hacerla añicos; quería vengarse por la amargura que le afligía. Aún conservaba en la memoria la última vez que la había visto delante de la taberna del mercado, subida en lo alto de un canasto pidiendo el voto por la candidatura de Vibio Severo a edil con sus exuberantes senos y los brazos en jarras; con qué fruición de sediento ante la fuente del camino no se había regalado él los ojos entonces contemplándole la estampa. Ahora era fugaz pertenencia suya y le sonreía, lo cual lo halagaba especialmente en aquel momento.

Áscula obsequió al pompeyano con una copa de denso vino de Samos sin rebajar, un gesto descarado de lujo y frivolidad tan ostentoso como el aroma que invadía la estancia, perecedero, superfluo y destinado exclusivamente a agradar a la otra persona, pues el que lo lleva apenas lo nota. La seductora fragancia surgía de un frasco de alabastro con forma de cisne relleno del prohibitivo bálsamo real, llamado así por los reyes partos que lo inventaron, una mezcla de cardamomo, canela, mirra, moringa, cálamo, alheña, loto y mejorana, productos todos ellos orientales a los que cabía añadir esencia de nardo de la Galia, hoja de gladiolo de Iliria, así como vino y miel de Acaya. El divino Nerón se lo untaba en la planta de los pies siguiendo, se decía, las lecciones de Otón, porque estimaba el lujo tanto como a sí mismo, pero también por mostrar al olfato de los humanos que él al rey de los partos lo trataba con los pies.

Si la vista y el olfato estaban ya dejando aturdido al pompeyano, la enajenación fue definitiva cuando Áscula lo invitó a recostarse en el lecho del placer rodeado de velos; pendieron sobre él los senos como membrillos maduros, firmes y aterciopelados, y mientras Afrodisio seguía devorando con la vista las sugerencias que delataba la ropa, ella se puso a horcajadas sobre él, se desprendió de la fina

vestimenta, que arrojó lejos de sí, y seguidamente comenzó a moverse a ritmo de baile y con los brazos levantados como una Nereida, por encima del cayado del placer de Afrodisio. ¡Menuda mujer! Como una nave que en la tormenta encara la ola clavando la popa y emerge de nuevo mostrando hasta la quilla para buscar la ola siguiente, así se hundía y emergía Áscula a los ojos de Afrodisio; notó él el roce de sus rizos sobre el pecho y cómo volvía a erguirse desplegándose complacida en cada ademán para caer de nuevo emitiendo un leve gemido sobre él. Le apetecía a él sumirse en aquel frenesí, dejarse llevar por las sensuales oleadas, pero súbitamente le acometieron la rabia y la decepción que lo habían llevado hasta allí, agarró a Áscula y se puso sobre ella.

Sujetándole firmemente las manos, clavó su lanza en la mujer indefensa, horadándola como si la hubiese atravesado el espolón de una trirreme.

Áscula gritó, pero la señal de dolor aún inflamó más al pompeyano, incitándolo a mayores brusquedades; Afrodisio se libró en la gruta de Venus a una furiosa refriega en la que descargó toda la brutalidad que el fálico dios Príapo puso en el *membrum virile*. Afrodisio se sentía engañado, despreciado y dolido por el comportamiento de Leda y se había propuesto castigar a otra mujer en su lugar. ¿A quién tenía debajo? ¿A Leda? ¿A Áscula? ¿A las dos?

Áscula se defendió a patadas, intentando golpearlo con los talones en la espalda, cosa que consiguió varias veces sin que nada de ello aplacase al pompeyano. La lucha unilateral prosiguió hasta que Áscula abandonó toda resistencia. En vista del resignado aguante y la indefensa entrega patentes en la mujer, Afrodisio volvió en sí. Descendió como si lo hiciese de un caballo sudoroso y exhausto; sentía vergüenza y fijó la vista en el techo.

—Me has hecho daño —dijo Áscula.

Afrodisio calló. La fragancia que un momento antes había inundado la estancia parecía haberse desvanecido como un *circius* que proveniente de la provincia narbonense se duerme como los compañeros de Ulises ante Ostia tras atravesar el mar de Liguria. Olía sólo a sí mismo y olía mal.

—Tú tienes cuitas de amor con una mujer —continuó Áscula.

Afrodisio asintió con la cabeza sin mover los labios. Conteniendo el llanto, refirió espontáneamente lo que le había sucedido. Empleando el tono del niño que da con el regazo de su madre habló de Hersilia, de cuya muerte aún se sentía responsable, del amor que sentía hacia Leda y del contubernio cristiano que había lacerado a la muchacha de aquella manera con tal de sustraerla a sus requerimientos, para concluir levantando el puño y jurando venganza. Denunciaría ante los pretorianos a todos y cada uno de los cristianos de Pompeya.

—Pero a Leda, ¿la sigues queriendo tal como está ahora?

—Sí, la quiero —respondió el pompeyano—. Traeré a los mejores médicos de Roma y de Alejandría si es menester, para que la curen.

—Pues si quieres conservar a Leda no debes delatar a los cristianos. Ella también

lo es.

—Son una partida de indeseables, todos. Y no porque abjuren de los dioses de aquí… a ver quién va a creerse hoy día que Júpiter entra y sale por el templo del Capitolio como si fuera su casa; no, la vileza de esos criminales apunta directamente contra el género humano, quien no es como ellos, es su enemigo. Gentuza, asiática por demás.

—Tendrás que soportarlos si quieres conservar a Leda.

—¡Nunca, por Júpiter!

Se oyó en la puerta a la esclava Estatilia carraspeando y Áscula alzó la voz para preguntar qué ocurría. Contestó la muchacha que un mensajero insistía en ver a la visita, decía que era urgente, se llamaba Polibio.

—¿Polibio? ¿A estas horas? —El pompeyano se levantó de un brinco y Áscula se echó su vestido por encima.

—¡Que entre!

Polibio saludó dándose un golpe con el puño en el pecho; venía sin resuello. Se excusó por la brusquedad con que se presentaba: en Roma reinaba el caos, el césar se había suicidado.

—¿El divino Nerón? ¿Cuándo?

La víspera de las nonas de junio. A continuación refirió Polibio con gran excitación el fin del césar. Según se decía, sobrecogido por la defección de las legiones, había huido de madrugada a casa del liberto Faón, en la cuarta milla de la Vía Nomentana, donde finalmente se quitó la vida con un puñal después de que un mensajero trajera la noticia de que el Senado lo había declarado enemigo público.

—¡Amigo, ésa no es mala noticia! —Afrodisio le dio a su administrador romano una palmada en el hombro.

—Hasta aquí, no —replicó Polibio—, pero sigue escuchando. Ese mismo día el Senado proclamó césar a Galba.

—¡Por Cástor y Pólux! ¿Al carcamal de Galba? Si es un manirroto miserable.

—¡Al mismo! En Roma cuentan que ha dilapidado los cincuenta millones de sestercios que le dejó en herencia Livia Augusta, la esposa del Divino. Los dioses sabrán cómo.

—Para las fiestas Florales trajo de África elefantes acróbatas; entonces era pretor y quería ganarse a la gente. En el teatro organizó naumaquias con trirremes auténticas que subían de Ostia Tíber arriba y luego se trasladaban por toda la ciudad. Los romanos estaban encantados, nunca habían visto nada semejante. Aunque a Galba no lo llegaron a estimar nunca. Ciertamente disfrutaban con sus derroches, pero también temían su crueldad. A un cambista que estafaba hizo que le cortasen las dos manos y aún esperó sin moverse del sitio hasta ver cómo el verdugo las dejaba clavadas en la mesa de cambio. Un tutor que había envenenado a su pupilo fue crucificado a instancias suyas; cuando el reo se quejó haciendo valer que era ciudadano romano y le correspondía morir por espada, Galba mandó que lo descendieran y le pintasen de

blanco la cruz, para obsequiarlo así con una muerte de primera clase. Con Galba vamos de mal en peor, creo.

—Así es, amo —asintió Polibio—. En Roma circulan rumores para todos los gustos y nadie sabe a qué atenerse. Primero corrió el bulo de que Tigelino se había matado junto al césar, pero luego pude verlo yo con mis propios ojos en el foro; maldiciendo la memoria del césar divinizado y proclamando ante quien quiso escucharlo que siempre le había sido hostil, aunque no podía darlo a conocer públicamente para encubrir mejor sus actuaciones en contra… ¡Bestia inmunda…! Por eso, dicen, Galba lo ha confirmado en la prefectura de la guardia pretoriana. Ahora circula el rumor, por eso me he apresurado a venir, de que para llenar las arcas vacías del césar todos los romanos, tanto libres como libertos, que dispongan de más de cien esclavos tendrán que renunciar a la cantidad que exceda del centenar en favor del divino Galba, y en la misma proporción de una parte de sus bienes.

—¡Mercurio me asista! —El pompeyano se dejó caer junto a Áscula con la mirada fija en el suelo.

—¿Yeso qué supone? —preguntó Áscula.

—¿Que qué supone? Pues supone que quieren arrebatarme cuatro quintas parte de los quinientos esclavos que tengo en Roma y la misma proporción de las propiedades que tengo allí.

—¿Y si tuvieras cien esclavos?

—Pues no me tocarían ni un pelo. —Afrodisio rió con amargura.

—El césar —insistió Polibio— tiene prometidos treinta mil sestercios a cada pretoriano, de forma que necesita trescientos millones, y los recaudará.

—¡Pero conmigo que no cuente, de ninguna manera! —dijo el pompeyano irritado—. A un derrochador de ese calibre no le doy ni un solo as. Mira, agarras un caballo y te vas corriendo para Roma; una vez allí dispones todo para que se queden noventa y nueve, al resto les mandas que se preparen para salir de la ciudad.

—Pero, amo, habrá que parar entonces la mitad de los telares y los barcos que tengan que descargar en Ostia no podrán moverse del puerto.

—¡Perfecto, Polibio! Que paren barcos y telares. Elige al más leal de entre ellos para que traiga al resto hasta Pompeya. *Mundus vult decipi*.

Polibio parecía confundido. No sabía exactamente qué orden había esperado recibir del patrón; pero la rapidez con que Afrodisio había resuelto lo dejó desconcertado. De todas maneras, no era tarea fácil sacar de la ciudad a cuatrocientos esclavos sin llamar la atención.

—¡Que no se descubra nada, desde luego! —le insistió Afrodisio, al percatarse de las vacilaciones de Polibio. Lo mejor será que los saques por la Puerta de Ostia, la de la Vía Apia, la Latina y la Prenestina, y luego los reúnas en la tercera milla junto al panteón que Marco Craso ha levantado a su mujer— tras recapitular un momento concluyó: —Encuéntrame al mejor médico de Roma, le das diez mil sestercios y coche y me lo envías sin dilación. Lo espero urgentemente. Vale, Polibio.

Polibio salió tras despedirse brevemente y Afrodisio comenzó a arreglarse con parsimonia la ropa.

—Lo he conseguido todo en esta vida —dijo al cabo de un rato, sin mirar a Áscula—, pero Fortuna nunca acaba de vaciar su cuerno de la abundancia. Si eres pobre sueñas con ser rico. Si eres rico, sueñas con ser célebre. Si eres célebre sueñas con ser feliz. Hasta el corredor Ladas, agraciado como fue por los dioses con todas las medidas de la fama y que al cabo de cinco siglos aún tiene en el foro de Roma la estatua que le dedicó Mirón, dicen que después de vencer en Olimpia, cuando le entregaban la rama de laurel, dijo que habría preferido tener gota y ser rico, pues qué provecho sacaba de ser veloz y morirse de hambre. Muy pocos se contentan con lo que tienen, como Epicuro; su dicha suprema era la ecuanimidad y se daba por satisfecho comiendo de las hortalizas de su propio huerto. Benditos sean mis días, que las noches son un tormento.

—Verás cómo conseguirás a Leda —intentó consolarlo Áscula—, tienes que demostrarle que la quieres y ella te corresponderá.

—¿Pero acaso no le demostré cuánto la quería salvándola de la hoguera? ¿Ésa es su manera de agradecerlo?

Áscula le tomó la mano al pompeyano apretándosela con afecto:

—Afrodisio, tú eres un hombre de negocios, excepcionalmente bueno, incluso. Pero la vida no es como los negocios, sino muy diferente. Piensas que después de gastarte cinco mil sestercios por salvar a Leda puedes reclamar el beneficio que te corresponde, amor por importe de siete mil quinientos. Esas cuentas no sirven. Con dinero podrás atender tus deseos, podrás incluso despertar admiración, pero ni un denario ni un áureo brillarán como lo hacen unos ojos que amen. Si quieres a Leda, esfuérzate en comprenderla, déjala en buena hora con su fe; si delatas a los cristianos, ella se declarará cristiana públicamente y la habrás perdido para siempre.

—Los cristianos son unos descreídos, actúan contra la ley.

—El amor no sabe de leyes, Afrodisio.

El pompeyano se levantó. Las ideas de Áscula eran desconcertantes.

—Ya sé qué estás pensando —dijo Áscula—. ¡Y todo esto, de boca de una lupa!

—No —la interrumpió Afrodisio. Le resultaba violento que la propia Áscula se llamase ramera.

—Si tienes razón. Vivo del placer que les procuro a los demás y no me da ninguna vergüenza.

Durante dos décadas viví decentemente, siendo la fiel esposa de Lucio Vetucio Plácido. Pero Plácido murió con el terremoto, la taberna quedó destruida y no había dinero para recomponerla. No tuve más remedio. Regresar a la esclavitud o venderse. *Tertium non datur*.

Fascinado, el pompeyano descubrió un objeto encima de una mesa de la entrada del que no pudo apartar los ojos. Debía de haber estado todo el rato allí, pero Afrodisio no se había percatado. Decía mucho a favor de las dotes de Áscula y de la

manera en que había cautivado la atención de su huésped; pero en el momento de marcharse saltaba a la vista llamándole la atención sobre todo a él, que había topado ya barias veces con él y todas en circunstancias extrañas. ¿Era casualidad o aviesa intención? ¿Qué hacía aquello allí en medio de manera aparentemente impremeditada?

«¿Qué es eso? ¿De dónde ha salido?», iba a preguntar Afrodisio, tomó aliento, había abierto la boca… pero en aquel preciso instante algo le impidió articular palabra; él mismo apretó firmemente los labios como si tuviese que tragarse una amarga medicina, algo del sabor bilioso de la raíz de nardo machacada, que se indicaba contra la epilepsia, y permaneció callado. Pero no pudo disimular la inquietud que le embargaba; las manos le temblaron, se ahogaba intentando cobrar aire y el vértigo estuvo a punto de dar con él en el suelo: encima de la mesa estaba el puñal de mango curvo que le había quitado la vida a su amo Sereno, una daga como la que había acabado con Prisciliano, como la que había visto en casa de Popea o la que le lanzaran en el teatro del Campo de Marte.

Áscula se acercó a Afrodisio para auxiliarlo al notar el vahído, pero el pompeyano se zafó, salió precipitadamente a la calle y se llenó los pulmones con el aire fresco de la madrugada.

10

EL CUERPO DE LA muchacha se revolvía presa de una fiebre estremecedora; delirando, le gritaba a Mirón, su padre, que ya acudía a reunirse con él, mientras que el médico se esforzaba porque la frenética Leda se recostase en los almohadones.

—La vas a matar, Trebio. Está demasiado débil para ese veneno. ¿Me oyes? —Afrodisio agarró al médico por el hombro con ánimo de apartarlo del lecho, pero Trebio le devolvió un empujón que lo hizo tambalearse. Afrodisio se arrodilló a los pies de la cama, hundió el rostro entre las sábanas y lloró.

—¡Si quieres que salga de ésta —le reprendió Trebio— tienes que dejarme hacer las cosas a mi manera! Sin ese veneno, Leda ya estaría muerta, créeme. Mira cómo actúa. —Le brillaban los ojos.

Trebio gozaba de gran prestigio como médico y curandero que había aprendido sus artes en Alejandría, donde según se decía los pobres vendían sus cuerpos, vivían un año en la abundancia y al cabo se los mataba de manera indolora por los médicos para descuartizarlos como a un toro en el altar de Júpiter óptimo.

—Es acónito de flor azul. Los griegos dicen que es la espuma que soltó el can Cerbero cuando Hércules lo llevó hasta el Averno. La verdad es que sólo crece en Heraclea del Ponto, donde está marcada con una piedra negra la entrada al mundo de las sombras.

—Pero a una persona la mata. Dicen que Calpurno Bestia, el asesino de mujeres que las mataba durmiendo, usaba este acónito. Es un veneno muy potente.

—Todas las medicinas son veneno —replicó Trebio—, como cada enfermedad es también un veneno, un veneno que se adueña del cuerpo. A Esculapio le puedes implorar remedio sacrificándole un gallo según la antigua tradición, pero es notorio que el viejo sanador no tiene todos los remedios; mira que Júpiter ya le lanzó un rayo

para evitar que siguiese hurtando hombres a la muerte con sus artes. En resumidas cuentas, más vale que confíes en los médicos que saben cómo emplear un veneno para combatir el que haya entrado en el cuerpo. Esto es la cumbre del arte de sanar, encauzar el combate entre dos venenos mortales dentro mismo del cuerpo consiguiendo que los dos se extingan y la persona siga viva.

—Hablas como un mago —observó Afrodisio, que seguía hechizado por cuanto le decía el médico. Leda se había serenado. Aunque su respiración continuaba siendo agitada, sólo se percibía como breves resoplidos.

—Todos los médicos son medio magos porque cada enfermedad tiene mucho de maleficio.

Fíjate en esta muchacha: el veneno no basta para curarla. Podrá mantenerla viva… quizá. Pero con eso solo no estará curada, pompeyano. A Leda le falta el coraje de vivir, se siente sola y abandonada y anda buscando una nueva vida en la muerte; necesita atenciones y cariño.

—¡Pero yo quiero a Leda, lo juro por Venus y Amor!

—Tú crees que la quieres, pompeyano. Pero de eso no ha llegado ella a enterarse. A lo sumo, debió de notar que la deseabas… ¿pero eso es amor? Temía que la utilizaras y la dejaras luego abandonada. Si no, no se explica lo que ha hecho.

—¿Saldrá adelante, Trebio?

El curandero posó la mano derecha sobre la frente de la muchacha y le tomó el pulso con la izquierda. Guardó silencio.

—Te pagaré el triple —dijo en tono quejumbroso el pompeyano—, ¡pero haz que siga viva!

El médico se giró entonces hacia él:

—Afrodisio, ¿de verdad crees que puede comprarse la vida de una persona? Si fuera así, los ricos vivirían eternamente y no habría pobres porque no pasarían del primer año. En cierto modo, tendrías razón, cuando se piensa que sólo se ha transmitido la edad de personajes ilustres. Pero a la vez te equivocas, como Hesíodo cuando decía que la corneja vive nueve veces más que el hombre, y el ciervo cuatro más que la corneja, y el cuervo tres veces más que el ciervo. La verdad es que por los años que vive el hombre entierra al ciervo, al cuervo y a la corneja y, a la vez, que sólo se cuentan la vida de gente famosa, tal como lo hace Cornelio Nepo, el amigo de Cicerón oriundo del Ticino. De los pobres no habla nadie. Nadie sabe de un esclavo centenario, para empezar porque su nacimiento es algo oscuro; pero mira cómo todos hablan de Marco Valerio Corvino, que vivió cien veces el año nuevo, porque llegó a ocupar más que ningún otro la silla curul, hasta veintiuna veces, y porque entre su primer consulado y el último transcurrieron cuarenta y seis años. Nadie habría hablado de la prodigiosa edad de Terencia, que había alcanzado los ciento tres años cuando se incineró su cuerpo en el campo de Marte, si no hubiese sido la esposa del gran Marco Tulio Cicerón, y hasta a Clodia la habríamos olvidado a pesar de sus ciento quince años y sus quince maternidades, si Ofilio el abogado y amigo de

Cicerón no le hubiese dedicado un memorial en sus escritos.

—Perdona mi torpeza —se excusó Afrodisio—, pero es que Leda tiene que vivir, tiene que curarse.

La respiración de Leda seguía ya un ritmo regular, aunque ostensiblemente débil. El pompeyano seguía su aliento como el rastreador de huellas el lejano rumor de cascos.

—¿Tú crees… —comenzó Afrodisio en tono titubeante—, crees que el alma sigue viva después de la muerte, el meollo de la doctrina de los cristianos?

—¡Por Hércules! —replicó Trebio con ira—. ¿Pero qué es el alma? Yo he disecado a hombres separando una parte de otra, estudiando todos y cada uno de los órganos, y en ningún sitio he visto un alma. La sombra que ellos llaman alma es un delirio dulce, una forma de contrarrestar el capricho más rematado de la naturaleza, la muerte que acaba con nuestros anhelos y tormentos de una vez por todas. ¿Si cuentas con otra vida cómo vas a seguir ocupándote de los asuntos que tan generosamente te quita la muerte de encima? Es pura presunción, pura osadía lo que mueve a los hombres a ocurrencias semejantes; a fin de cuentas no son más que el sueño descabellado de equipararse a los dioses, la envidia presuntuosa hacia los inmortales que gobiernan nuestro destino.

El pompeyano asintió sin atreverse a contradecirlo, aunque no compartía su opinión. Podía haberle dicho que de del mismo modo que no había descubierto alma alguna por ningún sitio, tampoco él se había topado con ningún dios, ni con Júpiter, ni con Hércules… Pero Afrodisio se reservó lo que pensaba.

El pompeyano pasó el día y la noche junto al lecho de Leda, renovándole a cada hora las cataplasmas de cincoenrama para que le bajase la fiebre; pero cuando cedió la temperatura se sucedieron terribles vómitos; Afrodisio temió que Leda fuese a devolver hasta el mismo estómago.

Trebio preparó un brebaje hediondo de polipodios, las hierbas pilosas y siempre verdes por dentro que por el órgano succionador y las hojas dobladas recuerdan los brazos de los pólipos y crecen bajo las raíces aéreas de árboles viejísimos. Le añadió hojas tiernas de col y un pescado salado rancio. Después de cocerlo todo en una pasta de aspecto infame y administrárselo a la enferma a la fuerza (era necesario utilizar un cucharón de madera), el preparado hizo efecto eliminando el malestar del cuerpo, tras lo cual se marchó Trebio no sin antes echar un desdeñoso vistazo a sus honorarios. Y es que más, según dijo, tampoco podía haber hecho, ¡por Esculapio!

El cuarto día Leda se levantó como por ensalmo, expresó su gratitud y quiso salir al aire libre, cosa que consiguió evitar el pompeyano. Él la estuvo velando sin apartarse de su lado, cambiándole los vendajes impregnados de ungüentos y desentendiéndose de cuanto pudiese distraerlo de esos quehaceres.

En una breve esquela dirigida al «esclavo Afrodisio» le había respondido Eumaquia que no se desprendería nunca de Gavio, ni vivo ni por un millón. Sin apartarse del lecho de Leda, Afrodisio reflexionó sobre la manera en que podría

recuperar al amigo, no siendo menester muchas vueltas para concluir que era imposible entenderse con la sacerdotisa únicamente con dignidad y hombría de bien. Gracias a un esclavo bitinio de la finca de Eumaquia se intercambiaron Gavio y Afrodisio recados en secreto; el pompeyano reconfortaría al esclavo rogándole que aguantase aquella situación pues lo liberaría lo antes posible. Afrodisio logró incluso sobornar a Sífax, el capataz de la tintorería, para que diese a Gavio un trato más benévolo mientras llegaba a materializarse el rescate.

La retirada de los esclavos de Roma se hizo con discreción pues Polibio cumplió las indicaciones del amo sacándolos de la ciudad en cuatro grupos diferentes y por otras tantas puertas para reunirlos luego; por añadidura, en Roma reinaba una gran inseguridad ya que mientras el césar designado continuase en Hispania, nadie sabía quién tenía la sartén por el mango, ni siquiera Tigelino, quien por deseo del divino Galba, al parecer tenía que compartir autoridad con Ninfidio Sabino.

Para salvar las apariencias de modo que no se supiera que había estado al corriente de las intenciones del nuevo césar y que debido a ello había retirado de Roma la mayoría de sus esclavos, Afrodisio puso en práctica una ocurrencia genial. Se prestó a reconstruir el templo de Júpiter en su antiguo esplendor. El edificio continuaba en ruinas desde el terremoto, de modo que los sacrificios dedicados al dios supremo de los romanos debían seguir ofreciéndose en el pequeño templo de Júpiter Meilichios, cerca del teatro. Cuatrocientos esclavos se consideraron suficientes para iniciar los trabajos retirando los escombros que asolaban el espléndido santuario; en consecuencia, dieron publicidad los duunviros a la generosa iniciativa en tres pregones diferentes: por las calendas, tres días antes de antes de las nonas y por los idus del mes sexto, consagrado al divino Augusto, comprometiéndose además con Afrodisio a erigirle una estatua de bronce en la columnata del foro, la galería donde pervivía la memoria de los ciudadanos ilustres de Pompeya.

El pompeyano cosechó muestras de reconocimiento de todas partes, trocándose en beneplácito y respeto el recelo que los laboriosos forenses y los distinguidos campanienses habían dispensado al liberto inopinadamente enriquecido. El anciano sacerdote de níveas guedejas y aspecto de galo, Marco Holconio Rufo, vaticinó tras sacrificar una paloma que la edificación del templo de Júpiter cambiaría la vida de muchas personas, aunque de nadie tanto como la de Lucio Cecilio Afrodisio.

Al presagio del sacerdote apenas se le prestó atención. Sólo Afrodisio se fijó en el mensaje; recordó que el sabio Rufo ya había predicho el futuro en otra ocasión. Fue cuando cayó el cisne entonando su canto en lo que resultó un anuncio de la siniestra suerte que esperaba a los pompeyanos. Pero por más vueltas que le dio, no le encontraba sentido a lo dicho por el vidente, de modo que se propuso olvidarlo. El río del olvido es, sin embargo, lento cuando deseas que se aviste pronto el mar que lo devore todo, siendo el caso que las ruinas del templo, que cada día disminuían, comenzaron a atraer al pompeyano como el oro a Midas. De noche particularmente, cuando cesaban los trabajos, se internaba Afrodisio en la hosca cantera como un

maleante a quien los remordimientos hacen volver al lugar del delito en la vana esperanza de borrar lo sucedido. ¿Pero qué atraía al pompeyano de manera tan insistente e inflexible hasta aquel lugar? Él no lo sabía y más de una noche deseó que el viejo se hubiese ahorrado sus oráculos a propósito de las obras, puesto que la incertidumbre ante el futuro es mala y la certeza, estremecedora; pero lo peor es la incierta certeza.

Su treta para sacar a los esclavos de Roma se vio coronada por el éxito; mientras que a los romanos acomodados se les requisaba la mayor parte de sus bienes, las propiedades romanas del pompeyano no sufrieron ningún menoscabo. La ciudad se vio asolada por cohortes de pretorianos que la recorrieron sin ton ni son contando esclavos, pero por más veces que repasaron el contingente de Afrodisio siempre salían noventa y nueve.

En las calendas de octubre llegó finalmente el momento en que el césar elegido, Galba, se aproximase a la ciudad. Era de pequeña estatura, calvo y gotoso, aunque tan maltrecho por la enfermedad que no podía usar calzado por sus deformes piernas, ni emplear las manos para desplegar siquiera un escrito. Lo peor era que nadie en Roma conocía al carcamal. Por ello, los soldados que transportaban la litera del holgazán tuvieron que abrirse camino a la fuerza las tres últimas millas antes de entrar en la ciudad, pues una partida de legionarios disgregados de sus unidades que los abordaron no quisieron creer que aquel hombrecillo achacoso pudiese ser el césar designado por el Senado. Por si fuese poco, al entrar en la ciudad, donde las gentes realizaban ofrendas rituales a un lado y otro de la carrera de la comitiva, un toro aterrorizado que se deshizo de sus ligaduras tras el primer hachazo del sacerdote se precipitó contra la litera de Galba embadurnándolo de sangre, visto lo cual se apresuraron los augures a echarse sobre la cabeza tierra de la calle y conjurar de ese modo una calamidad mayor.

Pero la calamidad seguía su curso y ni los sacrificios lograron ganarse la voluntad de las parcas.

En todos los templos de Roma se encendieron fuegos propiciatorios, se llevó al Júpiter Capitolino un toro con la cornamenta de oro y a la Venus capitolina le consagró Galba un collar de perlas y piedras preciosas. Con ello, sin embargo, el césar se atrajo la ira de Fortuna, que se le apareció en sueños quejándose de que le hubiese escamoteado la ofrenda reservada a ella y anunciándole que lo despojaría de todo cuanto ella iba a depararle.

La diosa de la fortuna se le había aparecido ya a Galba antes de que vistiese la toga viril; fatigada, le había pedido que la dejase entrar en su casa y al despertarse el joven halló una estatua de bronce ante el atrio; Galba se la llevó a su finca de Túsculo, donde una vez al año le rendía vigilia nocturna. Tras la maldición, Galba acudió presuroso a su quinta con ánimo de sosegar a Fortuna, pero en vez de la diosa lo esperaba un anciano desdentado que además de no recordar ni su propio nombre aseguraba obstinadamente que los dioses le habían asignado aquel lugar para morir.

El césar comprendió que Fortuna lo había abandonado.

Servio Sulpicio Galba sólo tenía enemigos. Los ricos lo odiaban por haberles arrebatado sus bienes y los pobres lo despreciaban por manirroto, mientras que los pretorianos renegaban de él por no haber sido capaz, pese al sinnúmero de expropiaciones, de cumplir sus promesas de abonarles a cada uno de ellos la suma de treinta mil sestercios. De modo que mientras él continuaba enfrascado con sus ofrendas, los pretorianos proclamaron césar a Marco Salvio Otón, el gobernador de Lusitania que había acudido a Roma acompañando a Galba. Galba se hizo trasladar al foro para anunciar a los romanos que continuaba siendo el único y auténtico Divino. Pero en el altercado que siguió, el vejestorio se cayó de la litera y los soldados se abalanzaron sobre él y le cortaron la cabeza.

A Pompeya llegó el relato de que un soldado había tenido que ensartar la cabeza con el pulgar por la boca para poder llevársela a Otón, pues no quedaba un solo pelo por donde agarrarla. Otón se la obsequió a unos buhoneros que la pasearon clavada en una estaca por el campamento de los pretorianos, hasta que un liberto que pagó cien áureos parece que la arrojó al lugar donde en su día su amo había sido ajusticiado por orden de Galba.

Afrodisio celebró el ascenso del cuestor lusitano porque recordaba aquella noche en que Otón, después de que Nerón lo hubiese llamado a Roma, ahogó sus penas en el espeso vino de Quíos en calidad de huésped no invitado de su propia casa. El astrólogo de Cos le había predicho entonces que viviría más tiempo que el Divino y que el número treinta y siete sería para él muy importante.

Afrodisio había sido testigo del vaticinio, dándose la circunstancia de que Otón había cumplido los treinta y siete… y se había convertido en divino césar del Imperio romano. ¡Por Hércules! Unidos por el pesar de la común pérdida de Popea Sabina, entre los dos se había forjado cierto grado de amistad, pues nada aglutina tanto como el infortunio con la misma mujer, *concordia discors*.

Con ayuda de los afectuosos cuidados del pompeyano, Leda fue recuperándose a ojos vistas, habituándose además Afrodisio a complacer a la muchacha con pequeñas atenciones. Le llevó las primeras violetas que brotaron en la falda del Vesubio o bien, conociendo sus gustos, le mandaba llevar frutas en almíbar o cuajada con miel; con esos pequeños gestos hacía más por ganarse el corazón de la muchacha que con cumplidos y reclamos. Cada día quería más a Leda, pero se guardaba de decirlo, ateniéndose a la recomendación («¡Ama!») que dio Séneca al amante que deseaba verse correspondido y acudió en busca de consejo.

«¡Ama!». La máxima adquirió para el pompeyano un valor completamente nuevo, pues su ciego enamoramiento dejó de ser una espera más o menos alborozada: Afrodisio deseaba dar, regalar, servir a Leda, convirtiéndose la mera presencia de ella en expresión suficiente de gratitud.

A veces no sabía si continuaba siendo el mismo Afrodisio que tanto había deseado a Popea Sabina o el que compró los servicios de Áscula: *non sum, qualis*

eram. Había olvidado su propósito de denunciar a los cristianos de Pompeya, a pesar de que las huellas patentes en el cuerpo de la joven resultaban ya indelebles. Por el contrario, comenzó a interesarse por la doctrina del de Tarso que murió en tiempos de Nerón y aun sin comulgar con las prédicas del maestro asiático sí se sentía reconfortado con las enseñanzas del predicador itinerante, especialmente cuando recomendaba que la mujer cristiana no se separase del hombre que profesase otra religión si éste accedía a habitar con ella, pues el hombre que no creía se salvaría por obra de la mujer piadosa.

Afrodisio consumía sus noches añorando en sueños a Leda, sabiendo que ella descansaba tras la pared que tenía a la diestra. Pero entre su *cubiculum* y el de la muchacha no había paso; para llegar al de ella tenía que recorrer el largo pasillo del *viridarium*, pasar junto al *oecus* interior y otro largo corredor, de suerte que cada vez que impulsado por la pasión nocturna comenzaba el recorrido regresaba enseguida a su habitación, pues la distancia lo hacía juicioso al mostrarle el riesgo de echarlo todo a perder.

Pero cierta madrugada en que acababa de conciliar el sueño, agotado tras la noche en vela y después de haber ingerido una amarga infusión de la despensa de la herborista, se le apareció en sueños Leda; subiendo a su cama vestida con una delicada y larga túnica blanca se aposentó de rodillas encima de sus piernas, se inclinó sobre él y le posó la mejilla en el pecho. Afrodisio sintió su respiración regular y su piel, quiso agarrarla y arrastrarla hasta él pero un agotamiento plúmbeo le impedía separar los brazos de la sábana como la resina le impide mover las alas al escarabajo. La terrible modorra le impidió gemir de placer cuando la muchacha comenzó a acariciarle los brazos, el cuello y el pecho. Las manos blancas y delicadas de Leda trazaron pequeños círculos invisibles, provocando una cálida placidez que fue extendiéndose por el cuerpo entero hasta enardecerlo febrilmente.

Leda, a horcajadas aún sobre él, se incorporó, se quitó por la cabeza la larga túnica y lo miró.

Afrodisio no osaba contemplar su cuerpo; no apartaba la vista de los ojos de la joven.

—Si me sigues queriendo —dijo finalmente la muchacha— tómame.

—¿Qué quieres decir con seguir? —replicó el pompeyano con una voz que traslucía alborozo—. Nunca te he querido tanto como ahora mismo. ¡Te quiero, Leda, te quiero!

Leda le tomó entonces las grávidas manos para llevárselas a su trémulo cuerpo: Afrodisio notó sus senos, pequeños y duros, la suave curva de su vientre, la tersura de sus muslos, el vello de su pubis, y antes de dar por concluido el gozoso recorrido que él disfrutó como si libase el néctar que degustan los mismísimos dioses, había penetrado en ella su Príapo, sin pretenderlo, consecuencia de un espontáneo juego de búsquedas y encuentros, creyendo Afrodisio estallar cuando notó el calor y el ardor con que se le recibía.

De lejos oyó el pompeyano un grito breve y punzante, un sonido que revelaba todo menos dolor, sugiriendo más que se tratase del eco del placer. La hizo inclinarse sobre él, se dieron la vuelta y la cubrió con su cuerpo, transmitiéndole a la muchacha las dimensiones de su amor con toda la ternura que supo. Las lenguas se encontraron temerosas y reticentes, al principio, pero bastó que se hubiesen habituado para lanzarse a una danza de mutuo acoso, donde la una atrapaba a la otra intentando enrollarse en torno a ella e inmovilizarla. La calidez de Leda y su aroma embelesaron de tal modo al pompeyano que si el terremoto hubiese sacudido de nuevo Pompeya, él ni se habría percatado ni habría cedido un ápice en su locura de amor, su ceguera, su sordera y su delirio por la muchacha.

A través de los párpados aún entornados creyó notar el alba, pero no osaba abrir los ojos…, temía que fuese a desvanecerse el vívido sueño. Pero el aroma ajeno que percibía su olfato y la sensación que le cubría la piel le decían que aquel sueño infinitamente bello no era la réplica de sus deseos en el mundo de Morfeo, ni figuraciones de su impetuoso cerebro en un estadio de duermevela tal como le había ocurrido al sufrido Ulises soñando que el águila se abatía desde el cielo matando a veinte gansos (de donde inferiría que él era el águila y las ocas los veinte pretendientes que asediaban a Penélope, de los que daría buena cuenta en un solo día); el supuesto espejismo era realidad. Al abrir los ojos descubrió a Leda junto a sí.

La víspera de las nonas de marzo del primer año del reinado del divino Otón, *imperator caesar augustus*, celebraron Afrodisio y Leda *matrimonium iustum*, el compromiso de convivir a partir de entonces como marido y mujer de acuerdo con la ley de Augusto. Y como las *nuptiae*, la boda romana, no contemplaban ni la acreditación ante el registro civil ni ningún otro tipo de ceremonias, sino que se limitaban al banquete, al que sólo asistía el novio, apenas sería esa circunstancia digna de mención de no haber intentado Afrodisio dar expresión a su inmensa alegría encargándole al cocinero itinerante Apicio la preparación de un festín que consumió dos veces cien mil sestercios, al que asistió media Pompeya. Aún años después recordaban los pompeyanos el evento y por ello merece ser descrito con mayor detalle.

Apicio era hijo del célebre Marco Gavio Apicio, el cocinero que durante el reinado de Tiberio Claudio Nerón (un tacaño cuando se trataba de comida) recreó con exquisitez lucúlea los paladares de la aristocracia económica de Roma y ganó tal fortuna con ello que al comprobar cierto día que sus recursos no pasaban de diez millones de sestercios, concluyó que por esa suma no valía la pena vivir y se envenenó. El hijo de aquel hombre había recopilado las recetas de su padre y organizaba unos festines sin parangón en el Imperio romano. Por debajo de los diez mil sestercios, solía decir, una comida no era una comida, era sólo una forma de llenar la barriga. La partida prevista en el banquete de bodas de Afrodisio correspondía en su baremo al nivel medio alto.

El arte del maestro cocinero, Apicio, no consistía sólo en la preparación de

recetas exóticas; lo más importante eran los ingredientes: pájaros canoros y lirones enanos de Numidia, avestruces de Mauritania, trufas y huevos de codorniz de la Galia, higos y melones de Acaya, flamencos y dátiles del Nilo, liebres y venado de Germania, así como especies diversas de Asia, Licaonia, Armenia, Partia e India.

El banquete así dispuesto al que asistieron sin sus esposas y ataviados con toga solemne los pompeyanos invitados, comenzó con la puesta de sol. Varios centenares de esclavos montaban guardia a lo largo de todo el recorrido, iluminando el camino de tierra apisonada desde la ciudad hasta la mansión. Hubo actuaciones musicales y de bailarinas, de acuerdo enteramente con la tradición de las *nuptiae* y sólo con los vinos que sirvió Afrodisio se llenaría un libro si se quisiese describir su sabor y su origen.

El dionisíaco jugo de las viñas se vertió en las copas de los comensales bajo cuatro colores diferentes: ámbar, blanco, tinto y negro. Muchos no habían visto ni probado el tinto de Psithia, elaborado a partir de uvas desecadas, y se admiraron del dulzón sabor de arrope similar al esquibelo cosechado en las laderas de la Galacia y Apicio les advirtió que no debían tomarse más de dos sorbos. Se sirvieron vinos de Siquios, Chipre, Telmesos, Trípoli, Beritos, y el egipcio Sebennitos (tan ácido y oscuro éste como el seco de Koe, que los habitantes de la isla mezclaban con agua del mar, costumbre que según la leyenda se remontaba a la tentativa de un esclavo de disimular su sustracción). Naturalmente, tampoco faltaron vinos griegos, el áspero de Lesbos que sin mezclar acusaba sabor marino, los vinos de Tasos y de Quíos, así como el *Ariusio*, un caldo local. Y no deben olvidarse ni el maronio de la costa tracia, cantado por Homero cuando recomendaba que se mezclase con veinte partes de agua, ni el de Éfeso, cultivado a la vera del santuario de Ártemis.

De entre los vinos italianos el novio sirvió un exquisito setino, cultivado allende el foro Apio y llamado «divino» porque desde la época del emperador Augusto ningún divino había prescindido de él, así como el de Pucino, denso y de alta graduación, que crecía cerca de los manantiales del Timavo, fuente según Julia Augusta de sus ochenta y seis años, pues no había bebido otro en su vida. Rara vez astringentes y delicados por lo general como brisa de primavera eran los vinos de Alba, mientras el falerno de la Campania se almacenaba en ánforas selladas con resina. De él se obtenían hasta tres variantes; a pesar de proceder todas de la misma uva ácida, en el curso de la maduración que alcanzaba el apogeo a los diez años se originaban tres sabores diferentes: seco, dulce y ligero, esto es, el caucino de las lomas, el faustiniano de media altura o al falerno propiamente dicho, de la planicie. Y, en fin, también vino siciliano del Mamertino, producto de la uva cultivada en las laderas del Etna, animada por el mismo fuego oculto que la montaña humeante…

Los hombres se acomodaron en sus divanes: Nigidio el romano, el médico a quien Leda debía la vida, Trebio, el anciano sacerdote de Júpiter Marco Holconio Rufo, el reputado fabricante de salsas de pescado Escauro, el asistente sempiterno a todos los banquetes Loreyo Tiburtino, el antiguo maestro de Afrodisio, Saturnio (el

único cristiano), el competidor de Afrodisio, Lucio Herrenio Floro, dueño de una importante finca, Ululitrémulo en compañía de una caterva de actores espectacularmente ataviados, el ganadero Marco Póstumo así como muchos otros pompeyanos ilustres que no se hallaban en relación de dependencia respecto a Eumaquia. La mayor alegría se la deparó a Afrodisio Cayo Plinio Segundo, que también había salido de Roma y había ido a vivir en una finca cerca de Pompeya, donde prosiguió sus estudios. El anfitrión saludó al conocido escritor mostrándole el estilo que un día le había salvado la vida en el teatro y dándole un beso de gratitud.

—¡*Nunc est bibendum, nunc pede libero pulsanda tellus*! —El *magister bibendi* que actuaba de maestro de ceremonias del ágape pronunció la sentencia horaciana, golpeó en el suelo con el pie, vertió una porción de la copa colmada en honor a los dioses y la hizo pasar, pues se bebía *more graeco*, hacia la derecha para que todos pudieran efectuar una primera libación. Una vez abierta ceremonialmente la *comissatio*, los esclavos llevaron a cada invitado su copa y le preguntaron sus preferencias. Beber a la griega suponía no rebajar el vino como se acostumbraba a hacer en Roma y beberlo en copas más pequeñas, llamadas *cyathi*.

Efebos de cabellos rizados pasarían luego de invitado en invitado, untándoles los pies con un aromático ungüento que llevaban en una fuente de plata. Y a medida que Afrodisio y sus amigos dieron cuenta de las existencia de vino ya fuera en pequeños sorbos, ya con la avidez del sediento, los muchachos los adornaron asimismo con coronas de flores, lo que en calvos como Escauro o Póstumo produjo un efecto decididamente cómico al quedar cada cual convertido en un Baco redivivo. En el fondo de la estancia interpretaba mientras tanto un cuarteto de instrumentos punteados y de cuerda melancólicas composiciones. Y antes de comenzar con los dados, en donde las apuestas no serían sólo de dinero ya que también había bellas bailarinas, se levantó Ululitrémulo para recitar con gran alarde de aspavientos una oda de Horacio al laúd:

Quiero dar las gracias con incienso, con la lira Y la sangre prometida de un becerro, a los dioses protectores de Númida: regresa sano y salvo de los confines de Hesperia hoy.

Reparte besos entre sus amigos, pero a su Lamia da más que a ninguno.

Recuerda que tuvieron un mismo maestro y que tomaron la toga viril el mismo día.

Es una fecha hermosa: marquémosla con tiza.

No contemos las ánforas y, como los salios, no demos reposo a los pies. Que Damalis, señora del vino, no supere a Baco a la hora de vaciar la copa tracia.

Que no falte en el banquete la rosa, el apio duradero ni el lirio caduco.

Todos pondrán su lánguida mirada en Damalis, mas nada ha de arrancarla de su nuevo amante: lo abraza con más fuerza que la hiedra lasciva.

Llegó a continuación la hora de Apicio. El cocinero anunció la composición del ágape que se iba a servir *ex ovo usque ad malum* y con la sola descripción se le hizo

la boca agua a los comensales.

Pues Apicio no sólo describió los platos que enseguida iban a presentárseles, sino que se detuvo con meticulosidad en la propia elaboración, a veces tan exótica como una divinidad animal egipcia con brazos y piernas humanas y cabeza de chacal.

La *gustatio* se iniciaba con una cazuela de anchoas ricamente condimentada con picante para abrir el apetito: tras pasar el pescado por la brasa o cocerlo, se le retiraban las espinas y se sofreía en una cazuela, se le añadía huevo, pimienta, *garum* y aceite, hasta formar una pasta sobre la que se colocaban ortigas de mar, aunque con la precaución de cocerlo todo al vapor para evitar que los huevos y la ortiga de mar se mezclasen. A continuación se secaba todo con un chorro de aire caliente y se servía en forma de bocaditos aderezados con pimienta. Tras el aperitivo, Apicio recomendaba probar la ubre de cerda, sumamente digestiva tal como se servía: guisada, arrollada, envuelta en carrizo, salada y pasada muy ligeramente por la brasa, condimentada con pimienta, levístico, *garum*, vino blanco, arrojando el conjunto un plato con el que hasta Trimalción se relamería. Tampoco debían pasarse por alto los lirones enanos, limpios de vísceras y rellenos de carne picada de cerdo, piñones y *garum*, todo ello preparado al horno sobre una teja.

Entre plato y plato se serviría un *pulmentarium ad ventrem*, un tónico digestivo, compuesto de remolacha, comino, pimienta y aceite de oliva condimentado, al que después de haberlo cocido se añadía polipodio, nuez machacada y *garum*; debía beberse caliente.

Los platos fuertes, las *mensae primae*, se estrenaban con flamenco cocido digno de la mesa del mismísimo césar. Desemplumado y lavado en agua salada, se condimentaba con sal, eneldo y vinagre, éste mejor a medio fermentar, se reblandece a fuego lento con un manojo de puerros y otro de cilantro, así como arrope para darle color. A continuación los diligentes cocineros habían preparado al almirez un picadillo de hierbabuena, ruda, comino, cilantro y pimienta, que con vinagre, dátiles deshuesados de Jericó y caldo del cocido daría la exquisita salsa con que se rociaría el ave al servirla. Para acompañarla se tenían también trufas saladas, socarradas al espetón, con salsa de aceite, vino, miel, pimienta y *garum*… una auténtica delicia. Aunque los paladares más exquisitos aún podían solazarse degustando los sesos de flamenco.

Para quien la carne de flamenco resultase en exceso filamentosa y plagada de huesecillos, podría pasar directamente a la pierna de jabalí a la manera de Terencio y él, Apicio, les juraba por Diana, la patrona de la caza, que los animales habían llegado a ver el sol aquella mañana, así de fresca era la carne. Para guisar la pierna, unos dedos habilidosos habían separado cuidadosamente la corteza de la carne de la pata y con ayuda de embudos habían rellenado el hueco con un sabroso condimento: mezcla de laurel, pimienta, ruda, *garum* y el mejor aceite. Una vez cosidas, las piernas se habían cocido en un caldo de agua de mar, eneldo y brotes de laurel.

Aunque también podía recomendar el lechón relleno, sometido a minuciosa

elaboración antes de llegar en su reluciente bandeja de roble a los comensales: una vez limpio y destripado por el esófago, se había rellenado con delicias que nada tenían que envidiar a la mesa de los dioses.

Expertos maestros de cocina habían mezclado levístico, orégano, pimienta y *garum*, añadiéndole luego piñones y pimienta en grano, para acabar de darle cuerpo con huevos crudos, sesos cocidos y pajaritos. Relleno con tales delicias, se cosía el lechón y se llevaba al horno, donde reposaba cinco horas rociándolo cada tanto tiempo con las medidas de aceite adecuadas para que la corteza quedara con la textura crujiente que correspondía. El lechón se serviría con una flauta de pastor clavada en el hocico, por donde Pan tocará un aire quejumbroso mientras dure el aire cálido en su interior.

Si Neptuno daba licencia, se pasaría a continuación a los frutos de mar más sabrosos: buñuelos de cola de langosta, sencillos de preparar pero sorprendentes al saborearlos, cocidos, picados, mezclados con yema de huevo cocido, con su pizca de pimienta y su porción de *garum*, aunque lo justo para que la pasta adquiriera la consistencia que necesitaban las bolitas para no deshacerse en la sartén. Por supuesto, tampoco faltaría la sepia rellena, que una vez limpia y pasada por la piedra se embutía con sesos de ternera, huevo cocido, carne picada y pimienta. La sepia, una vez rellena y cosida, se cocía hasta que el contenido quedara consistente y, a la vez, su cristalina piel suficientemente blanda, sirviéndose cortada en lonchas. En lo concerniente a ostras, erizos de mar, anguilas y barbos prefería Apicio no insistir salvo para animar a los comensales a que degustasen las variadas salsas de hierbas, que había preparado para cada uno de dichas especies y cuyas recetas seguirían siendo su secreto.

El orondo Póstumo, a quien el recuento de las delicias culinarias se le hacía demasiado prolijo, no pudo contenerse y preguntó preso de gran irritación:

—¿Pero qué sirves de *mensae secundae*? ¡A ver, di! —exclamó y se introdujo a continuación los diez dedos en la boca.

—¿Postres? —Apicio entornó los ojos lleno de satisfacción—. ¡Difícilmente podría yo llamarme Apicio y ser hijo del célebre Marco Gavio Apicio si no os sirviese mi crema de huevos «*tyropatina*»! Se mezcla leche con miel, luego se deslíen a fuego lento cinco huevos, batiéndolo todo hasta que la masa tenga consistencia; ese manjar divino se sirve a la mesa con pimienta recién molida. Y para terminar tenía preparados unos dátiles a la manera de Apicio, esto es, deshuesados, rellenos de piñones y pimienta, rehogados en sal y cocidos en miel líquida. ¡*Nunc vino pellite curas*!

Los comensales aplaudieron deshaciéndose en elogios hacia Afrodisio, que no sólo entendía de negocios sino que dominaba el arte de vivir, al igual que Lucio Licinio Lúculo, quien gozando de los éxitos que cosechó como cónsul y general, también disfrutó de las cosas bellas de la vida, trayendo de sus campañas asiáticas no sólo libros y pinturas, sino también el cerezo, de Quérasos del Ponto, o celebrando

banquetes que en Roma aún se recordaban cien años más tarde. Y mientras alzaban la copa con la mano derecha (la izquierda se empleaba para apoyar la cabeza y se consideraba aciago brindar con ella), todos y cada uno expresaron al pompeyano sus mejores deseos de felicidad en brazos de su joven esposa y de riqueza: ojalá igualase la de Craso, dueño de doscientos millones de sestercios en tierras, o la del liberto Isidoro, quien siendo cónsules Cayo Asinio Callo y Cayo Marco Censorio, y aun lamentándose de cuantiosas pérdidas como consecuencia de la guerra civil, legó a sus herederos doscientas cincuenta y siete cabezas de ganado menor, tres mil seiscientos bueyes, cuatro mil ciento dieciséis esclavos y sesenta millones de sestercios en oro, bajo la condición de que le erigieran una tumba cuyo precio no bajase del millón de sestercios.

La cena se prolongó hasta bien entrada la noche, ¡por Júpiter…! Comiendo, eructando, devorando, vomitando, haciendo sus necesidades sin levantarse (los esclavos llevaban unas jofainas de plata), alardeando de lances amorosos, lamentándose una y otra vez de que el dinero perdiese valor cada día y vanagloriándose de Pompeya; de la ciudad se hablaba en todo el imperio, pues a siete años del gran terremoto volvía a estar en pie *motu proprio* y más bella que nunca.

Afrodisio disfrutó de aquella velada; bebió del espeso vino de Quíos más de lo que podía tolerar, pues ningún comensal renunció a brindar por el anfitrión ni a la consiguiente libación con él. Los párpados empezaron a pesarle como plomo del Ática, mientras el triclinio se veía invadido de nubes de humo como si de neblinas otoñales cubriendo los campos de la Campania se tratase. En un momento de aturdimiento pareció devolverle un espejo el panorama de la alegre cena, con los cuerpos deformes y entre aterradoras muecas todos levantaban a una sus copas con la mano izquierda y brindaban por él entre aparatosos aspavientos. Pero la visión se desvaneció antes de que él pudiera contemplarlo mejor. Afrodisio llamó a un esclavo que le mojó la cara de agua aromatizada; eso sirvió.

Corría la voz, observó de manera inopinada Loreyo Tiburtino, de que la joven esposa de Afrodisio sentía cierta debilidad por los cristianos, que ella misma incluso era una cristiana huida de los pretorianos de Roma… un rumor *in statu nascendi*.

En un abrir y cerrar de ojos experimentó la animada conversación un drástico reflujo y los comensales quedaron pendientes de la respuesta del pompeyano, pero no porque Tiburtino se hiciese eco de un disparate, ni mucho menos. A la mayoría de los presentes también les había llegado el rumor y todos se sentían intrigados ante la respuesta de Afrodisio.

Éste, sin embargo, reaccionó con condescendencia. Estaba preparado para ese tipo de preguntas y dejó en ridículo a Tiburtino preguntándole si tan mal le iban las cosas como para tener que denunciar a pompeyanos inocentes con tal de hacerse con los mil sestercios que por entonces pagaban de recompensa. Ya se los regalaría él, dijo, y los que fuese menester siempre y cuando el resto lo ganase de una manera honrada.

Los demás se desternillaron de risa con la réplica mientras que a Loreyo Tiburtino la cabeza se le encendía como a gallina de Numidia. Afrodisio añadió que nadie lo había obligado a reconstruir el templo de Júpiter y ayudar así a que el dios del rayo se reconciliase con la ciudad; ¿actuaban así los cristianos, acaso? Porque si su mujer seguía la doctrina oriental, bien habría de seguirla él, ¿no? A fin de cuentas, dónde se habían visto marido y mujer que compartiesen techo y encomendasen sus ofrendas a dioses diferentes.

A partir de aquel día, Lucio Cecilio Afrodisio pasó a ser un auténtico pompeyano, no un advenedizo, ni un liberto, *ni un homo novus*; era uno de ellos y la fortuna parecía estar de su lado.

Las apariencias, no obstante, engañan. Cada día que pasaba deparándole nuevos logros y mayores beneficios aumentaba también su zozobra ante lo desconocido. Tampoco Leda, que era una buena esposa, fue capaz de despejar esa aprensión, acrecentada particularmente con el vaticinio de que la reconstrucción del templo de Júpiter cambiaría la vida de muchos, aunque ninguna tanto como la de Afrodisio.

Custodiado como el césar en Roma, Afrodisio pasaba los días tras los muros de su hacienda; cada vez que salía lo hacía acompañado por una escolta de dieciséis guardianes. ¿Qué quería haber dicho Rufo con la siniestra profecía? Preguntado, el sacerdote se mostró remiso a dar explicaciones.

Su incierta edad le había inscrito en el rostro una sonrisa sempiterna, la máscara tras la cual se ocultaba el conocimiento de sucesos terribles; la sonrisa, en suma, del augur que ejercía su oficio permanentemente, vistiendo toga *praetexta* y ocupando sitiales de honor en el teatro, pero sobre todo interpretando los signos para los que se le requiriese y espontáneamente también aquellos otros que concurriesen *ex caelo* o *ex avibus*; o sea, relámpagos o vísceras de animales sacrificados y en especial el hígado, que al decir de tales doctrinas da cuenta de regiones celestes asignadas a divinidades específicas.

A pesar de que bajo el mandato del divino Tiberio se habían prohibido los dislates de esa índole, lo cierto es que la tradición había vuelto a despertar y que todo cargo superior podía recurrir entre sus *apparitores* a un *augur ut aliquid fiat*. Si en el templo las gallinas consagradas picoteaban con tal avidez que la mayor parte del alimento se les cayese del pico, había que tenerlo como signo favorable de los dioses; y si el sacerdote deseaba signos favorables, todo era cuestión de dejar a las gallinas en ayunas para soltarlas cuando estuviesen a punto de perecer en un corral con comida y que el animal se librase a comer con tal ansiedad que el grano se le cayese. Por otra parte, los augures podían también acertar en sus vaticinios porque en los archivos de los templos se guardaban anotaciones de videntes posesos que vivieron más cerca de los dioses que de los hombres. Y entendían, por añadidura, de venturas y desventuras, especialmente de éstas; empezando por Aristóteles, ya los filósofos griegos habían enseñado que donde hay mucha luz abundan las sombras, por ley de la propia naturaleza.

Cuenta la leyenda que antiguamente el género humano vivía en la tierra sin penalidades ni agobios, sin fatigas ni enfermedades. Pero al sustraer Prometeo a los dioses el bien más preciado, el fuego, y descubrir Zeus las llamas en poder de los hombres, el dios supremo le encargó indignado a Hefestos que los castigase. El gran forjador Hefestos creó la primera muchacha por voluntad suprema, una púdica imagen hecha de arcilla y agua; Atenea la vistió con velos y coronas de flores y le enseñó a tejer; Afrodita la obsequió con la belleza y con un deseo abrasador; y Hermes le confirió la tendencia al engaño. Le dio voz y la llamó Pandora. Acto seguido acudieron Hermes y Pandora a ver a los hombres portando una misteriosa caja en su equipaje. Las gentes quedaron embelesadas con el propio nombre de la muchacha, Pandora, «la que todo lo regala», siendo Epimeteo, el torpe hermano de Prometeo, quien tras descubrir a la joven y su atractiva caja las sustrajo a las dos. Era lo que Júpiter pretendía: Pandora abrió la caja y el mal surgió como una exhalación y se propagó sobre la tierra y el mar; con él llegó la enfermedad, que se presenta de noche y con sigilo, pues Zeus la había privado de voz. Solo Elpis, la esperanza, quedó en el interior de la caja, bajo el reborde, al cerrar Pandora precipitadamente la tapa. A partir de aquel momento hubieron de temer los mortales que sobre ellos cayesen las penalidades incluso en las épocas de mayor ventura.

Los malos aires de la caja de Pandora parecieron pasar de largo ante Afrodisio. Pero la voluntad de los dioses es tan inescrutable como la marea del océano que a diario se retira de terreno habitado para regresar a reconquistarlo esa misma jornada. Y como la ley de las mareas, el destino guía a quien obedece, pero arrastra a quien se resiste, o como solía decir Séneca: *Ducunt volentem fata, nolentem trahunt*.

El sexagésimo día se interrumpieron los trabajos en el templo de Júpiter. Sobre la ciudad se cernieron nubes negras anunciando el final del verano. Del cielo cayeron relámpagos que parecían flechas incandescentes y las nubes se vaciaron sobre la ciudad formando murallas de agua. Las tormentas que descargaban sobre Pompeya, a los pies del Vesubio, eran temidas por su fuerza y por los casos que se contaban: el de Marco Herrenio, el ilustre miembro del cabildo que cayó muerto de pie en pleno foro alcanzado por un rayo; el de Drusila, a quien estando embarazada la rozó un rayo, que mató el feto pero a ella la dejó indemne; o los de rayos que en vez de caer del cielo brotaban del suelo, que contenía impurezas de la naturaleza. Del consulado de Manlio Acilio y Cayo Porcio se contaba que en medio de una fuerte tormenta de relámpagos llovió también leche y sangre y del de Lucio Pablo y Cayo Marcelo que llegaron a llover piedras. Muchos pompeyanos tenían en su casa pieles de foca porque creían que las focas son los únicos animales sobre los que nunca cae un rayo.

Se decía asimismo que a quien duerme el relámpago lo mata dejándole abiertos los ojos, y a quien lo alcanza despierto se los cierra. O que las víctimas de un rayo son los únicos cadáveres que no se incineran, sino que se entierran.

Ésas y otras historias atizaban el miedo de los pompeyanos a las tormentas, por lo que se hacían piadosos sacrificios a los lares y se consideraba una grave ofensa el

hecho de salir de la propia casa en medio de una tormenta. Desde sus viviendas seguían estremecidos los habitantes de la ciudad la dirección de los rayos; según opinión que se remontaba a la época de los etruscos, si cruzaban de poniente a norte eran por lo general aciagos y si regresan al punto de partida anunciaba mejor fortuna (vaticinio este que se brindó al gran Sila).

Pompeya parecía arrasada. Hasta los perros y los gatos que poblaban la ciudad a millares estaban refugiados en sus guaridas. Las estrechas calles, donde el agua llegaba a la altura de las rodillas, parecían arroyos en los que de tanto en tanto emergían sillares sobre los que se podía avanzar. Sin transición, la oscuridad del día dio paso a las tinieblas de la noche; cuando hubo amainado y sólo caían goterones con el ruido de los huevos desalojados por el cuco en nido ajeno, Afrodisio se vio de nuevo azuzado por el inexplicable impulso que desde hacía unas semanas lo impelía hacia las ruinas del templo.

En compañía de sus guardaespaldas, el pompeyano se dirigió al foro: formaban una silenciosa procesión en la oscuridad de la Vía Consular, después siguieron por la calle de los Augustales hasta la cantera que venía a ser el sagrado lugar; sólo el adusto resplandor de los últimos relámpagos contra las casas rompía las tinieblas.

Afrodisio se detuvo en espera del siguiente resplandor. Distinguió el perfil sombrío de los tocones a que se hallaban reducidas las columnas del pórtico. Encima del basamento, que tendría la altura de una persona, se había retirado buena parte de los escombros, aunque había aún restos de pared. Serían necesarios unos cuantos años y varios relevos de duunviros, cinco o quizá diez, para volver a ver el templo de Júpiter en su antiguo esplendor… pensaba el pompeyano mientras subía la ancha escalinata también pendiente de reparación; avanzó luego por el pórtico desmochado y tropezando con losas descolgadas por el terremoto se internó hasta donde se había encontrado la cella.

Se abría en aquel lugar una sima negra como una bajada al Hades, donde con la partición del universo se alojó el pútrido mundo de las sombras, lugar temido y detestado por los hombres, pues los caminos que llevaban hacia allí tenían una sola dirección. El viento bramaba furiosamente contra el boquete con el quejumbroso tono de una flauta y Afrodisio se arrimó hasta el borde, atraído por la melodía como si se tratase del canto de las sirenas.

Desgarró la oscuridad un rayo de los que sin dejar rastro en el cielo sumen silenciosamente el firmamento en una resplandeciente claridad. Los segundos que duró el resplandor bastaron para iluminar la negra sima del templo con la luminosidad del día; bastaron para transmitir al pompeyano una imagen estremecedora, algo que llevó a Afrodisio a preguntarse si no se hallaría ante un espejismo. Levantó sin ver la vista hacia el cielo impetrando otro relámpago de Júpiter y éste pareció atender su súplica pues un segundo rayo siguió al primero y Afrodisio pudo atisbar en la telúrica sima y reconocer algo bajo la fantasmagórica aparición; sus ojos no se equivocaron: un hombre con el rostro transido de dolor

imploraba ayuda elevando los brazos al cielo.

Apuntaban hacia arriba como ramas de álamo deshojadas por un vendaval de otoño, aunque a diferencia de éstas que se mecen ante la mínima brisa aquellos brazos mostraban el rigor del hielo.

Afrodisio pudo verificar en el segundo vistazo el motivo: una losa de mármol del suelo del templo, del tamaño de un portón, había caído por la sima partiendo por la mitad al hombre que debía estar en aquel momento en el fondo. Daba así la sensación de que el cuerpo cortado por la cintura estuviera encima de una peana de mármol y formara una pieza que nada tenía que envidiar a las teatrales esculturas de Acaya. ¡Por Júpiter! Afrodisio conocía aquel semblante, el voluminoso cráneo, aquella calva casi completa; creyó incluso oírle la voz, el deje apresurado, acostumbrado a omitir la mitad de las vocales, típico del pompeyano. Afrodisio se arrodilló, con el siguiente destello no quería perderse el menor detalle del rostro y Júpiter envió un tercer relámpago, estremecedoramente luminoso, acompañado de un trueno ensordecedor que echó a temblar el suelo debajo de él.

Y Afrodisio contempló la faz desencajada de Popidio Pansa.

A la mañana siguiente el pompeyano mandó un esclavo a casa de Marco Holconio Rufo con recado de informarle de lo sucedido la víspera en las ruinas del templo y averiguar la manera de reparar el siniestro presagio. Pero el anciano, el último del colegio sacerdotal de Júpiter, se hallaba en paradero desconocido. En consecuencia, Afrodisio puso al corriente a los ediles, de suerte que el rumor se divulgó por las calles de Pompeya como una mecha encendida y en poco tiempo estuvo el templo rodeado de gente ansiosa por ver al abogado partido en dos. De manera cada vez más insistente, la gente se preguntaba qué debía de hacer Pansa hurgando en las ruinas del templo a los siete años de su desaparición.

Se difundió la especie de que al cabo de los siglos los sacerdotes habían llegado a atesorar una auténtica fortuna en los sótanos del templo, custodiados finalmente por escorpiones y serpientes venenosas. Se habló también de esqueletos de doncellas desaparecidas sin dejar rastro tras los muros del edificio; pues Fama, el endriago emplumado, nació de la Tierra (que engendra tantos demonios) por despecho de su madre contra los dioses, tiene tantos ojos, orejas y lenguas como plumas. De noche pasa renqueando entre cielo y tierra y de día suspende su trápala para sentarse en torres y tejados a espiar qué hay de verdad y qué de mentira y luego propagarlo.

Ninguno de los rumores se verificó y muchos pompeyanos quedaron defraudados al comprobar que sólo se extraía de la cripta un voluminoso arcón reforzado con láminas de hierro; para abrirlo se requirió la presencia de los duunviros, pues contenía el *aerarium publicum*, los documentos, los contratos y los registros de la propiedad de la ciudad. En el *aerarium* se custodiaban también pagarés y testamentos de notables, pues la cripta del templo de Júpiter pasaba por ser el lugar mejor protegido contra el fuego y los asaltos; a ella sólo podían acceder los *praefecti aerarii*, esto es un cuestor y el sacerdote de más edad.

La tapa cóncava del arcón estaba hundida y su parte frontal, protegida con candados, mostraba una grieta del grueso de un brazo, causada por el impacto de un sillar; a través de ella podía apreciarse un montón polvoriento de pliegos arrollados protegidos contra el moho con hojas de limonero, así como papiros atados, «papiro augusto», según lo hizo llamar por vanidad el Divino pues en realidad se denominaba «papiro hierático», conforme a su origen egipcio y su finalidad original de contener títulos sagrados. Aunque también había papiro salta que ya amarilleaba.

Llamado así por la ciudad de Sais, a orillas del Nilo, donde se podía visitar la tumba de Osiris y donde el tallo triangular del arbusto del papiro crece mejor que en ningún otro sitio.

Una de las *membranae*, conocidas allende las fronteras del imperio como «pergamino» por la ciudad asiática de Pérgamon, cuyos astutos habitantes eludieron la prohibición tolemaica de exportar papiros creando soportes de piel para la escritura, decía en letra minúscula lo siguiente:

«De Lucio Cecilio Sereno a su liberto Afrodisio, en caso de fallecimiento».

Afrodisio reconoció enseguida la letra de su amo, mínima y difícil de leer, característica de quienes están más habituados a las cifras que a las palabras; una extraña rigidez se apoderó de su mano derecha cuando el duunviro le tendió el escrito. ¿A qué se debía aquel entumecimiento, a lo inesperado, a lo incierto, a los recuerdos evocados, a la advertencia del sacerdote o a la alegría infantil que lo invadió? El duunviro tuvo que agarrarle la mano y colocarle el rollo para que Afrodisio lo asiese; acto seguido el documento desapareció en un pliegue de la toga y Afrodisio se apresuró a regresar a su casa, seguido por su escuadrón de esclavos.

Llamó a Leda, le contó lo sucedido y le mostró el rollo dejándolo encima de la mesa.

—¿Qué vendrá a ser todo esto? —preguntó Leda.

Afrodisio se encogió de hombros, tomó aliento (era de ver que le suponía un esfuerzo nada despreciable) y rompió el sello, desenrolló la membrana y empezó a leer, indeciso al principio y luego cada vez más deprisa:

Yo, Lucio Cecilio Sereno, hijo legal de Marco Cecilio Sereno, libro hoy, el día de los idus del sexto mes, dedicado al divino Augusto, del año 813 *ab urbe condita*, en presencia del testigo indicado al pie este *testamentum per aes et libram*, en posesión de mis facultades mentales, el cual a mi muerte no podrá ser entregado a otro que al indicado Afrodisio, *tale quale*.

El día de hoy lo recordarás por ser el escogido para concederte la libertad; aunque no se ha tratado de un regalo sino de una cesión legítima; porque, atiende bien, tú no eres hijo de mi esclavo Imeneo, sino carne de mi carne y sangre de mi sangre. He amado a tu madre Lusovia durante muchos años y continúo queriéndola hoy. El hombre que has tenido por tu padre hasta el presente, Imeneo, no tenía concedida la fuerza de Príapo y sabía que Lusovia se entregaba a mí. Pero no mi esposa Fulvia. Por consideración a ella, que ha tenido vedado el gozo de la maternidad, he ocultado

tu auténtica filiación. Ahora bien, cuando a las parcas les plazca cortar el hilo de mi vida habrá que informarla de este extremo y deberá asimismo darse por enterada de que el titular de la herencia eres tú en virtud de esta declaración: la hacienda con todas sus propiedades, los tejares y el banco con toda su liquidez. De acuerdo con la costumbre de los mayores, Fulvia deberá recibir cada mes cuanto necesite para vivir.

Salve.

Post scriptum: No envilezcas la memoria de tu padre.

Lucio Cecilio Sereno - Popidio Pansa, abogado. ¿Pansa? Afrodisio miró a Leda a los ojos. ¿Pansa?

El cuerpo de Pansa en las ruinas del templo, su misteriosa aparición en Cartago, el atentado fallido en el teatro, la inexplicable hostilidad de Fulvia. Afrodisio intentó poner en orden sus ideas.

No era un advenedizo, ni un *homo novus*… ¡la mancilla por la que tanto había sufrido no existía! ¡Él, Lucio Cecilio Afrodisio era, por Júpiter, un *vir vere romanus*!

El pompeyano deambuló de un extremo a otro de la estancia bajo la atenta mirada de Leda.

—Pansa estaba desesperado y trataba de apropiarse del testamento —dijo Leda al cabo de un rato.

—Debió de hacer causa común con Fulvia —asintió Afrodisio—, pensando que con el terremoto se perdió el *aerarium publicum*, la tentación era grande…

—¿Pero entonces fue Pansa quien te quiso matar?

—¿Pues quién, si no, podía tener interés en ello?

—¿Y matar a tu padre?

Afrodisio guardó silencio, reflexionó, oyó las últimas palabras de su padre: Popidio Pansa. ¿Qué pretendía Sereno en la agonía? ¿Había reconocido a su asesino y reclamaba venganza del hijo? ¿O su última preocupación no era sino que se le hiciera justicia a su hijo y por ello lo remitía al abogado Popidio Pansa?

Si para la misteriosa relación entre Pansa, Sereno y Afrodisio aún faltaban piezas, ¿cuál era el hilo oculto que además unía su destino al de Prisciliano? ¿Qué relación había entre Popea, Epicaris y Áscula? ¿Sólo un puñal con el mango curvo?

Ante aquellas preguntas parecía existir una sola respuesta: Fulvia. El pompeyano mandó llamar a sus guardaespaldas.

—¿Qué quieres hacer? —Leda fue a echarse en los brazos de Afrodisio.

—¡Tengo que encontrar al asesino de mi padre! —respondió el pompeyano, indicándoles a continuación a los esclavos que le siguiesen.

Afrodisio llegó tarde. Fulvia se había quitado la vida con la cereza negra, el remedio que según decían daba a los muertos gracia y belleza. Yacía de cuerpo presente en el atrio y la sonrisa de su rostro disipaba toda señal de duelo. Fenio, el *maior domus*, fue hasta Afrodisio para entregarle una pizarra de cera sin mediar palabra; las confusas letras inscritas en ella podían juntarse en el siguiente mensaje: FULVIA A AFRODISIO: TE ODIO INCLUSO MUERTA.

11

EL HALLAZGO INESPERADO del *aerarium publicum* arrastró la ciudad al caos. Hubo esclavos y libertos que de la noche a la mañana se hicieron ricos, y hubo pompeyanos que vivían desde hacía siete años en el lujo, creyéndose legítimos herederos de grandes fortunas, hasta que vieron su craso error y cayeron de un día para otro en la miseria.

Al día siguiente dieron unos pastores con el anciano sacerdote Marco Holconio Rufo muerto por un rayo, bajo un álamo del camino que conducía a la finca de Afrodisio. Daba la sensación de que el sabio augur se hubiera puesto en camino aquella noche para avisar de algo al pompeyano. Al morir no pudo transmitir su advertencia y la fatalidad siguió su curso.

Entre los documentos que en conjunto fueron competencia de la justicia se halló un pequeño estuche de madera negra cuyo contenido era desconocido para los duunviros y cuyo sello ordenaron romper a los ediles suponiendo que pudiese tratarse de algún testamento importante. Descubrieron un pliego redactado en caracteres griegos, escrito siglos antes y oscurecido hasta poseer la textura del cuero, que costaba grandes dificultades leer. Y si los sacerdotes de Júpiter habían tenido constancia de su terrible contenido desde tiempos inmemoriales sin llegar a leer nunca el texto (se transmitía según el grado de la edad de acuerdo con una antigua tradición), esa costumbre se había visto bruscamente rota con la inesperada muerte de Rufo, de forma que no quedó nadie para evitar el ultraje que los ediles infligieron al documento, pues de tal se trató.

La página siete de los libros, milenarios según Ovidio, de la Sibila, contenía una temible profecía que afectaba a Pompeya; puesto que el vaticinio sólo atañía a la ciudad campania, los sacerdotes de Júpiter del Capitolio de Roma, donde se hallaban

depositados los libros, habían retirado la hoja correspondiente para confiársela a quienes les concernía directamente. Se advertía, no obstante, que no se divulgase el contenido hasta la víspera de la catástrofe anunciada, teniendo dicho requerimiento rango de ley sagrada pues se debía al supremo sacerdote del imperio.

A diferencia de Roma, donde, junto con los sacerdotes de Júpiter, la custodia de las profecías de la Sibila corría a cargo de quince varones elegidos (los *quindecimviri*, que César aumentó a dieciséis sin modificar el nombre), facultados para consultarlas única y exclusivamente en caso de guerra, hambre, epidemias o catástrofes naturales (y aun así, previo acuerdo del Senado), en Pompeya eran los sacerdotes los únicos custodios del arcano. Los prodigia recopilados en el curso de los siglos anunciaban terribles penalidades y a diferencia de los polémicos vaticinios de augures y profetas dados a discutibles prácticas, ni los más escépticos dudaban de la veracidad de los oráculos de la Sibila, pues anunciaban sucesos con siglos de antelación sin mediar motivo ni encargo, aparte de que hasta entonces se habían cumplido todos con la implacabilidad de los de Casandra, obsequiada por Apolo con la clarividencia por más que luego, al negarle ella sus favores al dios, éste la maldijese recortándole el don a la terrible facultad de predecir sin ser creída.

Se llamó a los escribas capaces de descifrar los caracteres griegos del misterioso pliego; en la tarea se empleó un día y una noche, pues tras recomponer las palabras legibles sólo podían identificarse retazos de alguna siniestra profecía, sin que el conjunto arrojase un sentido claro: año 515 - Cumas — infortunio — terciopelo — madurando — fuego de la tierra — año 832 — antes de las calendas.

Trasimedes, el escriba alejandrino que trabajaba para Eumaquia logró finalmente penetrar el curso del texto amputado:

El año 515 dice la Sibila de Cumas: ¡Ah, infortunio!

El aterciopelado membrillo del jardín de Venus que en sazón cae del árbol será devorado por el fuego junto con sus hombres y sus animales, junto con todas sus murallas, el año 832, a nueve días de las calendas de septiembre.

No bien hubo leído Trasimedes el anuncio de la calamidad se adueñó la tribulación de los presentes, desconcertados ante la divina condena de la ciudad a la destrucción. Los duunviros conminaron a los testigos de la revelación a que guardasen silencio hasta el día señalado del año 832, juramentándose todos a ello por Júpiter y su mano derecha. Pero nada induce tanto al perjurio como el voto de silencio (un impulso muy humano, en cualquier caso, por más que Cayo julio César lo fustigase sin dejar de confesar, no obstante, que estimaba la traición y detestaba al traidor) y el anuncio de la calamidad no tardó en divulgarse pues Fama, que revoloteó por las calles de Pompeya cosechando desde locas carcajadas hasta muestras de pavor, aunque también de indiferencia, se afamó en ello. Fue el caso que al venderse las primeras casas y empezar a abandonar la ciudad los primeros vecinos, convencidos de la autenticidad del oráculo y de la inminencia de un segundo terremoto más arrasador, pues la ira de Júpiter seguía viva, comenzó también a

circular la especie de que Afrodisio había adulterado el oráculo para poder hacerse con solares a bajo precio.

Los rumores eran alimentados por Eumaquia, pues con la reconstrucción del templo de Júpiter se había generado una profunda corriente de simpatía hacia el pompeyano. Eumaquia no estaba dispuesta a presenciar aquello sin actuar y decidió aprovechar la oportunidad que suponía el fin de la prohibición de diez años para celebrar *munera* y *spectacula* en el anfiteatro pompeyano, impuesta por el Senado de Roma a iniciativa de Nerón. Por aquel entonces, a tres años del terremoto y con motivo de un combate de gladiadores, había habido tal trifulca entre pompeyanos y visitantes de la vecina Nuceria, que el número de muertos en las gradas superó con mucho el del coso. Durante los diez años no se había empleado para nada el anfiteatro situado al sudeste de la ciudad, frente a la gran palestra. A diferencia del templo de Júpiter, el teatro no se había derrumbado con el terremoto, pero amenazaba ruina en diversos puntos y Eumaquia se brindó a realizar ciertas mejoras: reforzar las bóvedas con una doble hilada de ladrillos, revestir de mármol blanco las cinco gradas de la *ima canea* reservada a los dignatarios y las dieciocho de la *summa cavea* y habilitar una galería con acceso propio que discurriese separadamente por la corona del recinto para que las mujeres también pudiesen presenciar los *spectacula*. El anfiteatro se había edificado siglo y medio antes, bajo los duunviros Cayo Quintio Valgo y Marco Porcio, en una época en que las mujeres no tenían permitida la entrada a los juegos.

La opinión pública se decantó a favor de Eumaquia, mientras que sobre Afrodisio comenzaba a pesar la fama de ser más codicioso que el césar de Roma.

En cuanto heredero legítimo de Sereno, Afrodisio se preocupó de recuperar el legado de su padre. Salió a relucir que Fulvia y Pansa habían efectuado un reparto en toda regla. Pansa se había quedado con el negocio del banco y Fulvia con las propiedades inmuebles: la hacienda, dos fincas urbanas y el tejar de las afueras de la ciudad.

Cierto día, el pompeyano se presentó en casa de Eumaquia, le mostró el testamento y reclamó lo que le pertenecía, el tejar y los terrenos circundantes.

La sacerdotisa soltó una malévola carcajada:

—Llegas demasiado tarde, liberto, el tejar me lo vendió Fulvia junto con los terrenos. Aquí está el contrato.

—En primer lugar —respondió Afrodisio—, no vuelvas a llamarme liberto. Soy romano libre de nacimiento y mi padre se llamaba Lucio Cecilio Sereno. Y en segundo lugar, pareces ser una ignorante rematada en materia de *ius Latii*. Puede que Fulvia te vendiese el tejar, pero… lo mismo podía haberte vendido el Comicio, las Termas Estabianas o el templo de Venus, que todos tienen algo en común: ser tan suyas como el tejar.

—¡Pues yo pagué doscientos mil sestercios! —exclamó con furia Eumaquia.

—Probablemente, ¿por qué no? —prosiguió Afrodisio en tono inflexible—. Pero,

sacerdotisa, la próxima vez infórmate mejor sobre la persona con la que cierras un trato. Esa propiedad es mía, la quiero y la reclamo con entera legitimidad, *ex aequo et bono*, según el derecho romano.

—Pero en esos terrenos he levantado otros dos tejares. ¿Qué va a ser de ellos?

—Tendrás que derribarlos. Es más, lo exijo. No me interesa ese tipo de negocios.

La resolución y la firmeza de que hizo gala Afrodisio provocaron un cambio de actitud en la sacerdotisa, que pasó a emplear un tono abiertamente adulador:

—¿Pero por qué hemos de ser necesariamente rivales y enemigos, Afrodisio? Tú eres un joven muy capaz y tuyo es el futuro de esta ciudad, pero yo tengo la vida detrás de mí…

—Maltratas a Gavio, mi amigo bitinio, imponiéndole trabajos inhumanos que lo dejan marcado para toda su vida. No mereces ninguna consideración.

Eumaquia llamó con unas palmadas a una esclava para encargarle que trajesen a Gavio de la tintorería de púrpura. En gesto de amistad, Gavio quedaría libre, indicó.

—Eres libre —proclamó la sacerdotisa cuando hubo entrado el esclavo—, pero procura que tu señor Afrodisio cambie de opinión; me reclama un terreno que yo le compré a Fulvia de buena fe y donde luego he construido. Estoy dispuesta a pagar lo que sea.

Gavio y Afrodisio se abrazaron emocionados, sin prestar atención a cuanto les decía Eumaquia.

Amigo —dijo Afrodisio—, ¡cuánto te he echado de menos!

A lo que Gavio respondió:

—Viéndonos aquí, señor, se borra todo lo que ha pasado. —Se miró las piernas; también Afrodisio bajó los ojos hacia ellas, teñidas de rojo sangre hasta encima de las pantorrillas.

Eumaquia miró hacia otro lado.

El corrosivo ácido de púrpura le había cauterizado la piel tiñéndosela de tal modo que ni el agua, ni el jabón, ni las soluciones más drásticas podrían ya reparar nada. Gavio quedaba marcado para toda la vida; todo el mundo sabría que había practicado el oficio más bajo de un esclavo, el de pisador de púrpura.

—Con haber pisado púrpura una vez en la vida ya la has pisado para siempre —apuntó Gavio, apenado—. Hay cosas que no tienen arreglo en la vida.

Afrodisio se dirigió encolerizado a Eumaquia, agarrándola por el brazo desde atrás y obligándola a darse la vuelta de manera que la mujer no tuvo más remedio que mirar los pies encarnados de Gavio.

—Mira, sacerdotisa, cómo has tenido que vengar en un esclavo inocente el odio que le tienes a su amo. Con el tiempo, el odio se desvanece, pero el tinte que llevan esas piernas dura más que la propia vida. Tendrá que cargar con tu odio hasta que se muera, sacerdotisa. ¿Y tú, *rebus sic stantibus*, pides clemencia? ¡Por Júpiter! Tienes treinta días para desalojar los terrenos y derribar lo que has construido. De aquí a treinta días no quiero ver a nadie tuyo en mis propiedades. ¡Ven, Gavio!

—¡Pero intentemos llegar a un trato!

—¡Treinta días he dicho, sacerdotisa! —Afrodisio la apartó de su camino.

—¡Ni uno más!

A partir de entonces, Afrodisio y Gavio serían inseparables; acudirían a todas partes protegidos por robustos guardaespaldas y Gavio dejó de avergonzarse de llevar los pies rojos, pues, según diría, no es una vergüenza verse obligado por gente indigna a hacer trabajos indignos, la vergüenza sería obligar a alguien a hacerlos; así pues, se negó a llevar las botas altas que Afrodisio había encargado expresamente. Por añadidura, Gavio llegó incluso a interceder ante Afrodisio para que le vendiese los terrenos en disputa a la sacerdotisa; la situación en que se hallaba la obligaba a aceptar lo que se le pidiese y al buen negociante no le interesa ni mostrar sus sentimientos ni devolver odio con odio.

Pero el pompeyano se mantuvo inflexible.

Leda sorprendió a su marido con el anuncio de que estaba embarazada y Afrodisio realizó una discreta ofrenda de incienso a Venus en señal de gratitud por haber atendido uno de sus mayores deseos; a su esposa le prometió que podría bautizar a la criatura según la fe cristiana, siempre que lo hiciese con la debida prudencia.

En compañía de Gavio viajó el pompeyano a Roma. Quería averiguar si con el nuevo césar se había puesto punto final a las expropiaciones y las condiciones permitían ampliar los negocios que poseía en Roma. Confiando en el trato que tuviera en su día con Marco Salvio Otón esperaba que el Divino se mostrase receptivo. Pero el emperador patizambo anduvo melindroso a la hora de recibirlo, pretextando que ni lo conocía ni se acordaba. Era mentira, por supuesto, pues Afrodisio había sido testigo del vaticinio que le anunciaba la dignidad de césar para los treinta y siete años y que tan extrañamente se había cumplido.

Pero Otón, como todos los césares, vivía en un sobresalto continuo, nada injustificado, puesto que el Divino no había sido aceptado unánimemente. Ciertamente, las provincias balcánicas y orientales le habían jurado fidelidad; pero las tropas de Britania, Galia y Germania se inclinaban por otro pretendiente, el gobernador de la Germania inferior Aulo Vitelio, y por entonces parecía mera cuestión de tiempo el que Vitelio y sus tropas se presentaran ante las murallas de Roma. ¡Cuántos cambios había experimentado la ciudad! Los estrechos y laberínticos callejones que la cubrían antes del incendio habían dado paso a amplias calles con *insulae* de piedra de hasta seis pisos… inasequibles a los romanos más humildes, que de esa manera se veían cada vez más confinados a la periferia. Por contra, el palacio de los césares, que se había comenzado a construir en tiempos de Nerón y que aún estaba por concluir, se extendía por todo el centro de la ciudad, desde el Palatino al Esquilino, y desde los jardines de Mecenas por el este hasta el foro de Augusto por el norte, con tal desmesura y ostentación que no eran sino miedo en forma de piedra. El derroche arquitectónico de columnatas, palacios, plazas, praderas y estanques, y la

altura de los insalvables muros, convertían el palacio en una auténtica fortaleza, la domus aurea; el interior era un auténtico alarde de oro, nácar y piedras preciosas; había tallas de marfil repartidas por las paredes y techos y también un comedor bajo una cúpula sometida a movimiento permanente durante el día y la noche, como el universo. Durante las primeras semanas de su reinado, Marco Salvio Otón había invertido cincuenta millones de sestercios en acondicionar el palacio para una mínima habitabilidad. Luego se agostaron las fuentes pecuniarias y en aquellos momentos buscaba nuevos recursos.

Valiéndose de una argucia, Afrodisio logró entrar por fin en el palacio del césar. Una mañana temprano, antes de la ceremonia de fijación de los acta diurna que congregaba a miles de ciudadanos en el foro, subió a la rostra para pronunciar, tal como podía hacer cualquier romano, un discurso en honor de Otón. Marco Salvio Otón, proclamó, era el legítimo sucesor de Galba y nadie, ni siquiera un tragaldabas como Aulo Vitelio podía discutírselo, pues los dioses inmortales que rigen el destino de los hombres lo habían designado para el trono ya en vida del divino Nerón aun siendo éste cinco años más joven. El sabio Seleuco de la isla de Cos había profetizado leyendo los astros que Otón, nacido bajo el signo de Marte, sobreviviría al césar y que con el número 37 alcanzaría el mayor triunfo de su vida. Él, Afrodisio, hijo de Sereno de Pompeya, había sido testigo del vaticinio hacía siete años, lo juraba por su mano derecha.

Los romanos aplaudieron entusiasmados. Nada les agradaba tanto oír como historias de profecías cumplidas. Entre vítores «¡Salve, Marco Salvio Otón!» se coronó con flores la estatua del césar que había en el capitolio y se profirieron protestas contra Vitelio. La mudanza no pasó desapercibida al Divino, quien al enterarse de la desinteresada intervención del pompeyano le mandó recado invitándolo a comer con él en la domus aurea.

Afrodisio había logrado lo que deseaba, pero recelaba de Otón y acudió acompañado de cuatro esclavos. Al llegar al portal del palacio, vigilado por la guardia pretoriana fuertemente armada, el pompeyano se encontró con un centenar de romanos ilustres y senadores; muchos vestían la toga púrpura y todos habían recibido la misma invitación que él. Alguno había acudido incluso con su esposa.

Tras el portal se abría un patio interior flanqueado por torres de vigilancia donde los invitados tuvieron que dejar a sus esclavos. Luego los registraban y una vez comprobado que no portaban armas se les franqueaba el paso. En formación de a dos, como si se tratase de una cohorte, y escoltados por la guardia pretoriana tocada con casco rojo, fueron conducidos los comensales por siniestros pasillos, una maraña de columnas y un laberinto de frondosa vegetación hasta acceder cuando hubieron perdido el sentido de la orientación a la célebre cúpula que despertaba la admiración de todo aquel que entrase en ella por vez primera.

Contrariamente a la costumbre romana de distribuir las mesas en forma de herradura cuya curva ocupaba el anfitrión, mesas y triclinios formaban en aquella sala

una suerte de estrella cuyo centro era ocupado por la mesa del césar. Lo desconcertante de aquel recinto sin ventanas, en el que cabían cien invitados y que se iluminaba por una abertura en el techo del tamaño de un carro de carreras, era su movilidad. Giraba sobre su eje consiguiendo de ese modo que el césar quedase siempre iluminado por los rayos del sol mientras que los invitados comían sumidos en la penumbra.

Marco Salvio Otón parecía ausente. Llevaba ladeada la peluca con que imitaba el peinado caído hacia la frente del joven Cayo Julio César (del joven, entiéndase bien, pues a la edad de Otón también el divino julio era calvo) y el efecto era deplorable. Presa de una evidente agitación apenas comió nada, aunque sí ingirió grandes cantidades de vino de Quíos previamente probado. Los comensales se miraban unos a otros y Afrodisio intentó imaginarse quién temía más a quien: si el césar a los senadores o los senadores al césar. En los vanos adyacentes a las puertas había apostados guardias de expresión torva que se turnarían cada cuarto de hora.

Miedo y recelo de ambos bandos no era infundados. La mayoría de los senadores había desairado al césar desentendiéndose de la invitación; temían que se les tendiese una trampa y, en definitiva, que el césar pretendiese deshacerse dentro de las murallas de la domus acarea de los adversarios más recalcitrantes que tenía en el Senado. Pues la mayoría de los notables y ricos en quienes un día pudo sustentarse el desventurado Claudio habían pasado a ser con el paso del tiempo enemigos irreconciliables del césar. Por su parte, Marco Salvio Otón también temía ser víctima de cualquier atentado, de modo que no comía un bocado ni bebía un sorbo que antes no hubiesen pasado por la salva de Lino, su lastimoso maestresala.

Finalmente, el césar se aupó encima de su triclinio y se dirigió a los congregados con aire titubeante y lágrimas en los ojos intimándolos a perseverar en su lealtad y abominar de los senadores que acariciasen la idea de deponerlo. Aulo Vitelio, dijo, el pretendiente que contaba con la adhesión de alguna que otra provincia, era un buen carretero, pero entre guiar un carro y guiar la nave del Estado mediaba una gran diferencia. Por lo general, la gente preocupada por comer y beber podía ser considerada poco peligrosa; pero no era ése el caso de Vitelio, al contrario. Acumulaba montañas de deudas y en su día no había dudado en despojar a su madre de las joyas de la familia.

Llevado por la cólera había matado al hijo de su primera esposa, Petronia, y los dioses inmortales lo habían castigado dándole un segundo hijo con la lengua contrahecha. Si Aulo Vitelio algún día se atrevía a salir de la inhóspita Germania inferior para regresar a Roma lo esperarían en cada esquina acreedores y multitud de personas a quienes había estafado. ¿Y ese sujeto proclamaba derechos al trono?

—¡Abajo el tragaldabas! —gritó alguien en la sala, pero los senadores no se sumaban con facilidad a las invectivas de partidarios comprados, de modo que el césar prosiguió.

En flagrante ilegalidad tenían ocupados Cecina y Valente, dos generales de

Vitelio, los pasos de los Alpes, pero a él se le habían adherido los ejércitos de Panonia, Dalmacia y Mesia, así como Muciano, el general de Siria y Vespasiano, el de Judea, a cuyas órdenes se hallaban las mejores tropas. En vista de lo cual había enviado una delegación conminando a Vitelio a renunciar sus pretensiones; le ofrecía también una importante suma de dinero y salvoconducto para trasladarse a la ciudad que desease. Si declinaba la oferta, sería él quien partiese en su busca para hacerle frente con la severidad que merecía el caso. Aunque para ello se requerían cantidades ingentes de dinero…

El césar no pudo continuar porque se acababa de traslucir el motivo de la invitación y el murmullo adquirió proporciones de griterío. Los asistentes estallaron: el malhadado Galba y sus turbas de pretorianos les habían robado todo el patrimonio y si Otón iba a acabar de dejarlos sin nada, podía estar seguro de que recibirían a Vitelio con los brazos abiertos, pues peor no se podía estar, ¡Roma dea! Otro senador, el antiguo cuestor Cayo Senicio, que había prestado servicios con tres césares diferentes, tomó asimismo la palabra para advertir alarmado que en el Capitolio se le habían caído a la estatua de la Victoria las riendas de la mano, lo que no habiéndose producido ni terremotos ni tempestades sólo podía ser un terrible presagio…

Aterrados, los invitados del césar emprendieron una huida despavorida. Perseguidos por los guardias que procuraron obligarlos a regresar, salieron como pudieron del laberinto, persuadidos de que el césar iba a matarlos para adueñarse del escaso patrimonio que les quedaba. En la sala permaneció sólo un puñado de comensales, que se despidieron cuando comprobaron el abatimiento en que quedó sumido el césar.

—¡Ave césar! —exclamarían uno tras otro llevándose el puño al pecho.

—¿Tú? —El césar miró con gesto interrogante al último en salir—. ¿Pero tú no eres el pompeyano?

—Lo soy, césar, Lucio Cecilio Afrodisio.

—¿Por qué no has salido corriendo como los demás? —Otón se llevó la copa a los labios, pero el tinto de Quíos le resbaló por la comisura y terminó manchándole la toga.

—¿Y por qué tendría que huir?

—Por la misma razón por la que a los senadores les ha parecido aconsejable escaparse.

—Divino césar —dijo Afrodisio riendo—, en primer lugar, yo no pertenezco al colegio de los *patres conscripti* y, en segundo, considero una torpeza salir corriendo delante del césar.

—¿Una torpeza? ¡Explícate, pompeyano!

—Muy sencillo, señor, quien huye da la espalda.

Otón rezongó algo ininteligible, luego farfulló:

—En el foro has hablado a favor de mí, pompeyano, al menos es lo que me han contado. ¿Por qué lo hiciste?

Avisado ya de que la conversación era seguida atentamente por ojos y oídos distribuidos tras las columnas y en los huecos de la sala, dijo Afrodisio:

—¡Por Júpiter! ¿Adónde hemos ido a parar, que no podemos hablar en favor del césar sin convertirnos en sospechosos? Y además, Divino, me limité a contar la verdad de lo ocurrido hace siete años con el astrólogo de la isla, cuando profetizó que a los treinta y siete años alcanzarías tu máximo triunfo y nada tendrías que envidiar al divino Nerón.

—¡Et lupus in fabula!

—No sé de qué me hablas, césar.

—El lobo de la historia es que Seleuco profetizó igualmente que mi mayor triunfo supondría asimismo mi final. ¿También se lo contaste al pueblo?

—No, césar —respondió Afrodisio—, de eso no dije nada.

—Pero fue así y yo me lo creo. Sólo tengo enemigos y tengo que desconfiar hasta de quienes tendrían que protegerme, la guardia pretoriana. Se cobran todos los servicios de lealtad y ésa ha sido la maldición de todos los césares. —Con una seña, le indicó al pompeyano que se aproximase.

—Créeme, Afrodisio, este imperio romano no lo gobierna el césar, sino el dinero. ¡O tempora, o mores!

—No comprendo lo que me quieres decir —replicó Afrodisio—, si el césar eres tú y el poder lo tienes tú.

—¿Qué poder? Quien tiene el dinero es quien tiene el poder. Mías son las deudas, la última vez eran cien millones de sestercios, hoy ya deben de ser más. ¿Pero qué puede importar cuánta agua se ha tragado el ahogado? Pompeyano, tú tienes más poder que el césar. Te lo dice Marco Salvio Otón.

—¡Pero, césar divino…!

—¡Ah, pompeyano! Si supieses quien manda en Roma saldrías corriendo y no volverías nunca más a ella…

En aquel momento surgió una docena de pretorianos de la penumbra de una cavidad de la pared.

Los cascos rojos rodearon al césar encaminándolo hacia la salida posterior del recinto. Otón tenía serías dificultades para mantenerse en pie. Arrastrando los pies al desgaire tropezó y antes de salir dirigió una mirada a Afrodisio como si quisiera decirle: «¡Ya ves, pompeyano, como trata la vida al divino césar!».

Antes de saber cómo, se encontró Afrodisio entre dos robustos pretorianos que a paso ligero lo acompañaron por el laberinto de la domus aurea hasta la puerta. Tenía la sensación de salir del Orco. ¿Pero dónde se habrían metido sus esclavos?

Lo invadió un profundo malestar cuando intentó dar con sus guardaespaldas en la plaza que había enfrente del palacio, pero era evidente que habían regresado sin mayores dilaciones a la casa, después que los senadores salieran de la domus acarea, convencidos de que su dueño habría pasado sin que ellos lo hubiesen visto.

El sol poniente proyectaba la larga sombra del imponente monumento que el

divino Nerón había erigido en honor del dios Sol por encima de cualquier otra altura de la ciudad y que tenía sus propios rasgos faciales. Cruzando el desolado patio de armas el pompeyano se sintió pequeño y desvalido.

«¡Si supieses quién manda en Roma saldrías corriendo y no volverías nunca más a ella!». La advertencia del césar retumbaba en sus oídos como un eco que incesantemente va de una montaña a otra. Otón vivía muerto de miedo, eso le constaba de manera fehaciente; la duda estribaba en si había actuado correctamente pronunciándose en público a favor del Divino. Tarde o temprano, Marco Salvio Otón terminaría aplastado por la carga que lo agobiaba como antes Galba, Nerón, Claudio, Calígula y Tiberio. Pronto habría otro llamado a convertirse en césar y la vida de los partidarios del anterior perdía todo valor. ¡Roma dea! ¡Qué tremendo error había cometido!

Afrodisio anduvo más deprisa; sin saber por qué, aceleró el paso como si quisiese deshacerse de un perseguidor invisible… tenía que salir de aquel lugar. El pompeyano recorrió calles cuyo nombre ignoraba, se arrimó a casas que le resultaban desconocidas. Las puertas de las casas estaban cerradas y atrancadas… no cabía duda de que en Roma moraba el miedo. Quienes le salían al paso se echaban la capucha mucho antes de llegar a su altura y cruzaban a la otra acera para evitar ser reconocidos; Afrodisio se percató de que él hacía lo mismo. Tras cada arco, tras cada saliente, acechaba el peligro.

En su pánico el pompeyano llegó a extraviarse; aquél no era el Esquilino que buscaba… debía de quedar hacia levante.

La ciudad había cambiado de aspecto y para un forastero era fácil perderse en Roma.

—¡Eh, amigo! —le gritó el pompeyano a cierta distancia a un transeúnte, pero éste dio la vuelta en cuanto vio que iba con él.

Afrodisio se dio cuenta de que, sin pretenderlo, sus pasos eran cada vez más veloces. Notó la proximidad de un perseguidor invisible, le oyó los pasos y procuró esquivarlo eligiendo callejones cada vez más estrechos. Se detuvo: ¿de qué tienes miedo? El pompeyano quiso plantearse la pregunta y conjurar así el miedo que se había ido adueñando de él, pero en medio del ejercicio de reflexión comprobó que los pasos que percibía no eran, ni mucho menos, una ilusión. Al detenerse conteniendo la respiración para captar cualquier detalle en la inquietante penumbra, volvió a oírlos: se acercaban, se detenían… silencio.

Sin girar el cuerpo volvió rápidamente la cabeza y creyó ver una sombra que desaparecía tras un contrafuerte. Quiso echarse a correr, pero al fijarse en la dirección que debía tomar vislumbró una figura oscura que se interponía en su camino. «Te han traído hasta aquí, hasta este callejón solitario para matarte, y nadie te encontrará. ¿Por qué?».

Las dos figuras aceleraron sus pasos, de modo que Afrodisio no vio escapatoria. Desesperado, se dirigió agachado y desarmado hacia el que venía de frente. Mientras

se volvía para mirar hacia el otro, que había emprendido la carrera hacia él, el de delante intentó derribarlo dando un gran salto mientras lanzaba un grito animalesco, como el proferido para darse valor por el gladiador cuando despliega red y tridente en la *probatio armorum*.

Afrodisio escapó por poco del salto y el maleante dio con sus huesos en el suelo, pero en ese mismo momento un brazo trabó por el cuello al pompeyano; lo tenían fuertemente agarrado, era de todo punto imposible zafarse y repentinamente brilló en la oscuridad ante sus mismos ojos un puñal. ¡Por Júpiter…! Era el arma que ya conocía: Sereno, Popea, Epicaris, Áscula, el atentado contra él mismo…

Afrodisio abrió cuanto pudo los ojos como si no quisiese perder ningún pormenor de su propio asesinato, vio cómo el brazo se levantaba para descargar contra su pecho con la fuerza que ganaba en la trayectoria, vio cómo le iba la vida en ello, se vio sin salida y fue en la seguridad de verse en manos de la muerte donde encontró el pompeyano un ímpetu inexplicable. Le agarró la muñeca al atacante doblándosela hacia afuera, el hombre emitió un alarido de dolor y el puñal se le resbaló de las manos.

Afrodisio aprovechó el breve instante que el bribón necesitó para recuperar el puñal para salir huyendo. Estuvo corriendo hasta que el corazón estaba a punto de estallarle en el pecho y, sin saberlo, se hallaba en el barrio del Circo Máximo. Allí, en medio del bullicio de la gente que vociferaba y se empujaba se sintió más tranquilo.

12

«¡SI SUPIESES QUIÉN manda en Roma saldrías corriendo y no volverías nunca más a ella!».

Afrodisio llevó días enteros la advertencia del césar martilleándole la cabeza, de forma que cuando hacia los idus de abril llegó la noticia de que Marco Salvio Otón había sucumbido ante Vitelio en Betriaco y aquella misma noche se había matado arrojándose sobre la espada, el pompeyano abandonó precipitadamente Roma. A Polibio le dejó recado de que vendiese todas sus propiedades romanas, ya que él al menos no estaba dispuesto a volver a poner los pies en aquella ciudad. El momento parecía propicio para la venta porque podía, así lo suponía el pompeyano, efectuarla desapercibidamente en medio de la confusión y el alboroto que conllevaría el cambio de césares. Más tarde se vería, sin embargo, que tales conjeturas eran un error fatídico.

Lo que pareció una dicha para el vencedor se trocó en desventura para el país, pudiéndose calificar de viril la muerte por espada de Otón al compararla con la del césar Aulo Vitelio aquel mismo año, torturado, vejado y arrastrado con una soga por la ciudad hasta que muerto de puro desfallecimiento lo prendieron los pretorianos de un gancho para descolgarlo sobre el Tíber, en cuyas turbias aguas se sumergiría el maltrecho cuerpo y no volvió a emerger. *Omnes eodem cogimur*.

Nadie podía extrañarse de que el caos y la arbitrariedad se hubiesen enseñoreado no sólo de la capital del Imperio romano, sino que también las provincias se viesen asoladas por la plaga como por incendio en estepa. Desde la muerte del divino Augusto, Roma había vivido permanentemente en tesitura de catástrofe, por más que ni astrólogos ni caldeos hubiesen puesto aún fecha ni a la ciudad ni a sus habitantes.

En Pompeya, sin embargo, todo el mundo hablaba del final anunciado,

mofándose quienes no respetaban nada y buscando consejo quienes sabían que nunca habían errado los oráculos de la Sibila; cuanto más se acercaba la hora, más se desenfrenaban las ideas.

Los pompeyanos procuraban evitar a Afrodisio. A sus ojos, era el culpable del anuncio de un desastre que hubiese sido más llevadero ignorando su fecha, de suerte que cuando estuvo concluido el templo de Júpiter, cuando las columnas volvieron a recortarse majestuosamente contra el sedoso cielo de la Campania y las escalinatas volvieron a relucir en su mármol blanco con mayor esplendor que antes; esto es, cuando el *pontifex maximus*, el sumo sacerdote del imperio, envió a Pompeya una delegación de sagrados dignatarios para consagrar el templo, los pompeyanos no dudaron en arremeter contra los sacerdotes mucho antes de que pudiesen poner los pies en el santuario, lo que desencadenó una solemne condena de la ciudad y sus habitantes por parte del sumo sacerdote romano, que ignoraba las razones profundas de aquel comportamiento. ¡Pompeya infiel!

La costumbres se relajaron como en la pervertida Roma. Los esclavos robaban a sus amos, pues aunque fuera fugazmente querían vivir como los libertos de Roma; mujeres honestas cuyos maridos no les daban satisfacción reclamaron lo que les correspondía de los esclavos, acabando de ese modo transportadas por el dulce anhelo en una cama diferente cada noche; y ni la cédula de divorcio, repartida por los varones pompeyanos con insólita frecuencia, lograba poner coto a la lascivia de aquellas mujeres pues acababan por hallar cobijo junto a otros varones que a su vez se habían hartado de sus esposas. Los ediles no daban abasto en la ejecución de procesos; a la degradación no se le puso coto ni siquiera con las severas leyes del Senado que rebajaban a la condición de esclava a toda ciudadana de pleno derecho que tuviese relaciones con un esclavo.

En consonancia con la perversión de costumbres, la ropa dejaría de usarse según el *ordo vestimenti*. Se llevaba lo que se antojase; había esclavos que contra toda legalidad usaban toga y cuando las mujeres empezaron a utilizar una prenda introducida de más allá de los Alpes por el emperador Vitelio, el calzón gálico (faldas cosidas por la entrepierna), no se consideró el colmo de la depravación porque ya había otras que paseaban por la ciudad con los senos al aire, remedando a las cretenses de los tiempos del rey Minos.

Los pompeyanos comían y bebían con tal fruición que los comerciantes llegaron a verse en dificultades para atender la demanda de vinos caros y comidas exquisitas. Como consecuencia, los precios se dispararon a proporciones impensables; se llegó a pagar por aves exóticas como avestruces de Numidia o flamencos de Egipto hasta diez veces más que en tiempos del divino Nerón. El venado importado del norte ni siquiera llegaba al mercado, pues estaba vendido antes de recalar en los puestos del *macellum*. El dinero se manejaba de manera inconsciente, pues quienes creían en el oráculo sabían que consigo no podrían llevarse más que un óbolo en la boca para pagar al barquero Caronte y el descontrol con el dinero atrajo a granujas de toda laya:

ladrones, estafadores, descuideros, fanfarrones, prestamistas, cazadores de herencias, chantajistas y truhanes que ignoraban el oráculo o se mofaban de él.

No obstante: *sic erat in fatis*.

Afrodisio fue padre de una niña a la que llamaron Afrodisia y Leda le tributaba todo el amor que una mujer podía dedicar a su marido, al mismo tiempo que sabía tratar a Hersilio como una buena madre, de suerte que nunca le faltaba de nada. Pero aquellos a quienes Fortuna parece salirles al paso a pie llano viven a menudo en conflicto consigo mismos y con su corazón. También Afrodisio.

El tormento en aquella época provenía no del oráculo con que se había predicho el terminante final, sino del misterioso desconocido que quería acabar con su vida; porque quien ha sido sentenciado por los dioses no puede escapar a la ejecución ni huyendo, ni sobornando ni rezando.

Pero a quien resiste a las intrigas de los mortales los inmortales lo asisten con magnanimidad.

Afrodisio se pasaba las noches en blanco, fuertemente vigilado, en un banco de su *viridarium* contemplando los astros que, en efecto, rigen el destino de los hombres como había demostrado Seleuco al predecir el ascenso del divino Otón. Pero las tentativas de hallar al astrólogo griego resultaron infructuosas; el de la isla, según le informaron sus agentes en Roma, había desaparecido sin dejar rastro el mismo día en que se cumplió su profecía.

El divino Vespasiano, el sexagenario al que, pese al presagio de un año antes, ningún romano se hubiese imaginado sucediendo a Vitelio en el trono, mantenía una relación muy estrecha con un profeta de origen judío. Era un fariseo llamado Josef ben Matatías; tras la toma de Sonapata había declarado a Vespasiano que no tuviese escrúpulos en encadenarlo como le correspondía como general victorioso, pero que tuviese en cuenta que al cabo de un año le retiraría las cadenas convertido en césar. El general se había traído al singular adivino a Roma, donde descolló por su gran cultura, se cumplió su presagio y se reemplazó su impronunciable nombre por el de Josephus, como si se tratase de un romano de nacimiento. Pero Josefo, a quien Afrodisio acudió ofreciéndole una importante suma de dinero por su ayuda, le comunicó que sus vaticinios no eran por encargo y remunerados como los del oráculo de Delfos sino que por él hablaba su dios, el de los judíos, que no se mezclaba en los asuntos de los hombres.

Desesperado, Afrodisio envió a su amigo Gavio a Delfos y ofreció grandes sumas a los adivinos itinerantes que tanto proliferaron en la época, preguntando siempre lo mismo: quién estaba detrás de los atentados hechos con el puñal del mango curvo. Pero las respuestas, cuando las había, resultaban todas igual de oscuras e inextricables; la pitonisa de Delfos se justificó tras el verde laurel y dijo que Apolo le tenía prohibido dar nombres, permitiéndole únicamente emplear monosílabos o, a lo sumo, optar por uno u otro de los nombres que se le indicasen. Nada de todo ello sacó al pompeyano de sus zozobras; por el contrario, su escepticismo respecto al

anunciado final de Pompeya aumentó.

Afrodisio había pensado que con la inesperada muerte de Pansa concluiría la cadena de asesinatos, ya que el abogado parecía el culpable. Pero el nuevo asalto le hizo dudar incluso de que Pansa hubiese tenido nunca nada que ver con los puñales. Quizá su único delito fuese la ocultación del testamento. Ciertamente, Afrodisio había supuesto un peligro latente para el abogado, ¿pero no lo era también Fulvia? ¿No habría tenido que encabezar ella la lista, pues mientras no se descubriese el *aerarium*, ella era la única persona que estaba al corriente de todo?

Eumaquia. Tenía que odiarlo, de eso no cabía duda y a esas alturas más que nunca, porque había tenido que desmantelar dos tejares de un terreno que Afrodisio después, quizá para humillarla, había dejado baldío; todo ello a pesar de que se avino a liberar a Gavio. Aquella mujer tenía que odiarlo y hasta desear su muerte, de modo que bien podía ser verosímil que contratase a un sicario. Pero, por todos los dioses, ¿qué razones podía haber tenido para matar a Sereno, a Prisciliano o, en Roma, al marido de Epicaris?

El viejo Plinio, con quien le unía una cordial amistad desde que el escritor había pasado a vivir a Estabia, lo remitió al autor de comedias Publio Terencio Afer, autor de obras tan divertidas como La suegra o El eunuco, así como de una con el impronunciable título *Heauton timorumenos*, o sea El atormentador de sí mismo, donde se dice «*nil tam difficile est, quin quaerendo investigara possiet*». Lo más oportuno, según Plinio, era investigar el caso a la manera de los ediles aun a riesgo de que pudiesen surgir nuevos peligros. Porque, observaría Plinio, quien ha intentado quitarle dos veces la vida a un hombre, no vacilará en probarlo una tercera y lograr su propósito.

Las primeras pesquisas condujeron al pompeyano a casa de Áscula. La mujer se negó en un principio a recibir a Afrodisio, pero él apartó al portero y se abrió camino hasta el interior de la casa, donde la dueña lo saludó cohibida. Era por la gente —dijo ella—, se decían tales cosas de él que no quería ella verse mezclada en todo aquello.

—¿De qué estás hablando?

—Del oráculo.

Afrodisio se encogió de hombros:

—Ya sé que la gente me evita. ¿Pero acaso tengo yo la culpa? ¿Me vas a reprochar que hace siglos una Sibila pronosticase una calamidad?

Áscula guardó silencio, luego respondió titubeando:

—No, pero no es por eso.

—¿Entonces?

—La mayoría de los pompeyanos no se cree el oráculo de la Sibila…

—Allá ellos.

—… lo que la mayoría piensa es que retocaste el oráculo para que la gente vendiese sus casas, sus tierras y sus viñas a precio de liquidación. Por eso te esquivan.

—¡Por Júpiter! —Afrodisio quedó atónito.

—¿Y tú te lo crees?

—Creer no es saber —respondió Áscula encogiéndose de hombros—. Pero, sí. Lo van pregonando los de Eumaquia.

Por fin comprendió el pompeyano el recelo con que se trataba y entendió por qué la gente hacía un rodeo evitándolo y tratándolo como a un apestado.

—Podrás creerme o no —murmuró—, pero Eumaquia miente. Me detesta y cualquier medio le es bueno con tal de destruirme. Sólo le pido a los dioses inmortales que el oráculo se cumpla. Que Apolo me oiga.

—Pero tú no has venido aquí a enterarte de eso —dijo Áscula.

—No —respondió Afrodisio—, aunque después de lo que me has dicho tampoco parece tan importante. Se trata de un puñal que vi una vez en tu casa, un cuchillo con la empuñadura curva de color rojo.

—¿Te refieres a éste? —Áscula lo sacó de un cajón y Afrodisio notó cómo las manos se le echaban a temblar.

—Sí, ése —dijo él—. ¿Quién lo ha labrado?

—¡Eso no lo sé! Este puñal es un regalo. Me gustó y…

—¿Y…?

—… lo hice por un puñal, por este puñal.

—¿En pago a tus servicios?

—Si lo quieres llamar así, sí.

—¿Era forastero?

—Y a ti qué te importa, Afrodisio; además, hace tanto tiempo… sí, era de Roma, se daba muchos aires con no sé qué patrullas secretas y qué misiones reservadas; sobre todo me insistió en que no le enseñase este puñal a nadie… Un fanfarrón.

—¿Sabes cómo se llamaba?

—No, no lo sé, y aunque lo conociese tampoco te diría quién es. Y ahora, lárgate.

Ante la casa aguardaban sus guardaespaldas, pero aunque su compañía le garantizaba una seguridad lo cierto era que temía cruzar la ciudad. Los hombres que pasaban camino del foro con su escolta de esclavos se detenían o tomaban otro camino para no encontrarse con él; las mujeres se refugiaban en los zaguanes y hasta los esclavos lo esquivaban.

El día predicho en el oráculo de la Sibila había llegado y pese a las calumnias propagadas por Eumaquia no eran pocos los pompeyanos que creían en la autenticidad de la profecía. Muchos salieron de la ciudad en busca de refugio en pleno campo y Afrodisio envió a su mujer y a sus hijos a Estabia, a casa de su amigo Plinio, considerándolos allí a buen recaudo.

Los escépticos prepararon banquetes a los que invitaron a sus amigos el día de la profecía para conmemorar, según dirían, el fin o celebrar la vuelta a nacer. La sacerdotisa Eumaquia invitó a su finca a los cargos más importantes de la ciudad, duunviros, ediles, cuestores y tribunos, a los que se sumaron senadores y pretorianos

llegados desde Roma. Se vio a gente con la oreja pegada al suelo, pendientes del más remoto estrépito; pero no se movía nada. Tampoco los animales que antes del terremoto se habían mostrado sumamente irritados acusarían la menor alteración. El sofocante calor del verano, que antes de la cosecha teñía ya de color marrón los campos de la Campania, ahogaba cualquier signo de vida.

A los marinos que atracaron en el puerto de Puteoli se les preguntaría si habían notado cualquier tipo de zarandeo o que las olas se inflamasen sin viento, signos inconfundibles de seísmos, pero los interpelados dijeron que no. Con gesto de preocupación miraron muchos hacia el cielo intentando escrutar las figuras que dibujaban las nubes, importantes pistas también éstas a la hora de prevenir calamidades; otros observaban el agua de los pozos, cuyos anillos concéntricos podían acusar leves seísmos; pero aquel día no se verificó nada de esa naturaleza. Así, una vez que el sol hubo bajado y seguía sin producirse ningún signo de mal agüero, los más reservados terminaron por pasarse a las filas de quienes habían calificado de charlatán y embustero a Afrodisio.

A veces —le decía Afrodisio a su amigo Gavio, sentados los dos en el *viridarium*, mientras oteaban el cielo—, a veces no sé qué preferir: que Júpiter envíe un terremoto, destruya la ciudad y se cumpla el oráculo, o que la Sibila se equivocase y estuviese refiriéndose al terremoto que permitió que nos conociéramos.

Gavio apoyó la cabeza sobre ambas manos y miró con apatía hacia adelante; al cabo, respondió sin volverse hacia el pompeyano:

—Ni por una cosa ni por la otra, amo, puede envidiársete. Si se cumple el oráculo, quedará destrozada la vida de todos nosotros. Y si no se cumple, quedará de todas maneras malograda la tuya, con los que piensen que te han descubierto un embuste.

—¿Gavio?

—Dime, amo.

—¿Tú también crees, Gavio, que trastoqué el oráculo de la Sibila para enriquecerme? ¡Dime la verdad! ¿Me crees capaz de eso?

—¡Amo! —Gavio se levantó—. ¡Yo seguiría creyendo en ti, aunque todo hablase en tu contra!

Lleno de gratitud, el pompeyano abrazó en ese momento a su liberto.

—*Silentium, silentium* —Marco Umbricio Escauro, apestando como siempre a pescado, alzó su copa.

—¡Brindo a la salud de nuestra anfitriona, la honorable sacerdotisa Eumaquia!

—¡Por la honorable sacerdotisa Eumaquia! —exclamaron los demás comensales en número cercano a la centena.

A continuación, Trebio Valente, siempre con una oda de Horacio en la punta de la lengua, exclamó trabándosela esta vez:

—¡*Et ture et fidibus iuvat*!

¡*Iuvat, iuvat*!

Los actores Terencio Neo, Cecilio Febo y Celio Caldo, con Fabio Ululitrémulo a la cabeza, formaron un corro agarrándose por las manos y danzaron un *cordax*, danza absolutamente obscena en el curso de la cual los mimos arremetían unos contra otros prodigándose toda suerte de gestos fáunicos e impúdicos movimientos de caderas y trasero para deleite de los espectadores.

—A decir verdad —exclamó Eumaquia; llevaba flores en el pelo y cuatro sirvientas rodeaban su diván—, a decir verdad, tendríais que darle las gracias a Afrodisio. Ha sido él quien nos ha procurado esta fiesta. De no haber sido por la trapisonda de atribuir a los dioses la impostura de oráculo, no estaríamos ahora celebrando nuestro segundo nacimiento propio de la ortodoxia egipcia. ¿O hay alguien entre vosotros que continúe creyendo que el oráculo era auténtico? ¿Tú, Póstumo? ¿Nigidio, tú? ¿Tú, Loreyo Tiburtino? Quienquiera que crea aún en Afrodisio ya puede apresurarse a salvar el patrimonio, que no queda mucho del día en que debía cumplirse la profecía.

Los invitados estallaron en estentóreas risas de circunstancias; únicamente Trebio Valente tiró de la manga a su vecino, el bodeguero Lucio Herrenio Floro, que acudía en compañía de sus hijos Quinto y Sexto, protestando que ya algún sabio había anunciado terremotos, dos veces al menos.

Uno fue Anaximandro de Mileto. Después de anunciarles a los lacedemonios el fin de su ciudad se cumplió la predicción con un seísmo que levantó el monte Teigeto como si fuese la popa de un barco para lanzarlo luego contra las casas y sepultarlas todas. Y de Ferécides, el maestro de Pitágoras, se decía que tras haber bebido en un pozo profetizó que la tierra temblaría y, en efecto, al día siguiente sobrevino el terremoto que había anunciado.

Con el ceño fruncido como una ciruela pasa, Floro fijó los ojos en Valente:

—¿Y si el oráculo acierta? ¿Y si la Sibila escribió de verdad lo que Apolo le comunicó en su éxtasis?

—Pues estaremos celebrando nuestro ágape fúnebre, Floro. Entonces… *urgentibus fatis*, ya es demasiado tarde para escaparse.

El bodeguero se pasó con inquietud las manos por la cara, los actores continuaban embelesados con su danza, los citaristas tocaban con brío y los esclavos reponían las negras ánforas de vino. Y mientras los comensales no dejaban de gritarse mutuamente en su borrachera «¡*Vivat, vivat*!», un vítor que aquel día adquiría un valor especial; mientras los aromas de la opípara comida se propagaban por toda la casa, mientras las esclavas cruzaban lascivas miradas con los invitados… uno de los comensales se retiró sin que nadie se apercibiese de su partida.

En consonancia con lo avanzado de la estación se hizo pronto de noche mientras Afrodisio medía una y otra vez el *viridarium* con el corazón en un puño. Un fulgor turquesa, como una tienda númida en el desierto, parecía el cielo sin una sola nube de un extremo al otro del horizonte; el calor de la jornada pesaba aún, a pesar de la penumbra, sobre los campos. A diferencia de otros días, a la caída de la noche, ante la

cual sentía sagrada aprensión el propio Júpiter, pues la tierra se cubría con las negras alas de un ave, reinaba en el aire una calma sin hálito; faltaban las voces gozosas que acostumbraban a venir de las laderas del Vesubio, honesta alegría tras la conclusión del trabajo terminado, tampoco se oía el mugido del ganado en su repaso de los pastos, y ni siquiera llegaba el gorjeo de los pájaros que poblaban pinos y álamos.

El insondable silencio que planeaba sobre el campo coincidía con el estado de ánimo que venía experimentando Afrodisio a medida que se acrecentara la ansiedad que desde hacía unos días lo llevaba de un extremo a otro de Pompeya confundiéndole a cada paso las ideas; por una parte le aterraba el final anunciado, pero por otra nada deseaba más ardientemente que el cumplimiento del oráculo de la Sibila. Había despachado a Gavio rogándole que lo dejase solo pues ni quería ni podía hablar sumido en aquella mezcla de emociones. Tras innumerables rondas al *viridarium*, se escabulló de la casa como un ladrón, tomó el camino que llevaba a la ciudad y por la Puerta de Herculano fue a parar al suelo pavimentado de la Vía Consular.

Las casas a ambos lados de la calle parecían abandonadas, esquivas y siniestras. Donde la calle de las Termas confluye con la Vía Consular se oían voces en una casa. Afrodisio caminaba con la sensación de ser un esclavo prófugo, dio la vuelta a la construcción, miró hacia el interior de la ventana iluminada y aguzó los oídos para entender lo que se decía con tanto regocijo. Celebraban verse con vida y que no se hubiese cumplido la catástrofe anunciada; por más que lo hubiesen despreciado o se hubiesen reído de él, en el corazón de cada pompeyano había algún rincón amedrantado por la aprensión de que el oráculo se cumpliese. ¿Por qué habría tenido él que ir a tropezar con el maldito oráculo que le había echado a perder toda la vida?

Afrodisio prosiguió su camino, cruzó la calle de los Augustales, dejó el *macellum* a la izquierda y entró en el foro vacío. Entre las columnas distinguió oscuras figuras que se refugiaron en los pórticos tan pronto como quiso encaminarse hacia ellas; como él, parecían esperar, aunque fuese a que no pasara nada. Nunca había visto el pompeyano así el foro, con el abandono de una tramoya después de la función. Contra la bóveda celestial se dibujaba el perfil de las oscuras construcciones como decorados de teatro: el elegante peristilo semicircular de la lonja de Eumaquia, el *macellum*, a ambos lados del templo los arcos de triunfo de Tiberio Germánico, restaurados, y el templo de Júpiter, dominándolo todo desde la altura de su basamento, tan alto como el cielo.

Pero a mano izquierda, donde la villa eternizaba a sus conciudadanos insignes con estatuas (las había de bronce, cubiertas con verde pátina, y de blanco mármol de Carrara) y caracteres dorados que daban cuenta de sus gestas, su sabiduría y sus artes, la orgullosa cohorte mostraba una mella, advirtiendo Afrodisio lo terrible al aproximarse: su estatua, patrocinada por los duunviros en señal de gratitud por la reconstrucción del templo de Júpiter… su estatua después de ser derribada y arrastrada cubría el suelo hecha añicos. Como si hubiesen matado al glorioso hijo de

la ciudad, como si hubiesen querido borrarlo para siempre jamás de su recuerdo, se amontonaban allí los restos de la figura, empezando por la cabeza separada ya del cuerpo; al descubrir el hecho experimentó dolor físico.

Abatido y desalentado, aunque también furioso con los dioses, Afrodisio subió los altos escalones que conducían al templo. En la estrecha entrada no había apostado ningún guardia. El conjunto escultórico del interior, obra digna de un Fidias ejecutada por Polideices de Acaya y que había costado una fortuna, arrojaba sendas sombras en las paredes de la cella, consecuencia de la doble hilera de temblorosas lamparillas de aceite que la enmarcaban.

—Júpiter Óptimo —dijo el pompeyano sin articular los labios—. Júpiter óptimo —repitió, pequeño e insignificante en comparación con la imagen—, ¿qué he hecho para que me castigues? ¿No he vivido de acuerdo con las leyes, como corresponde a un *vir vere romanus*? ¿No te he levantado este templo con el patrimonio legítimamente logrado? ¿No he cumplido con las leyes y la suprema voluntad de los dioses? ¿Por qué me castigas, Júpiter óptimo?

Afrodisio aguzó el oído, como si aguardase una respuesta que le viniese de la oscuridad, pero el mármol antropomorfo guardó un silencio frío y reservado. Por contra, creyó el pompeyano percibir que se abría la puerta del templo y se acercaban, para detenerse pronto, unos pasos; creyó oír también la respiración de alguien y el roce de una toga, quiso girarse o volver al menos la cabeza, pero Afrodisio se sintió tan petrificado como el Filemón a quien Júpiter convirtiera en árbol; tal era su pánico.

Al intruso pareció desconcertarle la impasibilidad del pompeyano y trazó un gran rodeo en torno de él, hasta entrar en su campo de visión, cuando reanudó la aproximación; no bien hubo reconocido el reluciente puñal que portaba en la mano, exclamó Afrodisio temerosamente, como si se tratase de un acertijo:

—¿Tigelino? ¿Pero qué haces con ese puñal, Tigelino?

—¿No me esperabas, pompeyano? —El interpelado sonrió con una mueca mientras avanzaba el pie derecho aprestándose al salto—. ¡Esta vez no te me escapas!

—Conque eras tú —dijo Afrodisio; un escalofrío le sacudió todo el cuerpo—, ¿qué pretendes con tantos asesinatos?

—¡Ah, pompeyano! —La carcajada de Tigelino retumbó en las paredes.

—¿No se te ha ocurrido nada?

—¡Tantas cosas! ¿Por qué tuvo que morir Sereno? ¿Y Prisciliano? ¿Y el marido de Epicaris? ¿Por qué he de morir yo?

—Ésos son sólo los que tú sabes, pompeyano. Se cuentan a millares los que han caído bajo el puñal de los pretorianos.

—¿Por puro afán de matar?

—Ni mucho menos, por Marte. ¿Pero tú, por qué eres tan rico? ¿Y Sereno? ¿Y Prisciliano? ¿Y el marido de Epicaris? Vuestra maldición han sido vuestras posesiones. Con el divino Nerón entró en vigor una ley no escrita: quien supere en riquezas al césar tiene que morir de tal forma que su patrimonio recaiga luego sobre

el césar. Se cumplió entonces y luego continuó cumpliéndose con Galba, con Otón, con Vitelio y ahora con Vespasiano. Y yo, Tigelino, soy quien ejecuto la voluntad del amo.

—¡Pero el patrimonio siempre recaerá en los herederos!

—No los había legítimos.

—¿Y los hijos?

—¿Tenía hijos Sereno? ¿Y Prisciliano? ¿Y el marido de Epicaris?

—Yo soy el hijo de Sereno.

—Cuando él murió eso no lo sabías siquiera tú, pompeyano. ¿Cómo iban a tener constancia los pretorianos?

—Pero ahora tengo un hijo y una hija. Según la ley ellos son mis herederos. ¿A qué ese puñal, entonces?

Tigelino se acercó más. Gesticuló con el brazo en que llevaba el cuchillo como una serpiente en busca de la presa y añadió con calma:

—Tenías un hijo y una hija, pompeyano. Tenías.

Afrodisio intentó cobrar aire llevándose las manos al cuello haciendo que intentase retirar las del estrangulador. La escultura de la divinidad, las paredes desnudas, los ornamentos cuadrangulares del techo empezaron a oscilar, pero en el momento en que sintió que las fuerzas y la conciencia le flaqueaban, que, podía caer a los pies de Tigelino como un fardo desmadejado, emergieron fuerzas de la desesperación y se lanzó contra el asesino.

Tigelino pareció no haber contado con el ataque de la víctima desarmada, porque el puñal curvo cayó al suelo con el timbre de señal para el combate que el soldado logra al descargar la espada contra el *scutum*; en una lucha a muerte revolcándose los dos por el suelo en pos del arma, el uno por recuperarla y el otro porque al menos no parase otra vez en manos del primero. ¿Tenía algo que perder? Afrodisio combatió dando con furia ciega golpes a diestro y siniestro contra el romano, uno le alcanzó la garganta; el romano soltó un grito, plegó la cabeza y se encogió, bastándole ese instante al pompeyano para adueñarse del puñal. Agarró el arma, fundió puño y puñal en un solo instrumento y arremetió sin vacilar, mientras le llovían borbotones de sangre que no podía enjugarse por no perder de vista al otro. Así hundió la cuchilla una y otra vez, frenéticamente, en su adversario hasta que lo dejó hecho jirones.

Tardó en volver en sí y con gusto le habría arrancado los ojos al atacante, lo habría abierto por el vientre y lo habría descuartizado si Júpiter no hubiese intervenido descargando un airado puñetazo que echó a temblar los muros del templo. Despertando de su pavoroso frenesí, el pompeyano miró hacia la figura del dios en espera de una señal. Pero Júpiter guardó impasible silencio.

De fuera, sin embargo, llegaba un fragor furibundo, como si todas las aguas del océano se hubiesen volcado del disco de la tierra para juntarse en un vendaval de mistral de los de primeros de año. Con el puñal en la mano, Afrodisio salió del templo. A sus pies, el foro embozado hacía unos momentos en una siniestra oscuridad

aparecía ahora iluminado de un cruento rojo. Del cielo caían pedruscos negros, que rebotaban y se estrellaban estrepitosamente contra columnas y paredes. Para averiguar el origen de la iluminación, Afrodisio descendió por los escalones del templo, corrió hasta el centro del foro donde la gente se apiñaba profiriendo aterradores gritos. Se volvió y descubrió el origen de lo que sucedía: el Vesubio se hallaba en llamas, la cima de la montaña ardía como una gigantesca chimenea avivada infatigablemente por el fuelle del herrero. Surtidores de brasas y fuego salían disparados hacia arriba y la tierra temblaba… será devorado por el fuego junto con sus hombres y sus animales, junto con todas sus murallas ¡El oráculo de la Sibila! ¡Apolo bendito, el oráculo tenía razón! Afrodisio se echó a bailar, brincando ora sobre un pie ora sobre el otro.

—¿No veis el fuego? —exclamó contra el estrépito que impedía oír nada más. A su lado corrían despavoridos pompeyanos sin oír su alborozo ni sus satánicos gritos —. ¡El hijo de Júpiter me ha atendido, Vulcano! ¡Será feo y tullido, que por eso lo tiró su madre al agua, pero cabal! ¡Miradlo, si no, al lado de la justicia! ¡Vulcano, Vulcano!

Como niño que tras el tórrido verano saluda con los brazos abiertos los primeros goterones de lluvia, no cesaba Afrodisio de girar sobre sí mismo.

Descubrió la lluvia negra que bajando del cielo se estrellaba contra el foro cual crecida que ha roto el dique; respiró el olor acre del azufre que lo privaba de los sentidos como un veneno mortal, notó el ardor de la piel, las brasas cada vez más próximas consumiéndole ya la ropa. Una vez más, en el límite de sus fuerzas, gritó a voz en cuello:

—¡Vulcano me ha escuchado, el hijo de Júpiter! —Luego perdió el conocimiento.

Afrodisio se desplomó mientras el puñal se le escurría de la mano derecha; nadie vio su risa sardónica.

EPÍLOGO

SEGÚN ESTIMACIONES de los especialistas, la erupción del Vesubio del 24 de agosto del año 79 costó la vida a dos mil personas, aproximadamente. Pompeya quedó sepultada bajo una capa de entre tres y diez metros de lava y cenizas. A diferencia del terremoto del 5 de febrero del año 62, la ciudad, que aún se encontraba en fase de reconstrucción, no fue derruida sino sepultada; por esa razón se mantendría en un insólito estado de conservación. El Vesubio, cuya actividad volcánica se desconocía hasta aquellos momentos, entraría de nuevo en erupción en intervalos irregulares hasta que en 1139 inició un estadio de calma aparente. Se establecieron núcleos habitados en el mismo borde del cráter mientras la cima se cubría de bosques. El 16 de diciembre de 1631 el volcán volvió a despertar; fue probablemente la erupción más violenta de su historia y en ella murieron más de tres mil personas; en todo el sur de Italia el cielo quedó sumido en tinieblas durante varios días. A partir de entonces —la primera vez fue cavando un pozo en 1689— se tropezó frecuentemente con restos de la ciudad sepultada tanto en el curso de excavaciones fortuitas como en operaciones destinadas a la búsqueda de objetos de valor, pero las labores de excavación sistemática no se iniciaron hasta el siglo XIX. En 1823 quedaron al descubierto el foro y los templos circundantes, entre ellos el de Júpiter, que en esta novela desempeña un importante papel. En esa época escribió Edward Bulwer-Lytton, un político británico autor de novelas espiritistas y policiacas, su libro Los últimos días de Pompeya.

En 1860 se encargó de la dirección científica de las excavaciones de Pompeya Giuseppe Fiorelli, experto en numismática y catedrático de Arqueología en Nápoles. En febrero de 1862, Fiorelli halló en las proximidades del foro ciertas oquedades en el interior de la masa de ceniza y piedra pómez.

Correspondían a la silueta de aquellas personas que en su huida o en los escondrijos donde se metieron murieron asfixiadas o golpeadas por las piedras que caían. Con el paso del tiempo, los cuerpos se habían deshecho pero sus formas se habían conservado.

El profesor Fiorelli tuvo una idea espléndida: rellenar con yeso las oquedades y luego vaciarlo; así fue posible obtener moldes fidedignos de personas muertas en la erupción del volcán del año 79.

Yo me sentí cautivado por uno de esos vaciados cuando lo descubrí hará veinticinco años. Se distingue de los restantes moldes vaciados en Pompeya —son centenares— por una singularidad: se trata de un hombre de aproximadamente treinta y cinco años, de cabeza ancha y complexión robusta, que incluso en la muerte delata un dinamismo incontenible. Y ese hombre está riéndose.

Está muriéndose y a la vez riéndose, con una risa sardónica, casi histérica.

Esa risa me ha perseguido durante muchos años y en esta novela he intentado darle una explicación. Los datos del libro, tanto los referidos a lugares como a fechas, pueden documentarse históricamente, al igual que la mayoría de los personajes. No obstante, me he permitido la licencia de situar por la noche la lluvia de cenizas del Vesubio y no de día entre las diez y las dieciocho horas, como sucedió en realidad.

Baiernrain, abril de 1986.

PHILIPP VANDENBERG (Breslau, 20 de octubre de 1941, Alemania).

Su verdadero nombre es *Hans Dietrich Hartel*.

Es uno de los escritores de novela y ensayo histórico más conocidos, habiendo sido traducidas sus obras a treinta y tres idiomas. La mayor parte de sus novelas y ensayos están ambientados en el mundo de la arqueología. Ha cobrado gran protagonismo debido a sus novelas de temática «cristiana». En su novela de 1998 *El quinto evangelio* ya hablaba de muchas de las ideas recogidas diez años después en la novela de Dan Brown *El Código Da Vinci*, novela en la que parece que ejercieron alguna influencia las ideas de Vandenberg. Tanto *El Quinto Evangelio* como *Dossier Gólgota* y otras de sus novelas enmarcadas en la pseudohistoria del Cristianismo han sido llevadas al cine con éxito en Alemania.